EDINE MULL

BAJO EL CIELO DE MILÁN II

DONDE MUEREN LOS *Secretos*



BAJO EL CIELO DE MILAN II

DONDE MUEREN LOS SECRETOS

Título: Donde Mueren los Secretos
Nombre bilogía: Bajo el Cielo de Milán
©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).
©Edine Mull
Primera edición Abril de 2025
Corrección: Virginia de Novoa Damiá
Maquetación: Tania Huelga Bardo
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
Safe Creative: 2412270489245
Puedes encontrarme en:

Ana

MARCO

Il tempo non conta per il cuore. Si può amare anche stando lontani e quell'amore, se è vero e puro, non morirà mai neanche fra mille anni.



El tiempo no le importa al corazón. Puedes amar incluso cuando estás lejos y ese amor, si es verdadero y puro, nunca morirá incluso en mil años.

Creía tener mi vida bajo control, cada aspecto meticulosamente sellado y blindado. Mi corazón, escondido tras una coraza de acero, parecía inmune a cualquier cosa que intentara irrumpir en él. Los demonios del pasado estaban bajo llave; o al menos eso pensaba. Todo estaba calculado, cada movimiento, cada decisión, hasta que llegó ella: Alessandra Rossi.

En un principio, Aless solo iba a ser otra herramienta en mi venganza, un peón para cumplir mis planes. Sin embargo, me equivoqué. Aless no solo se ganó mi confianza, se adentró en mi vida, y, sin pedir permiso, comenzó a arrancar cada capa de mi corazón. Su amor, su lealtad, esa manera sencilla y obstinada de ver la vida… Todo eso se abrió paso en mí hasta lo más profundo, como si siempre hubiera sabido que mi corazón, en realidad, le pertenecía desde antes de conocernos.

Pero se fue. Y me dejó vacío. Muerto en vida. Dicen que conocer el verdadero amor es un privilegio, que siempre merece la pena aunque traiga dolor. Pobres ilusos. Solo quien nunca ha amado puede pensar algo así. Si alguna vez hubieran sentido lo que yo sentía, huirían tan rápido de ese sentimiento como pudieran, porque el amor no es más que una enfermedad que te devora por dentro, lenta y despiadadamente.

Que quede claro: Aless no es la villana de esta historia. Aquí no hay héroes ni villanos, solo personas, con nuestras miserias y errores. Y si hablamos de errores, yo cometí todos los posibles. Si alguien destrozó lo que teníamos, fui yo. Mi vida siempre estuvo hecha de secretos y odio. Ella lo sabía, y aunque hubiera decidido quedarse, nada habría cambiado. Mi secreto era una carga tan pesada que, tarde o temprano, lo habría destruido todo. Nuestro amor era la crónica de una muerte anunciada.

Aun así, hasta el último momento, tuve la absurda esperanza de que me eligiera, de que me perdonara. Aless era mi segunda oportunidad. Sin embargo, cuando llegó el momento de decidir, eligió salvarse. No la culpo, aunque a veces desearía que no hubiera llegado tan adentro de mi corazón, que no hubiera tocado esa parte de mí que ni siquiera yo conocía.

Ahora, los pedazos de la coraza están esparcidos y rotos. He intentado reconstruirla, volver a ser el Marco de antes: el tipo frío, orgulloso, impenetrable. Pero lo que queda de mí no es más que una sombra desvaneciéndose lentamente. Aless dejó algo quebrado en mí, algo que no puedo reparar.

Su recuerdo sigue aquí, clavado como una pesadilla de la que no puedo despertar. Esta es mi historia: la de cómo un amor te transforma para siempre, aunque sólo deje ruinas tras de sí.

CAPÍTULO 1

Uno dei benefici dell'amicizia è di sapere a chi confidare un segreto.
Uno de los beneficios de la amistad es saber a quién confiarle un secreto.

Alessandra Rossi: El regreso de la diseñadora con su colección especial para Giordano

Tras dos años de silencio en la escena de la moda, Alessandra Rossi resurge en el panorama internacional con una colección especial de la mano de la prestigiosa firma Giordano. Recordada por su impactante trabajo junto a su exmarido, Marco Sforza, la diseñadora regresa con una línea que reinterpreta la moda en clave contemporánea y sostenible, una apuesta personal y profesional que confirma su talento para el diseño.

Giordano y la libertad creativa

Para Rossi, trabajar con Giordano significa tener total y absoluta libertad creativa, respaldada por una fuerte conexión con su directora, Alice Demir. «Ambas compartimos raíces sicilianas y una visión similar sobre la moda. Alice es tan arriesgada como yo; me ha dado una libertad increíble para crear lo que quiero, y eso es un lujo en esta industria», explica Rossi. La colección Giordano se aleja de los materiales tradicionales, integrando únicamente textiles sostenibles y renovables. «Esta línea es un proyecto joven y fresco, orientado hacia una moda ética. Estoy orgullosa de liderar una de las líneas más ecológicas de Giordano», añade la diseñadora.

Innovación sostenible y pasión por la artesanía

Rossi redefine la alta costura a través de su compromiso con materiales sostenibles, como telas recicladas a partir de plástico oceánico, además de técnicas de última generación como la impresión 3D y los tejidos inteligentes. «Para mí, el verdadero

desafío en la moda es innovar sin comprometer el planeta», afirma Rossi.

Vínculo con Giovanni Sforza

Su relación con Giovanni Sforza, abuelo de su exesposo, sigue siendo tema de conversación, ya que ha sido una figura clave en su carrera: «Giovanni me apoyó desde mis inicios, incluyendo mis estudios en París. Lo considero parte de mi familia y le estaré siempre agradecida por su generosidad y confianza», comparte Rossi.

Rumores sobre Marco Sforza y una relación con la directora de *Le Chic Magazine*

Ante la pregunta sobre su exesposo, ahora vinculado a Larissa Corvi, directora de Le Chic Magazine , Rossi responde sin rodeos: «Marco ya no forma parte de mi vida. No es asunto mío con quién está ni por qué. Le deseo lo mejor, pero no tengo interés en entrar en los detalles de su vida».

Sobre París, la danza y los nuevos amores

Rossi admite haber disfrutado del mundo de la danza durante su tiempo en París, aunque sin dar detalles. En cuanto a los rumores sobre una relación con un bailarín sueco, se limita a sonreír: «Mi corazón está más que bien, eso es lo único que voy a decir. ¿Alguna otra pregunta de moda?».

Reconocimientos y compromiso con la inclusión

Nominada al CFDA, Rossi sigue brillando en la industria de la moda, con un enfoque inclusivo y diverso que la define. Entre las celebridades que han lucido sus diseños destacan Zendaya y Timothée Chalamet, rostros actuales de la moda. «La moda debe reflejar la sociedad, y la diversidad es clave», concluye Rossi.

El resurgimiento de Alessandra Rossi

Con su regreso triunfal, Alessandra Rossi redefine su espacio en la moda, demostrando que su visión va mucho más allá de los estilos tradicionales y abraza un futuro ético y sostenible.

—¡A la mierda! —gruñí, lanzando todas las revistas que hablaban del regreso de Aless. Frustrado, acabé golpeando la mesa.

Unos toques sonaron en la puerta. Justo lo que me faltaba. No quería ver ni escuchar a nadie.

—Ahora no. Estoy ocupado —solté con voz grave, deseando que quien fuera se largara de una vez. Pero la puerta se abrió como si lo hubiera invitado a entrar. Nico, con cara de sorpresa al ver el desorden de prensa esparcido por el suelo, tomó una bocanada de aire antes de sentarse.

—Veo que has estado leyendo.

—No, solo una. Me basta para imaginar lo que cuentan las demás. ¿Y tú qué? ¿No entiendes que cuando alguien dice que está ocupado es porque quiere estar a solas?

—Marco, no pagues conmigo tu frustración. Tarde o temprano esto iba a pasar; no sé por qué te sorprende. Además, ahora estás con Larissa. Tienes que dejar atrás a Aless. Esa historia se acabó.

—No la mencioné en todo este tiempo. ¿No crees que eso es pasar página?

—No, Marco, todo lo contrario. No quieres hablar de ella porque todavía te duele. Porque sigues teniendo sentimientos ahí dentro.

—Ella se murió el día que tomó ese avión con su nuevo novio.

—¿Estás seguro? El resentimiento aún está ahí. Y, amigo, siento decirte que no tenía muchas opciones. Siempre le pusiste las cosas difíciles.

—Si realmente me amaba, no se habría ido. Menos aún sin despedirse. Lo hizo de ti, de sus amigos y de mi abuelo. Pero no de mí. ¿Sabes una cosa? Cuando todos la llevasteis al aeropuerto, yo os seguí. La vi despedirse entre lágrimas en la entrada, y tan pronto como montasteis en el coche, corrí tras de ella. La vi en los brazos de ese sueco, consolándola, hasta que desaparecieron para embarcar.

—¿Por qué nunca me lo habías contado?

—¿Para qué? ¿Hubiera cambiado algo? —Él negó débilmente—. Aless es pasado, ahora estoy con Larissa. Es la persona correcta para mí. Tiene mi edad, sabe lo que quiere. Es ambiciosa y fuerte. Además, nos está dando buena prensa y la necesitamos más que nunca, así como están las cosas en la empresa.

—Discrepo contigo, creo que al estar con ella estás corriendo un gran riesgo. No la amas, y cuando decidas apartarla de tu vida, eso puede hundirnos. ¿Eres consciente de esto?

—Eso no sucederá.

—No estaría tan seguro, especialmente ahora que… —No terminó la frase y agradecí en silencio que se detuviera—. Marco, estoy preocupado. Ahora que he asumido el puesto de tu padre y viendo los números cómo están, cada día tenemos más presión de los proveedores. Estamos al borde de perderlo todo. Tu primo y Simona ya están ansiosos por lo que puedan sacar cuando Donato Sartoria ponga sus manos sobre Valentino Ferre.

—Eso no va a pasar mientras viva. Ni el parásito de mi primo ni Simona van a conseguir nada. Esta empresa no caerá en manos del enemigo.

—Marco, desde que tú no puedes dibujar, las colecciones han sido un fracaso. No creo que lleguemos a la próxima temporada.

—¿Crees que no me doy cuenta? ¡Joder! Estoy haciendo todo lo que puedo y desearía que estas malditas manos funcionasen y dejaran de temblar cada vez que cojo un lápiz. Sin embargo, no lo hacen. ¡Es frustrante!

—Calma, lo siento. No debí tocar este tema.

—No, Nico, perdóname tú. ¿Te gustaría quedar más tarde para tomar unos tragos?

—Marco, ¿otra vez te vas a emborrachar? No puedes seguir así. Hoy no puedo, tengo que ir a casa de mi madre. Ha entrado en pánico; Emma y ella tuvieron una discusión fuerte el otro día por la boda. Está siendo una pesadilla, amigo. Se odian. Mi madre jamás la aceptará y mi novia está en plan rebelde, oponiéndose a todo lo que ella propone. Intentaré calmar las aguas.

—Uf, no me gustaría estar en tu lugar —añadí, no obstante, mi mente volvió a esa mañana.

Necesitaba unos dosieres y se los pedí a Emma. Como no llegaba, fui al archivo y allí la vi, hablando a escondidas por teléfono. Recuerdo sus palabras: «Nico se va a casa de su madre; no sé a qué hora lo liberará, esa señora es muy intensa. Después de esta noche, no voy a esperar más. Tengo que hablar con Nico y detener esta

boda. Más tarde nos vemos, cariño. No veo la hora de estar contigo. Te quiero». Lo estaba engañando. Emma no parecía de esa clase de mujeres, pero esa conversación la delataba. No me gustaba lo que iba a hacer, aunque si era necesario, la seguiría hasta descubrir la verdad. Se lo debía por todos nuestros años de amistad.

—¿Marco? ¿Marco? ¿Estás ahí? —me llamó, intentando captar mi atención.

—Sí, dime.

—Podemos dejar la quedada para mañana, pero nada de alcohol. Vamos a jugar al pádel.

«No creo que el pádel te sirva de mucho. Busca unas buenas botellas de *whisky*, porque las vamos a necesitar», pensé para mí.

—Mañana haremos lo que tú quieras.

—Vaya, me voy antes de que retires tu generosa oferta. Y recoge esto. —Señaló las revistas—. Se te ve desesperado. Oh, oh, demasiado tarde. Vito se acerca —anunció, alargando la frase mientras dejaba la puerta abierta tras de sí.

—*Panic attack!* —exclamó el fotógrafo, moviendo los brazos de manera exagerada antes de sentarse.

—¡Lárgate, no tengo ganas de escuchar tus dramas! —resoplé, frustrado.

—Cielo, el que está hiperventilando de rabia eres tú. Algún día tendrás que enfrentarte a la bella y talentosísima Alessandra Rossi. Mi niña es una reina.

Mi rostro se tornó sombrío. Lo que menos necesitaba en ese momento era que viniera a hablarme de las virtudes de Aless. ¿Cómo estaría ella? Su rostro, su cuerpo… Desde que se había ido, intenté no buscar nada sobre ella; sabía que eso me rompería por dentro. La revista que había cogido solo mostraba fotos del desfile y una entrevista sin imágenes que la acompañaran. Y casi era mejor así. Verla guapísima, sonriente y radiante me lastimaría más. Pensar que otra persona y otra vida eran los causantes de su felicidad me hundiría del todo, aunque nunca lo confesaría en voz alta.

—Vito, tira todas esas revistas. No las quiero ver —le pedí casi suplicante, mientras lo observaba apilarlas una encima de otra.

—Joder, rey, estás fatal. Te lo noto en la cara.

—Estoy perfectamente.

—Marco, cielo, hemos acabado borrachos muchas noches juntos. Y sinceramente, cuando estás ebrio, no dejas de mencionarla.

—No sigas por ahí o dejaré de salir contigo.

—Cariño, me necesitas. Nico está en pareja y no puede seguir de niñera contigo. Solo quedo yo como tu paño de lágrimas.

Eso me recordó a Emma. Tal vez con quien había quedado era con él y yo lo había interpretado todo mal. Debía asegurarme antes de aventurarme a seguirla.

—Venga, al salir te invito a una copa.

—No puedo, guapo. Empaqué todas las cosas de Luca y viene a casa a por ellas. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

—¿Tan mal están las cosas? ¿No hay solución?

—Marco, rey, si salgo de borrachera contigo no es solo por ti, también tengo el corazón roto. Ese idiota no quiere que formalicemos. Nunca va a dejar de defender el amor libre sin compromiso, y así no puedo. Ya no quiero compartirlo más, ni con hombres ni con mujeres. Duele demasiado.

Sus palabras aclararon mis dudas. No era él con quien había quedado Emma. Si sumabas dos más dos, daba cuatro. Todo estaba claro. Miré a Vito, que se ponía de pie, y vi en su rostro un reflejo de mi propio dolor. Ambos buscábamos ocultar nuestras heridas. Creo que solo se abría conmigo porque me veía tan hecho polvo como él.

—Vito —lo detuve antes de que saliera—, si me necesitas, llámame. No importa la hora.

Asintió y cerró la puerta tras de sí.

Por fin, solo y tranquilo, sin esas revistas que no hacían más que alterarme. Giré la silla hacia el ordenador; trabajar me vendría bien. En realidad, aquello era mi manera de escapar del mundo, aunque sabía que mis esfuerzos en la administración no servían de nada. La empresa estaba en la situación que estaba, arrastrada por las deudas de la expansión que había adquirido mi padre.

Meneé la cabeza. Pensar en mi padre nunca era una buena idea. Su recuerdo me creaba un nudo que me oprimía el pecho. Respiré hondo, procurando calmarme. Sin embargo, mis manos comenzaron a temblar, así que coloqué una sobre la otra, intentando hacer que

se detuvieran. Cerré los ojos con fuerza, empujando mi mente a un lugar donde la culpa no existiera.

Pero mi intento de calmarme se vio frenado de nuevo por un golpe en la puerta.

—Adelante —di paso, ocultando mis manos temblorosas debajo de la mesa. Era Emma.

—Marco, necesito que firmes estos documentos. Son los presupuestos, hay que aprobarlos hoy.

—Déjalos ahí —respondí de manera cortante—. Cuando los firme, te lo haré saber.

—¿Podrías llevarlos a Finanzas? Hoy necesito salir un poco antes.

—¿Por qué? —La pregunta se me escapó, y en el mismo instante supe que estaba fuera de lugar. Me apresuré a corregirme—. Perdona, no es asunto mío. Vete cuando lo necesites, solo avísame antes de salir, ¿sí?

Emma asintió, aunque la confusión en su rostro era clara. Cerró la puerta tras de sí sin hacer preguntas.

CAPÍTULO 2

Ogni volta che ti vedo, mi innamoro di nuovo. È assolutamente folle, ma è vero.

Cada vez que te veo, me enamoro de nuevo. Es absolutamente loco, pero es cierto*.*

Emma acababa de aparcar en lo que parecían ser unas naves industriales a las afueras de Milán. La observé desde la distancia mientras se alejaba caminando y, una vez que se perdió entre las sombras de las estructuras, busqué un lugar para estacionar también mi coche. Al salir del Porsche 718 Spyder RS, percibí que un grupo de chicos lo miraba con ojos curiosos, como si hubiera llegado en una nave espacial. Ignorando las miradas, comencé a caminar hacia el sonido que retumbaba desde el interior, cada vez más fuerte y estridente.

A medida que me adentraba en aquel lugar, observé que las paredes estaban cubiertas de grafitis. Algunos los veían como arte callejero, pero para mí no eran más que garabatos de alguien con poco talento. La música iba tomando protagonismo mientras el espacio se llenaba de personas que parecían ir y venir sin rumbo fijo, entrando y saliendo de distintas naves abiertas. Cada una albergaba algo diferente: DJs mezclando, bailarines, acróbatas, luces de fuego y agua. ¿Qué narices hacía Emma en un lugar como este? Me costaba imaginarla rodeada de este desorden, y el pensamiento de que estaría siéndole infiel a mi amigo con algún don nadie sin talento comenzó a carcomerme por dentro.

Mis ojos vagaban entre la multitud, encontrar a Emma aquí sería como hallar una aguja en un pajar.

Finalmente, llegué a lo que parecía la nave más grande del lugar. Para abrirme paso, tuve que esquivar cuerpos y saltar al ritmo de la música que tronaba desde los altavoces portátiles. Dentro, una multitud enloquecida presenciaba algo que parecían ser batallas de *breakdance*, o algo por el estilo. No sabía mucho ni me interesaban esas cosas.

Intenté, inútilmente, encontrar a Emma entre la gente que gritaba y se movía frenéticamente. Pero nada, era como si se hubiera esfumado. Mi impaciencia crecía y el agobio no tardó en sumarse. Necesitaba salir de allí cuanto antes; todo aquello distaba demasiado de mi mundo. Caminé hacia una barra portátil en una esquina del lugar, donde parecía haber más espacio para respirar y, tal vez, una salida cercana.

Fue en ese momento cuando lo vi. Nico estaba ahí, sosteniendo unas cervezas y contemplándome con la misma expresión de desconcierto que yo debía de tener. Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos sin saber qué pensar.

—¿Qué haces aquí? —preguntamos al unísono, y ambos sonreímos, incómodos.

—Creo que estoy aquí por el mismo motivo que tú, Nico. Por Emma.

—¿Mi prometida? —respondió desconcertado, como si estuviera perdiendo la cabeza—. ¿Se puede saber por qué?

—No estoy entendiendo nada. ¿No se suponía que estabas con tu madre?

—Y así fue, sin embargo, la visita terminó antes de lo previsto. Marco, deja de esquivar el tema. ¿Qué pasa con Emma?

—Ya no lo sé… —murmuré, confundido.

—Tío, por favor. Dime qué está pasando; me estás preocupando de verdad.

—Esta mañana escuché, sin querer, una conversación telefónica un tanto extraña. Emma dijo algunas cosas que me pusieron en alerta y, al saber que no había quedado con ninguno de vosotros, decidí seguirla para comprobar si mis sospechas eran ciertas antes de decirte nada.

—¡Vamos, Marco! ¿De verdad crees que Emma es así? La conoces bien.

—Lo sé, perdona… —me disculpé, sintiéndome culpable—. No fue la mejor forma de hacerlo, pero no quería que jugaran contigo. Así que tú sabías que iba a estar aquí, ¿no?

—Marco, si la escogí para compartir mi vida, es por algo.

—Entonces, dime, ¿qué haces en un sitio como este? —insistí. Su expresión cambió. Apartó las cervezas y me puso la mano en el hombro, serio.

—Tío, será mejor que salgamos. Hablaremos en otro lugar —siseó con una urgencia que me puso en alerta. Algo me estaba ocultando.

La luz se apagó de golpe, sumiendo el lugar en la oscuridad. Un único foco rompió la penumbra, iluminando un pequeño escenario donde el agua caía. Los gritos y aplausos aumentaron cuando una figura emergió en el centro de aquella cascada, sus movimientos en perfecta sincronía con los primeros acordes de *River* de Bishop Briggs.

Allí estaba ella, una mujer de largos cabellos negros que se movían con cada uno de sus pasos. Llevaba una gorra baja que ocultaba parcialmente su rostro, unos pantalones deportivos holgados y una camiseta ancha sujetada justo bajo el sujetador, dejando al descubierto su cintura esbelta y el inicio de sus caderas. No tenía idea de qué tipo de baile era ese, aunque podía suponer que era algún estilo urbano. Pero lo que ella hacía con su cuerpo iba más allá de un estilo; sus movimientos de cadera, la flexión de sus brazos y el ondular de su torso hipnotizaban, atrapando mi visión. No había forma de apartar la mirada de ella; el modo en que cada gota de agua se deslizaba sobre su piel y se movía al compás de sus caderas y piernas era un espectáculo en sí mismo, puro deleite visual.

De pronto, las luces se apagaron otra vez y, cuando volvieron a encenderse, ella no estaba sola. Un grupo de mujeres ocupó el escenario y la canción cambió a un remix de *Gasolina* de Daddy Yankee. De espaldas al público, comenzaron a mover sus caderas, en lo que supuse era el famoso *twerking*. Cuando arrancó la letra, diferente a la versión original, giraron al unísono, y entonces la vi. La

chica que lideraba el grupo tiró la gorra al suelo y allí, bajo la luz, la reconocí. Era Aless.

El pelo mojado le caía por los hombros y estaba increíble. Sus movimientos, secos, precisos y llenos de fuerza, marcaban la pausa para las demás bailarinas. Era como si el escenario y ella fueran uno solo, irradiando toda esa energía y poder que nunca le había permitido desplegar por completo. Esa imagen me golpeaba con fuerza; no pude evitar pensar en lo estúpido que había sido al obligarla a cortarse el pelo. Ese cabello largo y libre era parte de su esencia, y en ese momento desprendía una fuerza arrolladora. Era una diosa, mi diosa.

De golpe, la música cambió otra vez y el punto de agua se desvaneció, dando paso a la pista del centro, donde los bailarines se posicionaron rápidamente. El ritmo de *The Way I Are* de Timbaland sonó con fuerza, y todos comenzaron a bailar al unísono, con giros, saltos mortales y caídas al suelo perfectamente sincronizadas. El espectáculo era increíble: sus trajes llevaban luces que creaban reflejos de colores cuando la sala se oscurecía. Pero, entonces, la música dio otro giro brusco, y los primeros acordes de *SexyBack* de Justin Timberlake resonaron marcando otro ritmo.

Aless volvió al centro, esta vez acompañada de alguien inconfundible: Andrea. Alto, rubio, de ojos claros. Sus cuerpos parecían encajar a la perfección, cada movimiento estaba coordinado como si fuera uno solo. Verlos así, sincronizados, me llenó de rabia. Era imposible no recordar los tiempos en que Aless y yo compartíamos la misma pasión, aunque en el diseño, y esa chispa que sentíamos al crear juntos. Ahora, en mi lugar, estaba un maldito sueco, alguien que no dejaba de tocarla mientras ella le sonreía, completamente perdida en sus ojos.

Por suerte, el tema cambió a *Survivor* de All Good Things, cerrando el espectáculo, alzándolo a un clímax explosivo que hizo que todos estallaran en aplausos y gritos. Pero yo no podía disfrutar de nada de aquello. No apartaba los ojos de Aless. Ahí, sobre el escenario, la veía más viva y plena que nunca. Esa joven no se parecía en nada a la que fuera mi esposa, a la mujer que había dormido entre mis brazos. Era una Aless más auténtica, más

poderosa. Estaba radiante, se abrazaba con sus compañeros, riendo y disfrutando. Parecía imposible que alguien pudiera resistirse a su carisma; quien la conociera de verdad sabría lo afortunado que era de tenerla cerca.

Una breve sonrisa se me escapó, de puro orgullo, sin embargo, se desvaneció rápidamente al ver cómo Andrea se acercaba a ella y la levantaba del suelo. Aless, sonriendo de felicidad, enredó sus piernas alrededor de su cintura y, entre risas, lo besó. Lo besó con ganas, sin reservas, de una manera que hizo que el pecho me doliera. No sabía qué me afectaba más: ver cómo se entregaba a otro o asumir que él había logrado hacerla feliz, que él era el compañero que ella necesitaba para convertirse en esta versión más radiante de sí misma.

* * *

Apretaba el volante con una fuerza casi violenta, como si ese acto fuera capaz de aliviar los celos que sentía. Ver a la persona que había amado —y, para qué mentir, que aún amaba con la misma intensidad— seguir adelante sin mí me había destrozado de una manera que jamás pensé posible.

Nico entendió lo que me pasaba; con él nunca habían sido necesarias demasiadas palabras. Me sacó de allí, como si hubiera temido que yo hiciera alguna estupidez, como si él supiera lo que había en mi cabeza y quisiera evitar que yo cruzara esa línea. Y aunque, en el fondo, me hubiera gustado que Aless me viera en ese momento —que sus ojos se cruzaran con los míos después de besar a aquel tipo—, Nico lo evitó.

Ahora estábamos en mi coche y mi amigo me observaba de reojo, no obstante, no añadió nada; tampoco hacía falta. En ese momento, me di cuenta de que, por más que quisiera engañarme, no había terminado de aceptar que Aless ya no formaba parte de mi vida.

—Marco, tío, di algo, y suelta el volante —rompió el silencio.

—¿Qué quieres que te diga? —gruñí, frustrado—. ¿Hablamos de cómo todos mis amigos me engañaron para venir aquí? ¿Tan frágil

me creéis que tuvisteis que ocultármelo?

—Joder, Marco, estás malinterpretándolo todo. Nadie te mintió. Todos teníamos algo que hacer, y nos juntamos aquí para ver a Aless porque solo estará unos días por el tema de Giordano, y después se irá. ¿Qué querías? ¿Alguna invitación oficial? No te entiendo, no quieres hablar de ella, no podemos ni mencionar su nombre, y ahora vienes con reclamos.

—Lo sé…, discúlpame; es que verla de nuevo me revolvió todo por dentro.

—Te entiendo, amigo —me contestó, suavizando el tono mientras me ponía una mano en el hombro—. Por eso te saqué de allí, para evitar que hicieras alguna gilipollez en un arrebato.

—Se la veía feliz, no paraba de sonreír… y, además, estaba más hermosa que nunca —admití en voz baja, como si decirlo en alto me quemara.

—Tío, ella está bien. Aless es feliz. Hace lo que ama y está con un buen tipo.

—No te voy a negar que me sorprendió verla ahí arriba, bailando, pero él la llevó a su mundo y ella está cómoda allí. Está claro que la vida que yo le ofrecía no era suficiente —murmuré con amargura.

—¡Basta, joder! ¿Escuchas lo que estás diciendo? Abre los ojos de una puta vez. Has tenido una mujer increíble a tu lado, y en lugar de conocerla, te empeñaste en moldearla a tu vida y usarla para tus planes.

—Eso es mentira. —Golpeé el volante, furioso—. ¿Y ahora tú vienes a decirme que yo no la conocía? ¿Tú, que solo estuviste detrás de ella un tiempo y ya te crees que lo sabes todo?

—Sé más de lo que tú te crees —me devolvió Nico con dureza—. Porque yo me molesté en conocerla. ¿O es que olvidas cómo no tenías ni puta idea de que tocaba la viola hasta que tu abuelo y yo te lo mencionamos? Ni siquiera estabas al corriente de que estudió baile desde pequeña, tango y *ballet*, y que cuando llegó a Florencia conoció a Andrea y se metió de lleno en el *hip-hop* y el *jazz-funk*. Iban a tener una carrera juntos, hasta que el problema de su padre la forzó a renunciar a todo.

No podía creer lo que escuchaba. Sus palabras me golpearon de lleno y, aunque me resistía a aceptar la verdad, algo en mí se daba cuenta de lo equivocado que había estado. Pero no podía dejar que Nico pensara que Aless había sido solo una ficha en mi venganza.

—No te voy a permitir que digas eso. Aless fue mucho más que una pieza en mi juego. Fue el amor de mi vida, y lo sabía. Y, aun así, se marchó. Sin mirar atrás.

—Y, ¿sabes qué?, hizo lo que tenía que hacer, y tal vez debió hacerlo mucho antes.

—¿Qué coño estás diciendo? —repliqué, incrédulo por sus palabras.

—Marco, ella lo pasó fatal a tu lado. Mientras tú te enfocabas en tu guerra con Simona, Aless lidiaba con sus amenazas, con los problemas de su padre e intentaba estar a la altura de tus expectativas. Yo mismo tuve que explicarle lo que sabía sobre lo de tu madre y Simona para que entendiera un poco lo que sucedía y a qué se estaba enfrentando. Aun así, tras vuestro divorcio, bastó con que le pidieras que se quedara para que lo hiciera.

—¿Crees que no lo sé? ¿Que no recuerdo esos momentos? Fueron los únicos en mi vida en los que realmente fui feliz.

—En serio creí que podrías haber tenido una oportunidad con ella, pero pronto entendí que tu guerra con Simona arrasaría con lo único bueno y real que tenías. Te has destruido lo suficiente, Marco, no sigas ahora interfiriendo en la vida de Aless. Déjala en paz, por favor. Ella salió adelante y tiene un futuro prometedor. Y Andrea… Andrea es la persona adecuada para ella. Le da todo lo que tú no pudiste ni le podrás dar.

Me quedé en silencio, tragándome las palabras que quería decirle. Porque él tenía razón, en todo, y eso era lo más doloroso. No podía refutarlo.

—No te preocupes, no voy a interferir. Ya lo he entendido. Ella se irá en breve, así que no hay nada que temer. Ve con los demás que te estarán buscando y, por favor, no les digas que estuve aquí. No quiero que me miren con lástima.

—Tranquilo, Marco, confía en mí. Y nada de alcohol esta noche, ¿me oyes? —me advirtió con un dedo levantado, como si ni él mismo

creyera que yo fuera a cumplir con su consejo.

Le devolví una sonrisa falsa. Apenas se fue, supe lo que haría: vaciaría la botella de *whisky* de Deerloch en cuanto llegara a casa.

CAPÍTULO 3

Senza di te, non ho speranza.
Sin ti, no tengo esperanza.

—¡Buenos días, niño Marco! —saludó Sofia al salir de la mansión de mi abuelo. Desde siempre, había adorado a esa mujer; trabajaba para él desde que yo era pequeño y, aunque ya tenía edad para jubilarse, no lo dejaría hasta que su cuerpo no le permitiera seguir.

—Buenos días, Sofia. Cada día estás más guapa —la alagué con una sonrisa y un guiño. Sabía cuánto le gustaban los piropos; siempre había sido muy coqueta.

—¡Adulador! —respondió, sonrojada y complacida—. Cariño, me voy al médico a por los resultados de la analítica, así que te dejo. Tu abuelo está dentro…, pero reunido con la joven Alessandra. Deberías pasar a acompañarlos. —Esta vez fue ella quien me guiñó un ojo cómplice, antes de marcharse.

Me quedé paralizado en la puerta, sopesando si entrar o no. Desde que esa mujer volvió a Milán, mi vida era un caos. La noche anterior, follando con Larissa, las cosas fueron un desastre. Quizá por el alcohol, quizá por mi propia cabeza envenenada, no podía dejar de ver el rostro de Aless en lugar de ella. Llegó un punto en que tuve que pedirle que se fuera y, claro, no le hizo gracia. Ahora me esperaban unos días de reproches… En fin, ya le compensaría con algún regalo caro. Aunque con Aless siempre fue distinto: ese tipo de gestos no funcionaban, ella era diferente. «¡Mierda! No puedo seguir así», me reprendí con fastidio, y cuando me di cuenta, ya había entrado en la mansión.

En uno de los espejos de la entrada se reflejaba parte de la sala. Aless y mi abuelo estaban sentados en el mismo sillón, con sus

manos entrelazadas. Se les notaba el cariño sincero que se tenían, una conexión que, admito, quizá nunca tuve con él. Aless estaba increíblemente guapa. Llevaba unos vaqueros holgados en la cintura, dejando espacio para que el movimiento resaltase su figura, haciéndola aún más atractiva. Su camiseta, que parecía de algún evento de baile, tenía un logo de Red Bull y estaba anudada justo debajo del pecho, mostrando su abdomen bronceado y firme. Una serie de pulseras decoraban uno de sus brazos y dos colgantes con cuentas budistas, o algo así, caían sobre su pecho. Su cabello rizado y desordenado enmarcaba su rostro con una belleza cruda, casi salvaje. Dios, estaba hermosa. Tan natural, tan auténtica, que era imposible no quedar embelesado por esa belleza tan única.

No podía seguir ahí oculto, no estaba bien espiarla así; definitivamente, lo mejor sería largarme. Por el bien de ambos. Si quería conservar la poca cordura que me quedaba, tenía que mantener la distancia. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de irme, la escuché respondiéndole algo a mi abuelo, algo que me dejó inmóvil.

—Giovanni, te agradezco muchísimo la oferta para dirigir el departamento de Diseño, de verdad, aunque no puedo aceptarla. Tengo una vida, una buena vida a la que no estoy dispuesta a renunciar. Me ha costado mucho llegar hasta aquí, y por fin tengo la estabilidad y la paz que tanto necesitaba. Trabajo en lo que amo, y lo hago junto a la persona que quiero.

Desde mi lugar, no podía creerlo. ¿Qué buscaba mi abuelo con esa oferta? Aunque, para ser sincero, si ella hubiera aceptado, una chispa de esperanza habría renacido dentro de mí. Pero con esa respuesta me quedó claro que, para Alessandra Rossi, Marco Sforza era solo un pasado superado, un recuerdo del que se había liberado.

—Hija, te entiendo y comprendo que rechaces la oferta. No obstante, tengo que seguir intentándolo. Por eso… voy a jugar sucio ansiando tocar ese corazoncito.

—Giovanni, sabes que te quiero como a un abuelo, pero no lograrás hacerme cambiar de idea.

—Escúchame primero, después decide —insistió, con una expresión seria que rara vez le había visto. Al ver su determinación,

Aless le hizo un leve asentimiento.

—Lo cierto, hija, es que estamos a punto de perder la empresa. No creo que lleguemos a la próxima temporada. Marco hace todo lo posible, sin embargo, por mucho que intente apagar los incendios, no es suficiente. Dante de Donato Sartoria está haciendo todo lo que está en sus manos por quedarse con Valentino Ferre, y nosotros no tenemos mucho margen. Además, Simona ahora posee la parte de mi hijo Domenico y mi otro nieto, Romeo, ha regresado solo para sacar provecho. Y, aunque Marco intente ocultármelo, sé que estos dos traidores están negociando a nuestras espaldas con Dante. Ya ni se esconden. Es desesperante ver cómo Simona se pavonea a su lado como si nunca le hubiera importado mi hijo. —Mi abuelo se agarró el pecho, afectado por la ira y la frustración.

—Cálmate, no te pongas nervioso. Toma un poco de agua —propuso Aless, entregándole el vaso que estaba sobre la mesa junto a los cafés.

—Hija, estoy desesperado —continuó él con voz apagada—. Marco ya no puede dibujar; las colecciones no están a la altura y, sin un diseñador que las lidere, no podremos revertir la situación. La deuda que dejó Domenico con la expansión nos tiene al borde del abismo. Y temo por mi nieto, por la empresa…, que se me desmoronen entre las manos y que yo no pueda hacer nada para salvarlos.

—Giovanni, no entiendo… Marco es un gran diseñador, el mejor del país, de los primeros en el mundo. ¿Por qué no deja la administración de la empresa y retoma su antiguo puesto?

«No, abuelo, no lo digas», supliqué en silencio, sintiendo cómo el aire comenzaba a faltarme. Me apoyé contra la pared para mantener el equilibrio mientras las manos me temblaban sin remedio.

—Cuando te fuiste, Marco quedó destrozado, lleno de rabia contra Simona por todo el daño que había causado. Fue justo ahí cuando decidió hablar con su padre y, finalmente, tuvieron esa conversación que ambos evitaron por años. No sé exactamente de qué hablaron, porque mi nieto no me lo ha contado, pero ese día lo cambió todo. Domenico reaccionó y por primera vez se puso del lado de su hijo, rompiendo definitivamente con Simona.

»Ella tardó unos días en marcharse de la casa y, cuando llegó la fecha límite, pidió hablar una última vez con él. Después de esa despedida, Domenico y Marco tenían planes para jugar un partido. Estaban hablando por teléfono cuando el coche de mi hijo tuvo un accidente. Marco escuchó cómo su padre se iba apagando al otro lado de la línea, sin poder hacer nada. Se culpa por esa muerte, igual que por la de su madre. Y desde ese momento, no ha vuelto a dibujar. Los médicos dicen que su impedimento es psicológico, que es un bloqueo, y aunque ha ido a incontables especialistas, nada ha cambiado. Finalmente, se ha rendido.

Miré a Aless a través del espejo; tenía las manos aferradas a las de mi abuelo y unas lágrimas resbalaban por su rostro. Quería gritar, hacer cualquier cosa menos quedarme allí sintiendo que ella sentía pena por mí.

—Dios mío, cuánto lo siento, Giovanni. Debió de ser muy duro para ambos. Sin embargo, si hay algo positivo en todo esto es que, al menos, ellos lograron reconciliarse. Y Simona no ganó al final.

—Tienes razón, hija, pero sé que hay algo más, algo que sigue atormentando a Marco, y siendo tan reservado, es casi imposible llegar hasta él. Tú lo sabes mejor que nadie —dijo, y ella asintió.

—Sí, y si algo he aprendido en este tiempo es que no se puede vivir en el rencor, ni con odio o sed de venganza. Lo único que eso hace es limitar nuestra vida, y nadie merece que le dediquemos esa energía, ni siquiera mi madre. Como ya te comenté, no puedo retroceder en el tiempo y meterme otra vez en este nido de víboras. También he sufrido mucho y no voy a permitir que el pasado, o personas del pasado, me anclen en mi presente.

—No pretendo hacerte eso, hija, ni cambiar el rumbo de tu vida. Si alguien merece ser feliz, esa eres tú. Sin embargo, me atrevo a pedirte un favor, por el cariño y la confianza que siempre hemos compartido. No se lo pediría a nadie más. Necesitamos una colección especial, algo como lo que hiciste para Giordano. Una colección que nos permita deslumbrar y ganar el tiempo suficiente para reparar esta situación y contratar a los diseñadores adecuados. ¿Qué dices? Es solo temporal. No afectará a tu vida en nada.

—¿Cómo me pides algo así, Giovanni? Esto no es lo mismo que hacerlo para Giordano y los dos lo sabemos. Para mí, esto significa retroceder, y temo que ese tiempo aquí acabe destruyendo lo bueno que tengo ahora.

—No te preocupes, lo entiendo, hija. No quiero presionarte.

—¡Uf! No me pongas esa cara…, no puedo con ella. Me encantaría mandarte al diablo, ¿sabes? Pero eres muy consciente de mi debilidad por ti. Está bien, tendrás una colección especial. Solo una —le advirtió mientras mi abuelo la abrazaba emocionado.

—Sabía que podía contar contigo.

—Calma, calma, no te emociones tanto, que tengo mis condiciones.

—Lo que pidas, lo acepto —respondió de inmediato—. Dinero, una casa… o si quieres puedes quedarte aquí conmigo, o tú y Andrea.

—No te aceleres. Andrea y yo necesitamos nuestro espacio. Y aprecio la oferta, pero debo discutirlo con él, ya que esto cambia un poco nuestros planes. Lo que realmente quiero pedirte es que me des la autonomía suficiente para que todas las decisiones de diseño recaigan sobre mí. No quiero a nadie interfiriendo en mi trabajo —expuso claramente, haciendo obvia referencia a mí.

—Tienes mi palabra. Confío plenamente en ti.

Me faltaba el aire y salí corriendo hacia los jardines, intentando procesar lo que acababa de escuchar. No podía permitir que Aless volviera a mi vida solo por lástima, para más tarde desaparecer otra vez. Al verla marcharse, regresé a la mansión como un huracán y me dirigí directamente a mi abuelo, quien ya me esperaba, calmado, como si lo hubiera previsto.

—Has sido más rápido de lo que imaginaba —comentó divertido —. Supongo que, habiéndolo escuchado todo, me ahorro darte la buena noticia.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Hijo, la puerta se abrió dos veces, y Sofia tiene la mañana libre. Eres el único que entra sin llamar.

—Perfecto, así nos ahorramos explicaciones. Solo vengo a decirte que no la quiero en la empresa. No necesitamos su ayuda.

—Siento diferir contigo, Marco, sabes tan bien como yo que Alessandra es nuestra única opción. Apelé a su buen corazón y al cariño que nos tiene. Y aceptó.

—¿Qué cariño, abuelo? El que te tiene a ti, porque por mí ha pasado del desprecio a la lástima, y todo gracias a tu discurso. Lo dicho, no acepto esta decisión. Llámala, agradéceselo, pero mantenla lejos de Valentino Ferre y de mi vida.

—Eso no va a suceder. Sé lo que es mejor para mi empresa y para ti, mi nieto. Puedes enfadarte cuanto quieras, sin embargo, aquí no hay debate. Es una decisión tomada, y debes acatar mis órdenes como socio mayoritario.

—Perfecto, abuelo. Maravilloso. Me encanta cómo tienes en cuenta mi opinión. Si tu objetivo es enloquecerme, vas por el buen camino —concluí, poniéndome de pie y saliendo apresurado antes de decir algo de lo que me arrepintiera.

No obstante, esto no se iba a quedar así. Alessandra Rossi no volvería a trabajar en Valentino Ferre.

* * *

Otra vez estaba de vuelta en aquel maldito polígono industrial, repleto de naves abandonadas y grafitis. Había llamado primero a Nico, pidiéndole la dirección donde se alojaba Aless, pero me lo negó rotundamente. Desesperado, recurrí a Vito, solo para arrepentirme casi de inmediato; aquello se convirtió en un interrogatorio absurdo y, al final, tampoco obtuve información. Así que el único lugar en el que me pareció razonable buscarla fue ese mismo sitio donde la había visto la última vez. No iba muy desencaminado.

Al llegar, noté cierto movimiento en las instalaciones; no tanto como la otra noche, aunque se veía que el sitio seguía atrayendo a los jóvenes que venían para ensayar o simplemente para reunirse. Jóvenes, sí, porque todos rondaban los veinte años, mientras que yo, acercándome ya a los cuarenta, sentía que la diferencia de edad entre Aless y yo, ahora quedaba más marcada que nunca.

Pregunté por ella, y uno de los chicos me indicó que estaba ensayando en una sala en el otro extremo. Al caminar por el pasillo, pude ver diferentes grupos concentrados en sus propias coreografías. Entonces, al pasar por una de las puertas, una música en particular me detuvo: *Cry To Me* de Solomon Burke, un clásico, algo alejado de lo que imaginaba para el baile urbano. La puerta estaba medio abierta y, en un impulso, miré por el hueco. «Otra vez aquí, observando desde las sombras como un maldito mirón», me reproché, pero no podía apartar la vista.

Dentro de la sala, Aless y Andrea bailaban. La melodía y sus movimientos suaves lo confirmaban: estaban ensayando bachata. Ella llevaba la misma ropa que en casa de mi abuelo; él, una camiseta deportiva sin mangas, que dejaba ver un físico entrenado y seguro de sí mismo.

Andrea la sujetaba por la cintura, acercándola a él hasta que sus cuerpos apenas dejaban separación, con su pecho contra la espalda de ella, y con sus manos deslizándose con suavidad por sus caderas mientras ambos giraban, en un movimiento que desprendía deseo.

Aless cerraba los ojos y se dejaba guiar, sus manos recorrían el brazo del sueco, permitiendo que él marcara cada paso. Ella arqueaba el cuerpo con naturalidad y su rostro quedaba a centímetros del de él, en un vaivén con el que parecía que estaban practicando sexo y no bailando. Andrea sonreía ligeramente, sus dedos acariciaban la piel desnuda de su abdomen mientras la acercaba aún más, sus respiraciones estaban agitadas y sus labios casi encontrándose en cada giro.

Desde el hueco de la puerta, apretaba los puños, con el pulso acelerado. Aquel baile, más que una coreografía, parecía un preliminar. La mano de Andrea ascendió despacio por el costado de Aless mientras ella inclinaba la cabeza hacia atrás, dejándose llevar en un suave giro que terminó con ambos, una vez más, a milímetros de distancia, mirándose con un fuego que parecía que fueran a incendiar aquel lugar.

Ya no pude soportarlo. El calor abrasador de los celos me corroía por dentro, obligándome a dar un paso adelante, decidido a interrumpir aquella danza que quemaba desde la distancia. Pero

antes de que pudiera abrir la boca, Aless se detuvo en seco, alejándose apenas un paso de Andrea, con los brazos en jarra y el ceño fruncido.

—Andrea, ¿qué pasa, amor? No estás dando el cien por cien.

Oírla llamarlo amor fue como un puñal directo al corazón, sin embargo, lo que realmente me terminó de destrozar fue escuchar que le pedía más entrega, como si necesitara algo aún más íntimo de él. ¿Qué más quería que hiciera, que la empotrara contra la pared?

—Perdona, estoy un poco distraído —respondió él, bajando la mirada un instante.

—Es por el asunto de volver a trabajar para los Sforza, ¿verdad?

Andrea tomó su rostro entre las manos y acercó su frente a la de Aless, en un gesto tierno que me alteraba todavía más por dentro.

—Cariño, sabes que siempre voy a apoyarte en tus decisiones. Confío en ti completamente —susurró—, aunque no te voy a negar que esto me inquieta. Me da miedo.

—Andrea, ya te expliqué por qué tengo que hacerlo. Es solo por un tiempo, debo ayudarlos, pero esto no cambia nada entre tú y yo. Sé lo que quiero y a quién quiero, y ese eres tú. Te amo, ¿entiendes? ¡Te amo! —exclamó, haciéndolo sonreír.

Él respondió alzándola en sus brazos y susurrando:

—Yo también te amo; nunca dejé de hacerlo.

«¿Qué pasa, que soy un masoquista ahora?», pensé, devastado. Di media vuelta, incapaz de seguir viendo esa escena sacada de una comedia romántica. Hablaría con ella cuando estuviera sola, sin el sueco de por medio. Saqué el teléfono y llamé a Larissa, buscando una distracción que me hiciera olvidar lo que acababa de presenciar. Sí, era un mezquino, ese era yo, Marco Sforza. Y estaba de vuelta.

CAPÍTULO 4

Smettila di farmi pensare a te!
¡Deja de hacerme pensar en ti!

—¿Crees que el banco aceptará nuestra propuesta? —inquirió Nico, levantando una ceja.

—No parecían muy convencidos —respondí, desanimado—. Creo que acabamos de perder tres horas para nada. Ahora toca decírselo a mi abuelo.

El ascensor se detuvo en la planta de Diseño y Vito entró con una sonrisa que no le cabía en el rostro.

—¿A qué viene tanta alegría? —le preguntó mi amigo, intrigado.

—¿No te has enterado? ¡Mi reina, mi diosa, empezó hoy como jefa del departamento de Diseño!

—¿Quién? —insistió Nico, pero yo no necesitaba aclaración. En mi mente, las alertas se dispararon al instante.

—Tu *sweetie* —confirmó el fotógrafo con una mueca exagerada.

Sin pensarlo, detuve el ascensor, dejando que se parara entre dos plantas, y presioné el número de la planta de Diseño.

—Por tu reacción, Marco, está claro que no sabías nada de esta «nueva incorporación» —comentó Nico, mientras Vito apenas lograba contener la risa.

Les lancé una mirada seria y ambos se callaron de inmediato, como si acabara de cortarles la diversión.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, salí disparado, y al llegar al departamento, ahí estaba ella: subida en los dos peldaños que llevaban a lo que alguna vez fue mi despacho, dirigiéndose al equipo con una autoridad que me dejó clavado en el sitio. No era solo su

aspecto, sino la seguridad y determinación en cada palabra, en cada movimiento de su cuerpo.

Aless llevaba un vestido negro y recto con una abertura lateral que dejaba entrever sus torneadas piernas al moverse, y una camisa de cuadros atada a la cintura que le daba un toque casual, como si no necesitara esforzarse para lucir imponente. Las botas militares añadían esa imagen de fuerza y rebeldía que irradiaba.

—Los cambios van a ser inmediatos. Quiero un trabajo de calidad, creativo y audaz. Vamos a olvidarnos de lo sobrio y lo aburrido; aspiro a que dejéis volar la imaginación, que exploréis ese lado más salvaje y atrevido. Diseños que desafíen los paradigmas establecidos, que destaquen y nos hagan diferentes. Aquí no hay límites: lo que importa es que os arriesguéis y dejéis los miedos atrás. Sé que es un comienzo y que no será fácil, sin embargo, con esfuerzo y ganas, podemos lograrlo —dictó Aless con una convicción contagiosa.

Los empleados se miraban entre sí, sorprendidos, pero con una chispa de entusiasmo, como si esas palabras les hubieran insuflado la energía y la esperanza que tanto necesitaban.

—A partir de este momento, las cosas se harán de otra manera —continuó—. Quiero buena energía en el equipo. La antigua sala de reuniones se va a transformar: ahora será un espacio de desconexión para todos vosotros. Ahí encontraréis gafas 3D, juegos, alguna máquina de ejercicio, una pequeña biblioteca y, por supuesto, siempre habrá café, bebidas y algo para picar. Quiero que ese sea un lugar para recargaros cada hora durante diez minutos, ni uno más ni uno menos. Será una pausa obligatoria para que vuestra creatividad se renueve continuamente.

Aless señaló a Luca, que estaba de pie a su lado.

—Como podéis ver, Luca, que estaba en seguridad, ahora será mi asistente aquí. Quiero que compartáis con él todas vuestras ideas y propuestas para que esto funcione. Seremos un equipo; no quiero distinciones entre veteranos y novatos. Cualquier idea es bienvenida. Y lo más importante: debemos confiar unos en los otros y estar dispuestos a apoyarnos. La clave del éxito es esa confianza mutua. Si falta eso, no tenemos nada. Lo que estamos construyendo aquí es

más que un trabajo, es un lugar donde podemos disfrutar de lo que hacemos, y entre todos lo vamos a lograr.

Los rostros de los empleados se iluminaron, motivados, algo que yo, hasta ahora, no había sabido despertar.

—Cuánto la echaba de menos —confesó Vito, con un suspiro de admiración—. Necesitábamos aire fresco.

—Te entiendo, amigo —respondió Nico—. *Sweetie* ha vuelto… Una mujer con carácter es justo lo que nos hace falta.

No, no podía tenerla allí día tras día, y menos por compasión. La última vez que me había acostumbrado a su presencia, ella se fue, dejándolo todo roto a su paso, sin opción de recomponerse. No volvería a permitírselo.

Caminé hacia su lado y, justo cuando estaba subiendo el primer peldaño, nuestros ojos se encontraron. Por un instante todo se detuvo, su mirada desafiante me atravesó como un rayo. Estaba completamente convencido de que mi presencia le había afectado de alguna manera, que los viejos sentimientos ocultos habían reverberado entre nosotros. Pero, con una agilidad inesperada y una frialdad que hasta a mí me sorprendió, me ignoró.

—Pasa al despacho, necesitamos hablar —le sugerí con voz grave y autoritaria. Ella se giró con su expresión seria y las cejas alzadas en señal de desafío.

—Hola, Marco. Cuánto tiempo. Estoy bien, gracias. Espero que tú también lo estés —comenzó a hablar con ironía, provocando risas entre los empleados. Sin embargo, eso no la detuvo—. Parece que con el tiempo tu carácter se ha vuelto más agradable. Da gusto que te reciban en tu lugar de trabajo con una bienvenida tan calurosa.

—Deja los juegos. No estoy aquí para tonterías, quiero hablar contigo —bramé, furioso por sus provocaciones.

—Por supuesto, dile a Emma que concierte una cita con Luca, que ahora es mi ayudante, y estaré encantada de recibirte en mi despacho —respondió con tono despreocupado, avivando más mi enfado.

La situación se estaba descontrolando. Todos nos miraban divertidos, como si imprevistamente nos hubiéramos convertido en el centro de un espectáculo. Si querían *show*, lo iban a tener. Sin

pensarlo, enrosqué mi mano en su cintura, pero al hacerlo, el aroma de su cabello y el calor de su piel sobre la tela inundaron mis sentidos. ¡Joder, cuánto la había extrañado! Pese a ello, no me dejé llevar por la nostalgia. Caminé hacia el despacho, cerrando la puerta de un golpe detrás de mí, decidido a poner fin a este juego.

—Suéltame y no vuelvas a tocarme nunca más. Mucho menos a obligarme a hacer algo que no quiero. ¿Te queda claro? La idiota a la que amenazabas en el pasado ya no existe.

—Oh, eso me queda muy claro. Ahora tengo delante a la reina de la danza —ironicé, haciendo aspavientos con las manos.

—¿Tienes algún problema con mi trabajo?

—Yo, ninguno. Así que mueve ese trasero por el mundo y lárgate de esta empresa de una vez. No necesitamos tu lástima. Si quieres hacer una buena acción, adopta un koala en Australia.

—Así que eso es lo que pasa, el gran Marco Sforza tiene el orgullo magullado. Querido, aquí no hay lástima; no veo a ningún cachorrillo abandonado. Veo a un hombre que no es capaz de enfrentarse a sus demonios, y estos se están apoderando cada vez más de su vida. Aunque eso no es asunto mío. Estoy aquí solo por una persona: tu abuelo. Así que acostúmbrate a mi presencia, porque no me voy a ir hasta que la nueva colección salga.

—No te quiero aquí. Vete a tu mundo feliz. Con mi abuelo ya lidio yo, no es asunto tuyo.

—¿De verdad crees que quiero estar aquí, Marco? ¡Me muero de la emoción! —ironizó—. Giovanni no solo es importante para ti, también lo es para mí, y mientras me necesite, podrá contar conmigo. Así que no lo hagas más difícil. Déjame trabajar para acabar con esto cuanto antes y evitar que tengamos que vernos la cara de nuevo.

Iba a responder, sin embargo, en ese momento me di cuenta de que nuestros rostros estaban a escasos centímetros el uno del otro. La discusión, acalorada, nos había llevado a acercarnos inconscientemente hasta quedar así, respirando agitadamente, atrapados en un contacto visual que resultaba casi electrizante. La voz de Simona resonó al otro lado de la puerta, discutiendo con Luca; parecía que Romeo estaba con ella. Como si estuviéramos

haciendo algo inapropiado, nos separamos rápidamente, tomando distancia. La puerta se abrió y Simona fue la primera en entrar. Sus ojos recorrieron a su hija de arriba abajo, llenos de desprecio. Mi primo no tardó en hacer lo mismo, pero su mirada era completamente diferente; conocía a mi primo y, por la forma en que la observaba, estaba claro que ella le gustaba.

—Luca, por favor, llama a Giovanni. Dile que baje a mi despacho; tengo toda su jauría aquí —protestó Aless con voz firme, sin disimular su incomodidad.

—Hola, soy Romeo, el otro nieto Sforza —intervino él con un aire galante, tomando la mano de Aless para besarla, aunque su expresión era imperturbable. Eso, sinceramente, me encantó. Mi primo, siempre presumiendo de su superioridad, no tenía idea de con quién trataba—. Bienvenida a la empresa. Es un placer tener nuevas incorporaciones tan hermosas como tú.

—¿Me vas a soltar la mano o tienes pensado admirarla todo el día? —objetó ella, enarcando una ceja.

No pude evitar soltar una carcajada. Había estado perfecta.

—Disculpa, es que me he quedado embelesado por tu belleza… y la suavidad de tu piel —continuó él, sin perder su aire de conquistador.

—Romeo, puedes dejar tu galantería a un lado. No estamos en la época victoriana ni este es un baile de la corte. Y si tanto te gusta mi mano, te mando una foto —zanjó Aless.

Esta vez, no pude contener la risa, haciendo que mi primo me mirara con enfado. Aless solía ser más diplomática, pero comprendía el porqué de su actitud. Mi abuelo ya le había contado sobre las maniobras de Romeo y Simona con la competencia. Ella no dudaba en sacar las garras cuando alguien que le importaba estaba en apuros.

—Así que de vuelta por aquí, hijita. ¿No perdiste lo suficiente la última vez que te juntaste con los Sforza? —recordó su madre, lanzándole una mirada gélida.

—¡Simona…! —iba a intervenir, sin embargo, Aless me frenó, colocándome una mano en el brazo.

Por un instante, contuve la respiración; no obstante, estaba listo para hacer lo que fuera si Simona la lastimaba otra vez. Aless se mantuvo firme y avanzó dos pasos, hasta quedar a escasos centímetros de ella.

—Parece que tus planes salieron bastante bien. Ahora tienes dinero, aunque, por lo que veo, nunca es suficiente para ti. Imagino que ya estás buscando otra víctima a la que desangrar, por eso no eres más que una sanguijuela —pronunció con calma—. Pero en algo te equivocas. Yo no perdí nada por estar con los Sforza; al contrario, gané. Tú eres la única persona que me ha arrebatado algo en esta vida. Y si piensas que te odio o que tengo algún interés en ti, estás muy equivocada. No vales lo suficiente para generarme ningún tipo de sentimiento.

»Mi vida es tan plena ahora que no voy a permitir que nadie del pasado la enturbie. Eso sí, te advierto algo, y quiero que me escuches bien: no vuelvas a intentar dañarme o dañar a alguien que quiero. Porque si lo haces, aquí, delante de todos, te juro que acabaré contigo, como me llamo Alessandra Rossi.

En ese momento, Giovanni irrumpió en la oficina.

—¿Qué está pasando aquí?

—Tengo a todos tus socios metidos en mi departamento, Giovanni. Los quiero fuera y que no vuelvan a poner un pie aquí. La única persona con la que trataré el tema financiero será Marco. Es evidente que él es el único que no quiere hundir esta empresa. Desde luego, no pienso trabajar con traidores —sentenció Aless.

Por un instante, nuestras miradas se cruzaron y sentí que en esa breve conexión había un ápice de complicidad. ¿Podría ser? No sabía si era real o un deseo desesperado de ver algo de nuestro pasado en ella.

Aless salió del despacho dejándonos a los cuatro allí, sin embargo, mi mente estaba en otra parte. Mi abuelo podría ocuparse de ellos, mi único pensamiento era Aless. Había cambiado, sí, pero en ciertos momentos… sentí que algo de lo que tuvimos, de nuestro pasado, todavía ardía en ella.

* * *

—Cariño, te he extrañado —susurró Larissa mientras se acercaba a mí peligrosamente, aprovechando que las puertas del ascensor se habían cerrado.

—Para, aquí podría vernos alguien. —Detuve sus caricias.

—¿Qué te pasa, Marco? Estás más frío que de costumbre. No nos hemos visto en toda la semana, siempre con la excusa del trabajo, y ahora, cuando por fin logro robarte un rato para almorzar, estás como un iceberg.

Larissa tenía razón. Desde que Aless había irrumpido de nuevo en mi vida, no podía dejar de pensar en ella, aunque evitara verla o enviara a Emma y Luca como intermediarios en cualquier solicitud entre nuestros departamentos. Aless estaba en la planta de abajo, en el que solía ser mi despacho, y solo de pensarlo era suficiente para volverme loco. Todo el tiempo quería bajar, cruzar su puerta, besarla y sentirla de nuevo, aunque me obligaba a sacarme esas ideas de la cabeza.

—Larissa, tú y yo sabemos que lo que tenemos no es una relación convencional. Nos vemos cuando ambos queremos, pasamos un buen rato y eso es todo —le recordé, intentando ser directo.

—Bueno, eso tiene que cambiar. Al principio estaba conforme con lo que me ofrecías, pero ahora me estoy cansando de esperar a que quieras dar un paso más.

Antes de responder, las puertas del ascensor se abrieron en la planta de Diseño, y ahí estaba Aless, parada frente a nosotros. Maldije para mis adentros, ¿podría tener peor suerte? Ella se quedó petrificada y, aunque intentaba mantener la compostura, vi en su mirada algo que no era indiferencia… ¿Estaba celosa? Decidí divertirme un poco y probar cuánto le afectaba.

Sujeté a Larissa de la cintura y la atraje hacia mí; sus ojos se abrieron, ligeramente sorprendidos.

—Pasa, Aless, cabemos todos —la invité a entrar, con una sonrisa falsamente cordial.

—No, gracias. No quiero molestar, puedo esperar a que esté vacío —argumentó, mirando de reojo la mano que tenía sobre la cintura de Larissa.

—No seas tonta, pasa —intervino Larissa, con un tono amable y despreocupado—. Tú debes de ser Alessandra Rossi, he escuchado hablar maravillas de ti. La colección de Giordano fue espectacular.

—Gracias —contestó ella, sonriendo de manera forzada mientras observaba cómo mi mano jugaba con el cuello de Larissa.

—Aless, te presento a Larissa Corvi, la directora de *Le Chic Magazine*. Seguro que habrás oído hablar de ella; sus críticas en el mundo de la moda son muy reconocidas.

—Pues la verdad es que no —respondió con naturalidad, aunque sabía que mentía—. No es por menospreciar tu trabajo, Larissa, pero yo no estoy muy actualizada. Esto es algo temporal, mi verdadera profesión es otra y paso mucho tiempo fuera, desconectada de la prensa.

Conocía demasiado bien a Larissa como para no notar cómo su ego había quedado herido. Pero, al mismo tiempo, también sabía que a Aless le molestaba verme con otra mujer de forma tan cariñosa. Lo mismo que sentí yo al ver cómo le decía «te quiero» a otro. Cuando las puertas llegaron a la planta baja, Aless salió apresuradamente, como si necesitara aire. La llamé antes de que se fuera.

—Alessandra, seré yo quien te acompañe con el tema de la pedrería. Mi abuelo no puede y me encargó ir a esa reunión contigo mañana por la tarde.

—Revisaré mi agenda y te confirmo si tengo tiempo —apostilló, provocándome.

—Pues asegúrate de que lo tengas porque el resto de la semana estará ocupado, y el mes también —repliqué. Vi cómo el rubor de la rabia le subía por el rostro y, sin decir más, se giró y se marchó con paso rápido. La seguí con la mirada y vi a Andrea discutiendo tenso con Simona.

—Espérame aquí —le pedí a Larissa, acercándome a donde estaban ellos.

—Señora, guárdese sus comentarios. Conozco bien a la mujer que tengo a mi lado y no me hará desconfiar de ella. La quiero, y ella a mí, y eso es más que suficiente —zanjó él en tono cortante.

—Andrea, amor, ¿qué sucede? —interpeló Aless, intranquila.

—No te preocupes, cariño —la calmó el sueco—. Esta señora no encontró aquí lo que buscaba.

—¡Simona! —la frené, tomándola del brazo y llevándola a un lado —. No juegues conmigo. Yo ya no tengo nada que perder, sin embargo, tú sí. Si tu nuevo amante llega a conocer tus secretos del pasado, ¿qué crees que pasará? Así que, ni se te ocurra volver a acercarte a Aless. Esta es la última advertencia.

—Eres un idiota, Marco. A ella ya no le importas. Mientras tú la defiendes, ella está en brazos de su nuevo novio —espetó antes de marcharse.

Respiré hondo, sabiendo que finalmente había llegado el momento de conocer a Andrea cara a cara.

—¿Todo bien por aquí? —interrumpí alcanzándolos.

—Todo bien, gracias —respondió Andrea sin reservas, y le extendí la mano que él aceptó tras una breve pausa.

—Marco Sforza.

—Andrea Vannucci. —Correspondió con un apretón firme.

—No sé lo que te habrá dicho Simona, pero no le hagas caso. Disfruta lastimando a las personas.

—Gracias por tus palabras, aunque me importa poco lo que diga esa señora. Yo sé bien a quién tengo a mi lado —aseguró, mirando a Aless con ternura y besándola. Desvié la mirada, apretando los puños, cuando sentí el brazo de Larissa tomándome del mío. Le agradecí en silencio que estuviera allí.

—Tenemos una reserva y ya vamos tarde —murmuré, deseando escapar.

—Podríamos ir los cuatro —soltó Larissa. Mi mirada se encontró instintivamente con la de Aless, que también se tensó. Sin embargo, fue Andrea quien contestó.

—Agradezco la invitación, no obstante, debo volar esta tarde y quiero pasar un rato a solas con mi novia.

—Claro, claro. Será en otra ocasión. Que tengas un buen viaje.

—Gracias —dijo Andrea.

—Buen vuelo —concluí en tono cordial de despedida.

—Adiós —respondió, y vi cómo se alejaban juntos.

Aless estaría sola, al menos por un tiempo. Pero ¿por qué me importaba? Era lo mismo; nada cambiaría nuestra historia. Intenté obligarme a centrarme de una vez. Y, repentinamente, me di cuenta de lo absurdo: acababa de inventarme lo de la pedrería y ahora tendría que pedirle a mi abuelo que no asistiera él a la reunión. Toda una semana controlándome y, en un instante, había tirado todo mi esfuerzo por tierra.

CAPÍTULO 5

Porti la chiave del mio cuore e assolutamente nessun altro può aprirla.
Tienes la llave de mi corazón y absolutamente nadie más puede abrirlo.

Ya había pasado una hora desde el cierre de la empresa y en el edificio solo quedábamos Aless, escondida en su despacho, el de seguridad y yo. La reunión que habíamos concertado con el comerciante de joyas, Lorenzo Zanoli, tenía que haber empezado hacía media hora, sin embargo, con tantos cambios en el último momento, empezaba a preguntarme si se cansaría de nosotros. La reunión original iba a celebrarse en un almacén a las afueras de Milán, donde Zanoli nos mostraría algunas muestras de gemas y posteriormente iríamos a comer. Pero Aless se negó: pasar tiempo a solas conmigo no entraba en sus planes y parecía dispuesta a evitarlo a toda costa.

Así que acepté su sugerencia de cambiar la cita y trasladarla a nuestra empresa, un lugar «seguro», como ella lo había llamado, porque aquí nunca tendría que quedarse a solas conmigo. Sin embargo, una vez vista la situación, llamé a Zanoli y modifiqué la hora de nuevo. Primero, porque me preocupaba que alguno de los topos de la compañía informara a la competencia, que no perdería la oportunidad de intervenir. Aunque también había otra razón, una más personal, y es que este cambio obligaría a Aless a enfrentarse a mi sola presencia, quisiera o no. No obstante, ya dudaba de que mis expectativas se cumplieran; quizá ese hombre nos había dado plantón.

Inesperadamente, dos golpes sonaron en la puerta y esta se abrió. No pude evitar sonreír. Era una costumbre mía, dar dos toques antes de entrar, que había terminado contagiándole a Aless en

nuestras épocas menos distantes. Me complacía ver que, al menos, no lo había olvidado todo. Aless se asomó y, aunque intentó mantener su expresión impasible, noté un destello de incertidumbre en su mirada.

—No se va a presentar, ¿verdad? —indagó sin mucho disimulo, como esperando que confirmara su sospecha de que Zanoli se había cansado de nosotros.

—No estoy tan seguro —respondí tranquilamente mientras revisaba la hora en el reloj—. Dale unos minutos más.

Ella frunció el ceño, reflejando su molestia. Por un segundo, pensé en las veces que esa expresión de frustración en su rostro había sido tan familiar para mí, aunque en contextos muy distintos. Aun así, me mantuve en silencio; no iba a darle el gusto de que viera que la situación también me afectaba.

Mi teléfono comenzó a sonar. Lo saqué del bolsillo y vi que era Zanoli. Lo puse en el altavoz para que Aless también pudiera escuchar.

—Hola, Marco, tendremos que cancelar la reunión de hoy —indicó el comerciante—. Tuve un imprevisto y no he podido avisaros antes. Mis disculpas.

—No te preocupes, Lorenzo. Lo dejamos para otro día. Espero que no sea nada grave, y si necesitas algo, cuenta con nosotros.

—Gracias, eres muy amable. Por suerte, no es nada serio, solo una falsa alarma. Pero me tomará un poco más de tiempo y no quiero haceros esperar. Me gustaría compensaros por las molestias. ¿Qué os parecería reunirnos el fin de semana? Tengo una pequeña casa en San Marino, estaré allí con unos amigos y podríamos hablar de las gemas y de vuestra propuesta en un ambiente más distendido.

Miré hacia Aless, que me negaba con la cabeza de forma rotunda.

—Gracias, aunque no es necesario, Lorenzo —logré responder, justo antes de que me cortara.

—No acepto un «no» como respuesta. —Sonó firme—. Además, Marco, seamos sinceros: ahora mismo no tienes muchos colaboradores interesados en tus proyectos, especialmente después

de las últimas colecciones y la situación de tu empresa. Conmigo tenéis una oportunidad real.

Una cosa era querer incomodar a Aless, sin embargo, pasar el fin de semana con ella…, eso sería masoquismo puro. El caso es que Zanoli tenía razón. Hubo un tiempo en que trabajar con Valentino Ferre era un honor, pero ahora todos parecían evitar verse involucrados, como si fuéramos una apuesta demasiado arriesgada.

—Allí estaremos —articulé finalmente. Aless me dio un codazo y comenzó a zarandearme, frustrada. La sujeté por los brazos para que se calmara y quedamos a escasos centímetros de distancia, ambos respirando con agitación.

—¿Marco? ¿Me escuchas? —La voz del comerciante me trajo de vuelta a la conversación.

—Sí, perdona, dime.

—Podéis venir con vuestros acompañantes también.

En ese momento, Aless pareció comprender el significado de sus palabras y se apartó bruscamente. Pensó que llevaría a Larissa y noté la incomodidad en su rostro al imaginarlo. Además, empeorando las cosas para ella, Andrea no estaba.

—Gracias, Lorenzo. Hablamos para coordinar los detalles del fin de semana.

—Perfecto, lamento el inconveniente otra vez. Hasta luego, Marco.

—Adiós —concluí, terminando la llamada y soltando un largo suspiro.

—No vamos a ir allí, arréglalo como sea, ¿me oyes? —me increpó Aless con furia, elevando la voz—. Si estamos en esta situación es por tu culpa. Si no hubieras cambiado la hora de la reunión, ese acuerdo ya estaría firmado.

—Baja el tono, preciosa —exigí, tratando de mantener la calma—. Primero, nadie nos garantiza que Zanoli hubiera firmado hoy. Y segundo, si quieres culpar a alguien, culpa a tu cobardía por no querer ir al almacén.

Ella soltó una carcajada fingida, acercándose hasta quedar frente a mí, sus ojos relucían desafiantes.

—Mira quién habla de cobardía —espetó con sarcasmo—. El hombre que siempre juega sucio para salirse con la suya. Querías tenerme a solas, ¿no? Pues aquí estamos, ¿contento?

La observé en silencio, intentando contener una sonrisa.

—No te creas tan importante, Aless. Eres parte del pasado.

Alzó una ceja y dio un paso más, hasta quedar a centímetros de mi rostro. Sus labios entreabiertos y su aliento cálido me tentaban, pero me esforcé en mantener la postura. Elevando el dedo índice, me dio varios golpecitos en el pecho, como si quisiera empujarme a reaccionar.

—Ah, ¿sí? Si soy tan pasado, ¿por qué estamos solos en la empresa?

Tragué saliva, notando lo guapísima que estaba cuando se enfadaba. Intenté despejar esos pensamientos y le devolví el gesto, dándole unos toques en el hombro con mi dedo.

—Vamos, Aless, creí que eras más lista. La otra mitad de tu cerebro debe de estar ocupada en alguna coreografía de baile —solté sarcásticamente—. ¿Acaso no te das cuenta? Tenemos dos traidores en la empresa que quieren hundirnos, y si se enteran de esta reunión, lo primero que harán es ir con Dante y sabotear el acuerdo. Si quieres que esta colección vea la luz, será mejor que dejes tus rencores a un lado. Aquí trabajamos juntos o no trabajamos en absoluto.

Por primera vez guardó silencio y me miró fijamente, como si mis palabras la hubieran desarmado. No obstante, había algo más en su mirada; algo más profundo y peligroso. Entreabrió la boca y lentamente se humedeció el labio inferior con la lengua, atrapándolo entre los dientes. Mi corazón se aceleró de inmediato.

«¿Qué narices estaba haciendo?».

No podía permitirme caer en su juego, aunque una parte de mí, la que empezaba a dejarse llevar por su cercanía, quería besarla sin pensarlo. Noté la tensión en todo mi cuerpo, especialmente en mi entrepierna. Mala señal. Muy mala señal.

De pronto, todo se sumió en una penumbra, quedando solo la tenue iluminación de las luces de emergencia. Aless y yo sacamos nuestros teléfonos y encendimos las linternas. Ella corrió hacia la

puerta y giró la manija varias veces, empujándola en un intento desesperado por abrirla.

—¡Estupendo, encerrados! —murmuró entre dientes, golpeando la puerta con el puño.

Miré mi teléfono: sin señal. Desde los ventanales podía ver que la ciudad y las calles del centro de Milán, seguían iluminadas. Solo nuestro edificio estaba a oscuras. La sonrisa comenzó a asomarse en mi rostro mientras una sospecha cruzaba mi mente.

«Esto no es una coincidencia».

—No hay línea —anunció Aless con desesperación.

—Qué sorpresa —lancé con calma, dejándome caer en el sofá y recostándome con los pies sobre la mesita.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Levántate! —exigió, tirando de mí.

Aproveché el impulso y, sujetándola por la muñeca, la hice caer de golpe sobre mi regazo. Aless se echó hacia atrás, alejándose de mi rostro lo máximo posible, sin abandonar su mirada desafiante.

—Te aconsejo que te pongas cómoda. Por si no lo has notado, alguien nos ha encerrado aquí y nos ha dejado incomunicados.

—¿Por qué alguien haría eso? —indagó, aunque no necesité responder, lo comprendió rápidamente—. Ha sido Vito, ¿verdad? Dime que no se lo has pedido tú —me tanteó, mirándome a los ojos mientras mordisqueaba su labio.

¿Qué le pasaba? ¿Quería provocarme o estaba intentando matarme? Sentí la tensión en mi cuerpo y, antes de que ella notara mi reacción, la empujé suavemente hasta dejarla sentada a mi lado en el sofá.

—No tengo nada que ver con esto —le aseguré—. Quería que habláramos, sí, para limar asperezas y que pudiéramos trabajar juntos. Pero créeme, eso no significa que me apetezca pasar la noche aquí contigo. Ya tenía otros planes y, francamente, lo que tú me ofreces no es precisamente mejor.

—Oh, pobre Larissa, se quedará sin quien le caliente la cama esta noche.

No pude evitar reírme internamente. Mi plan no era en absoluto estar con Larissa; en realidad, había quedado para jugar al pádel

con Nico. Sin embargo, decidí no aclararle nada. Dejarle pensar lo que quisiera era, en el fondo, parte de la diversión.

Aless se recostó contra el sofá, cruzando los brazos, como si quisiera mantener una distancia entre nosotros. Me pregunté cuánto más podría resistir antes de que la incomodidad se volviera insostenible y nos obligara a afrontar la conversación que llevábamos evitando tanto tiempo.

Me puse en pie y, sin prisa, me quité la chaqueta del traje. Posteriormente aflojé mi corbata y la dejé caer sobre el respaldo del sofá, consciente de que Aless no apartaba la mirada de mí. Cuando comencé a desabrochar los botones de mi camisa, vi cómo sus ojos seguían cada uno de mis movimientos. Seguramente no pensara que llegaría a desnudarme por completo, aunque admito que la idea me tentaba solo para provocar una reacción en ella. Pero me limité a remangarme y dejarme algunos botones abiertos, luego me quité el cinturón, abandonándolo a un lado antes de volver a recostarme en el sofá.

Al cerrar los ojos y acomodarme, noté que Aless estaba inquieta. De reojo, pude ver como sus piernas se movían nerviosamente. El vestido floreado que llevaba subía un poco más con cada uno de sus movimientos, dejando al descubierto sus muslos torneados.

Me debatía entre seguir ignorándola o girarme hacia ella y hacer un comentario para provocarla, aunque, en realidad, su incomodidad era una distracción que ya estaba empezando a ser… agradable.

—Quiero dormir, ¿podrías dejar de hacer esos ruiditos? —protesté con fastidio.

—¿De verdad piensas echarte a dormir, Marco? —me espetó, girándose para encararme. Se acomodó en el sofá, doblando una pierna y alzando la barbilla—. Venga, hablemos. Aunque, si quieres mi opinión, remover la mierda del pasado no va a hacernos bien a ninguno.

—Hacer como si no existiera tampoco soluciona nada, Aless —repliqué, girándome para quedar de lado, con la cabeza apoyada en mi brazo doblado sobre el respaldo.

—Dispara, eres tú el interesado.

—Quiero hablar de tu padre —manifesté sin rodeos, observando cómo su expresión se endurecía. Ese tema estaba entre nosotros y no desaparecería sin afrontarlo—. He reflexionado en frío y entiendo que te molestara y te enfadaras conmigo. Si acepté su petición, no fue solo por él, sino también por ti. No quería que tus últimos momentos con él transcurrieran como los míos con mi madre, siempre bajo la sombra de la muerte. Fue una decisión difícil, pero creí que estaba haciendo lo correcto.

»Aunque, sinceramente, tu decisión de dejarme me pareció… desmedida. Ni siquiera me diste la oportunidad de explicarme.

—Estás muy equivocado si piensas que te dejé solo por eso, Marco. Lo que me enfadó fue que me mintieras. —Suspiró profundamente, como si se sacase un peso del pecho—. El día que él murió me sentí perdida, furiosa. Pero después de despedirme de él, comprendí varias cosas. Ya no sabía quién era, aceptaba una relación basada en secretos y la desconfianza no me dejaba vivir. Al final, tratando de salvarte a ti, me hundía yo.

—Por lo tanto, Andrea era la opción fácil, ¿no? —cuestioné con amargura—. Elegirlo a él fue lo más cómodo para ti.

—No entiendes nada. —Clavó su mirada en la mía—. No elegí a Andrea, Marco. Me elegí a mí. Por primera vez en mi vida, me prioricé. Al principio fue muy duro: perder a mi padre, perderte a ti. Sin embargo, el baile me salvó y, poco a poco recordé lo que es el amor sincero, sin secretos, sin temores, con alguien que siempre me ha apoyado. Sí, es fácil enamorarse de él, porque me ofrece algo que jamás sentí contigo: libertad.

Su honestidad me golpeó como un puñetazo. Tragué saliva y apreté los dientes.

—Por favor, Aless, no me tomes por idiota —repliqué—. La primera vez que lo viste, te escapaste de una fiesta para irte con él, y la segunda, terminaste lo que no te atreviste a hacer la vez anterior por tu padre.

—Te equivocas. ¿Sabes por qué no te di la ocasión de hablar conmigo? ¿Por qué no me despedí de ti? Porque tenía claro que, si te escuchaba, si me pedías que me quedara, te habría dado otra

oportunidad. Te habría seguido amando a ciegas, y eso me habría destruido.

—Tienes razón —admití con un gesto amargo—. No sé amar. Lo único que sé hacer bien es fracturar todo lo que quiero.

—No digas eso. Quizá solo necesitas enfrentarte a tus demonios, sacarlos de donde los has escondido tanto tiempo. Ese día, Marco, serás libre. Y sé que encontrarás a alguien que te ame y a quien tú puedas amar de verdad.

—Pero no serás tú… —musité, como afirmación y pregunta a la vez.

Ella negó con la cabeza. Después de un momento de silencio, pregunté:

—¿Eres feliz?

—Sí. Es decir, al aceptar este proyecto, he revivido cosas que había dejado atrás. No voy a negar que estar aquí contigo, recordando nuestra vida pasada, me hace sentir confundida. Y temo que todo esto acabe afectando a mi relación con Andrea. Porque ahora sí, lo elijo a él.

Su afirmación fue contundente, sin embargo, intenté mantener mi dignidad intacta.

—Entiendo, Aless. Quizá entonces podamos cerrar este ciclo con un recuerdo agradable. —Me obligué a sonreír, aunque fuera una mueca—. Por el bien de la empresa y por mi abuelo.

—¿De verdad crees que podremos? ¿Que dos personas que se amaron tanto pueden simplemente pasar a ser compañeros?

—Será difícil, aunque por él… tenemos que intentarlo.

—Marco, ¿eres feliz? —preguntó ahora ella, dudando—. ¿Amas a Larissa?

Sus palabras me tomaron por sorpresa. Dudé, pero seguidamente hablé con sinceridad.

—No, no soy feliz. Y creo que nunca lo seré. Me levanto cada día por la empresa, por mi abuelo y por algo más oscuro: la venganza.

—Marco… —murmuró con un suspiro, como si quisiera decir algo, sin embargo, se lo guardó.

—Querías la verdad y ahí la tienes. Y respecto a Larissa… No, no la amo. La única persona que amé fuiste tú. Y me he jurado a mí

mismo no volver a amar. Ese sentimiento es un veneno que te consume, te vuelve débil e inerme.

—Es triste que pienses así.

—No te preocupes por mí —advertí con frialdad—. La única que se ha quedado con esos sentimientos eres tú.

Cerré los ojos, luchando contra el ardor en mi garganta. No quería seguir hablando. Quizá, si había accedido a esta conversación, era porque pretendía saber si me había perdonado o si quedaba una chispa de esperanza. Pero estaba claro que cualquier destello entre nosotros no era más que un reflejo de lo que una vez fue. Su corazón estaba con alguien mejor, y hacía bien.

CAPÍTULO 6

Mi fai sentire intero.
Me haces sentir completo.

Ese viaje estaba resultando una verdadera pesadilla. Durante todo el vuelo a Bolonia tuve que soportar el mal humor de Vito, quien no paraba de lanzar maldiciones en voz alta a Luca. Estaba claro que permitir que ambos vinieran como nuestros acompañantes había sido un error de proporciones épicas. No debería haber aceptado la propuesta de Aless. Según ella, hacer que nos acompañaran era un buen castigo por organizar aquella encerrona en mi oficina.

Al principio, todos pensamos que el responsable había sido Vito, aunque pronto salió a la luz que había tenido un cómplice. Luca, como antiguo miembro de seguridad, se había puesto de acuerdo con él. Había cubierto el turno de noche de un compañero, aprovechando su experiencia y una petición como favor, para manipular el acceso y dejarnos encerrados e incomunicados en mi despacho, todo para que Aless y yo «habláramos» sin interrupciones. Se habían extralimitado con sus acciones y merecían una reprimenda seria, pero al final no pude hacerlo. La intención de los dos había sido buena, y la verdad es que la encerrona había dado resultado. A la mañana siguiente desperté con Aless dormida sobre mi pecho, con su brazo envolviendo mi cintura mientras yo la sujetaba contra mi cuerpo. Esa imagen, esa calidez… ¡Diablos, era como volver a casa!

Cuando finalmente nos liberaron, con Vito y Luca asumiendo toda la culpa y enfrentándose a las preguntas, Aless no perdió tiempo en imponerles una penitencia. Los obligó a ambos a venir el fin de semana a la casa de Lorenzo Zanoli. Según ella, pasar un par de

días ellos dos juntos sería castigo suficiente. Claro que yo tenía mis dudas: no era difícil adivinar que su verdadera intención era evitar que invitara a Larissa. De hecho, no había considerado llevar a nadie, aunque eso ella no lo sabía.

Y así, terminé en un coche camino a San Marino, con Luca gritando y maldiciendo al volante y Vito detrás, haciendo aspavientos y lanzando miradas asesinas. Si el fin de semana empezaba de esta forma, no quería imaginar cómo íbamos a acabar.

—¿Puedes conducir más suave? —se quejó el fotógrafo, lanzando una mirada de disgusto hacia Luca—. Me estoy mareando.

—¿Quieres que vaya a veinte? Ya solo nos faltaría que nos adelantasen los peatones en esta subida —contraatacó Luca sin mirarlo, manteniendo firme el volante.

—Eres muy brusco. Siempre conduces como si estuvieras en un *rally* —redobló Vito, negando con la cabeza.

—Y tú siempre quejándote de todo. Es que no sabes callarte, ¿verdad?

—¡Dejad de chillar de una puñetera vez! Me está estallando la cabeza —los increpé, conteniendo el impulso de frenarlos de un golpe.

—Tranquilo, grandullón, no es para tanto —replicó Vito con sorna.

—¿Que no es para tanto? —Respiré hondo, tratando de no perder la paciencia—. Como no os calléis, os juro que os bajo del coche a los tres y me largo solo.

—¿A los tres? ¿Y yo qué he hecho? —rechistó Aless, cruzándose de brazos con una mirada inquisidora.

—A ti te abandono la primera, por la brillante idea de traer a estos dos.

—Oh, ya entiendo… Tu mal humor es porque no pudiste traer a tu novia, ¿verdad? Lo siento, querido, pero esto es trabajo, no placer. —Chasqueó la lengua, alzando una ceja.

—¿Eso que oigo son celos, cielo? —lanzó Vito, mirando a Aless con una sonrisa burlona. No pude evitar sonreír, yo había pensado exactamente lo mismo.

—Luca, pisa el acelerador de una vez y terminemos este viaje. No aguanto más a estos dos, tan… agrios —gruñó Aless, dejando

escapar un suspiro exasperado.

Él, como si le hubieran leído la mente, levantó la mano para chocar la palma con ella, de manera cómplice en silencio. Sus gestos y sus risas me arrancaron una sonrisa. «Como dos críos», pensé y, sin embargo, no podía negar que me sentía sorprendentemente bien, a pesar del caos. Con Aless a mi lado y las chispas de locura entre Vito y Luca, incluso el trayecto más accidentado tenía su encanto.

* * *

—Chicos, esta es mi humilde morada —anunció Zanoli con un tono de modestia fingida, extendiendo el brazo hacia su impresionante casa en San Marino.

—Sí, «humilde»… —murmuró Vito, lo suficientemente alto para que Lorenzo no pudiera evitar sonreír al oírlo. Le di un codazo, y mi amigo reaccionó, fingiendo compostura.

—Aunque… creo que vamos a tener un pequeño inconveniente —continuó el comerciante—. Pensé que vendríais con vuestras parejas, así que mandé preparar dos habitaciones matrimoniales. Os pido disculpas si esto es un problema; lamentablemente, no tengo cuartos adicionales. Quizá, cuando lleguen mis otros amigos, podamos intercambiar las individuales, pero incluso así, solo tengo dos disponibles.

—No te preocupes. —Aless le restó importancia para mi sorpresa —. Dormiré con Luca en una, y Vito con Marco —solucionó rápidamente, lanzándome una mirada divertida y desafiante.

—Lorenzo, no hay problema. Yo podría irme a un hotel cercano —sugerí, y Aless, de inmediato, adoptó una expresión seria—. Lo que sea antes que tener que soportar dormir toda la noche al lado de este personaje —señalé al fotógrafo con una sonrisilla.

—Oye, grandullón. Hay muchos que darían lo que fuera por compartir cama conmigo —refunfuñó él, fingiendo una ofensa.

—No me cabe la menor duda —añadió Zanoli, mientras lo miraba con un interés que nos dejó a todos en silencio por un segundo. Me

volví hacia Luca, cuyo semblante, normalmente jovial, había cambiado de inmediato.

Preferí no adelantarme a cómo podría terminar el fin de semana, pero, con lo que estaba viendo, esto no pintaba como el típico viaje de trabajo. Solo esperaba que todo se diera bien para lograr el acuerdo con Valentino Ferre. Observé a mis amigos; mejor sería que realmente compartiera habitación con Vito, antes de arriesgarme a dejar que el ambiente tenso entre Luca y él arruinara el viaje.

—Está bien, dormiré contigo, siempre que mantengas la boca cerrada, no me despiertes en toda la noche y nada de muestras de cariño —le advertí, manteniendo el tono ligero.

Vito fingió alarmarse; sabía que, en el fondo, me lo agradecía. Al final, éramos dos tipos destinados a suspirar en silencio por un amor que no sería nuestro.

Después de que nuestro anfitrión nos mostrara las habitaciones, percibí de inmediato el cuidado en cada detalle: decoraciones de lujo, camas amplias y suaves, y hasta una pequeña nevera cargada de alcohol. Vito y yo compartimos una sonrisa cómplice; seguro que esa nevera se abriría más tarde.

Decidí ducharme primero y cambiarme para la reunión que teníamos Aless y yo con Zanoli. Era nuestro momento de definir algunos puntos antes de la llegada de los amigos del comerciante, lo cual nos daría el resto del fin de semana para relajarnos. Mientras tanto, Luca y Vito se preparaban para ir a la piscina climatizada; solo esperaba que no causaran ningún desastre en nuestra ausencia.

Al salir de mi habitación, me crucé con Aless justo cuando ella también abría la puerta. Me quedé mirándola: llevaba un vestido corto de seda con lunares, un pañuelo en el cuello que resaltaba su escote, mostrando de forma sutil y elegante sus redondeados pechos. Completaba su *look* con botas militares, un toque atrevido que le quedaba increíble, y el cabello suelto y rizado que le enmarcaba el rostro, apenas maquillado pero iluminado. Estaba preciosa.

Ella me recorrió con la mirada, notando que, de forma poco habitual, había optado por unos vaqueros y una camiseta básica. El

cabello, aún mojado, se secaba al aire, tal y como sabía que le gustaba.

—¿Lista? —le pregunté, observando esa chispa en sus ojos.

—Vamos a por todas, Sforza.

Mientras cruzábamos el pasillo, caminábamos con una sonrisilla que no podíamos ocultar, como si, por un momento, volviéramos a ser ella y yo.

Aless compartió su proyecto con la pasión que la caracterizaba: quería lanzar una línea unisex para Valentino Ferre, un enfoque completamente nuevo para la marca, que hasta ahora solo se dedicaba a la confección de trajes masculinos. Su visión era crear diseños versátiles y amplios, con un toque desenfadado y, por supuesto, siempre con materiales ecológicos. Entre las propuestas, hubo tres estilos que captaron mi atención de inmediato.

El primero era un traje *oversize* con líneas diplomáticas, que evocaba la estética de *El Padrino* aunque con una actualización arriesgada: lo rompía con una gruesa corbata granate. Algo atrevido y elegante a la vez. El contraste entre lo clásico y el toque de modernidad me pareció brillante. Los otros dos estilos incluían pedrería y tenían un enfoque más glamuroso y detallado. Uno, de corte clásico, llevaba una pajarita y gemelos, con pequeños diamantes en la chaqueta excepto en una sección de la solapa, que destacaría con un toque de raso, añadiendo brillo sin restarle sobriedad. El tercer diseño era un traje de noche pensado para eventos de invierno, hecho en terciopelo y decorado con pedrería más grande, intercalando gemas de diferentes tamaños, pero sin colores adicionales. Aless buscaba algo juvenil y elegante a la vez.

Mientras la escuchaba describir cada detalle, pude ver que Lorenzo Zanoli estaba muy interesado; era evidente que veía en la línea un gran potencial. Aproveché ese momento de entusiasmo para proponer una idea que llevaba tiempo deseando concretar. Sugerí que, como parte de la colección, incluyéramos un conjunto de gemelos que había diseñado hacía años, cuando empecé a trabajar a diario en el taller. Le pedí a Zanoli que usara sus piedras preciosas para darles un toque exclusivo y que encajaran con el concepto de Aless.

Ella me miró asombrada, con una sonrisa de genuina sorpresa y complicidad. Sentí que, de alguna forma, esta colección era un proyecto que nos unía de manera especial. Aunque ahora mi rol se centraba en la gestión de la empresa como CEO —algo necesario porque mi abuelo ya estaba agotado para lidiar con los problemas diarios—, mi verdadera pasión siempre había sido el diseño. Sin mi padre y con mi primo desinteresado en el negocio familiar, a mí me correspondía tomar las riendas. Sin embargo, participar en esta colección me hacía sentir que una parte de mí volvía a estar en el taller, creando.

—Me parece una propuesta muy arriesgada y ambiciosa, y eso me encanta —confesó nuestro anfitrión con entusiasmo, inclinándose un poco hacia nosotros—. No tengo duda de que, con vuestros talentos combinados, esto va a ser un éxito asegurado. Aunque hay algo que me preocupa: la puesta en escena. Aless, ¿tienes pensado usar bailarines como en el desfile de Giordano?

Me hacía la misma pregunta. Rogaba en silencio que no mencionara a Andrea; esa era una historia solo nuestra.

—La idea aún no está cerrada —explicó ella, lanzándome una mirada de advertencia—. Pero, sí, tengo pensado que algunos de los trajes los lleven bailarines de estilo urbano, para crear un contraste fuerte. Es una forma de fusionar mis dos mundos.

Mi semblante se endureció; algo que había sido solo nuestro ahora formaba parte de un triángulo, y el sentimiento de decepción no tardó en instalarse.

—Lo entiendo, Aless, aunque debo ser sincero: no me convence del todo esta parte de tu plan —objetó Zanoli, sin dejar lugar a dudas—. Mis gemas las portan personas de cierto renombre, y que un bailarín «desconocido» sea quien las luzca… Bueno, es difícil imaginarlo. Siento que no les hará justicia a las joyas. Si no consigues a alguien relevante en el mundo de la moda, tendré que declinar la oferta.

La vi prepararse para responder y supe que el comentario desafortunado de Zanoli había tocado su lado más sensible. A mí también me irritaba su desprecio hacia los bailarines; sabía que su presencia podía transformar cualquier desfile en algo espectacular.

Llevé mi mano con disimulo al muslo de Aless, haciendo una ligera presión. Ella se tensó, me miró y susurré de forma casi inaudible:

—Piensa en Valentino Ferre. Hay que salvar el acuerdo.

Ella inspiró hondo y, tras un segundo de tensión, esbozó una sonrisa fingida.

—No lo olvides, Marco. Todo por Valentino Ferre —me imitó con otro susurro antes de acariciar mi pierna, un gesto que me alertó activando todos mis sentidos.

—Entiendo tu punto, Lorenzo, aunque no lo comparto. Me parece un enfoque algo anticuado. Pero, bueno, por el bien del acuerdo, traeré a los mejores modelos; aquellos de los que no se deje de hablar por mucho tiempo.

—Aless, no te emociones tanto —la frené en voz baja, temiendo que eligiera modelos de caché prohibitivo.

—Tranquilo, Marco. Vendrán gratis.

Zanoli frunció el ceño, desconcertado.

—No entiendo nada.

—Ya somos dos —lo imité, resignado—. Aunque te diré algo, Lorenzo: con Aless es mejor vivir en la ignorancia.

Ella soltó una carcajada, claramente divirtiéndose a nuestra costa.

—Serán los Sforza quienes lleven tus joyas y mis trajes más lujosos —anunció con una sonrisa de satisfacción.

—¡¿Qué?! ¿Te refieres a Marco y Giovanni? ¡Dios mío, qué idea tan magnífica! ¡Claro que sí! Firmo ahora mismo.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Le lancé una mirada incrédula y la aparté unos pasos de Zanoli—. Disculpa, Lorenzo, un momento —le pedí, gesticulando para que esperara.

—Marco, es por la empresa. Tú mismo lo dijiste.

—Ni mi abuelo ni yo somos modelos, Aless. ¿En qué estás pensando?

—No es para tanto. Solo tendréis que caminar por la pasarela. Es más, estoy pensando en cubriros con una capa para el cierre. Será espectacular.

—Esto es una locura. Es un no rotundo.

—¡Decidido! —confirmó, ignorándome y volviendo con Zanoli—. Lorenzo, Marco acepta, y yo me ocuparé de convencer a Giovanni.

—Entonces, ¿tenemos trato? —preguntó él con entusiasmo.

—No tan rápido. Un Sforza vale más de lo que ofreces —lo detuve. Aless me miró con recelo, pensando que me echaría atrás—. Recibirás el primer pago una vez que la producción esté en las tiendas y deberás firmar un acuerdo conmigo: no colaborarás este año con Donato Sartoria y tendrás que mantener la confidencialidad. Nadie debe saber lo que estamos haciendo hasta el día del evento.

—Está bien, Marco —accedió Lorenzo, asintiendo—. Acepto todo, aunque hay algunas condiciones que no me agradan. Pero quiero que esto sea un éxito, así que haré la excepción.

—No te hagas el buen samaritano —solté con un tono irónico—. Sabemos que, si esto funciona, los ceros de tu cuenta aumentarán considerablemente.

—No todo es dinero, Marco. —Fingió modestia, aunque su interés era evidente—. Ahora basta de negocios; es momento de disfrutar del fin de semana —sugirió, poniéndose en pie y rodeándonos a Aless y a mí con los brazos—. Por cierto, ¿vuestro amigo Vito tiene pareja?

Aless y yo intercambiamos una mirada, ambos conteniendo la risa y temiendo lo peor, mientras intentábamos evitar responder.

CAPÍTULO 7

Quando siamo insieme, niente al mondo può fermarci, e intendo assolutamente nulla.
Cuando estamos juntos, nada en el mundo puede detenernos, y quiero decir absolutamente nada.

El cansancio empezaba a pesarme y el ambiente de esa fiesta me resultaba cada vez más tedioso. Ninguno de nosotros imaginó que estaríamos en una especie de reunión privada de *swingers* en la que Zanoli parecía moverse como pez en el agua. La lujosa casa que al principio se veía tan acogedora, de pronto mostró un trasfondo distinto: una especie de juego de seducción. No fue difícil de entender por qué insistió tanto en que viniéramos con nuestras parejas.

Mis amigos y yo parecíamos ser el plato principal de la noche, y cada mirada que se posaba en nosotros dejaba claras las intenciones.

—¿Por qué no nos avisaste de qué tipo de reunión era esta? —lo increpé, algo incómodo.

Zanoli rio con esa mezcla de desenfado y suficiencia que comenzaba a irritarme.

—Querido, las sorpresas hacen la vida más emocionante. Aquí cada uno es libre de hacer lo que quiera. Nadie te obliga, Marco. Solo… déjate fluir. —Y se encogió de hombros.

Dejarme fluir, claro. Yo podía adaptarme a este tipo de situaciones y, mientras se respetaran ciertos límites, no veía mayor problema en aceptar el juego. Mi preocupación era otra: Aless. Al inicio de la noche, había permanecido junto a Luca y Vito. Pero ahora esos dos habían desaparecido, dejándola a merced de las miradas y las insinuaciones cada vez más claras de otros invitados. Aless tenía el

aspecto de alguien que quería desaparecer, tensa, agobiada, sin saber cómo salir de esa situación sin crear demasiado revuelo.

Mis ojos la siguieron discretamente mientras escapaba hacia la terraza en cuanto su último acompañante se distrajo buscando bebidas. Pero esa ruta llevaba a la piscina, donde no había otra salida.

—¡Mierda! —murmuré, sintiendo la urgencia de ir tras ella.

Me disculpé con la pareja con la que estaba charlando, quienes parecieron algo decepcionados, y salí en su busca, decidido a alcanzarla antes de que terminara acorralada.

—¡Aless! ¡Aless! —la llamé, tratando de atraparla.

Ella se giró bruscamente, con una expresión molesta que me desconcertó.

—¿Me estás siguiendo, Marco? —me desafió enfadada. Desde que salimos de la reunión, no habíamos cruzado palabra, especialmente después de que casi me obligara a aceptar lo del desfile. Aun así, no entendía la razón de su enfado.

—No, bueno, sí…, te estoy siguiendo, aunque solo por hacerte un favor. Quería anunciarte que no hay salida, tu ruta de escape es un desastre.

—¿Así que has estado pendiente de mí? —Cruzó los brazos, mirándome de forma acusadora—. Pensé que estabas entretenido con la pareja que te rodeaba. Gracias, Marco, pero no necesito tu ayuda. Si ya me has ignorado toda la noche, sigue haciéndolo ahora. Puedo manejarme sola.

No pude evitar sonreír al ver su frustración. Sabía que mantener la distancia la había molestado, y aunque dolía tenerla cerca, evité que se diera cuenta de lo que provocaba en mí.

—Vaya, pues ya que lo tienes todo tan claro, me largo. —Fingí irme. Di dos pasos antes de sentir su mano deteniéndome. La mantuve rígida, resistiendo el impulso de estrecharla con fuerza y atraerla hacia mí.

—Sácame de aquí, Marco —suplicó con desesperación—. Quiero ir a mi habitación.

Antes de que pudiera responder, vi a alguien acercarse. Se me ocurrió una idea, arriesgada, tentadora. Era ahora o nunca.

—Demasiado tarde, ahí viene… Aunque, pensándolo bien, se me ocurre algo… —me detuve, sacudiendo la cabeza—. No, olvídalo. No lo harías.

—Marco, se está acercando. Haz lo que sea, pero hazlo ya.

Sin pensarlo dos veces, la tomé de la cintura y, de golpe, nos lancé al agua. Aún sujetándola, nadé hacia una zona más oscura de la piscina, alejándonos de la vista.

—¿Este es tu plan? Menuda mierda —farfulló, aunque no se movió.

—¡No hables y quédate quieta! Vamos a pegarnos al borde hasta que se aleje. Aquí nadie nos verá.

La pegué a mí, con su cuerpo tan cerca que podía sentir su respiración entrecortada, sus brazos rodearon mi cuello y, sin pensarlo, mis manos descendieron hasta su trasero. Con el movimiento del agua, su vestido se levantó un poco y mis dedos rozaron su piel firme y cálida. Un suspiro se escapó de sus labios y ese sonido despertó mi entrepierna. El deseo entre nosotros crecía de un modo casi insoportable, su calor traspasaba cualquier barrera que hubiera querido levantar.

Su cuerpo respondía al mío, y el mío no podía evitar hacer lo mismo, deseándola más de lo que me atrevía a reconocer. Sentí un impulso de inclinarme y besarla, de dejarme llevar, aunque algo en mí me detuvo. No iba a robarle un beso; si nuestros labios se encontraban, sería porque ella también lo quería, porque ella daba el primer paso. No soportaría que, después, lo considerara un error o que Andrea se cruzara en sus pensamientos y lo echara todo a perder.

Con un esfuerzo que parecía imposible, tragué saliva y acerqué mi frente a la suya, intentando calmar el fuego que ardía en mi pecho. Nos quedamos así, tan cerca que podía sentir el latido acelerado de su corazón.

El peso de lo que estábamos a punto de hacer caía sobre mí y supe que era mejor detenernos aquí. Había llevado demasiado lejos esa broma y en el juego de provocarnos, mis pelotas salieron perdiendo.

—Será mejor que volvamos a nuestros cuartos —sugerí, apartándola con un esfuerzo que me costó demasiado.

—Sí…, es lo mejor —murmuró, con la vista baja y el rostro teñido de un leve sonrojo. En sus ojos había algo más: un rastro de remordimiento. Sabía bien qué era lo que cruzaba por su mente en ese momento: Andrea.

* * *

Una ducha fría. Eso era lo que necesitaba. En cuanto entré en mi habitación, me dirigí al baño, pero antes de llegar, dos golpes en la puerta me detuvieron. Giré los ojos hacia ella, asumiendo que sería la pareja que había dejado plantada en la fiesta. Con Vito no había formalidades: él habría entrado sin llamar. Me acerqué a la puerta, dispuesto a rechazar la oferta, aunque mi cuerpo todavía ardía. Mi mente, sin embargo, no estaba en esos juegos.

Abrí y, para mi sorpresa, allí estaba Aless. Aún con la ropa empapada, el cabello húmedo cayéndole sobre los hombros y gotas de agua resbalando por su rostro.

—Aless —mascullé, simplemente impactado.

Ella me miró sin decir nada, respirando lentamente con los labios entreabiertos y el brillo de sus ojos dejando ver que no era ninguna visita. Estaba claro que ninguno de los dos había podido escapar tan fácilmente de lo que había pasado en la piscina.

—Marco, Vito y Luca se han adueñado de mi cuarto —explicó, cruzándose de brazos con exasperación—. No tengo donde pasar la noche. Pensé que, tal vez, podría quedarme aquí.

—No creo que sea buena idea —contesté, intentando sonar firme.

—Mírame. —Señaló su ropa empapada—. Tú empezaste este juego, Marco, y ahora… ¿te escapas?

—Espera, ¿no te creíste nada?

—¡Por favor! ¿Tan ingenua me ves? —replicó, mirándome con indignación y algo más, algo que no sabía si debía interpretar como desafío.

—Entonces, ¿por qué no lo detuviste? —indagué, intentando entender.

—No lo sé, Marco —confesó en voz baja, con una sinceridad que revelaba una lucha interna. Parecía avergonzada, como si quisiera reprimir lo que estaba sintiendo y no pudiera.

Suspiré, relajando los hombros.

—Está bien, pasa. —Le hice un gesto para que entrara—. Te ves agotada. Si quieres, date una ducha antes; yo puedo ir después.

—Con una camiseta seca me basta.

—Claro, toma lo que quieras. —Abrí el armario y luego le indiqué la cama—. Descansa ahí, no tengo sueño, así que no te preocupes.

Aless asintió en silencio, ambos sabíamos que habíamos cruzado un límite del que ya no había retorno.

Entré al baño y dejé que el agua fría corriera sobre mí, esperando que el frío aplacara el ardor que Aless había despertado. La ducha se alargó más de lo que había planeado, necesitaba tiempo para poner en orden mis ideas. Tenerla ahí en mi habitación, en mi cama, y no poder acercarme era un castigo que me parecía casi cruel.

Me veía atrapado en un círculo vicioso que me hacía regresar al pasado, recordándome todo lo que había perdido, lo que ella y yo éramos antes de que todo cambiara. Lo que estaba claro era que, después de este proyecto, ella volvería a su vida, con su pareja, y yo… seguiría adelante, aún más roto. Era absurdo, y lo peor era que lo sabía. Necesitaba tomar distancia, limitar cada encuentro a lo estrictamente profesional para protegerme. Había sido suficiente.

Cuando salí del baño, ella ya estaba en la cama con los ojos cerrados, respirando tranquilamente. Noté que llevaba puesta mi camiseta del pijama y, al no tener otra opción, me quedé con el torso desnudo. Fui hacia la pequeña nevera, saqué una botella de *whisky* y me serví una copa antes de sentarme en el sofá junto al balcón. Estaba dándole un trago, sintiendo el calor del licor descender, cuando la escuché hablar en un susurro.

—¿No piensas dormir? Aquí hay sitio para los dos, deja el alcohol y acuéstate, será lo mejor.

Me volví, encontrándome con sus ojos brillantes en la penumbra, abiertos y fijos en mi cuerpo. Estaba más despierta de lo que

aparentaba. Su mirada fue una invitación, así que sin decir nada, me tumbé a su lado, quedándome por encima de las sábanas, a unos centímetros de distancia. Fue en ese instante cuando rompió el silencio.

—Marco, ¿por qué siempre te ahogas en el alcohol? —me dijo suavemente, con ese tono que escondía preocupación y una reprimenda—. Sabes cómo terminó mi padre. La bebida nunca es la solución.

—Pienso en tu padre muchas veces —admití—. Sé por qué se refugió en la bebida. A veces, cuando te sientes vacío, cuando no tienes nada a lo que aferrarte y ves que solo acabas lastimando a los que quieres, te refugias en lo que te hace olvidar. Antes el sexo era suficiente para adormecerme, pero ahora ya ni eso.

—Marco, él y tú estáis equivocados. Siempre hay algo por lo que luchar, aunque sea solo por uno mismo.

—No cuando la culpa te persigue, Aless. Una mala decisión, un error que jamás me perdonaré lo desencadenó todo. Primero, la muerte de mi madre, a continuación tú, huyendo de mí… No te lo recrimino, fue lo mejor que pudiste hacer; si te hubieras quedado, te habría destruido también. Y, para terminar, mi padre. Lo único que me queda ahora es mi abuelo y la empresa y, aun así, siento que todo me sale mal. No puedo diseñar, mis manos no responden. Y como CEO… ni siquiera sé si lo estoy haciendo bien.

—Marco, eso no es verdad. Estás castigándote por cosas que jamás estuvieron en tus manos. La muerte no la elegimos. Tienes que enfrentarte a lo que te atormenta, dejar de huir y empezar a luchar por lo que deseas. Tus manos no tienen nada; es tu mente y mientras no saques a la luz eso que llevas dentro, todo lo bueno que tienes se esfumará. Solo tú puedes salvarte. Créeme, yo lo intenté, pero mi amor no fue suficiente.

Mis palabras se entrecortaron mientras sentía su pecho subir y bajar con más rapidez.

—Eso no es cierto. Tu amor lo fue todo para mí, lo único que me mantenía a flote. Mis únicos recuerdos felices son de mi infancia o contigo.

Su respiración se volvió irregular, sus labios temblaban y su mano, que había estado apoyada en su rostro, cayó al costado, chocando con la mía. En ese instante, sentí un *déjà vu*; era como si estuviera otra vez en nuestra cama, cuando acabábamos de casarnos, su risa en mi oído y su abrazo cálido… ¡Qué no daría por volver a ese instante!

Sin pensarlo, envolví su mano con la mía. Ella me miró con la respiración más agitada y comprendí que sentía lo mismo, que también estaba perdida en aquellos recuerdos. Nos miramos, ansiosos y cargados de deseo. Entonces ella apartó la mano y se incorporó. Sin decir nada, caminó hacia el balcón, abrió la puerta y salió al exterior.

No pude evitar seguirla.

—Marco, necesito respirar —murmuró sin mirarme—. Déjame sola.

—¿Que te deje sola? —contraataqué, sin poder disimular la ironía —. Tú me llamas cobarde, me dices que no afronto mis demonios, pero estás haciendo lo mismo, Aless. Estás luchando contra lo que sientes.

Se giró y en un segundo estaba en mis brazos. La envolví con fuerza mientras ella se ponía de puntillas, sus manos rodearon mi cuello y, antes de que pudiera procesarlo, sus labios estaban sobre los míos, besándome.

La calidez de su boca nos encendió el cuerpo. Nuestras lenguas se encontraron, bailando con urgencia, desesperadas, como si la necesidad de tenernos de nuevo nos apremiara. Sus manos, que hasta ese instante habían vacilado, se aferraron a mi torso, recorriéndolo con la misma ansiedad que yo sentía, mientras mis dedos, como si tuvieran vida propia, encontraban lugar en su desnudo trasero, apretándolo, acariciándolo y acercándola aún más a mí.

Sin apartar mis labios de los suyos, la arrastré con suavidad hasta que su espalda quedó pegada a la pared, atrapada entre mi cuerpo y el frío muro. No había nada que nos detuviera. La intensidad aumentaba con cada beso, con cada caricia. Mi boca se deslizó hacia su cuello, besándolo, sintiendo cómo se estremecía y cómo sus

manos se aferraban a mi espalda, clavando sus dedos. Volví a su boca, devorándola como si fuera la última vez, le alcé una pierna y la enrosqué en mi cintura, buscando el roce de mi erección contra su sexo. Ahogó un gemido en mi boca, alentándome a seguir con mi provocación.

Entonces, una voz rompió la burbuja en la que estábamos sumergidos y nos detuvimos al instante, ambos nos giramos para encontrarnos con Vito. Su expresión era de pura sorpresa; estaba de pie, con la boca entreabierta y los ojos empañados por la tristeza.

—Amores, lo siento. No pensé encontraros así… Jamás imaginé que dejaríais salir lo que aún sentís el uno por el otro. Mejor me voy.

—Espera. —Aless se apresuró a detenerlo—. ¿Qué te pasa, Vito? ¿Y esa cara?

Él tragó saliva, forzando una débil sonrisa antes de responder.

—Nada, lo de siempre. Luca y yo estuvimos juntos otra vez, y pensé que, al verle celoso por Lorenzo, al fin querría algo solo conmigo. Pero cuando terminamos, me volvió a proponer que jugáramos con otra pareja de la fiesta. Y me enfadé, claro, porque soy un idiota —suspiró, abriendo las manos en un gesto frustrado—. Uno que aún tiene la esperanza de que ese merluzo quiera estar solo conmigo.

—Hablaré con Luca —sugirió ella en un tono firme—. Esto no puede seguir así, Vito. Si ninguno cede, ni él ni tú, no hay salida. Está claro que solo os hacéis daño. Y te consta que él también sufre, porque te quiere.

Vito soltó una carcajada satírica, meneando la cabeza.

—*Brava*. Dándome consejos que ni tú misma sigues… No deberías estar aquí, besándote con el grandullón, ni dándole esperanzas. Porque todos sabemos que al final te irás con el vikingo, y no porque no quieras a Marco, sino porque él es una apuesta arriesgada y Andrea no.

—Te estás pasando, Vito. No descargues tu frustración conmigo. —Aless lo miró con reproche.

—Tienes razón, lo siento —se disculpó él, agachando la cabeza—. Sin embargo, no deja de ser lo que pienso. Os quiero a ambos, pero no sé qué mierda estamos haciendo con nuestras vidas. Al final, los

únicos que tienen algo claro en esta historia son Emma y Nico —remarcó, logrando arrancarnos una sonrisa triste a los dos.

Era cierto y, en el fondo, todos allí sabíamos que sus palabras daban en el blanco.

—Aless, vuelve a tu cuarto y habla con Luca —intervine, lanzando una mirada de apoyo a mi loco amigo—. Yo me encargaré de Vito esta noche.

Ella asintió con un suspiro y, antes de salir, se giró hacia mí, agarrándose al collar de borlas que siempre llevaba.

—Marco, yo… yo…

—Lo sé —la detuve suavemente—. Escoges a Andrea. No tienes por qué sentirte mal. Créeme, si pudiera, también huiría de mí.

—Marco…

—Aless, no le demos más vueltas —la corté, abriendo la puerta. Ella me miró con los ojos empañados antes de salir, y cerré la puerta sin apartar la mirada hasta el último segundo.

—Eres más valiente que yo, grandullón —comentó Vito detrás de mí mientras sacaba una botella de alcohol de la nevera—. Y sí, tenías razón, esta noche íbamos a necesitar esto. *Whisky* como siempre, ¿no?

Asentí, esbozando una sonrisa triste mientras él servía las copas.

CAPÍTULO 8

Quando sono nella tua compagnia, mi sento la persona più fortunata del mondo.
Cuando estoy en tu compañía, me siento la persona más afortunada del mundo.

El sonido del ascensor me anunció que ya había llegado a recepción y, justo antes de salir, me topé con Emma y Luca, que regresaban de su descanso.

—¡Hola, chicos!

—Hola y adiós, Marco —saludó Luca con rapidez—. Ya me voy a mi puesto, por si Aless necesita algo.

—Tranquilo, Luca, relájate. Aún sigue reunida con mi abuelo y con los proveedores de tejidos ecológicos.

Observé cómo se le relajaban los hombros. A decir verdad, me sorprendió lo bien que había encajado Luca en su nuevo rol como asistente de Aless. Habían pasado ya dos meses desde que dejó su puesto en seguridad y me planteaba seriamente asignarle algo más permanente en Administración; había demostrado que era rápido, eficiente y, lo mejor de todo, de confianza. Me vino un recuerdo fugaz de mis celos en el pasado, de esa relación tan cercana entre Aless y él. Ironías de la vida, ahora lo veía como un buen amigo.

—Marco, ¿no fuiste a la reunión? —indagó Emma, sacándome de mis pensamientos—. Necesitan la aprobación para la partida de dinero de los materiales.

—Descuida. —Le resté importancia, mirando el reloj—. No hace falta que esté allí, mi abuelo y Aless hacen un equipo perfecto. Y por la documentación, tranquila, ya se la entregué esta mañana.

Nos despedimos, no sin cierta prisa por mi parte. Me dirigía a un almuerzo con Vito, quien me mostraría el local para el desfile. Al salir a la calle, escuché que alguien me llamaba desde atrás. Me giré y vi que era Andrea. No pude evitar sentirme incómodo; cruzarme con la pareja de la mujer que amaba no era precisamente lo que más me apetecía en ese momento, pero intenté ocultar mi tirantez.

—Marco, ¿qué tal? —saludó con amabilidad.

—Bien…, un poco ocupado —aseguré, deseando que captara mi indirecta para cortar el encuentro cuanto antes.

—¿No fuiste a la reunión?

—No, mi abuelo y Aless se encargan de eso —le contesté, sin muchas ganas de entrar en detalles—. Últimamente, mi trabajo se ha reducido a revisar números y firmar papeles.

Andrea asintió, mirándome con un gesto de comprensión, no de lástima, sino como alguien que entiende lo que significa tener que dejar de hacer lo que amas.

—¿Vamos a tomar un café aquí cerca? Le mando un mensaje a Aless para que se una cuando termine —propuso, señalando una cafetería.

—Me temo que no puedo, tengo un almuerzo pendiente —respondí, buscando excusarme.

—Anda, dame cinco minutos de tu tiempo —insistió—. Creo que debemos hablar.

Accedí, resignado. Escabullirme sería de cobardes y, aunque no me apetecía escuchar lo que tuviera que decir, me pareció que evitar el momento solo me haría sentir peor. Nos acomodamos en una mesa alejada de la entrada, y mientras yo pedía un café solo, él pidió un té. Nos miramos y sonreímos. Qué ironía, hasta en nuestras bebidas éramos polos opuestos.

—Sé que os besasteis en San Marino —soltó sin rodeos, haciendo que casi escupiera el café. Carraspeé, tratando de recuperar la compostura antes de hablar.

—Entonces sabrás que, desde hace dos meses, Aless y yo apenas cruzamos palabra fuera de lo estrictamente laboral. Y, cuando lo hacemos, están mi abuelo o los asistentes presentes, tomando notas.

—Eso no me deja más tranquilo, Marco. Evitarse no va a borrar lo que ambos sentís.

Respiré hondo, buscando las palabras justas.

—No sé qué estás pensando, pero esto lo hacemos por el bien de los tres. Por mi parte, no quiero acostumbrarme a la presencia de alguien que va a irse. Y, aunque no puedo hablar por ella, estoy seguro de que lo hace también por respeto a ti y por cuidar vuestra relación.

Solté la cuchara del café, decidiendo ser sincero, y levanté la mirada para encontrar la suya, que ahora estaba perdida en su té. Me di cuenta de que, después de todo, él tampoco estaba llevándolo bien.

—No sé qué te contó de lo que pasó en San Marino, aunque te aseguro que fue un momento de confusión, un error. Volver a encontrarse con alguien del pasado no es fácil, sobre todo cuando nuestra historia fue… complicada. Sin embargo, Aless te eligió a ti y lo sigue haciendo.

Mis palabras fueron verdaderas, aunque cada una de ellas me dolía como un golpe en el pecho.

—Lo sé, Marco. También soy consciente de que nunca ha dejado de amarte. Tú llegaste a su corazón de una forma en la que yo nunca he podido. Ese amor no desaparecerá. Aprendí a vivir con ello porque sé que no se puede escapar de algo tan grande. Pero también te diré que a mi lado se siente segura, y esa tranquilidad es lo que nos mantiene juntos. Solo quería que supieras cuánto significas para ella.

—Gracias por ser tan sincero, Andrea. Ahora comprendo por qué te ha elegido.

—Tampoco eres mal tipo, no obstante, negaré que tuvimos esta conversación si alguien me lo pregunta —bromeó, logrando sacarme una sonrisa. Era increíble pensar que estuviéramos hablando así, tan abiertamente.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me hizo dudar un instante.

—Dime, aunque no prometo responder.

—Entonces me arriesgo. ¿Te importa que participe en el desfile? Este es tu terreno, tu mundo con Aless, y la idea de fusionarlo con la

danza al igual que se hace en Giordano es excelente, sin embargo, no creo que sea necesario que yo esté. No quiero incomodar ni interferir en un proyecto tan importante para vosotros.

—Te agradezco el detalle, pero, aunque no me hace mucha gracia, eres un excelente bailarín. Harás un buen trabajo y Aless confía en ti. Ahora necesitamos rodearnos de personas de confianza, y ella quiere que formes parte de esto, de su otro mundo. Yo no soy quién para oponerme.

—Gracias, Marco. Eso te honra.

—Hola —nos interrumpió imprevistamente una voz femenina. Al levantar la vista, vi que era Aless, mirándonos con sorpresa—, ¿todo bien? —quiso saber, extrañada, mientras Andrea le acercaba una silla.

—Sí, todo bien —respondió él con calma, aunque en ese momento comprendí que era mi señal para retirarme. Su presencia me perturbaba aún más.

—Os dejo —anuncié poniéndome de pie—. Tengo que reunirme con Vito; seguro que ya está maldiciendo por mi impuntualidad.

—Espera —me detuvo Aless, tomándome de la muñeca. Andrea y yo intercambiamos una rápida mirada, ambos sorprendidos por el gesto tan espontáneo. Al notarlo, ella me soltó y continuó hablando, intentando restarle importancia—. Marco, ¿no piensas preguntarme cómo fue la reunión con los proveedores?

—No hace falta; te conozco demasiado bien como para saber que todo salió como querías. —Al instante de pronunciar esas palabras, me arrepentí. Esta situación, los tres actuando como si no hubiera un pasado entre nosotros, solo empeoraba las cosas. Me negaba a aceptar el papel de simple amigo en su vida. No podía, y jamás sería el amigo de la mujer que amaba.

—Marco, tenemos un problema —continuó centrando la atención en ella, con un tono más serio—. Después de la reunión, Romeo y mi madre nos han amenazado. Exigen acceso a todos los detalles de la colección y, si no lo hacemos, dicen que irán a los abogados. Tu abuelo cree que pueden hacerlo porque también son socios. La última vez que ocultaste información, Domenico no puso objeciones, tal vez porque sospechaba de mi madre como posible topo. Y parece

que no iba desencaminado; al final quedó claro que Chiara solo colaboró con Donato Sartoria una vez. La relación de Simona con Dante es una prueba irrefutable.

—Entiendo. No te preocupes. Encontraré una forma de proteger esta colección; no podrán arruinarla, te lo prometo. Ahora debo irme, pero hablaremos de esto.

Aless asintió intranquila, aunque sin insistir. Andrea, algo incómodo, se levantó también para despedirse.

—Me alegra haber hablado contigo, Marco —añadió, tendiéndome la mano.

Correspondí al gesto con un apretón firme y asentí en silencio. Le eché una última mirada a Aless, respiré hondo y, sin decir nada más, me di la vuelta y salí.

* * *

Al entrar en la mansión, todo estaba en silencio. Fue Sofia quien salió a recibirme con su amabilidad de siempre.

—*Buona sera*, niño Marco.

—*Ogni giorno sei più bella, mia dolce Sofia* —hablé en tono zalamero, inclinándome para besarle la mano.

—Vas a conseguir que a esta anciana le salgan los colores. —Rio, divertida.

—No te hagas la modesta conmigo, que sé bien que te encanta. —Le guiñé un ojo con complicidad—. ¿Dónde está mi abuelo?

—El señor está en la casa adyacente. La niña Alessandra trajo la ropa de los bailarines y cuando salí de allí estaban con las modistas, ajustando los trajes. Tu abuelo, por supuesto, supervisa todo encantado.

—Entonces, iré a unirme a ellos —me despedí, plantándole un beso en la mejilla. Adoraba a esa mujer; tenía un corazón tan grande que apenas le cabía en el pecho.

La casa de mi abuelo se había convertido en el centro neurálgico de operaciones desde hacía tres semanas. Montamos un pequeño taller clandestino en el que diseñábamos y guardábamos cada

material, cada pieza. Alargamos la información sobre la presentación de la colección todo lo posible, para no mostrarles a Simona y Romeo los diseños finales. Sin embargo, llegó el momento en el que no quedó alternativa y tuvimos que hacerlos partícipes… o, al menos, hacerles creer que lo eran. Aless les mostró versiones incompletas y sin terminar, unos borradores sin brillo en los que incluso mencionábamos que los materiales que usaríamos, en teoría, serían imposibles de conseguir en poco tiempo. Ellos desconfiaban, por supuesto, pero tampoco tenían pruebas para saber que los engañábamos. La falta de fe en el trabajo de Aless fue nuestro mejor aliado, parecía haberlos calmado, dándonos margen para continuar en secreto con el diseño final.

Aquella tarde tocaba las pruebas de vestuario, y la casa de eventos de la mansión de mi abuelo estaba repleta de gente trabajando. No solo los bailarines estaban allí, ensayando los pasos con la ropa puesta, sino también algunos diseñadores y asistentes que aseguraban que cada prenda se ajustara a la visión de Aless. Al entrar, mis ojos se posaron de inmediato en ella. Andrea estaba a su lado, marcando los pasos de la coreografía mientras Aless observaba cada movimiento con atención, cuidando que los trajes lucieran en su máximo esplendor. La imagen era hipnótica; ella llevaba un traje *oversize*, como el resto de las bailarinas, para marcar la línea unisex. Sus famosas botas militares rompían la formalidad del conjunto y el escote sutil de la chaqueta resaltaba el diseño con un aire *sexy* y femenino.

Entonces, entendí algo que no me esperaba: Aless formaba parte de la coreografía. Ella iba a bailar con Andrea en el desfile, y lo peor era que comenzaban con una bachata combinada con pasos urbanos. La coreografía entre ellos era atrevida, con movimientos cercanos y provocativos. Fue como una bofetada. No podía concebir que, el día en que Valentino Ferre volvía a la pasarela, la figura central a su lado fuera Andrea y no yo. Aless se comportaba como una más del grupo de baile en lugar de asumir su papel principal como diseñadora.

Cuando terminó la coreografía, me acerqué a ella, incapaz de controlar la furia que me consumía. Mi abuelo, quien había

observado la escena en silencio, me lanzó una mirada comprensiva; sabía bien lo que me pasaba, estaba muerto de celos.

—Alessandra, tenemos que hablar —manifesté en un tono firme, poniendo mi mano en su espalda para guiarla hacia un lado más apartado, sin darle opción a réplica.

—¿Se puede saber qué narices te pasa, Marco? ¿A qué viene esta actitud? —espetó en voz baja, pero sin ocultar su enfado.

—¿De verdad no lo sabes, Alessandra?

—Deja de llamarme así, sabes que no me gusta. Y, mejor, dime de una vez qué sucede.

—¡Dios, eres la diseñadora! ¡Y ahí estás, bailando como una más! Ese no es tu rol —ataqué, alzando un poco la voz.

Ella me miró, incrédula, y soltó un suspiro molesto.

—Marco, te recuerdo que soy bailarina, por si lo has olvidado. Esa gente es mi grupo. —Señaló hacia los bailarines sin volverse a mirarlos.

—Aquí no eres una bailarina, eres la diseñadora. ¿Qué quieres, que hablen de tu espectáculo o de tus diseños?

—No entiendo por qué estás haciendo tanto drama.

—No me importa si lo entiendes o no. Te prohíbo que bailes. Cuando subas al escenario, será como diseñadora, y punto.

—¡No puedes prohibirme nada! ¿Lo entiendes?

—Chicos, por favor… —intervino la voz calmada de mi abuelo, apareciendo a nuestro lado—. Estáis armando un espectáculo. Vosotros sois los responsables de todo este proyecto y os comportáis como dos críos.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que teníamos varios ojos puestos sobre nosotros. Debí haberla llevado fuera, en lugar de hablar allí.

—Tienes razón, Giovanni —secundó Aless, respirando hondo para controlarse—. Sin embargo, tu nieto siempre saca lo peor de mí, ahora se cree con autoridad para decirme lo que puedo o no puedo hacer.

—Alguien tiene que decírtelo, porque últimamente parece que tu cabecita anda en las nubes —lancé, sin contener mi tono.

—¡Basta! —intervino mi abuelo, alzando ligeramente la voz. Nos miró a ambos, con severidad, pero sin perder la calma—. Marco, puedes decir las cosas de otra manera y seguro que Aless las entiende. Aunque si te dedicas a dar órdenes, solo conseguirás enfadar a todos. Y tú, muchacha, déjame decirte que, en esta ocasión, creo que Marco tiene razón. La atención de la prensa y de los asistentes debería centrarse en ti como diseñadora.

—De acuerdo, Giovanni, me sorprende que tú me lo digas. Está bien, no lo haré, aunque no entiendo ni comparto esta absurda decisión. Ahora, si me disculpáis, voy a informar al grupo de los cambios. —Antes de marcharse, señaló detrás de mí—. Ahí vienen Vito y Lorenzo con vuestros trajes. No os vayáis muy lejos, es la hora de los Sforza.

—Os espero en la mansión —informé sin disimular mi molestia, y salí de allí sin mirar atrás.

Apenas había dado un trago al *whisky* escocés de Deerloch cuando Vito entró en el salón. Suspiré, meneando la cabeza, lo último que quería era una conversación.

—No estoy de humor para tus gilipolleces.

—Grandullón, no pagues conmigo tus celos. Tienes que bajar un cambio. ¿Crees que no fue evidente lo que pasó ahí dentro?

—Sí, estoy celoso, ¿y qué? Quizá ya me cansé de ser el hombre comprensivo. Me hierve la sangre cada vez que los veo bailar así. Es como si en mi cabeza los viera… follando. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí, cielo, claro que lo sé. Recuerda que Luca, el hombre que amaba, me compartía con otros y otras. Imagínate lo que es ver cómo disfruta con ellos, cómo les da las mismas atenciones que a mí. No te creas que eres el único que lo ha pasado mal.

—Disculpa, ¿acabas de decir «el hombre que amaba»? ¿Qué pasó? ¿De un día para otro ya te has olvidado de él? Dime tu secreto.

—No seas idiota. Claro que no se olvida a alguien así de rápido, y no sé si alguna vez lo haré. Pero ya me cansé de esperar, de seguir deseando que apueste por nosotros. Decidí seguir adelante y probar a ser feliz.

—No. Dime que no estás haciendo lo que creo que haces.

—Sí, Marco. Me estoy dando una oportunidad con Lorenzo.

Negué con la cabeza, incrédulo.

—Venga ya, tío. Sabes tan bien como yo que ese hombre no te va a hacer feliz.

—Al menos soy su prioridad y sé que le importa mi felicidad.

—Te adelanto que el dicho de *«un chiodo tira fuori un altro chiodo»* no funciona.

—Tal vez un clavo no saque a otro, pero al menos hace el proceso más llevadero. Y no te hagas el santo; ¿quieres que te recuerde el nombre y apellido de tu «clavo» personal, Larissa Corvi?

—Haz lo que te dé la gana, Vito.

Lorenzo y mi abuelo entraron juntos, conversando de forma animada. Zanoli, con demasiada confianza, se sirvió un trago de *whisky* y sacó de su maletín el resultado final de los gemelos. Eran simplemente exquisitos. Me permití un instante de orgullo al admirarlos. Los diseños, mis diseños, realmente eran buenos, y con el toque final del taller había logrado piezas exuberantes, rebosantes de un trabajo minucioso que destacaba cada detalle.

Al poco tiempo apareció Aless, su expresión endurecida y seria me indicó que seguía molesta. Sabía que, aunque su equipo de bailarines ya se había ido, probablemente aún estaría lidiando con la noticia de que no participaría en el desfile bailando. Pero algunos límites eran necesarios, y pese a que había accedido a la mayoría de sus peticiones, el protagonismo en la pasarela debía corresponderle como diseñadora. No iba a ceder en esto, aunque estuviera a disgusto; con el tiempo lo comprendería.

Mi abuelo fue el primero en probarse el traje. Vestido con aquel diseño, lucía elegante y rejuvenecido. Aless, con su sensibilidad para los detalles, incluso le ajustó el peinado, haciéndole una raya a un lado que, inesperadamente, resaltaba sus rasgos masculinos. Si ella conseguía que mi abuelo accediera a ese cambio era porque Aless tenía ese talento, esa chispa que la hacía única.

El traje era sencillamente perfecto: el negro profundo y opaco del tejido principal salteado con pequeños diamantes se complementaba con un detalle brillante en la solapa, una tela de raso que le daba al diseño un aire de elegancia contemporánea y originalidad sin perder

ese toque clásico. Finalmente, completamos el *look* con los gemelos de diamantes negros, la pieza más exclusiva de mi colección. Provenientes de la República Centroafricana, cada uno de aquellos diamantes era único y su rareza solo aumentaría su valor.

Observé a mi abuelo y vi la ilusión en su rostro, una emoción casi olvidada que recordaba lo que Valentino Ferre había sido y podía volver a ser en el mundo de la moda. Ese brillo en su mirada me convenció de que yo mismo haría lo necesario para proteger esta colección y asegurar que él recobrara ese orgullo perdido.

Además, había algo más en juego. Esta sería la última vez que Aless y yo trabajaríamos juntos y, aunque nuestros caminos pronto se separarían, quería que este final fuera memorable. No sería una despedida marcada por el dolor, sino una colaboración grandiosa y significativa. Quizá, más adelante, ambos recordaríamos este momento como una despedida digna de lo que alguna vez fuimos.

—Marco, es tu turno. Cámbiate —indicó Aless, extendiéndome el traje con un gesto decidido.

En lugar de irme al cuarto, como había hecho mi abuelo, comencé a desvestirme allí mismo, lo que provocó que él rodara los ojos con un suspiro de resignación. Iba quitándome cada prenda con una lentitud deliberada, notando las miradas que se posaban en mí. Vito observaba mis movimientos con una ceja alzada y una sonrisa de medio lado; Lorenzo me contemplaba con deseo y Aless…, ella intentaba no mirar, aunque sus ojos volvían inevitablemente a mi cuerpo mientras me quedaba únicamente en calzoncillos.

No pasó mucho tiempo antes de escuchar a Vito susurrarle algo a Aless, lo suficientemente bajo para ser discreto, pero no tanto como para que no lo oyera.

—Cielo, el vikingo es un espectáculo, no obstante, fíjate en este bombón. Marco es un dios, una obra de arte —comentó en tono pícaro, dejándose llevar—. Mira bien, todo en su cuerpo parece esculpido en piedra… y no creo que debajo de esos calzoncillos hallemos poca cosa.

—¿Te quieres callar? —Aless lo fulminó con la mirada, pero sus ojos seguían posándose en mí mientras se mordía el labio, a pesar de sus esfuerzos.

—Cariño, ¿a quién intentas engañar? Solo de mirarlo te arde la piel —insistió Vito en tono de burla—. Aunque te queda el consuelo de que alguna vez fue tuyo.

Aless soltó un bufido, sin lograr contener su incomodidad, mientras yo reprimía una sonrisa. A veces deseaba asesinar a Vito por sus ocurrencias, y otras veces, simplemente, me hacía reír de pura complicidad. Vito había sido un gran apoyo en este último tiempo; su amistad resultaba esencial. Nico estaba iniciando una vida con Emma y no quería que viviera pendiente de mis problemas. Tener al fotógrafo cerca era un alivio, como una especie de compañero.

—Marco, ¿te puedes apurar? —me increpó ella, con los brazos en jarra y observándome con fastidio fingido—. Te recuerdo que estamos aquí para desfilar con trajes, no para una línea de ropa interior.

Todos sonrieron y yo aproveché el momento para prolongarlo un poco más.

—¿Por qué estás tan nerviosa, Aless? —cuestioné mientras me subía los pantalones, disfrutando de su incomodidad. Sabía bien cómo irritarla—. No es como si fuera la primera vez que me ves con poca ropa. De hecho, si no recuerdo mal, me has visto sin nada y disfrutaste. —Le guiñé un ojo y su expresión pasó del fastidio a la furia en un segundo.

—¡Marco! Hace tanto tiempo que ni lo recuerdo —contraatacó, entre dientes, mientras me colocaba la chaqueta con brusquedad. Empezó a abotonármela, concentrada en no mirarme a los ojos.

Incliné mi rostro hasta que casi rozaba el suyo y susurré:

—Sabes que eso no es cierto, pequeña. Ninguno de los dos olvidará lo que fuimos. Mi recuerdo te perseguirá como el tuyo lo hace conmigo.

—Ya estás. —Se aclaró la garganta y se apartó de golpe, recuperando la compostura.

—*Wow! The view is amazing!* —silbó Vito, rompiendo la tensión con una carcajada y recibiendo un codazo de Aless.

—Es un diseño magnífico, Alessandra —declaró mi abuelo, admirando su obra.

Era una creación impresionante, cada detalle reflejaba el trabajo meticuloso que habíamos puesto en la colección. La chaqueta estaba cubierta de pedrería en distintos tamaños que capturaba la luz de manera perfecta, aportando un brillo que convertía cada movimiento en un destello. La textura aterciopelada le otorgaba un aire invernal y lujoso.

Era un modelo arriesgado: una chaqueta abierta sin nada debajo, dejando ver el torso al descubierto. En otro modelo, el que llevaría Andrea, quiso romper los estándares, incluyendo una camiseta de tirantes bajo la chaqueta, evocando las prendas interiores masculinas de antaño.

Recordé la primera vez que le habló de esa mezcla a mi abuelo; sus ojos se abrieron, horrorizados ante la posibilidad de que el conjunto fuera demasiado atrevido y estropeara la esencia del traje. Sin embargo, cuando el diseño cobró vida, sus dudas se desvanecieron: la combinación de texturas y elementos tradicionales con un toque moderno resultó ser una elección perfecta.

Observando aquel trabajo, sentí que habíamos logrado algo especial. Era la prueba de que Valentino Ferre estaba listo para volver a brillar.

CAPÍTULO 9

Tu sei ogni ragione, ogni speranza e ogni sogno che abbia mai avuto.
Eres cada razón, cada esperanza y cada sueño que he tenido.

Nota de prensa

Alessandra Rossi y Marco Sforza brillan nuevamente juntos en el desfile más esperado de la temporada

Esta noche, el mundo de la moda se detiene para presenciar uno de los desfiles más aclamados del año, que trae consigo una colaboración llena de intriga y grandes expectativas. Alessandra Rossi, reconocida por su estilo vanguardista y su compromiso con la moda ecológica, presentará una colección exclusiva para la prestigiosa firma Valentino Ferre, marca que le vio dar sus primeros pasos en la industria.

Esta colaboración marca un regreso especial, ya que Rossi no solo debuta con una colección sostenible, sino que también comparte la pasarela con el renombrado Marco Sforza, su exesposo, quien vuelve al diseño tras años de ocuparse de la dirección ejecutiva de la firma familiar. La decisión de Sforza de contribuir con diseños de gemelos a esta colección ha generado una ola de curiosidad en la industria, donde todos se preguntan cómo ha sido la dinámica entre ambos tras su separación, y si los rumores de una llama reavivada entre ellos tendrán lugar en esta pasarela.

Misterio, gemas y sostenibilidad en la pasarela

Se espera que las gemas jueguen un papel importante en los diseños, aportando ese toque de lujo que ha caracterizado a Valentino Ferre en sus épocas doradas. La combinación de la elegancia clásica de Sforza y la visión moderna y sostenible de Rossi

promete crear una sinergia única, donde lo tradicional y lo innovador se fusionan en piezas que capturan la esencia de ambos.

Con el trasfondo de dificultades económicas recientes, Valentino Ferre apostó fuerte a este evento para revitalizar su presencia en la industria. Esta colaboración puede ser el impulso que necesita para regresar a lo más alto, o bien el último intento de resurgir en un mercado cada vez más competitivo.

Una noche llena de expectativa

La presencia de Rossi y Sforza juntos en el evento tiene a todos expectantes, y esta noche promete ser inolvidable, no solo por los diseños y la creatividad, sino también por la historia personal que ambos llevan consigo. ¿Será este el comienzo de una nueva era para Valentino Ferre? ¿Y un renacer para esta pareja icónica de la moda?

Esta noche, seremos testigos de una fusión de talento, nostalgia y evolución en el desfile que todos estarán observando atentamente, ansiosos por ver cada detalle de los diseños y el resurgir de Valentino Ferre, con Rossi y Sforza como protagonistas de un espectáculo que nadie en la industria se quiere perder.

Detrás del escenario, observaba en silencio cómo Andrea apretaba el papel entre sus manos, arrugándolo antes de dejarlo caer al suelo. La nota de prensa no era más que un recordatorio de los temas que tanto nos quemaban a ambos, y su rabia era tan familiar que podía sentirla en mis propios huesos. Faltaba muy poco para el inicio del espectáculo y no necesitábamos que nada distrajera a los bailarines en el último minuto. Hoy, más que nunca, la atención del mundo de la moda estaba sobre Valentino Ferre, y todo debía ser perfecto.

Me estaba preparando para hablar con él cuando la vi: Aless caminaba con seguridad hacia Andrea, luciendo uno de los trajes más atrevidos de la nueva colección. Su cabello, más rizado y salvaje de lo habitual, enmarcaba sus ojos con un brillo especial. Sus labios, pintados de un azul celeste, contrastaban con el negro de su atuendo. Aless era toda fuerza y energía, una visión imposible de ignorar.

Se paró frente a él, alzó una mano y tomó su rostro con suavidad, buscando su mirada con una ternura que solo ella sabía transmitir. Pero él la apartó con frialdad, y en ese momento supe por todo lo que estaba ocurriendo, que las inseguridades habían llegado a su relación. Tal vez, en otro tiempo, habría sentido una pizca de satisfacción egoísta al ver cómo se distanciaban. Quizá habría pensado que era una oportunidad para acercarme a ella. Sin embargo, al verlos ahora, solo deseaba que ella fuera feliz, sin importar dónde o con quién eligiera estar.

—Cariño —comenzó hablando ella suavemente—. No prestes atención a las noticias, no saben de lo que hablan. Solo sueltan estupideces.

—*Min kärlek*, ¿es eso lo que te repites a ti misma para justificar lo que sientes? —la acusó, sin apartar la mirada—. Esta noche subirás a ese escenario de su mano, y no estarás bailando a mi lado como siempre.

—Andrea, por favor. Hoy termina todo.

—¿Estás segura? —cuestionó con un tono desafiante—. Porque tengo mis dudas. Te han ofrecido ser la diseñadora jefa de Valentino Ferre, hacer lo que amas y llegar lejos. No es una oportunidad que muchos dejarían pasar.

Recordé cómo, esa tarde, mi abuelo le había propuesto formar parte del equipo. Sus ojos se iluminaron un instante, aunque no tardó en rechazarlo, diciendo que había cumplido su papel y que ahora debía seguir con su vida. Por un segundo creí que existía una posibilidad, sobre todo cuando sus ojos se clavaron en los míos; pero, al apartar la mirada, entendí que era el final.

—Mira. —Señaló ella entonces, desbloqueando su móvil y mostrando la pantalla—. Estos billetes son nuestros pasajes de regreso a casa. Mañana sale nuestro vuelo. Ya cumplí aquí, amor. Mi futuro está contigo, en los escenarios. Así que instalémonos en Estados Unidos, como habíamos planeado, y dejemos que la danza guíe nuestras vidas.

—*Min kärlek*, te amo —suspiró aliviado, besándola con pasión. Ella se aferró a su cuerpo, respondiendo al beso, mientras yo

observaba desde las sombras, sintiéndome como un idiota y martirizándome por lo que había perdido.

La voz de Luca rompió el momento:

—Chicos, es hora de salir.

Andrea, con el semblante de un hombre triunfador, se unió a su grupo. Aproveché para acercarme a Aless, que se sobresaltó al verme.

—¿Marco?

—Sí, lo escuché todo. Así que… ¿mañana te vas?

—Es hora de retomar mi vida. Quiero cuidar de mi relación lejos de las especulaciones. Este mundo de focos y prensa no es para nosotros.

—Es lo mejor para todos —musité—. Pero esta noche, al menos, déjame despedirme de ti como es debido. Hagamos historia juntos, una última vez.

Ella me sonrió con tristeza en los ojos.

—Que nuestro final sea memorable, Sforza —susurró, entrelazando su mano con la mía.

Mi abuelo irrumpió, acercándose con los brazos abiertos.

—Venid aquí, chicos. —Nos atrajo, rodeándonos con un abrazo—. No importa el resultado, sino el camino recorrido. Estoy orgulloso de los dos. Sé que esto no fue fácil, sin embargo, vuestro trabajo ha resultado impecable. Ahora, vayamos a disfrutar del espectáculo.

—Id vosotros, yo… tengo algo pendiente que hacer —indicó Aless, dejándome desconcertado.

—Abuelo, ¿sabes qué le pasa?

—Ya lo verás, hijo. Prepárate, porque esto no te va a gustar. Pero recuerda: amas a esa mujer por ser impredecible y porque nunca se rinde. No lo olvides.

—¿Qué quieres decir con eso? Me estás preocupando.

—Cállate y observa —fue lo único que me respondió.

Cuando las luces se encendieron en el escenario, una larga mesa estaba situada en el centro, rodeada por los bailarines, quienes simulaban estar sentados mientras ejecutaban una coreografía elegante y coordinada con movimientos de la parte superior del cuerpo. De pronto, la fuerza de la música hizo vibrar la sala y Aless

apareció en uno de los extremos de la mesa, como un destello. Al ritmo de *Love Me To Death* de Nikki Idol, dos de sus compañeros la levantaron con destreza y la colocaron sobre la superficie, con una entrada de impacto que arrancó un murmullo entre el público. Con un gesto suave de la mano, Aless llamó a Andrea, quien, de un salto ágil, apareció a su lado, y ambos comenzaron a bailar de un modo muy sensual.

Cada movimiento entre ellos parecía un juego íntimo, una complicidad que se percibía en cada mirada, en cada roce. Sus cuerpos hablaban en un lenguaje que solo ellos comprendían. Andrea, vestido con un traje que parecía una segunda piel, transmitía fuerza; la chaqueta *sand* oscuro realzaba su figura atlética y los detalles dorados en el cuello y los puños le daban un aire de realeza. Aless, en contraste, llevaba un conjunto oscuro de corte moderno y provocador, cuyo único toque de color era el azul celeste de sus labios y la pedrería alrededor de los párpados de sus ojos.

La coreografía avanzaba y ella se deshizo de la chaqueta de Andrea, dejándolo solo con una camiseta sin mangas que moldeaba sus músculos. Con un movimiento delicado, sus manos recorrieron su torso mientras lo miraba, y él, en respuesta, la agarró con un gesto firme, como si con ese toque pudiera reclamarla, aunque solo fuera en la danza. Con una inclinación precisa, el sueco deslizó sus brazos por dentro de la chaqueta de ella y, de un tirón, la abrió, revelando el sujetador cubierto de pedrería que hacía juego con el color intenso de sus labios. Ambos cuerpos se fundieron en un paso final donde sus labios se rozaron mientras la tensión aumentaba. Desde las sombras, apretaba los puños con la mandíbula tensa.

La música cambió y Aless se retiró con movimientos sutiles. Llevaba unas botas altas de cordones hasta casi las rodillas con un tacón significativo, y el pantalón ancho de su traje estaba metido por dentro, creando una ilusión de amplitud alrededor de sus piernas. Algunos de los bailarines giraban sobre sus manos, su espalda, su cabeza, mientras el resto realizaban movimientos de *freestyle* sobre la mesa. La coreografía era perfecta, pero mi enfado me impidió disfrutar del espectáculo por completo.

Cuando Aless regresó a mi lado, escuché un susurro.

—Lo siento. Tenía que hacerlo.

No respondí. Ni siquiera la miré. Fue mi abuelo quien rompió el silencio.

—No tenía ninguna duda de que hoy ibas a bailar, Alessandra.

Mi corazón se hundió un poco al darme cuenta de que era el único que había creído en su palabra. Los bailarines concluyeron la actuación y, en ese instante, Aless tomó mi mano y la de mi abuelo. Al principio, me resistí, sin embargo, su voz rompió mi defensa.

—Por favor…, entiéndeme.

Las luces se apagaron un instante y un foco central nos iluminó a los tres, como si Aless fuera nuestra guía. Mi abuelo y yo llevábamos unas capas oscuras que nos cubrían por completo, mientras que ella, sin chaqueta, dejaba ver el destello de la pedrería en su pecho. Subimos a la mesa y, en medio del silencio, los bailarines comenzaron una coreografía con sus manos, simulando llamas que nos envolvían como si estuviéramos en el centro de una hoguera. Tras un sonido seco y poderoso, Aless, desde abajo, tiró de nuestras capas, descubriendo nuestros rostros y los trajes más exclusivos de la colección.

Un suspiro de asombro recorrió la sala, seguido de una ola de aplausos y el destello incesante de las cámaras. Todo el público estaba en pie, los bailarines y Aless aplaudían también desde abajo. Mi abuelo y yo nos abrazamos con fuerza, orgullosos y emocionados por la colección. Nos dirigimos juntos al otro extremo de la mesa y bajamos por las escaleras, donde Aless nos esperaba y tomó nuestras manos. Caminamos hasta el inicio de la pasarela, ella dio un paso atrás, dejándonos a mi abuelo y a mí recibir los aplausos finales.

En ese momento, mi abuelo se apartó lentamente y le cedió su lugar a Aless. Antes de hacerlo, la abrazó y le dio un beso tierno en la frente, en un gesto familiar. Nos miramos un instante antes de abrazarnos, un abrazo cargado de sentimiento, de un amor que estaba ahí aunque supiéramos que no podía ser. Sentí sus manos deslizarse bajo mi chaqueta, sus dedos acariciando mi piel, como si quisiera grabarme en su memoria. La envolví con un brazo por los

hombros, apretándola con fuerza, mientras con la otra mano recorría lentamente su espalda.

Ese instante nos pertenecía solo a nosotros; el ruido de la multitud desapareció y quedamos solo Aless y yo, con nuestros rostros tan cerca que podía sentir su respiración. Inhalamos el aroma del otro, como queriendo memorizarlo, sabiendo que era la última vez. Y en susurros, hablamos con sinceridad, dejando que nuestras miradas y el roce de nuestras pieles fueran testigos de nuestras palabras.

—Aquí es donde se separan nuestros caminos. Solo espero que este final haga que me odies un poco menos.

—Marco, eso es imposible. No se puede odiar y amar al mismo tiempo…, y yo nunca dejé de amarte. Te guardaré en un rincón de mi corazón y ahí vivirás para siempre.

—Pequeña, fuiste, eres y siempre serás el amor de mi vida.

—Y tú… tú fuiste el mayor error de la mía. Pero, por más que duela decirlo, y por mucho sufrimiento que conllevó estar a tu lado, me volvería a equivocar una y otra vez.

Separé un poco nuestros rostros y, tragándome las emociones, le aparté un mechón de cabello de la cara.

—Sé feliz con él y cumple todos tus sueños.

Aless se acercó un poco más, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—Marco…, libérate de esas cadenas. El odio y el rencor no son buenos compañeros. Mereces algo mejor que eso.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, ambos sabíamos que esta despedida dejaría una marca en nuestros corazones, de un amor que nunca se extingue del todo.

Al llegar a bambalinas, fuimos recibidos por aplausos. Los rostros de Valentino Ferre —el equipo que se había convertido en nuestra familia— desbordaban de orgullo, y cada uno se acercaba para felicitarnos. Nos abrazaron, estrecharon nuestras manos, y entre risas y lágrimas, el ambiente se llenó de ese calor que solo se siente cuando uno comparte la victoria con quienes han estado ahí en cada paso.

Entre todos los presentes, estaba Alice Demir, la dueña de Giordano que aguardaba con una sonrisa radiante. Primero se dirigió a Aless, rodeándola con un abrazo afectuoso y sincero. Sabía que habían creado una relación cercana tras trabajar juntas.

Posteriormente Alice se giró hacia mí y, para mi sorpresa, también me abrazó. Sentí un aprecio genuino en su gesto y un extraño pero reconfortante paralelismo entre nuestras vidas. Alice era una empresaria increíble, una mujer fuerte que había logrado levantar Giordano, llevándolo tan alto como previamente lo había hecho su abuelo, otro grande de la moda como el mío. Sabía que, como yo, ella se había enfrentado a una vida difícil, marcada por las sombras del pasado y el constante acecho de un entorno que, en su caso, había sido el mundo de la mafia.

Sin embargo, con una valentía que yo solo podía admirar, ella se había sobrepuesto a esas adversidades y había transformado su dolor en un motor para impulsar su carrera y su firma. Alice no solo era la dueña de Giordano; era una leyenda que había luchado y vencido, y yo no podía evitar desear que algún día pudiera decir lo mismo de mí y de Valentino Ferre.

—¡Felicidades! La colección es increíble, y junto con los diseños de los gemelos, habéis llevado la moda a otro nivel. La competencia lo va a tener muy difícil para superar esto. Y la puesta en escena…, maravillosa, no solo por los bailarines. Para mí, lo mejor fue ver a los Sforza ahí de pie, luciendo los diseños más destacados. Ojalá yo pudiera hacer eso con mi abuelo —suspiró Alice, lanzándome una sonrisa cálida—. Marco, atesora este momento para siempre, porque Giovanni estaba feliz.

—Gracias, Alice, tus palabras significan mucho. Lo sé… tu abuelo Vincenzo y el mío fueron como hermanos, dos luchadores hasta el final.

Alice se giró hacia nuestra diseñadora con una mirada de admiración.

—Aless, estuviste increíble como siempre. Para Giordano es un honor trabajar contigo. Justo ahora se me ocurre… ¿qué te parecería presentar una colección conjunta? Chaquetas de Giordano con los

trajes de Valentino Ferre. Contigo como diseñadora estrella, ¡sería un éxito asegurado!

Sentí un atisbo de esperanza en mi interior; sin embargo, al ver el rostro de Aless, esa ilusión se desvaneció.

—Lo siento, pero no podré ser parte de ello —denegó ella con tono apagado—. Me mudo a Estados Unidos; Andrea y yo debemos prepararnos para una competición importante y este año vamos a por todas. No podré compaginarlo.

Sabía que probablemente decía la verdad, pero también estaba seguro de que, aunque pudiera, no aceptaría. Tanto ella como yo teníamos presente que trabajar juntos pondría en peligro el mundo seguro que había construido con Andrea, y no iba a arriesgarlo.

—Bueno, Marco —Alice me dirigió una mirada comprensiva—, no tenemos a nuestra diseñadora estrella, sin embargo, confío en que aún podamos hacer algo juntos. Piensa en mi propuesta.

—Por supuesto, la estudiaré. —Me esforcé por parecer entusiasta, aunque por dentro la despedida de Aless me dejaba un vacío difícil de ignorar.

Alice miró su reloj con un gesto de preocupación.

—Chicos, tengo que irme. Mis hijas tienen algo de fiebre por un virus y Alp las ha llevado al médico. Dicen que las madres son las alarmistas, ¡pero en nuestro caso es él! Las niñas son su vida entera —nos explicó con una sonrisa tierna.

—Ve tranquila, Alice, y gracias por estar aquí. Dale recuerdos a Alp, hace tanto que no lo veo… ¡Se le nota que está volcado en su papel de padre!

Alice se rio, con esa calidez suya.

—Lo sé, ignora a todo el mundo, hasta a mí. Y os juro que hago un esfuerzo para raptarlo algún fin de semana y quedarnos a solas. ¡Si hasta tengo que controlarle el teléfono porque se pasa todo el día llamando a la niñera para ver cómo están nuestras pequeñas!

Nos arrancó una sonrisa y, después de darnos un beso en la mejilla a cada uno, agregó con su entusiasmo habitual:

—Despedidme de mi adorado gruñón —dijo refiriéndose a mi abuelo—. Y ya sabéis, la oferta sigue en pie para ambos. Aless, piénsalo bien.

Nos regaló una última sonrisa antes de alejarse, dejándonos la propuesta en el aire.

Llegó el momento de enfrentarnos a la prensa, y mi abuelo, Aless y yo nos posicionamos frente a una masa de cámaras y micrófonos que captaban cada movimiento, cada expresión. En cuanto aparecimos, la avalancha de preguntas cayó sobre mi abuelo primero, y él, con la tranquilidad y destreza de siempre, respondía con la seguridad que daba toda una vida en el negocio de la moda. Pero, pronto, los reporteros nos rodearon a Aless y a mí, lanzando preguntas rápidas, directas, que nos mantenían en un constante ir y venir, como en un frenético juego de ping-pong.

Al principio, las preguntas se centraron en el desfile, en la colección y en lo que había significado esta colaboración para Valentino Ferre. Sin embargo, como siempre, era inevitable que la conversación derivara hacia otro terreno. En poco tiempo, todo giraba en torno a mi relación con Aless. Algunas preguntas eran discretas, pero otras… eran tan atrevidas que apenas las podía creer.

Una en especial logró sobresalir, lanzada con la intención de alguien que sabe que esa pregunta se quedará grabada: «En ese abrazo que se dieron en la pasarela, todos sentimos el amor y el fuego que hay entre ustedes. Es innegable, solo un ciego no lo vería. Y, sinceramente, todos esperábamos un beso como la última vez».

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, tan crudas y directas que por un momento me quedé sin habla. Mi mirada se desvió, casi de inmediato, hacia el fondo del salón. Entre el tumulto de luces y micrófonos, vi a Larissa. Había estado ahí, observando en silencio como siempre, tratando de no destacar, aunque estas palabras parecieron romper algo en ella. Con expresión herida, se giró rápidamente para dirigirse hacia la salida, sin mirar atrás.

La incomodidad me recorrió el cuerpo. Aunque lo nuestro no era del todo formal, todos sabían que ella y yo teníamos algo. Y Larissa no solo era importante para mí, sino que también era la directora de *Le Chic Magazine*, por lo que se vería expuesta a comentarios y titulares sensacionalistas en los próximos días, algo que no se merecía.

Antes de que pudiera pensar en una excusa para alejarme de los reporteros, me abrí paso entre ellos y la seguí. La alcancé justo antes de que cruzara la puerta de salida, tomándola suavemente del brazo.

—Larissa…, espera, por favor.

Ella se detuvo, sin mirarme aún, pude ver la tensión en sus hombros, como si se estuviera preparando para no ceder a lo que le dijera. Sabía que, después de esta noche, nuestras vidas se verían afectadas de un modo u otro, y no quería que se fuera con ese dolor y con tantas palabras sin decir.

—Aless se va mañana y dejarán de hablar de ella y de mí —intenté explicarle, pero Larissa se dio la vuelta, mirándome con una dureza que destrozó cualquier excusa.

—¿Y que ella no esté va a cambiar algo entre nosotros? ¿Vas a dejar de pensar en ella? ¿Estás dispuesto a formalizar nuestra relación?

Quise decir algo, cualquier cosa que aliviara esa tensión, sin embargo, las palabras no salieron. No podía hacer promesas vacías, no a ella.

—Larissa, tú…

—Déjalo, Marco —me cortó—. Tu silencio dice más que cualquier excusa. Me importas, de verdad, y me enamoré de ti, el problema es que no puedo seguir luchando contra un fantasma entre nosotros. Además, nunca te entregas por completo. Lo siento, yo quiero más, y está claro que tú no estás en condiciones de dármelo. ¿O sí?

—No —admití en voz baja.

—Entonces esto se acabó. Tengo que distanciarme, olvidarte y sanar.

—Lo siento, Larissa.

—Yo también. No te preocupes, seré profesional cuando redacte la crítica del desfile de esta noche. Sé separar lo laboral de lo personal. Adiós, Marco. Ojalá que algún día encuentres la felicidad.

—Adiós, Larissa. Espero que encuentres a alguien que te sepa valorar como te mereces.

Ella se dio la vuelta y salió sin mirar atrás. Sentí el vacío inmediato que dejó al irse, pero en el fondo sabía que lo correcto

era dejarla ir. No tenía sentido mantenerla a mi lado cuando, en realidad, mi corazón estaba en otro lugar… o, mejor dicho, con otra persona.

Al pensar en Aless, recordé que la había dejado sola con los reporteros. En un impulso, volví sobre mis pasos y, al girar la esquina, vi a Andrea a solas, deshecho. De pronto, supe lo que tenía que hacer.

—Ven, tenemos que parar todo esto —le comenté sin detenerme, y él me siguió, algo confundido.

Cuando llegamos a su lado, estaba agobiada, rodeada de reporteros que lanzaban preguntas sin descanso. Al percibir su incomodidad, tomé el control de la situación, alzando la voz para captar la atención de todos.

—Por favor, escuchen un momento, esto lo diré solo una vez. Sé que muchos están especulando con un tema que no es verídico y la situación se está volviendo incómoda para todos los involucrados. Como saben, Aless y yo estuvimos casados en el pasado, pero hoy cada uno tiene su propia vida. Sí, tenemos una conexión especial cuando trabajamos juntos, y eso es simplemente porque ambos amamos lo que hacemos. Esa química que han visto en el escenario es genuina, se debe al amor por nuestra profesión, no a ninguna historia romántica.

Vi cómo algunos murmuraban entre sí, sin embargo, continué sin dar tiempo a que se desataran más rumores.

—Quiero dejar algo claro: no hay reconciliación. Entre nosotros hay un cariño sincero, fruto de todo lo que vivimos en el pasado. Siempre habrá respeto y un lugar especial para ella en mi vida, como espero que también lo haya para mí en la suya.

Lancé una mirada cómplice a Aless, que respondió con una sonrisa y un leve asentimiento.

—Además, quiero recordarles que este proyecto no es el esfuerzo de dos personas, sino el resultado del trabajo de un equipo completo. La participación de Andrea —su pareja— fue fundamental desde el principio —aclaré, señalándolo con un gesto pausado—. Hoy, él también es parte de la familia de Valentino Ferre, y por eso

celebraremos juntos el talento de todos los que hicieron esto posible.

Hice una pausa y los reporteros parecieron finalmente relajarse.

—Y ahora, les dejo con la verdadera reina de esta noche, la persona que hizo posible que esto fuera un éxito: la gran diseñadora y bailarina Alessandra Rossi —finalicé con una mirada cómplice.

Aless agradeció mi intervención con una cálida presión de manos, y Andrea, aún cerca de ella, me hizo un gesto de aprobación con los ojos. Vi a mi abuelo esperando a un lado, orgulloso de lo que acababa de hacer. Colocó un brazo sobre mi hombro y juntos nos dirigimos a la fiesta. La noche continuaba y aún quedaba la parte social del evento, una parte que, aunque tediosa, era inevitable en este mundo.

* * *

La fiesta iba apagándose lentamente y yo aproveché el momento para escabullirme un poco antes, evitando la incomodidad de una despedida con Aless. Me encontraba en la puerta, fumando un cigarrillo, un hábito ocasional que retomaba solo en noches como esta, cuando los nervios parecían acumularse en el pecho y necesitaban alguna válvula de escape.

Mientras esperaba que trajeran mi coche, intentaba enfocarme en lo positivo. Todo había salido mejor de lo esperado; la colección había sido un éxito y ni Simona ni Romeo, ni siquiera Dante de Donato Sartoria, habían hecho el menor intento de sabotaje. Algo me decía que no contaban con que la colección de Aless tuviera semejante impacto, y ahora cualquier maniobra sería inútil: el éxito de Valentino Ferre estaba sellado, imperecedero.

El joven aparcó mi coche frente a mí, extendiéndome las llaves. Apagué el cigarrillo mientras giraba la cabeza, echando un último vistazo al lugar, como queriendo absorber todo lo que aquella noche había significado.

Justo en ese momento, escuché una voz.

—¿Te ibas sin despedirte? —Aless me detuvo antes de que pudiera entrar al vehículo.

Allí estaba ella, con los ojos humedecidos, caminando hacia mí con Andrea de la mano.

Nos quedamos en silencio por un instante, mirándonos a los ojos, mientras él se mantenía un paso atrás, dándole el espacio que necesitaba.

—Todo salió… increíblemente bien —balbuceé esas escasas palabras, ocultando todo lo que había en mi mente.

—Sí, así es. Y sé que no habríamos llegado hasta aquí sin ti —respondió, con una sinceridad que me caló hondo.

No sabía qué decir. Había algo en esa mirada, en la forma en la que su voz suavizaba las palabras, que hacía que el tiempo se detuviera. Y, en ese instante, supe que aquella despedida que no queríamos admitir era la más difícil.

Andrea me dio un leve apretón de mano, en un gesto de respeto. Sentí los labios de Aless en mi mejilla, depositando un beso breve. Al alejarse su mirada se posó en mí y, aunque no dijimos más, entendimos que había algo entre nosotros que ninguna distancia podía romper.

Los observé alejarse. Abrí la puerta de mi coche, pero algo en el reflejo del retrovisor me hizo levantar la vista. En la penumbra de la calle, vi cómo un vehículo sin luces avanzaba a toda velocidad. Se me formó un nudo en la garganta e inmediatamente sentí un pánico visceral al darme cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¡ALESS, CUIDADO! —grité con todas mis fuerzas.

Ella estaba en medio de la calle, sin percatarse del peligro. Andrea fue el primero en reaccionar, al escuchar mi grito y ver el coche aproximarse. Sin dudar, se lanzó hacia ella. Su cuerpo chocó contra el de Aless con fuerza, empujándola fuera del camino. Y en ese instante, el vehículo se lo llevó por delante, lanzándolo varios metros hacia el asfalto.

Corrí hacia ellos con el corazón acelerado. Aless yacía en el suelo, inconsciente. Su cabeza se había golpeado con el pavimento y la sangre le empapaba el cabello. Me arrodillé junto a ella,

comprobando su respiración. Estaba viva. Con manos temblorosas, marqué el número de emergencias.

—Necesito una ambulancia… —sollocé entrecortadamente, aunque apenas podía escucharme a mí mismo.

Miré hacia donde había caído Andrea. Caminé con pasos apresurados, como si el mundo se hubiera convertido en un sueño distorsionado. Me arrodillé a su lado, sujetando su mano con la esperanza de sentir algo. Sin embargo, su cuerpo estaba inmóvil, golpeado y magullado, y no respondía a mi toque. Llevé dos dedos a su cuello, buscando su pulso, pero no lo encontré.

Me quedé en silencio. Al otro lado del teléfono, alguien me pidió que respondiera, que diera mi ubicación exacta. No obstante, mis palabras se atoraron en la garganta.

Solté un grito de desesperación mientras yo permanecía allí, inmóvil, contemplando la tragedia que, en un instante, había destruido vidas y cambiado la de Aless para siempre.

CAPÍTULO 10

Il mio cuore è e sarà sempre tuo.
Mi corazón es y será siempre tuyo.

Aparqué el coche y, con las luces apagadas, me quedé un momento en la penumbra, observando el gentío que se había reunido en aquellos almacenes abandonados. Irónicamente, esta era la tercera vez que venía aquí, a este lugar que siempre me había parecido ordinario y descuidado. Hoy lo veía distinto. Este sitio, con sus paredes grafiteadas y su aire desolado, se había convertido en un refugio para jóvenes que, como Andrea, soñaban con dejar su huella en el mundo. En un rincón de esta ciudad que devora ilusiones, ellos encontraron un espacio donde ser ellos mismos.

No sabía si presentarme en su despedida era una buena idea o un error monumental, aunque algo me impulsaba a estar ahí. Andrea y yo habíamos sido rivales, sí, pero también lo respetaba. Era un buen tipo, alguien que amaba profundamente y que, en un instante de valentía, sacrificó su vida por la mujer que ambos adorábamos. Quizá, en cierto modo, se había convertido en una figura imposible de odiar.

Salí del coche y caminé hacia el grupo de personas allí presentes. Mis amigos me divisaron enseguida. Me miraban con orgullo, porque sabían por lo que estaba pasando. Habían sido ellos quienes me mantuvieron al tanto de Aless y su estado. La última vez que la vi fue en el hospital, recién había despertado, aún desorientada y frágil. Fue a mí a quien le tocó decirle que Andrea no había sobrevivido, y sus lágrimas y ese desgarrador grito de dolor todavía aparecían en mis sueños. Apretaba el collar de borlas que siempre llevaba con ella, y en ese instante supe que ese pequeño talismán

tenía que ver con él. Aless lloró en mis brazos hasta que las fuerzas la abandonaron; fue justo ahí cuando me aparté, dejando que nuestro círculo más cercano la rodeara. Yo no quería ser la sombra en ese momento. Andrea había sido su amor y merecía despedirse de él sin nada ni nadie que le perturbara su recuerdo.

Durante esa semana, no dejé de seguir cada noticia, cada informe que la policía daba sobre el atropello. La investigación había avanzado poco: el coche que los arrolló llevaba una matrícula falsa y había sido robado solo unas horas antes de esa noche trágica. En las cámaras de seguridad, la policía apenas logró ver a un conductor encapuchado, oculto tras una máscara. Su conclusión fue rápida y superficial: lo catalogaron como un accidente. Pensaban que el conductor estaba escapando de algún otro crimen y que Andrea y Aless solo habían sido víctimas de una terrible casualidad. Pero yo sabía que no era así, y aunque dejé constancia de mis sospechas en la declaración, no marcó ninguna diferencia.

Aless era el objetivo, no Andrea. Y Andrea, al salvarla, había pagado el precio más alto. Ese ataque no había sido al azar. Alguien había intentado ensuciar el éxito de nuestra colección, un desfile que brilló como ningún otro, una victoria para Valentino Ferre y para Aless que había molestado a más de uno. Sabía que las mentes detrás de esto eran las mismas que siempre se habían movido entre sombras.

—¿Tío, estás bien? —inquirió Nico, dándome un codazo para sacarme de mis pensamientos.

—Sí…, es solo que no sé si venir aquí fue una buena idea.

—No digas gilipolleces —replicó mi amigo, mirándome fijamente —. Tenías que estar aquí. Este es el momento de despedirte, tanto de Andrea como de Aless.

—¿De Aless? ¿A dónde se va? —Noté cómo la ansiedad se apoderaba de mi pecho.

—Tranquilo, no se va para siempre —aclaró, dándome una palmada en el hombro—. Mañana vuela a Suecia con las cenizas de Andrea. Va a llevarlas con su madre y su hermano, que viven allí.

Sentí cómo, de golpe, el aire volvía a llenar mis pulmones. La idea de que se alejara de nuevo me dolía más de lo que quería admitir.

Ansiaba protegerla, estar ahí para ella, ayudarla a sanar. En el fondo, sabía que quizá lo mejor para ella sería alejarse, empezar de nuevo en algún lugar lejos de la sombra de la muerte y de los peligros que parecían rodearla siempre, sobre todo en Milán…, y aún más lejos de nosotros, los Sforza.

—Cuando digo que hoy es su despedida —continuó Nico—, me refiero a algo más. Esta noche será la última vez que baile.

Lo miré, atónito, sin entender del todo sus palabras.

—¿Cómo que la última vez? ¿Por qué?

—Sí, amigo. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Sin Andrea, no quiere seguir. Esta noche bailará solo para él, como una despedida.

Verla bailar era contemplar su alma, y saber que esa parte de ella moriría junto a Andrea me partía en dos.

Las luces de los focos iluminaron el pavimento, y allí, en el centro, se reunió el grupo de bailarines de Andrea, vestidos de negro, cada uno con atuendos distintos. Sus figuras estaban cubiertas por una amplia sábana blanca que ondeaba con el viento, como un símbolo de ausencia, de esa esencia que ya no estaba. La canción *In the End* de Linkin Park comenzó a sonar y, al primer acorde, los bailarines se movieron al ritmo, reflejando todo lo que sentían en cada paso, en cada giro, mientras jugaban con la tela blanca que evocaba la presencia de Andrea. A pesar de su pena, se notaba que estaban entregándose a esa coreografía con cada fibra de su ser.

A nuestro alrededor, las personas encendieron las linternas de sus móviles y comenzaron a iluminar la escena. Yo los imité. La luz tenue bañaba a los bailarines, cubriéndolos de un aura de dolor y belleza. El grupo danzaba sosteniendo la sábana blanca, que volaba y caía sobre ellos como un manto, entretanto sus expresiones reflejaban una mezcla de amor y devastación. Vito sollozaba sin control; Emma mantenía la compostura, aunque sus ojos brillaban con lágrimas; Nico se mordía los labios, tratando de no quebrarse; y yo, experto en enterrar mis emociones, me encontraba en una lucha constante. Luca, ausente por problemas de salud, probablemente también estaría sintiendo esa misma tristeza en su casa.

Cuando la música llegó a su fin, los bailarines lanzaron la tela al aire y dejaron que cayera suavemente sobre ellos mientras se unían

en un abrazo colectivo. Cuando sus rostros quedaron al descubierto, mis ojos buscaron desesperadamente a Aless, pero no estaba allí.

De repente, sin previo aviso, comenzó a sonar *Invece no* de Laura Pausini y los bailarines se apartaron para formar un círculo en torno a la figura de Aless, quien apareció en el centro. La vi tomar la tela con delicadeza y comenzar a moverse con elegancia. La pista, con el suelo de madera, reflejaba cada paso suave y perfecto, como si flotara. Descalza y delicada, Aless bailaba con movimientos de baile contemporáneo.

Danzaba como si hubiera alguien más allí, como si Andrea estuviera con ella. Giraba envuelta en la tela, la abrazaba fingiendo que entre sus manos estaba el cuerpo de su pareja perdida, y luego se soltaba, como si él desapareciera, solo para perseguirlo de nuevo, con el dolor que se reflejaba en cada giro, en cada estirada de sus brazos. Tras un salto, lanzó la tela y, de rodillas, la dejó volar mientras besaba su collar de borlas, cerrando los ojos entre lágrimas, como si en ese simple gesto de llevar la mano al pecho lograra hablar con él una última vez. La tela descendió y Aless la abrazó contra sí misma, en un momento de rendición.

Los bailarines corrieron a abrazarla y esta vez no pude contener mis emociones. Sentí cómo mis ojos se humedecían y, sin importar cuánto lo intentara, ya no pude retener las lágrimas. Entre esos abrazos, Aless levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Me lanzó un parpadeo de gratitud y le devolví un asentimiento, sin acercarme. Era mi apoyo desde la distancia, el lugar que había elegido para respetar lo que ella sentía. Estaba convencido de que Andrea habría querido que su despedida fuera así.

En ese momento comenzaron a repartir farolillos de papel, y, cuando todos tuvimos uno en las manos, unas jóvenes comenzaron a cantar una versión a capela de *In Dreams*. La voz de la cantante era suave, temblorosa, como un susurro que arrullaba a cada uno de nosotros.

Aless encendió su farolillo, lo besó y lo soltó, dejándolo ascender hacia el cielo oscuro. El resto la seguimos. Observé mi propio farolillo elevarse mientras daba unos pasos hacia atrás. Cada uno de

nosotros miraba al cielo, viendo cómo aquellos puntos de luz desaparecían en la distancia.

* * *

—Hola, Marco —saludó Simona al entrar en mi despacho sin llamar, con esa arrogancia que la caracterizaba. Caminó directamente hasta uno de los sofás y se dejó caer en él, sin importarle lo más mínimo la incomodidad que su presencia me causaba. Al verla, una oleada de rabia me recorrió el cuerpo; cada vez que tenía que enfrentarme a ella, el deseo de borrarla de mi vida para siempre se hacía más intenso.

Me puse en pie bruscamente y me dirigí hacia ella.

—¡Lárgate de aquí! —rugí, agarrándola del brazo y forzándola a levantarse. Abrí la puerta de un tirón, decidido a echarla, sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, se soltó de mi agarre y me encaró con una mirada desafiante.

—¿Estás furioso, Marco? Parece que nada te sale bien y que cada vez que te acercas a mi hija, algo malo le sucede.

Sin poder controlarme, la sujeté por el cuello y la empujé contra la pared.

—Más te vale que no hayas tenido nada que ver en todo esto, porque te juro que no voy a responder por mis actos —la amenacé, apretando cada vez más mientras ella trataba de recuperar el aliento.

—No necesito mover un dedo. Tienes demasiados enemigos, Marco; ellos ya hacen el trabajo sucio por mí —me desafió, con la voz entrecortada.

La solté y me aparté, luchando por controlar mi furia. Di un par de pasos hacia la puerta, tratando de calmarme.

—Sé que no fue un accidente —declaré sin mirarla—. Y si descubro que tu «novio» fue el culpable, puedes decirle que se prepare, porque terminaré con Donato Sartoria.

Inesperadamente, sentí sus manos en mi espalda, deslizando sus dedos sobre mi camisa. Su tacto me asqueaba y, al darme vuelta, la

miré con desprecio.

—Marco, no puedes negar que, por más que intentes odiarme, me sigues amando. No soportas que esté con Dante, así como te morías de celos cuando era tu padre quien disfrutaba de este cuerpo. Fui yo quien te hacía olvidar en tus noches de dolor, ¿recuerdas?

—¡Cállate! —vociferé, incapaz de soportar esa mentira ni un segundo más—. Nunca te amé, Simona. Lo que pasó fue un error… Un error del que tú te aprovechaste cuando se estaba muriendo mi madre. Te metiste en mi cama en mi momento más vulnerable.

Simona soltó una risa fingida y sus ojos se entrecerraron.

—Eso no es verdad. Me amabas tanto como yo a ti, y si tu madre no hubiera intervenido, podríamos haber estado juntos. Y todavía podemos, yo te sigo amando como el primer día. Para mí lo eres todo, Marco.

—Escucha bien, maldita zorra: nunca te amé. Solo follé contigo para ahogar el dolor, y eso es todo.

Ella dio un paso hacia mí, con la misma expresión implacable de siempre.

—No lo olvides, Marco. Yo fui quien te enseñó lo que es el buen sexo, quien hizo que tu cuerpo experimentara placeres que ni siquiera te imaginabas que existían. Lo que eres ahora me lo debes a mí. Puede que el remordimiento y la imagen de tu madre te hayan alejado, pero fuiste demasiado lejos enredándote con mi hija solo para dañarme. Ella no soy yo.

—En eso tienes razón. Aless no es como tú, y por eso me enamoré de ella. Ella logró lo que tú nunca pudiste, ni con todas tus artimañas. A ella le entregué todo: mi cuerpo, mi alma, mi corazón.

Simona esbozó una sonrisa fría, un destello oscuro cruzó por sus ojos.

—Si no eres mío, Marco, no serás de nadie. Y mucho menos de mi hija. Si la amas tanto como dices, entonces te alejarás de ella, porque jamás permitiré que estés a su lado.

La miré, incapaz de contener mi desprecio.

—¿Me estás amenazando? Ten mucho cuidado, Simona. No creo que a Dante le guste enterarse de toda esta historia. Aléjate de mi

vida, de esta empresa y, sobre todo, de Aless. Porque si la lastimas una vez más…, será tu fin.

Un golpe seco resonó en el despacho, y Simona y yo nos giramos al unísono hacia la puerta. Allí, parada, estaba Aless, con el rostro descompuesto. Una caja con sus pertenencias, que antes debía de haber sostenido, ahora yacía volcada en el suelo, con el contenido desparramado a sus pies. Sus ojos estaban vidriosos, cargados de dolor y una ira que parecía amenazar con desbordarse. Su mandíbula estaba tan apretada que apenas respiraba.

Sentí como si el aire se congelara a mi alrededor. Todo mi cuerpo se tensó y, en ese momento, más que nunca, deseé desaparecer, fundirme en el suelo, ser tan pequeño como para no ser visto. Tenía claro que no había nada que pudiera deshacer el daño, y también sabía, al ver esa expresión en su rostro, que Aless acababa de descubrir mi secreto… y de la peor manera posible.

Desvié la mirada hacia Simona, quien observaba la escena con una satisfacción apenas disimulada. Para ella, este momento debía de ser una victoria, la caída de una pieza en su retorcido juego. Pero en cuanto volví a mirar a su hija, solo deseaba hablar, aclararlo todo y pedirle a Aless que escuchara mi historia, la que había intentado enterrar.

—Aless, yo… —logré murmurar, con un tono apenas audible.

Ella alzó una mano, como si intentara detener cualquier palabra antes de que saliera de mis labios. Su silencio era doloroso, cargado de una decepción que cortaba el aire.

—No esperaba esto de ti, Marco —habló finalmente, con la voz entrecortada y sin apartar la vista de mí.

—Por favor, déjame explicarte. No fue así como… —intenté defenderme, desesperado, sin embargo, ella me frenó con un gesto firme.

—¿Vas a negar lo que acabo de escuchar? Yo confié en ti. Todo lo que he hecho, cada paso que di aquí fue creyendo que tú… —se detuvo, incapaz de continuar, con un nudo que parecía ahogarla.

Las palabras seguían atoradas en mi garganta. La impotencia de no poder volver el tiempo atrás me consumía. Sabía que lo que ella acababa de descubrir tenía la capacidad de destrozarlo todo entre

nosotros. Y, pese a ello, mi único deseo era que me dejara explicarle, que pudiera ver más allá de este dolor, que entendiera que había razones, aunque ella no pudiera verlas ahora.

—Aless, por favor, escúchame —supliqué, acercándome un paso, tratando de alcanzar su mirada—. Lo que pasó fue un error del pasado, algo en lo que nunca debí involucrarte. Solo… dame un momento, te lo ruego.

Ella me miró con el dolor expuesto en los ojos y negó levemente, como si la herida fuera demasiado profunda para curarse con palabras.

—Sois repugnantes los dos —manifestó Aless, con una dureza en la voz que jamás le había escuchado. Bajó la vista, como si hasta mirarnos le fuera insoportable, pero a continuación alzó el rostro hacia su madre—. Simona, no soporto la idea de ser tu hija. Eres tan despreciable y siniestra que fuiste capaz de enredarte con el padre y con el hijo. Y no contenta con eso, tienes en la cabeza esta obsesión enfermiza hacia Marco, una idea de amor que solo existe en tu retorcida mente. Me has destrozado y no pararé hasta hacerte pagar por todo el dolor que causaste, especialmente por lo que le hiciste a mi padre en sus últimos días.

Simona soltó una carcajada cruel, casi celebrando la devastación que había logrado. Parecía regodearse en su victoria, satisfecha de haber sembrado un abismo entre su hija y yo.

Aless apenas la miró; se volvió hacia mí, con una expresión cargada de tristeza y desprecio.

—Y tú, Marco…, tú no eres mejor que ella. Estuviste con la madre y luego con la hija. Te volviste su alumno perfecto, aprendiste bien a herir y manipular. Sois tal para cual, la misma clase de basura.

—Aless, por favor, déjame hablar —insistí desesperado, sujetándola por los hombros, tratando de que me mirara a los ojos.

—No, Marco. Ya no hay nada que escuchar. Hiciste bien en esconder esta abominación, porque dudo que nadie en su sano juicio pudiera entenderlo. Eres… eres una maldita vergüenza.

—No es lo que piensas. Por favor, dame solo un momento —supliqué sin soltarla, sintiendo cómo mi mundo se desmoronaba frente a su mirada helada.

—¡Suéltame! —gritó, y en un forcejeo desesperado su collar de borlas se rompió. Las pequeñas cuentas rodaron por el suelo y ella se agachó rápidamente para recogerlas, angustiada. Me incliné también, tratando de ayudarla, pero en cuanto nuestras manos se rozaron, ella retrocedió con una expresión de puro asco.

Se incorporó, sujetando las cuentas que había podido rescatar y, antes de salir, pronunció las palabras que sabía que me atormentarían para siempre.

—Me siento sucia y asqueada de haber amado a alguien como tú. Me arrepiento de cada segundo a tu lado. Eres una basura, Marco Sforza.

Se dio la vuelta y salió sin mirarme, dejando un silencio espeso y doloroso en el despacho. En ese instante, comprendí con absoluta certeza que la había perdido de la peor manera posible.

CAPÍTULO 11

La più grande terapia di guarigione è l'amicizia.
La mejor terapia para curarse es la amistad.

Al encender el teléfono, una ráfaga de llamadas perdidas de Vito apareció de inmediato en la pantalla. Me detuve a comprobar los amarres del barco, asegurándome de que todo estuviera en orden.

Apagar el móvil había sido mi forma de evitar distracciones, un intento de disfrutar plenamente del silencio y la calma que solo la navegación me regalaba.

En la casa del lago encontré mi refugio, todos los fines de semana me escapaba allí; unas veces venían mis amigos, otras, mi abuelo, pero la mayor parte del tiempo estaba solo, era un momento reservado para mí, donde procuraba desconectar de la rutina. Intentar mantener Valentino Ferre en lo alto no estaba siendo fácil, demasiadas responsabilidades recaían sobre mí.

Apenas crucé el umbral de la casa, el teléfono volvió a sonar y la voz de Vito saltó en cuanto deslicé el dedo para responder.

—Grandullón, te tomas demasiado en serio tu momento de desconexión, parece que estás en un retiro espiritual. Joder, qué manía de apagar el teléfono, si sucede algo no nos podemos comunicar contigo.

—Vito, parece que no puedes vivir sin mí. Acabo de llegar a casa, ¿qué es tan urgente? Y te aviso, si es una de tus tonterías… —dejé la amenaza en el aire.

Vito soltó un bufido.

—¿Mis tonterías? No lo sé, guapo. Quizá tú me puedas decir si es una tontería o no.

—Eres increíble, abandona la fotografía y dedícate a la actuación. Está claro que te confundiste de profesión.

—Deja de bromear, grandullón, esto es en serio. —Escuché cómo tomaba aire, y seguidamente su voz bajó un tono—. Estoy…, no sé, en las nubes y en el infierno. Anoche Lorenzo me propuso matrimonio.

—Bueno, Vito, lleváis meses viviendo juntos. Esto no debería ser una sorpresa. Sabías que este momento iba a llegar.

—Sí, pero no pensé que fuera tan pronto. Y nunca dejé de amar a Luca, es mi talón de Aquiles. Tú lo entiendes, como Aless lo es para ti.

Me tensé, y en tono firme le recordé:

—Vito, no estamos hablando de mí. No quiero conversar sobre alguien que ya no forma parte de mi vida. ¿Qué le respondiste a Lorenzo?

—Ese es el problema, me escapé. Salí corriendo, y sin darme cuenta terminé en la casa de Luca. Fui buscando que me diera alguna señal, que me dijera que no lo hiciera, que me quería.

—Déjame adivinar. No fue así, ¿verdad?

—No, claro que no. Me acosté con él. Y al principio, me sentí feliz, vivo otra vez. Sin embargo, cuando le conté sobre la propuesta de Lorenzo, simplemente me dijo que aceptara, que era un buen partido y que si me aburría podía «visitarlo» cuando quisiera.

—Vaya, Vito, no sé ni qué decirte.

—Dime que soy un idiota. Porque eso no es lo peor. Me fui de allí destrozado, decidido a decirle que sí a Lorenzo y olvidarme de Luca para siempre. Pero cuando llegué a mi coche, recordé que había dejado las llaves dentro, junto con la chaqueta. Así que di un par de vueltas, intentando tranquilizarme, y cuando me armé de valor para regresar a su puerta, lo vi.

—¿Qué viste?

—Estaba con tu primo, Marco. Con Romeo.

—¿Qué? Romeo… ¿con Luca? —Parpadeé, atónito.

—Sí, se estaban besando en la puerta como si se les fuera la vida en ello. Tu querido primo, Romeo, el eterno seductor de mujeres, tenía a Luca en sus brazos.

Me apoyé contra la pared intentando asimilar lo que me estaba contando.

—No entiendo por qué Luca no nos comentó nada. Además, que se tire a un enemigo de Valentino Ferre es una traición.

Vito se quedó en silencio un rato y después musitó en tono bajo:

—Quería pedirte si me dejas quedarme en tu casa esta noche. No puedo regresar junto a Lorenzo. No tengo valor para enfrentarlo ahora.

—Claro, Vito. Ve a la casa de mi abuelo, él te dará las llaves. Y escucha, quiero que le cuentes todo esto. Debe saber la verdad, no quiero más secretos con él.

—Lo haré, grandullón, aunque me destroce.

—Me voy a dar una ducha, recoger mis pertenencias y salgo para allá. No voy a dejarte solo en esto, llevaré refuerzos. Allegra iba a venir a cenar; te vendrá bien hablar con ella también.

—No hace falta, Marco, en serio. Si estás con ella, no quiero molestar.

—Vito, Allegra es solo una amiga, no estás interrumpiendo nada. Además, ella siempre es la más racional de todos nosotros y seguramente te anime un poco.

—Prefiero guardarme mi opinión, el tiempo dirá quién tiene la razón. Por cierto, gracias, grandullón. Te quiero, ¿sabes?

—Por favor, ahórrate las muestras de cariño o me replanteo la idea de regresar a Milán. Venga, nos vemos en un rato.

Intenté ponerme en contacto con Allegra, sin embargo, fue imposible. Quizá no tenía cobertura o estaba ocupada hablando con uno de sus pacientes; ella nunca descansaba.

Nos conocimos en una fiesta de la universidad, cuando ambos estábamos estudiando el máster. Tuvimos un rollo que duró poco tiempo. Ella prefería el sexo más tranquilo y convencional, algo que yo no podía darle por aquel entonces, así que nos separamos en buenos términos.

Hace unos meses, en una cena de antiguos alumnos, nos reencontramos. Esa noche bebí más de la cuenta, consumido por la culpa y el dolor de haber perdido a Aless por mi secreto. Sin saber si era el alcohol o la necesidad de desahogarme, le confesé todo a

Allegra. Fue la primera vez que dejé salir lo que llevaba dentro. Esa noche no comentó nada, solo me escuchó y me dejó dormir en su casa. A la mañana siguiente, con una resaca tremenda, ella estuvo ahí, paciente. Cuando por fin me recuperé, habló conmigo. No sé si fue en calidad de profesional o de amiga, pero me mostró algo esencial: para liberarme del peso del pasado, tenía que ser honesto con mi abuelo. Al principio, reaccioné mal; odiaba la idea de que alguien interfiriera en mis asuntos. Sin embargo, Allegra, lejos de amedrentarse, me dijo que cuando afrontara realmente la verdad, sería libre. Me prometió que estaría en su despacho para ayudarme a soltar esas piedras que cargaba.

Pasaron algunos días antes de que finalmente encontrara el valor para hablar con mi abuelo. Temía perderlo como había sucedido con Aless, pero su reacción fue una sorpresa. Me escuchó con comprensión y me hizo ver que nada había cambiado entre nosotros. Me dijo que no debía culparme por lo sucedido, que yo había sido una víctima, un joven que se desvió del camino por haber cargado con las malas acciones de otros.

Sin embargo, al no tener noticias de Aless, empecé a beber cada vez más. La culpa me perseguía como una sombra. Una noche, casi tuve un accidente, y al ver lo cerca que estuve de lastimar a una familia, reaccioné. Decidí aceptar la ayuda de Allegra. No quería que nadie supiera que estaba en terapia, ya que aquello podría perjudicar a Valentino Ferre, así que ella y yo ideamos un plan alternativo. Nos reuniríamos como amigos en pequeños encuentros, pero, en realidad, ella me trataría de manera encubierta.

Sorprendentemente, funcionó. Poco a poco fui soltando los lastres de mi vida; dejé de refugiarme en el alcohol y encontré paz en la casa del lago. A medida que mis bloqueos desaparecían, incluso volví a dibujar. Allegra fue de gran ayuda. Para integrar su presencia sin levantar sospechas, comenzó a formar parte de mi grupo de amigos. Aquel era mi nuevo secreto: me estaba sanando en silencio.

Esa noche teníamos planeado un maratón de cine, un ritual nuestro que siempre incluía comida típica de algún país. Lo divertido era ver películas absurdas y reírnos mientras las analizábamos, comiendo hasta empacharnos.

Me estaba secando después de ducharme, perdido en mis pensamientos, cuando escuché el móvil sonar desde mi cuarto. Me puse la toalla en el cuello, con el cabello aún mojado, y me vestí con unos pantalones deportivos. Caminé descalzo hasta el teléfono y vi que era Nico. Me extrañó, ya que tenía un evento familiar en el club de golf con la familia de Emma, un intento de reducir la tensión entre ambos lados antes de la boda y suavizar el ambiente.

—Déjame adivinar: las cosas se pusieron tensas y te has escapado al baño para pedirle consejo a tu buen amigo —dije a modo de saludo, intentando bromear.

—Ojalá fuera solo eso, Marco. La comida fue un desastre total, terminó con una pelea monumental. Los padres de ella se sintieron tan ofendidos que anunciaron que no vendrán al enlace, y todo por culpa de las provocaciones de mi madre. Emma se disgustó muchísimo y, en medio de una discusión acalorada en la entrada, me confesó que lleva tiempo queriendo anular la boda, pero no sabía cómo decírmelo.

De inmediato recordé aquella conversación que había tenido por teléfono en la que yo sospeché de manera errónea que ella tenía un amante.

—No puedo creerlo —continuó Nico—. ¿Cómo fue capaz de ocultármelo tanto tiempo? Me dice que no quería romperme el corazón, que yo estaba demasiado ilusionado… Pero ¿sabes qué es lo peor? Me confesó que odia la idea de casarse por la iglesia. Quería algo sencillo, en el juzgado. ¡Y recién ahora me entero de que es atea! Marco, me doy cuenta de que en realidad no conozco a la mujer con la que me iba a casar.

—No digas gilipolleces, claro que la conoces. Nadie lo sabe todo del otro; si así fuera, sería aburrido. Lo bonito es descubrir cosas juntos, poco a poco.

—No, tío. Esto se acabó.

—Vamos, Nico, no seas tan derrotista. Estás muy alterado y ahora mismo no puedes ver nada con claridad.

—Te necesito, amigo.

—Ve a mi casa, Vito se queda allí esta noche. Me visto y voy para allá. Supongo que Allegra también me acompañará; creo que tanto a

Vito como a ti os podrían venir bien sus consejos.

—Perfecto, una terapeuta es justo lo que necesito. Siento que me estoy volviendo loco.

—Nos vemos en un rato, tío.

—Gracias, Marco —dijo, antes de colgar.

«La noche de risas ha cambiado drásticamente por una de drama», pensé mientras negaba con la cabeza. Aún con la toalla en el cuello, comencé a secarme el cabello y, sin demasiada prisa, busqué el contacto de Allegra en la agenda del teléfono. Justo en ese momento, el timbre me detuvo.

Abrí el portón sin mirar, asumiendo que solo podía ser ella. Con el cabello húmedo y a medio vestir, avancé hacia la cocina y llené un vaso de agua, dándole la espalda a la entrada. Sin voltearme, solté con tono despreocupado:

—Cambio de planes, preciosa. Tenemos un SOS en Milán, así que nos toca regresar a mi casa.

No escuché respuesta ni el habitual repiqueteo de sus tacones. Me giré, todavía sonriendo…, pero la sonrisa se desvaneció al instante. Allí, frente a mí, estaba Aless, inmóvil, observándome con una expresión impenetrable.

Cuántas veces había soñado con verla de nuevo, como si nada se hubiera roto entre nosotros. Pero justo ahora, en el momento en que empezaba a sentir que finalmente estaba saliendo a flote, tenerla allí era lo último que necesitaba.

—Hola, Marco —saludó con tono serio, rompiendo el silencio y devolviéndome a la realidad.

Mis manos temblaron y el vaso estalló en pedazos bajo la presión de mis dedos. Ese dolor punzante fue lo que finalmente me sacó del *shock*. Me vi un pequeño corte y rápidamente metí la mano bajo el grifo. Aless se apresuró a acercarse e intentó ayudarme.

—Puedo solo —gruñí, apartándome bruscamente y rebuscando una venda en el botiquín.

—Déjame ayudarte —insistió.

—No necesito tu ayuda. Lo que quiero es que te vayas por donde has venido.

—Ya veo cómo están las cosas…, pero lo siento, no me iré hasta que me escuches —anunció, cruzándose de brazos.

La observé por un instante, sorprendido por su descaro. ¿Quién se creía que era para aparecer y desaparecer de mi vida cuando le diera la gana? Habían pasado diez meses en los que no tuvimos noticias suyas. Podía entender que me odiara y quisiera olvidarse de mí, no obstante, lo que hizo con mi abuelo y sus amigos fue una crueldad. Ellos se habían preocupado tanto… Yo también, aunque no me creía con derecho a reprochárselo.

—Alessandra, no me interesa nada de lo que tengas que decir. Tengo cosas importantes que hacer, así que te invito a irte, tal como hiciste hace unos meses.

Ella apretó los labios y me miró desafiante.

—Créeme, no es que me apetezca estar aquí. Lo último que quiero es hablar de esto contigo, para mi desgracia, fue la condición que me puso Giovanni.

—¿Mi abuelo?

—Sí, estuve con él. Le di las explicaciones pertinentes y las comprendió. Sin embargo, contigo no tengo intención de hacerlo.

—Tampoco me interesan tus razones, Alessandra. Todo lo que tenga que ver contigo me importa menos que nada.

Apreté la mandíbula, aferrándome a esa rabia que usaba como escudo, para que no notara cómo su presencia me removía todo por dentro. Verla otra vez despertaba sentimientos que había logrado mantener dormidos. Estaba diferente, con el cabello recogido en una coleta que dejaba ver sus facciones marcadas. Había perdido peso y sus ojos oscuros parecían llevar una carga adicional. Meneé la cabeza, intentando centrarme en la conversación y no en ella.

—Di lo que tengas que decir y lárgate —bramé, apoyándome en la isla mientras sentía que mis piernas comenzaban a temblar.

Aless empezó a moverse por la estancia, como tratando de disimular su propio nerviosismo bajo una fachada de frialdad. Al pasar junto a mis dibujos sobre la mesa, los cogió y los observó, me acerqué y se los quité de las manos, recortando la distancia. Nuestros ojos se cruzaron, aunque ella fue la primera en apartar la mirada.

—Así que volviste a dibujar —comentó en voz baja.

—Eso a ti no te importa.

Sonrió, pero con desgana, y siguió caminando hasta detenerse junto a la guitarra. Había retomado la música por sugerencia de Allegra; era algo íntimo, algo que hacía únicamente cuando estaba en paz y, sobre todo, solo.

—¿Ahora también te va la música? —se sorprendió, alzando una ceja—. Si mal no recuerdo, me habías dicho que odiabas tocar el piano y que no tenías oído musical. Han cambiado muchas cosas, por lo que veo.

—Demasiadas. No me gusta que te pasees por mi casa como si esto fuera un museo. Habla o vete.

—Has perdido la cortesía, Marco. Ni siquiera me has ofrecido un café o algo más fuerte.

—Se me acabó el café —mentí—, y no suelo beber.

—Vaya, sí que has cambiado.

—Ya es suficiente. —Caminé hacia la puerta y la abrí—. Vete.

Sin embargo, ella se quedó inmóvil.

—Voy a instalarme definitivamente en Milán.

—Felicidades, aunque no me interesa lo que hagas con tu vida.

—Quizá debería interesarte. He hablado con tu abuelo para reincorporarme a Valentino Ferre como diseñadora.

—¿Quéééé? Debe de ser una broma, ¿no? —Parpadeé, incrédulo—. No hay vacantes disponibles. Ahora yo manejo esa área.

—Lo sé, Giovanni me lo explicó. Y también sé que con la administración no estás dando abasto. Algunos de tus diseños mantienen a Valentino Ferre a flote, pero los del resto del equipo no llegan a la misma altura. No puedes con todo, Marco.

—Nico es mi mano derecha y me ayuda con la parte administrativa. Como puedes ver, todo está bajo control.

Aless me miró sin pestañear, y en ese instante entendí que ella tenía respuestas que yo aún no quería oír. Y, sin embargo, ahí estaba, de vuelta en Milán, como si supiera exactamente cómo volver a entrar en mi vida.

—Le he propuesto a tu abuelo diseñar la próxima colección junto a Giordano. Sabes que eso sería beneficioso, y estoy dispuesta a que

participes en los diseños si así lo quieres.

—¡Esto es realmente increíble! —Me giré hacia otro lado, exasperado. Al volverme, noté que Aless me observaba detenidamente; sus ojos estaban fijos en mis tatuajes, algo nuevo en mí, símbolos que me recordaban quién soy y quién no deseo volver a ser—. Lo tienes todo perfectamente calculado, ¿verdad? Diez meses han sido más que suficientes para ti —recalqué con un tono mordaz—. Cuéntame, ¿qué te ha dicho mi abuelo?

—Que hablara contigo, que tú tenías la última palabra.

Esa respuesta me sorprendió. Mi abuelo me había dado la última decisión, algo que valoraba mucho.

—¡Qué pena!, has desperdiciado tu tiempo viniendo hasta aquí. Mi respuesta es ¡NO!

Aless golpeó la isla de la cocina con los puños, enfadada.

—Me lo debes, Marco.

—Yo no te debo nada.

—Cuando Valentino Ferre me necesitó, lo dejé todo para ayudaros. Te recuerdo que en el proceso perdí a Andrea para siempre.

Ese fue un golpe bajo. Sabía cuánto me dolían esas palabras, porque yo mismo las había pensado más de una vez.

—Sí, claro. Pues déjame decirte que durante todo este tiempo no dejé de investigar ni de mover cielo y tierra buscando al culpable de su muerte. Mientras tanto, ¿tú dónde estabas? Te largaste.

—Esto es absurdo, ¿de verdad piensas que me rendí, que me olvidé de todo? ¿Por qué crees que he vuelto, Marco? ¿Por ti? No. Estoy aquí por Andrea. Él murió a causa de alguien relacionado con Valentino Ferre, alguien que está dispuesto a destruir la empresa y que ya intentó matarme a mí. Voy a descubrir al asesino, cueste lo que cueste.

—¡Estás loca! ¡Acabas de admitir que han intentado matarte! Aléjate de esto porque entonces el sacrificio de Andrea no habrá servido de nada.

Se acercó hasta quedar a centímetros de mí y me miró fijamente, desafiándome.

—O trabajo para Valentino Ferre o me lanzaré al ojo del huracán en Donato Sartoria. Te aseguro que Dante estará encantado de recibirme —amenazó, y vi en sus ojos la determinación de quien está dispuesta a todo.

Apreté los puños, controlando la rabia que sentía por su intento de manipularme.

—Esto es un suicidio, Alessandra. Y yo no voy a ser cómplice ni cargaré con la culpa cuando algo te pase. Habla con mi abuelo, dile que no me opondré a su decisión, pero no cuentes conmigo para esta locura.

—Eres un cobarde —me lanzó con furia. Respondí a su gesto, envalentonándome hasta quedar apenas a un susurro de su oído.

—Y tú, una insensata —murmuré con dureza. A continuación, me aparté y fui hacia la puerta, que estaba medio abierta, indicándole que se fuera. Justo en ese momento vi cómo Allegra entraba por el portón, sonriente, con esa energía alegre que caracterizaba su nombre.

—Mmm, cariño, si sé que me ibas a recibir así… —señaló mi torso desnudo con una sonrisa divertida—, habría propuesto comida japonesa mucho antes.

Al llegar a mi lado, notó mi expresión tensa y su sonrisa se desvaneció.

—Marco, ¿qué sucede?

Abrí la puerta por completo para que Alessandra saliera. Ambas se miraron un instante, estudiándose. Aless frunció el ceño mientras Allegra, confundida, me miró buscando una explicación.

—Allegra, ella es Alessandra —las presenté con seriedad. Ella me miró de nuevo, como si quisiera asegurarse de haber escuchado bien.

—Hola —saludó Allegra con cortesía.

—Ella ya se iba —aclaré antes de que Alessandra pudiera responder. Sin decir nada, Aless pasó por nuestro lado y se alejó rápidamente. Cerré la puerta y me apoyé en ella, soltando el aire como si con él pudiera liberar toda la tensión acumulada.

—Cariño, ¿estás bien? —quiso saber mi amiga, acariciando mi rostro con suavidad.

—No, no lo estoy. Y no soy el único; Vito y Nico también necesitan de tu ayuda —manifesté, tratando de reponerme—. Vamos a Milán, te cuento por el camino. Esta noche va a ser larga.

Le di un beso en la frente y me dirigí al cuarto para vestirme. Necesitaba unos minutos a solas para procesar lo ocurrido, el dolor y el rencor que había aflorado en ese cruce de palabras.

CAPÍTULO 12

I migliori amici ascoltano quello che non dici.
Los mejores amigos escuchan lo que no dices.

—Hola, bombón. —La voz de Allegra resonó juguetona al otro lado del teléfono—. ¿Ya has llegado de París? ¿Qué tal fue la semana de la moda?

—Mejor de lo esperado. Firmé varios contratos nuevos —respondí con una leve sonrisa de satisfacción.

—¡Felicidades! —exclamó ella—. ¿Qué te parece si cancelo mis citas de hoy y lo celebramos? Tengo una idea que te va a encantar.

—No sé si quiero saber qué se te ha ocurrido esta vez… —resoplé, entre divertido y cauteloso—. Las dos últimas veces acabé haciendo paracaidismo y *puenting*. Por ahora prefiero reducir un poco el nivel de adrenalina.

—Admítelo, te encantó.

—No te voy a engañar, Allegra, pero hoy no puedo. Acabo de llegar a la oficina y tengo una reunión con mi abuelo. Después necesito ponerme al día y esta noche debo acudir a una gala benéfica.

—¿Y no puedo acompañarte?

—No, eso sería carnada para la prensa, y no me apetece que empiecen a inventarse romances.

—¿Es por ella?

—No, es por mí.

—Perdona, no quería incomodarte. Lo único que me preocupa es que todo lo que hemos avanzado en estos meses se vea afectado por la presencia de esa mujer.

—Se llama Alessandra, y que haya vuelto no cambia nada. Deberías confiar un poco más en mí.

—Claro que confío en ti. Y para demostrarte lo buena amiga que soy, me acercaré a Valentino Ferre con algo rico para comer en tu despacho. Así no tendrás que salir y no pones excusas. Quiero verte, comprobar que estás bien, Marco. Has estado fuera una semana después de lo que pasó en la casa del lago.

—Está bien, acepto. Pero solo porque tengo que comer, nada más —bromeé.

—Eres insoportable, Marco Sforza.

—No mientas, me adoras —le corregí mientras presionaba el botón del ascensor—. Esto se va a cortar, estoy subiendo.

Al llegar al despacho de mi abuelo, él se levantó con una sonrisa amplia y me abrazó con entusiasmo, la semana de la moda había sido muy fructífera. Tras una palmada en la espalda, me guio hacia uno de los sofás.

—Bien hecho, muchacho —me felicitó, y pude sentir su orgullo—. Por cierto, ¿quieres que te pida algo para tomar?

—No, no hace falta. Llevo demasiados cafés esta mañana —le aclaré a la vez que abría el maletín y sacaba los contratos. Sentí su mano sobre la mía, deteniéndome.

—Hijo, tengo algo que decirte. Preferí esperar a verte en persona —me explicó, lo cual me puso en alerta de inmediato. Sabía que esto iba a girar en torno a Aless.

—Dime que no le has hecho caso a esa insensata y que no está trabajando aquí —resoplé, deseando equivocarme.

—Bueno, Marco…

—Joder, abuelo. —Me puse de pie y empecé a caminar por la sala, enfadado—. ¿No te das cuenta de que permitirle trabajar aquí es ponerla en peligro?

—Cálmate. Siéntate y te lo explico.

—Abuelo, no quiero cargar con más muertes sobre mis hombros, y mucho menos la de ella. ¿Te has olvidado de que se fue sin decir nada?

—Alessandra tenía sus motivos. Me explicó por qué lo hizo; no estuvo bien que nos preocupara así, pero cada uno maneja el dolor

y la culpa como puede.

—Bravo, ahora la excusas. En nada, la tendrás como la reina de esta empresa.

—Marco, tú más que nadie sabes lo difícil que es lidiar con el dolor. No hace mucho vivías consumido por el odio, por la sed de venganza. Alessandra carga con la muerte de Andrea y piensa que encontrando al culpable se librará de ese peso.

—Puedo entender cómo se siente mejor que nadie. Sin embargo, ¿no se da cuenta de que si intentaron matarla una vez, podrían volver a hacerlo?

—Claro que lo sabe, aunque no le importa. ¿Sabes por qué? Porque piensa que debería estar muerta, no viva. Va sin frenos, pisando el acelerador. Hijo, debemos ayudarla, incluso protegerla de sí misma.

—¿Exponiéndola? ¿Esa es tu gran idea?

—Marco, he llegado a un acuerdo con ella. Vivirá conmigo y alguien se encargará de cuidarla y vigilar sus movimientos.

—¿A qué te refieres?

—Nuestro nuevo jefe de seguridad. Es un joven muy preparado y no solo se ocupará de protegerla, sino que será nuestros ojos dentro de la empresa. Hay asuntos a los que ni tú ni yo podemos acceder directamente. Sabes a quién me refiero, y quién sabe qué más puede estar sucediendo aquí. ¿No te pareció raro lo de Romeo y Luca?

—Sí, bastante. Pero más por Luca que por Romeo; él era mi amigo.

—Exactamente. Hay demasiadas cosas que se nos escapan. Podrían ser trivialidades o algo realmente importante.

—¿Aless sabe que tendrá un «guardaespaldas»?

—Sí, claro, ella y Massimo se conocen. Hablamos de todo esto en casa, sin embargo, te advierto que nadie más debe saberlo.

—Puedes estar tranquilo, no diré nada. Pero lo siento, abuelo, no voy a involucrarme en todo esto. Es una locura. Si quieres que Aless trabaje como diseñadora, será una más. La colección de la próxima temporada es mía; el área de Diseño se mantiene bajo mi dirección.

—Marco, no puedes hacerte cargo de todo tú solo.

—Ese es mi problema. No voy a ceder mi puesto para que esté hoy y mañana se marche dejándonos colgados.

—Hijo, el resentimiento no es buen consejero. Tarde o temprano tendréis que hablar, hay cosas que aún no se han dicho.

—Ese tiempo ya pasó, abuelo. Así que olvídalo, ella y yo no vamos a trabajar juntos. Si quieres una colaboración con Giordano, adelante, que haga los diseños y trabaje con ambas empresas, no obstante, las colecciones de temporada son mías. Ahí ella no interfiere; será solo una diseñadora más.

—Está bien, será como tú quieras, Marco. Solo te diré una cosa: nadie puede escapar de su destino, por mucho que lo intente.

Un golpe en la puerta detuvo la conversación. Mi abuelo sonrió como si supiera quién iba a aparecer y dijo:

—Adelante.

Entró un hombre alto, con un físico trabajado, cabello corto y claro y una piel bronceada que resaltaba el azul intenso de sus ojos. Vestía un traje que marcaba su musculatura; a primera vista supe de quién se trataba. Mi abuelo me hizo un gesto para que me pusiera de pie.

—Marco, te presento a Massimo, nuestro nuevo jefe de seguridad.

—Un placer, señor Sforza. —Me extendió la mano.

Le devolví el apretón con firmeza y respondí en tono seco:

—Nadie me llama así. Si tienes que dirigirte a mí, que sea por mi nombre.

Solté su mano y me volví hacia mi abuelo.

—Tengo que irme. Ahí te dejo los contratos; cuando quieras discutir el tema, estaré en mi despacho. Valentino Ferre no debe detenerse por las nuevas incorporaciones —le recriminé, refiriéndome tanto a Massimo como a Aless antes de salir del despacho.

Estar enfadado era poco para describir lo que sentía. A mi alrededor, el mundo entero parecía haberse vuelto loco. Aquellos que en el pasado me juzgaban, que me miraban con ojos críticos, ahora estaban comportándose de un modo similar. Todo este caos me sobrepasaba y la rabia crecía a cada paso.

Al llegar a mi despacho, noté que Emma no estaba. ¿Dónde se había metido? Crucé la puerta y eché un vistazo rápido; vacío. Fui al despacho de Nico, golpeé un par de veces y esperé, pero no había señales de vida. Con un suspiro frustrado me dirigí al área de Diseño; había llegado el momento de hablar con mi equipo y dejar en claro que el jefe aquí era yo. Las únicas órdenes que debían seguir eran las mías y necesitaba que lo entendieran de una vez por todas.

La puerta del ascensor se abrió. Las risas y voces animadas que se escuchaban en el descansillo me detuvieron en seco. Allí estaban mis amigos, reunidos en círculo, conversando con Aless.

La rabia que hasta ahora había estado acumulando explotó. ¿Es que ninguno de ellos recordaba? ¿Acaso no entendían que ella los había dejado, que se había marchado sin una palabra, sin un solo mensaje durante meses, sin preocuparse lo más mínimo? Ellos, mis amigos, la recibían ahora como si nada hubiera pasado, como si todos esos meses de silencio fueran insignificantes.

—Marco —murmuró Nico al verme.

Lo miré con una expresión gélida antes de ignorarlos a todos y seguir mi camino. Vito me alcanzó enseguida, deteniéndome con una mano en el hombro.

—Grandullón, has vuelto —soltó con alegría, intentando aligerar el ambiente. Yo lo miré furioso, y al percatarse, cambió el tono—. Mira, Marco, ella no está bien. Lo ha pasado realmente mal estos meses. Sé que no actuó de la mejor manera, sin embargo, al final somos sus amigos… Y debemos estar ahí cuando nos necesita, sobre todo si vemos que está pidiendo ayuda, aunque no lo diga.

—Vito, por mí podéis hacer lo que queráis. Pero dejadme fuera de todo esto —repliqué cortante, y me alejé en dirección al departamento de Diseño.

Al entrar, todas las miradas se volvieron hacia mí, expectantes.

—Chicos, venid aquí un momento —indiqué, y poco a poco me fueron rodeando—. ¿Habéis trabajado en los diseños usando los colores y las líneas que os pedí? Quiero verlos.

Giuseppe, el diseñador sénior, se adelantó un paso, nervioso al notar cómo apretaba la mandíbula.

—Marco, los dejamos aparcados temporalmente para darle prioridad a la colección con Giordano, que debería salir antes.

Me tomé un segundo para calmarme antes de hablar.

—Escuchadme bien. El jefe del departamento soy yo. Las únicas órdenes que debéis seguir son las mías. La señorita Rossi se incorpora al equipo como una diseñadora más, sin autoridad alguna para dar órdenes. Y, por último, nadie trabajará en la colección con Giordano. Primero, porque aún no hay nada firmado, y segundo, porque si ese proyecto se lleva a cabo, la señorita Rossi será quien lo gestione. El resto del equipo continuará con la línea de la nueva temporada. Quiero avances para mañana, así que todos a vuestros puestos.

Un murmullo incómodo recorrió la sala. Cuando me giré, vi a Aless contemplándome atónita y rodeada de mis amigos, que observaban en silencio. Sin decir una palabra, me abrí paso entre ellos y me dirigí a los ascensores. Justo cuando la puerta estaba a punto de cerrarse, Aless la empujó y se metió al interior.

—¿De qué vas? ¿Quieres ponerme las cosas difíciles? —me increpó, mirándome con furia. Ignoré su comentario y llevé la mano al botón del ascensor para cerrar la puerta, pero ella lo detuvo de un manotazo, impidiendo que se moviera.

El aire se volvió denso, casi irrespirable. El espacio parecía encogerse alrededor de nosotros y todo en mí gritaba que no la mirara, que no dejara que su perfume ni su cercanía me afectaran.

—¿Ahora vas a quedarte callado? ¿Ese es tu nuevo plan, Marco? —exclamó, empujándome con ambas manos—. Mírame —ordenó mientras me sujetaba el mentón. Rompí el contacto de un tirón y, sin embargo, la miré, clavando mis ojos en los suyos.

—¿Qué cojones quieres que te diga? Tú y yo no tenemos nada de que hablar. Si quieres trabajar aquí, así serán las cosas al menos conmigo. Llévate la colección de la colaboración con Giordano, juega a los detectives con tu protector Massimo, y si aún necesitas emociones fuertes, lánzate a la carretera a ver si esta vez tienes más suerte…

No había terminado de hablar cuando sentí la bofetada. Mi mejilla ardía, sin embargo, su golpe no me frenó.

—Puedes pegarme, puedes odiarme, pero eso no va a cambiar nada de lo que pasó. —La sujeté por los brazos y la contemplé, furioso—. Andrea está muerto, y terminar como él no le va a devolver la vida. Estoy seguro de que él jamás habría aprobado esta actitud tuya.

—¿Y tú qué sabes? ¿Con qué derecho te crees para juzgar mis actos? —buscó contraatacar, con los ojos llenos de lágrimas—. Te recuerdo el gran secreto que tienes con mi madre.

No iba a dejar que esas palabras me afectaran; me había castigado demasiado tiempo y ya no pensaba seguir en eso. Solté sus brazos y sacudí la cabeza.

—Tú tampoco tienes derecho a condenarme cuando no fuiste capaz de escucharme, ni siquiera cuando te lo supliqué. Fue más fácil verme como un monstruo, porque eso aliviaba tu conciencia por seguir amándome. Fui el blanco fácil donde descargaste el dolor por la pérdida de Andrea.

De repente, el sonido del ascensor nos detuvo. Habíamos llegado a la planta baja y ni siquiera fuimos conscientes de que estábamos descendiendo. La puerta se abrió y allí, frente a nosotros, estaba Allegra. Le dediqué una mirada rápida antes de salir y acercarme a ella.

—Comamos fuera, me falta el aire —murmuré, tomándola por la cintura. Le quité la bolsa de comida y la dejé en el mostrador de recepción. Necesitaba escapar, calmarme y hablar con mi amiga antes de explotar. Me aflojé la corbata, aunque de poco servía para aliviar la tensión en mi pecho.

CAPÍTULO 13

Sei così bello; non posso resistere alla tua belleza.
Eres tan hermosa; no puedo resistir tu belleza.

El ambiente en la sala empezó a calmarse después de que Giancarlo De Santis se quedara con el huevo Fabergé fabricado para el zar Alejandro III. La atención de todos parecía dispersarse, pero el subastador no permitió que el momento perdiera fuerza.

—Antes de concluir esta noche, les recordamos que cada puja realizada ha contribuido a una causa de gran importancia: la investigación y el tratamiento de los trastornos mentales. Aún pueden participar en nuestra última subasta, que no es solo un viaje, sino una oportunidad para seguir ayudando.

Las pantallas mostraron imágenes de los esplendorosos Alpes, de chalés de lujo y de las famosas pistas de St. Moritz, que parecían sacadas de un cuento.

—Una semana para cuatro personas en St. Moritz, con estancia en el exclusivo Badrutt's Palace, acceso a pistas de esquí de primer nivel y actividades como el legendario Cresta Run. La puja comienza en veinte mil euros.

Al principio, nadie parecía interesado y la sala estaba en silencio, esperando que el subastador continuara. Fue en ese instante cuando levanté la paleta sin pensarlo demasiado.

—Veinte mil —anuncié, para ver si alguien más se animaba.

Para mi sorpresa, Aless, que estaba junto a mi abuelo, se giró y me miró fijamente. En un movimiento casi imperceptible, levantó su propia paleta.

—Veinticinco mil —me desafió con su oferta.

Me quedé paralizado. No esperaba que ella participara. Era conocedor de que Aless no tenía una gran suma de dinero; obviamente no jugaba en la misma liga que los magnates presentes.

Confuso, pero sin querer dar mi brazo a torcer, levanté mi paleta nuevamente.

—Treinta mil.

Ella no dudó ni un segundo, subiendo la puja con una sonrisa misteriosa.

—Cuarenta mil.

La tensión aumentaba a medida que la cifra subía. Cada vez que ella ofrecía más, yo no podía evitar seguirle el juego, sin entender muy bien qué estaba pasando. Al final, mi mano volvió a levantarse con decisión.

—Cincuenta mil.

Allí, Aless se detuvo. Se giró lentamente hacia mí y, por un momento, nuestros ojos se encontraron. Sonrió de una manera que hizo que el corazón se me detuviera. En ese instante, entendí que había caído en su juego. Todo había sido parte de su plan: empujarme a donar más, a hacer una contribución más generosa.

La sonrisa que me ofreció fue tan auténtica y, al mismo tiempo, tan llena de complicidad, que no pude evitar sonreír también.

El subastador, al ver que no había más ofertas, finalmente golpeó su mazo.

—¡Vendido! Una semana en St. Moritz para el caballero del fondo por cincuenta mil euros.

Tras la subasta, nos dirigimos a la sala contigua, donde una elegante recepción nos esperaba. Estaba tan absorbido por la conversación con Alp Demir, el marido de Alice, la dueña de Giordano, que no me había percatado de la presencia de Aless de nuevo. Fue solo cuando ellas dos se acercaron que la contemplé a fondo.

Alice me dio dos besos, pero ni siquiera pude devolverle el gesto correctamente porque mi mirada se clavó en Aless. Estaba… ¿Qué cojones se había puesto? Llevaba aquel vestido, el mismo que usó el día de nuestra boda. Un vestido tan descarado que era casi una provocación ambulante. ¿Qué mierda pretendía con eso?

Sentí que la sangre me subía a la cabeza, no solo por el maldito trozo de tela, sino porque todas las miradas en la sala estaban ahora sobre ella. ¡Joder! Y eso no era todo. No solo llevaba el vestido de ese maldito día, sino que había decidido cortarse el pelo igual que en nuestros comienzos. ¿En serio? ¿Qué buscaba, hacerme explotar ahí mismo?

Tuve que aflojarme la pajarita y tragar saliva para calmarme, porque estaba a punto de perder los estribos. Obviamente, ella se estaba divirtiendo con el efecto que estaba causando en mí. Lo notaba en su mirada desafiante.

Alice me hablaba de la nueva colección conjunta de Giordano, aunque no podía procesar ni una palabra. Estaba completamente hipnotizado con Aless y con cada uno de sus gestos sensuales.

De repente, Alp, que parecía no haber notado nada, invitó a su esposa a bailar un tango. Perfecto. Ahora estaba completamente solo con Aless.

—Disculpa —mascullé, dando un paso atrás para alejarme de ella. Sin embargo, fue más rápida. Me agarró de la muñeca con firmeza, deteniéndome. Sin soltarme, se acercó a mi oído. Su perfume se coló en mis fosas nasales y su aliento acarició mi cuello.

—Marco Sforza, te has vuelto un cobarde —murmuró desafiante.

No respondí. Solo respiré profundo, sin mirar su rostro. Sí, tenía razón, estaba huyendo de ella, y lo haría una y otra vez si eso me mantenía a salvo. Pero no parecía conformarse con mi silencio. Continuó hablando, casi en un susurro.

—¿No te gusta mi vestido? Lo elegí especialmente para ti.

En ese momento, fui yo quien dio un paso hacia ella, acercándome a su oído con la intención de bajarle los humos a esa pequeña descarada.

—Aprecio que te tomaras tantas molestias pensando en mí, pero no me gustó en su momento y sigue sin gustarme. No te preocupes, a muchos en esta sala parece encantarles tu «modelito». Todo un acierto si lo que buscabas era llamar la atención.

En ese momento, mis ojos se cruzaron con los de Simona, que nos observaba desde el otro lado de la sala con rabia. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y comencé a tensarme. No entendía qué hacía

ella en un lugar como este. Nunca sería invitada a un evento de esta magnitud, a menos que… estuviera acompañando a alguien. Y, de golpe, todo encajó. Estaba con Dante.

Apreté los puños con fuerza, ignorando las palabras de Aless, que seguía hablándome sin darse cuenta de mi irritación. ¡Qué poca vergüenza la de Simona, presentarse aquí con el peor enemigo de Valentino Ferre! No solo era una falta de respeto hacia mi familia, sino hacia todo lo que representábamos.

Aless, al percatarse de mi tensión, giró su rostro y vio también a Simona. El cambio en su semblante fue inmediato, pasó de una expresión relajada a una mirada cargada de odio. Sin decir palabra, me aparté de ella y me dirigí hacia el corredor que llevaba a los aseos. Necesitaba estar solo y calmarme.

Vi uno de los balcones abiertos y salí al exterior. Encendí un cigarro sin pensarlo, inhalando profundamente el humo que me ayudó a calmar los nervios. Fumé con tranquilidad, como si ese simple gesto pudiera eliminar la rabia que se acumulaba en mi pecho.

Justo cuando estaba a punto de dar un paso hacia adentro, escuché la voz de Aless. Estaba discutiendo con Simona. Permanecí en las sombras, observando en silencio, dispuesto a intervenir si la situación se complicaba. Antes de hacerlo, decidí esperar. No quería que Aless supiera que me seguía importando, que aún me preocupaba todo lo que le pasara.

—¿Este es el atuendo que eliges para sobrellevar tu duelo? —atacó Simona, con tono hiriente.

—Mamá, ¿eso que noto es envidia? Dime, ¿qué es lo que te molesta tanto? ¿Mi cuerpo? ¿Mi cara? ¿O tal vez mi edad, esa que no puedes recuperar, a pesar de que te sometas a mil cirugías?

—No seas impertinente. ¿Qué te voy a envidiar a ti, si eres una pobre desgraciada? Mírate, hija, tienes la palabra «perdedora» escrita en la frente. Intentaste salvar a tu padre, y ya ves lo que pasó. Arrastraste al sueco a tu vida, y acabó muerto como Renzo. Hasta perdiste a Marco, desapareciste de su vida y él siguió adelante sin ti. ¿Sabes qué? Tal vez deberías irte a una isla desierta, lejos de todos.

—Eso es lo que quisieras tú, ¿verdad? Que desapareciera de la faz de la tierra. Pero dime, mamá, ahora que estamos solas, ¿fuiste tú la que ordenó que me atropellaran?

«¡Joder! No me esperaba esa acusación por parte de Aless», rumié. No podía negar que mis dudas detrás del atropello siempre habían estado entre ella y Dante.

—Eso nunca lo sabrás. Sin embargo, si sigues insistiendo en quedarte en Valentino Ferre, vivirás temiendo que yo o tal vez otra persona decida atacarte otra vez.

—Correré el riesgo. Me gustan las emociones fuertes, y claro, estoy aquí para divertirme. Y adivina qué, mamá…, tú serás uno de mis juguetes. Disfruta del juego.

Con esas palabras, Aless dio media vuelta, dejándola plantada en su lugar. Simona se quedó inmóvil, completamente perpleja, como si no pudiera procesar el cambio radical en su hija. Aless, antes tan dulce y bondadosa, ahora parecía una mujer nueva, llena de ira. Sus palabras estaban cargadas de odio, de un dolor profundo que emanaba de su interior, como una herida aún abierta.

Al llegar a la sala, saludé a varios diseñadores de renombre en el mundo de la moda, pero mi mente no estaba con ellos. Caminé rápidamente hacia mi abuelo, que permanecía inmóvil, apoyado en una de las mesas altas con los ojos fijos en la pista. Parecía petrificado, como si algo lo hubiese dejado sin aliento. Al llegar a su altura, seguí su mirada, y lo que vi me paralizó.

Aless estaba allí, bailando con Dante. Mi estómago se retorció al ver cómo él, con una sonrisa lasciva, la envolvía en sus brazos, sus ojos fijados en ella con una intensidad peligrosa. Dante se movía como un halcón acechando a su presa, y Aless… Aless no hacía nada por apartarse. Al contrario, se dejaba llevar por el momento, disfrutando de su proximidad, de la forma en que él la apretaba contra su cuerpo, acariciando su espalda desnuda con descaro.

Mi respiración se aceleró y los músculos de mis puños se tensaron. No podía creer lo que estaba viendo. Mis ojos se clavaron en los de Aless cuando se cruzaron con los míos. Fue como si me estuviera provocando o castigando. Estaba disfrutando de mi reacción, lo sabía, y eso solo me llenaba de furia.

Por un instante, todo mi ser gritaba que debía ir hacia la pista, apartarla de ese maldito hombre, ese que podría ser su padre, y llevármela de allí. Y después, quemaría ese maldito vestido, para que nunca más se lo volviera a poner.

Respiré profundamente, tratando de calmar mi agitación, pero en lugar de hacerlo, mi mano, casi por instinto, se dirigió al vaso de *whisky* que mi abuelo tenía sobre la mesa. Le di un trago, sintiendo el ardor del alcohol recorrer mi garganta, esperando que, de alguna manera, eso aliviara la presión que sentía en el pecho.

—Hijo, cálmate. Busca venganza.

—¿Qué mierda de plan es este? ¿Se ha vuelto loca o qué?

—El dolor sumado al alcohol que consumió esta noche ha creado una combinación peligrosa.

—Aless no suele beber.

—Probablemente lo hizo para obtener valor, para ocultar lo que realmente siente. Al final, es la misma chica, interpretando un papel que le queda grande. Marco, ve a por el coche, cuando esta pieza termine nos vamos.

Asentí en silencio mientras me alejaba.

* * *

—Abuelo, ve a descansar, ya la dejo yo en su cuarto —comenté mientras subía las escaleras de la mansión, con su cuerpo entre mis brazos. Había caído rendida en cuanto se metió en el coche. Verla tan indefensa me rompía el corazón; tantos años de sufrimiento, tantos golpes, era normal que hubiera construido un muro a su alrededor, aferrándose a cualquier sentimiento que la mantuviera a flote.

—Marco, quédate a dormir, ya es tarde —me sugirió mi abuelo desde atrás. Pero la idea de pasar la noche bajo el mismo techo que ella me perturbaba.

—No, prefiero irme a casa. Recuerda que tengo a esos dos okupas instalados allí —comenté en un tono algo sarcástico,

refiriéndome a Vito y Nico, que desde sus rupturas no habían regresado a sus hogares.

—Me alegra que esos dos estén contigo, hijo. Sé que todo esto no es fácil para ti.

—Estoy bien, abuelo, no te preocupes por mí. Ve a descansar, estará bien. Solo tendrá una fuerte resaca mañana —bromeé, logrando arrancarle una sonrisa.

La recosté sobre la cama con suavidad, acomodando su cuerpo exhausto, y recoloqué su cabello, ahora corto y sin esos rizos naturales que formaban parte de su esencia. Mi mirada se desvió una vez más hacia ese maldito vestido, el que desde el primer momento me había vuelto loco. Me habría encantado quitárselo, llevármelo conmigo, pero solo pensar en verla desnuda me afectaba de una manera que no podía controlar. En lugar de eso, me limité a quitarle las sandalias con devoción, como si alargar ese momento en el que podía tocar su piel me ayudara a calmar las sensaciones que sentía en el pecho.

Ella se revolvió y el vestido subió un poco más, dejando al descubierto más piel. «Joder», murmuré, apartando la vista rápidamente, como si eso pudiera frenar lo que despertaba su proximidad. Me puse en pie de un salto y decidí cubrirla con el cobertor, tapando su cuerpo. Me acerqué a su frente y, casi sin pensar, la besé. «¿Qué mierda me está pasando?», gruñí en mi interior, notando que mis sentimientos hacia ella, que tanto me había costado dejar atrás, volvían a azotarme con una fuerza incontrolable.

Al apartarme, sentí su mano aferrándose a mi muñeca con fuerza.

—Marco, llévame al baño, creo que voy a vomitar —suplicó, con la voz ahogada por una arcada que la hizo temblar.

Sin pensarlo, la levanté rápidamente entre mis brazos, procurando que su cuerpo descansara en el mío, y caminé hacia el servicio. En cuanto llegamos, ella vació su estómago en el retrete mientras yo, con firmeza, le sujetaba la frente para que no perdiera el equilibrio. Cuando terminó, la ayudé a mojarse la cara con agua y luego bebió del grifo del lavabo enjuagando su boca. Poco a poco, el color comenzó a regresar a su rostro.

La sostuve un momento más, intentando calmarme, porque sabía que, en el fondo, nada de esto estaba bien.

—¿Estás mejor? —pregunté, soltándola lentamente de mi agarre y tratando de recuperar la compostura.

En lugar de responder, bajó las tiras de su vestido con un movimiento pausado. La tela cayó al suelo, dejando su piel desnuda, cubierta solo por un diminuto tanga transparente que apenas dejaba lugar a la imaginación. Mi garganta se secó y cualquier palabra que pudiera haber dicho se perdió.

Abrió la llave de la ducha. El agua empezó a correr, llenando el baño con un vapor cálido que parecía reflejar la temperatura que estaba aumentando entre nosotros.

—No creo que sea buena idea que te duches ahora. Deberías esperar hasta mañana —propuse pausado; sin embargo, mi voz salió más ronca de lo que esperaba, traicionándome.

Ella giró apenas la cabeza y, sin mirarme directamente, respondió:

—No me pasará nada… si tú me sujetas con fuerza.

Se colocó bajo el agua sin esperar una réplica, tirando de mi brazo con un gesto decidido.

El agua nos alcanzó en cuestión de segundos, empapando mi camisa y mis pantalones hasta que se pegaron incómodamente a mi cuerpo. La temperatura era abrasadora, tanto como el latido irregular de mi corazón, que reaccionaba con cada respiración entrecortada que escuchaba de ella.

Mis zapatos chapotearon en el charco que se formaba a nuestros pies y, en un último intento de aferrarme a la lógica, me incliné a quitármelos. Sin embargo, el resto de mi ropa quedó ahí, adherida, como una inútil barrera que intentaba mantener entre nosotros.

—¿Recuerdas cuando te besé bajo la ducha, justo después de casarnos? —tanteó de repente, acercándose más.

Se puso de puntillas, aferrándose a mi cuello con una sensualidad que me perturbó. El roce de sus pezones contra mi pecho me encendió por completo, pero me obligué a mantener la compostura, aunque cada célula de mi cuerpo pedía algo distinto.

—Sí, me acuerdo —respondí, midiendo mis palabras—. Pensaste que era otra persona.

Ella soltó una risa burlona.

—Te mentí, Marco, siempre supe que eras tú. Y ahora quiero hacerlo de nuevo —añadió, con esa voz que siempre lograba encenderme desde dentro.

Me quedé sin respuesta. ¿A quién quería engañar? Me moría por besarla, por sentir su boca de nuevo, por dejar que esa chispa que encendía en mí se convirtiera en un incendio. Todo en mi mente gritaba que debía detenerme, que debía mantener el control, pero su cuerpo bajo el agua caliente y el aroma de su piel me estaban enloqueciendo.

Solo pude pensar en una cosa: «a la mierda con todo». Si ella quería besarme, yo no pondría objeciones.

Cuando sus labios rozaron los míos, todo se esfumó. No importaba el agua cayendo con fuerza sobre nosotros, ni la ropa empapada que se pegaba a mi piel. Todo, absolutamente todo, quedó en segundo plano.

Su boca era una provocación, un fuego que me consumía desde el primer contacto. Mi respiración se volvió errática, incapaz de seguir el ritmo de ese beso que no pedía permiso, que no daba tregua. Sus manos, temblorosas y firmes a la vez, se aferraron a mi nuca, tirando de mí, como si quisiera asegurarse de que no escaparía. Como si yo pudiera siquiera pensar en hacerlo.

Mi polla reaccionó antes que mi mente. Una de mis manos bajó hasta su sexo, mojado y resbaladizo, mientras la otra se perdió en su cabello, enredando mis dedos entre sus rizos húmedos.

Mi mano la tocaba con anhelo, deslizándose entre sus pliegues, mezclándose con el calor que emanaba de su sexo. El sabor de su boca, dulce y urgente, me volvía loco; cada movimiento suyo parecía una invitación a ir a más.

De repente, soltó una risa dura, cortante, que me cayó como un jarro de agua fría. Reía contra mi boca, sin contención, como si lo que acababa de pasar no hubiera significado absolutamente nada para ella. Me paralicé, incapaz de procesarlo, y aparté mi rostro despacio, buscando respuestas en sus ojos. Pero lo único que encontré fue un brillo gélido que me provocó un nudo en el estómago.

Antes de que pudiera decir algo, sus manos apartaron las mías de su cuerpo con un gesto brusco, casi impaciente. Cerró la llave de agua sin siquiera mirarme.

La seguí con la mirada, perplejo, mientras salía de la ducha con movimientos rápidos y distantes, como si quisiera deshacerse de cualquier rastro de mí. Agarró una toalla, se envolvió en ella y, sin detenerse, me lanzó otra que tocó mi pecho antes de caer al suelo.

Con los pies descalzos, dejando huellas húmedas en las baldosas, se apoyó en el lavabo mientras pasaba otra toalla por su cabello con movimientos rápidos. Sus ojos, ahora clavados en su reflejo, evitaban los míos, aunque su postura hablaba por ella: fría, firme, inalcanzable.

Y mientras yo seguía ahí, empapado y confuso, su voz rompió el silencio:

—Aquí está el gran Marco Sforza —soltó con dureza y con sus ojos cargados de odio—. El impenetrable, el que todo lo controla, el que decide qué se hace y cuándo. Siempre oculto tras su fachada de arrogancia, mostrando ese gran poder y dominio. Pero, al final… —hizo una pausa, dejando que su voz se endureciera—, eres solo un imbécil.

—Aless, ¿qué mierda pretendes con todo esto? —la increpé, con una rabia que me salía de muy adentro.

—¿Qué pretendo? —repitió, mirándome como si fuera un insecto bajo su zapato—. Te acabo de demostrar que, por más que lo intentes, no puedes resistirte a mí. Siempre pensé que yo era la débil, la idiota que volvía a ti una y otra vez, que caía en tus juegos. Sin embargo, resulta que no es tan así, ¿verdad? Hoy tú has formado parte del mío, Marco. Dime, querido, ¿qué se siente cuando eres tú el juguete? ¿El muñeco maleable? Porque, ya ves, la débil nunca fui yo. Tú siempre fuiste el que se escondía detrás de un disfraz, el que tenía miedo de ser real.

Su ataque fue como una patada directa en el estómago. No tenía ni idea de qué pretendía con todo aquello, sin embargo, ya estaba harto. Si quería odiarme, adelante. Pero yo no iba a seguir alimentando esta guerra absurda. Di dos pasos rápidos hacia ella, cerrando la distancia entre nosotros, y la sujeté por los brazos,

obligándola a mirarme de frente, no a través de un maldito espejo. Su respiración se detuvo por un instante y esa fuerza desafiante, la que emanaba hacía segundos, comenzó a desmoronarse.

—Dime, Alessandra, ¿por qué estás haciendo esto? No, aguarda, déjame adivinar. ¿Es porque me odias por lo de Simona? ¿O porque no quiero seguir tu jueguito de detectives? Sea lo que sea, te lo advierto: no voy a formar parte de tu espectáculo. Estás perdiendo el tiempo. Ni yo soy el mismo Marco que conociste, ni tú eres la mujer de la que me enamoré. Esa mujer… —mi voz vaciló un segundo— esa mujer quedó atrás el día que decidió odiarme en lugar de escucharme. Porque, claro, odiarme siempre fue más fácil que perdonarme.

—¡Suéltame! —chilló ella, tratando de zafarse de mi agarre. Su mirada era fuego puro, aunque también pude ver el dolor escondido detrás—. No te atrevas a manipularme, Marco. Porque ya no soy la tonta que creías.

—Entonces, ¿por qué sigues jugando a esto? —acusé con dureza.

—¿Quieres saberlo? —Sus ojos chispeaban, llenos de cólera—. Porque ahora es mi turno. O estás conmigo en esta guerra, Marco, o no me importará usarte, igual que tú hiciste una vez. ¿Cómo era? Ah, sí: «Eres la pieza que debo sacrificar para ganar este juego». Pues eso haré yo si es necesario. Por cierto, esta noche, cuando terminé de bailar con Dante, le conté lo de tu aventura con mi madre. ¿Sabes qué? No le gustó nada la información. Creo que eso podría provocar una ruptura entre ellos. ¡Qué lástima!

—No sigas por ese camino, Alessandra —le advertí con la voz cansada. No me importaba que Dante o toda la maldita ciudad supieran la verdad. Podía enfrentarme a las consecuencias de mis errores. Pero verla convertida en alguien tan herida y vengativa me estaba destrozando por dentro—. Te lo digo en serio. Esa mierda no te llevará a ningún lado. Solo te hará más daño.

—No me importa. ¿Recuerdas lo que dijiste una vez? Cuando la oscuridad te alcanza, no hay manera de escapar.

No podía seguir escuchándola. Ver lo destruida que estaba, estaba siendo el peor de todos mis castigos. Solté sus brazos y me aparté, sintiéndome vacío.

Me giré y salí sin decir nada más. Mientras subía al coche, solo un pensamiento cruzaba mi mente: necesitaba ayuda antes de que todo se fuera a la mierda.

CAPÍTULO 14

Sono dependiente dei baci tuoi.
Soy adicto a tus besos.

El *parking* de la empresa estaba a medio llenar a pesar de la hora. Caminé con paso cansado, sintiendo el peso del día anterior todavía sobre mí. Mi reflejo en los cristales de los vehículos era desastroso: ropa arrugada, manchas de vino y un rostro que delataba una noche sin descanso. Por suerte, en mi despacho tenía un pequeño armario con mudas de emergencia, un hábito práctico en los días calurosos o en caso de reuniones imprevistas.

El ascensor sonó abriendo sus puertas. Miré las pequeñas salpicaduras de vino en la camisa; un recordatorio de lo cerca que había estado de cagarla.

La noche anterior, después del enfrentamiento con Aless, había buscado refugio en Allegra, la única persona que podía calmar mis demonios. Le conté lo sucedido, aunque evité los detalles más personales. Solo mencioné el acercamiento con Aless y cómo el odio se había instalado entre nosotros.

—Tienes que alejar a esa persona de tu vida, Marco. Todo lo que has conseguido se está viniendo abajo solo con su presencia. Tú eres más fuerte que esto y no puedes permitir que los recuerdos o los sentimientos por un amor pasado te arrastren otra vez al punto de partida.

Sus palabras eran ciertas, pero los sentimientos por Aless eran demasiado profundos, demasiado arraigados como para poder arrancármelos del pecho.

—Ella no es para ti, como tú tampoco eres para ella —añadió tras una pausa que pareció interminable—. Marco, necesitas una

compañera que te entienda, alguien con quien puedas hablar, que calme tus fieras. Una persona que sea tu amiga antes que tu amante.

Sus palabras me descolocaron, pero lo que hizo después fue aún más inesperado. Allegra sirvió una copa de *whisky*, algo que sabía que desde hacía meses no era habitual en mí, y me la ofreció.

—Esta noche probaremos un nuevo método. Confía en mí.

Con cierto recelo acepté la copa y le di un trago. Mientras tanto, ella abrió mi camisa, revelando mi torso. Sus dedos delinearon todos mis músculos, con un movimiento cargado de intención.

—Confía en mí, Marco. Soy tu amiga antes que tu terapeuta —repitió, con una mirada que contenía deseo.

A continuación, se deshizo de la camiseta de tirantes que llevaba, quedando sus perfectos senos operados al aire. Cogió la copa de vino que descansaba sobre la mesa, tomó un sorbo y la acercó a su pecho, haciendo que pequeñas gotas mojaran sus pezones.

—Prueba esto.

Con desesperación hice lo que me pidió, sin embargo, mi mente se fue directo a Aless. No sabía igual. No sentía nada parecido al fuego que ella despertaba en mí. Nada ni nadie podría sustituirla. La aparté con brusquedad y tomé otro trago del *whisky* directamente de la botella.

—Esto es una mala idea —resoplé, poniéndome de pie.

Allegra me agarró por los muslos y me obligó a quedarme sentado.

—Relájate, Marco. Tienes que dejarla ir. Recuéstate y déjame aliviar tu tensión.

De rodillas se acomodó bien entre mis piernas y con sus manos desabrochó mis pantalones, liberando el miembro del calzoncillo. Sus movimientos eran fluidos y suaves. Cerré los ojos y traté de concentrarme en las sensaciones que me producía, en el sonido de su boca deslizándose por mi erección. Poco a poco, fue incrementando el ritmo y variando los movimientos, lo que me hizo explotar, pero el orgasmo llegó solo como un alivio temporal.

Cuando me recompuse, Allegra estaba frente a mí, sonriente y relajada, con el rostro lleno de color. Se había quitado los pantalones

cortos que llevaba hacía un momento, permitiendo que la tenue luz resaltara su figura. Sentada sobre la mesita, abrió sus piernas y comenzó a tocarse para mí. Por un momento, pensé que tal vez, después de todo, podría follármela y olvidar por un rato el caos en mi cabeza y en mi corazón. Sin embargo, la imagen de Aless apareció de nuevo como un espectro.

Me levanté de golpe, tomando una decisión. Allegra siempre había estado ahí para mí, como una amiga y un apoyo incondicional. Y ahora sabía que no podía darle más que eso. Mi corazón seguía atrapado en un pasado que no lograba dejar ir, y eso no era justo para ella.

—Gracias por todo, Allegra —declaré con sinceridad mientras acomodaba mi ropa—. Pero esto no está funcionando.

Ella no comentó nada, solo me miró desilusionada. Al salir de su casa, supe que no estaba listo para dejar atrás a Aless, aunque eso significara arrastrar conmigo los pedazos de mi vida rota.

El timbre del ascensor me sacó del trance en el que estaba metido. Miré la pantalla: planta baja. Cuando las puertas se abrieron, lo que vi me dejó clavado en el sitio. Massimo tenía el brazo sobre los hombros de Aless y los dos se reían cómplices. Por un segundo, pensé que mi cerebro me estaba jugando una mala pasada. Pero no, era real, y el nudo en mi estómago lo confirmaba. ¿Qué cojones era eso? ¿Desde cuándo eran tan cercanos?

Mis ojos se fijaron en los de ella, buscándola, intentando entender. En lugar de respuestas, recibí algo peor: nada. A mí siempre me miraba como si quisiera quemarme vivo, en cambio a este tipo le sonreía como si le acabaran de contar el mejor chiste del mundo. ¿En serio? ¿Qué mierda estaba pasando aquí?

Sentí la rabia burbujeando en mi pecho. Era un completo idiota. Un imbécil que seguía enganchado a alguien que claramente jugaba conmigo. Y claro, ahí estaba yo, dándole vueltas mientras ella se reía con otro. Cuando vi que estaban por entrar al ascensor, actué por puro instinto. Pulsé el botón para cerrar las puertas. Y mientras las hojas de metal se deslizaban lentamente, no aparté la vista de ellos, como si eso fuera a borrar la imagen de mi cabeza. *Spoiler*: no funcionó.

Llegué a mi despacho hecho una furia. Emma y Vito estaban en la entrada, hablando de algo que ni me molesté en escuchar. Pasé de largo y cerré la puerta con un portazo que retumbó en todo el piso. Tiré la camisa, aflojé los pantalones y empecé a desvestirme. ¡Joder, olía fatal! Cogí el desodorante y me eché tanto que el aire quedó cargado como una sauna barata.

Y, entonces, la puerta se abrió de golpe. Era Vito. Se plantó ahí, mirándome. Yo solo quería que el mundo entero me dejara en paz. Ella, la rabia, el puto ascensor…, todo.

—Grandullón, ¿quieres matarnos a todos? ¡Parece que estás fumigando con matamoscas! —Vito frunció el ceño y movió las manos para disipar el aire cargado de desodorante.

—No estoy de humor —gruñí sin levantar la mirada.

—¡Menuda novedad! —bufó mientras se apoyaba en el marco de la puerta—. A ver, cuéntame algo que no sepa. Por ejemplo, ¿dónde pasaste la noche? ¿Quién fue la afortunada que disfrutó de Marco Sforza?

Lo miré con cara de pocos amigos. ¿Afortunada? Por favor. Mi vida sexual llevaba meses siendo una ruina.

—No hay nadie, pasé la noche en el coche —respondí seco, cortando cualquier intento de conversación. Y técnicamente no era mentira. Después de salir de casa de Allegra, ahí terminé.

Vito alzó una ceja, desconfiando de mi respuesta. Y bueno, si yo me viera con esa pinta, tampoco me creería.

—Vale, lo pillo, no insisto más. —Alzó las manos en señal de rendición y posteriormente soltó, con una sonrisa radiante—: Sin embargo, yo sí tengo algo que contarte. Hay alguien por ahí que está llamando mi atención.

Esa confesión me sorprendió, pero en el fondo me alegró. Siempre había sido un romántico empedernido, aunque desde Luca las cosas no le habían salido bien. Sabía lo jodido que estaba, lo difícil que era levantarse cada día mientras fingía que no sabía en qué andaba el hombre que seguía amando. Luca, siendo asistente de Romeo, pasaba demasiado tiempo cerca. Y para Vito, lidiar con todo aquello debía de ser una maldita tortura.

—¿Y quién es el pobre desgraciado al que le echaste el ojo? —traté de bromear mientras ajustaba mi corbata frente al espejo—. ¿Lo conozco?

—Sí, cielo. —El fotógrafo se acercó, levantó las manos y comenzó a acomodarme la corbata como si fuera mi madre—. Es Massimo, el nuevo jefe de seguridad.

Mi cara se puso seria al instante.

—No deberías hacerte ilusiones con ese tipo. Ni siquiera lo conoces.

—¡Ay, por favor! —exclamó, apartándose para mirarme—. La semana que estuviste en París, Aless lo trajo con ella. —Confesó aquello como si no fuera gran cosa y sentí un golpe en el pecho—. Y ayer quedamos para tomar una copa.

Genial. Ahora Massimo no solo se metía con Aless, sino también con mis amigos. Moví la cabeza, visiblemente molesto.

—Olvídate de ese tío, en serio. No creo que tengas ninguna posibilidad.

—¡Claro que sí! —Vito soltó una carcajada, como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo—. Sé que es impresionante, su cuerpo, su rostro, esos ojazos azules… Y yo…, bueno, soy más normal. Sin embargo, tengo mi encanto, ¿no? ¿De verdad crees que un guaperas así no podría fijarse en mí?

—Vito, no es eso. Tú vales mucho más que ese engreído. —Me crucé de brazos, intentando sonar razonable—. De hecho, te lo digo porque creo que le gustan las mujeres.

—¡Ja! Para nada. Yo tengo un radar para estas cosas, Marco. Él es gay.

—¡Joder! No te das cuenta, ¿verdad? Se come con la mirada a Aless. Los vi hace un momento, abrazados, demasiado cómplices. Entre ellos hay algo, te lo digo yo.

—¿Eso? ¡Por favor! —soltó con un gesto despreocupado—. Son amigos.

—¿Amigos? ¿Qué amistad pueden tener si hace dos días que se conocen? Mira, haz lo que quieras. Yo ya te he advertido. Estámpate contra la pared si quieres.

—Marco, tus celos no te dejan ver más allá —emitió una risilla burlona, como si todo esto fuera gracioso.

Iba a replicar, pero dos golpes sonaron en la puerta. Antes de que pudiera decir «adelante», la puerta se abrió y allí estaba Aless, traspasando el umbral con su frialdad.

—¿Me voy? —preguntó Vito, desconcertado y atrapado en el incómodo silencio.

—¡No! —grité, quizá demasiado fuerte.

—Sí —afirmó Aless, cruzándose de brazos y fulminándome con la mirada.

—Nunca os entenderé. Vuestro amor es demasiado intenso para mí —bufó nuestro amigo mientras salía y cerraba la puerta tras de sí.

Ni siquiera reaccionamos a su comentario. Nuestros ojos seguían clavados en el otro, cargados de fuego y rabia. Solo el sonido de mi teléfono rompió la tensión. Miré la pantalla y le mostré el nombre que aparecía: Dante de Donato Sartoria.

—Veamos qué quiere tu nuevo amiguito —señalé con sarcasmo, notando cómo Aless fruncía el ceño y apretaba los puños, claramente irritada por mi comentario. Antes de que pudiera soltar algún reproche, descolgué y puse la llamada en manos libres para que escuchara. Tenía claro lo que iba a venir.

—Buenos días, Marco Sforza. —La voz de Dante sonaba tan falsa como siempre.

—Si iban a ser buenos, se torcieron con tu llamada. Tu mera existencia lo pudre todo —respondí, seco.

—¡Uf! Siempre tan encantador, Sforza. Un placer hablar contigo —replicó con un tono irónico.

—No creo que me hayas llamado para disfrutar de mi voz, así que no alarguemos esta mierda. Ve al grano.

—Ayer, tu guapa exesposa me hizo una revelación bastante jugosa. Parece que de joven te tiraste a su madre. Imagina lo que eso haría en los titulares. Sería un escándalo exquisito. —Buscaba provocarme. Mi mirada se cruzó con la de Aless, que parecía arrepentida de haberle soltado aquella bomba. Demasiado tarde.

—Adelante, ya sabes lo que tienes que hacer —le desafié, dejando que mis palabras lo descolocaran. Tanto Aless como Dante parecían sorprendidos por mi actitud—. Tienes experiencia en eso de hundir a la gente, ¿no? No sería tu primer intento de destrozar a un Sforza.

—No te hagas el indiferente, Marco. Sé que esto te afecta. ¿Qué dirá tu abuelo? Pobre hombre… —Ese comentario me tocó las narices. Apreté el teléfono con fuerza, pero me negué a dejar que lo notara.

—A mi abuelo, evidentemente, no le hará gracia, aunque con esa culpa tendrá que lidiar tu informante —solté, mirando a Aless. Ella apartó la vista, afectada. No había pensado en cómo su venganza podría dañar a mi familia—. A mí, sinceramente, me importa una mierda. Incluso podría usarlo para ridiculizarte a ti.

—¿Ridiculizarme a mí? —Rio amargamente.

—No lo voy a negar. Diré que tu relación con Simona solo se dio porque había estado con un Sforza. Siempre has sido un segundón, Dante: en la moda y en las mujeres. Con ese relato, desviaré toda la atención hacia ti. Así que, si quieres un escándalo, adelante. Empecemos el circo.

—Yo no soy un segundón, y te lo voy a demostrar. De hecho, ayer tu exesposa se veía muy dispuesta. Con todo ese odio que te tiene, no creo que tenga problema en terminar en mi cama —escupió con desprecio.

Me encendí, pero no fui el único. Aless también, aunque, cuando iba a soltar una réplica, me adelanté. Le tapé la boca con la mano y la empujé suavemente contra la pared, dejándola inmovilizada. No era buena idea que Dante se enterara de que estábamos juntos.

—¿Con Aless? —lo cuestioné, con una carcajada sarcástica—. No pierdas tu tiempo. No es como Simona, ella no se vende. Además, después de haber estado conmigo, te aseguro que no se conformará con alguien como tú. —Aless se revolvió, furiosa, aun así continué, solo para fastidiarla—: Te aseguro que a esa fierecilla solo la doma un Sforza.

Entonces, me golpeó justo en las pelotas. Solté un quejido y retrocedí, cortando la llamada de inmediato.

—¿Estás loca? —gruñí mientras caminaba hacia ella, con los dientes apretados. La apresé contra la pared de nuevo, nuestras respiraciones chocaban como si el aire entre nosotros fuera demasiado denso. Y, sin pensarlo, la besé. Maldita sea, la besé.

No fue un beso dulce. Fue salvaje, desesperado, lleno de rabia. Aless me correspondió con la misma intensidad. Nuestras lenguas se encontraron, hambrientas y ansiosas. Maldije en mi mente, «¿qué cojones estoy haciendo?». Hace un rato estaba furioso con ella y ahora no podía alejarla de mí.

Me aparté con esfuerzo, dejando que se tambaleara. Necesitaba calmarme. Esto estaba mal.

—¡No vuelvas a besarme! —gritó, rabiosa, mientras yo evitaba mirarla.

—Por favor, no parecías disgustada. Lo has disfrutado. —Sonreí con cinismo—. Si me correspondiste con tanta intensidad, ¿será que tu nuevo amiguito no te satisface como esperabas? ¿Qué le pareció tu jueguecito de anoche? ¿Le cuentas todo? Se os ve tan… cómplices.

—No puedo creer que me estés montando una escena de celos. Marco, no existes para mí.

—Tú tampoco para mí —contraataqué con frialdad.

—Cualquiera lo diría.

—Lo hago por Vito. Está interesado en tu «guardaespaldas», y mientras él cree que tiene alguna posibilidad, su amiga anda enredada con él. No quiero que sufra más. —Mi tono fue firme, pero dentro de mí se desató una guerra que no lograba ganar.

La puerta sonó de nuevo. Resoplé, irritado. ¿Qué era esto, un maldito desfile?

—Adelante —respondí, tomando distancia de Aless e intentando, al menos en apariencia, actuar como si todo estuviera bajo control.

—Marco, tenemos que hablar —exclamó Simona al entrar como un huracán en el despacho. Mis ojos se abrieron como platos. Perfecto, justo lo que me faltaba.

Madre e hija cruzaron miradas que podían cortar el aire. Simona se abalanzó sobre Aless con un rugido.

—¡Maldita! ¡Pagarás por esto que me has hecho! —bramó, intentando golpearla.

Corrí a sujetarla antes de que se desatara una batalla campal. La rodeé por la cintura, pegándola contra mi pecho mientras se retorcía como una fiera.

—¡Suéltame, Marco! ¡Estamos perdidos! ¡Seremos noticia! ¡Esta idiota le contó todo a Dante! —vociferó, sacudiéndose contra mi agarre—. ¡Intenté hablar con él, pero no atiende mis llamadas! ¡Y ya ha sacado mis cosas de su casa!

—O te calmas o no te suelto —advertí, apretando un poco más para que se dejara de tonterías. Finalmente, dejó de forcejear, aunque seguía respirando como un toro enloquecido.

—¿Has escuchado lo que he dicho? —preguntó, girando el cuello para mirarme con ojos inyectados de furia.

—Claro que te he escuchado, han debido oírte hasta en el *hall*. —La solté con cuidado, sin apartarme mucho. Nunca se sabía con Simona—. ¿Y qué quieres que haga?

—¡¿Que qué quiero que hagas?! —chilló, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Mover el culo, Marco! ¡Hacer algo! ¡Tú estarás tan expuesto como yo!

—¿Ah, sí? —respondí con calma—. Yo no pienso mover un dedo. Si esto sale a la luz, cada uno que afronte sus propias batallas.

Vi de reojo como Aless sonreía, satisfecha por el caos que había desatado. Mi sangre comenzó a hervir. Me giré hacia ella, apuntándola con la mirada.

—Me alegra que te haga tanta gracia esta situación. —Marqué cada palabra—. A ver si sigues sonriendo cuando mi abuelo lo pase mal por este escándalo. Ah, y no te olvides de que tú tampoco te librarás. Recuerda que fuiste mi esposa; las preguntas que te harán serán de todo menos agradables.

La sonrisa de Aless desapareció de inmediato.

Simona aprovechó la tregua para lanzarse otra vez al ataque, pero esta vez con palabras. Maldita sea, nunca sabían cuándo parar. Ambas comenzaron una discusión que parecía una batalla de artillería pesada. Aless, lejos de quedarse callada, respondía a cada ataque con más fuerza, insinuando que lo peor aún estaba por venir.

La intensidad de su tono me hizo preguntarme si estaba siendo valiente o suicida.

No pensaba quedarme ahí para averiguarlo. Agarré mi chaqueta y me la puse mientras las dos seguían intercambiando ataques verbales. Cuando abrí la puerta, las miradas de ambas se clavaron en mí, pero fue Simona la que habló:

—¿A dónde crees que vas?

—A atender asuntos importantes —respondí con suficiencia, ajustándome las mangas—. Además, no quiero interrumpir vuestra animada charla familiar. De todos modos, ya que bajo, no me importará decirle al jefe de seguridad que venga a arbitrar —dije esto último mirando a Aless, sabiendo perfectamente que eso la pondría de los nervios.

Su expresión de rabia me hizo sonreír aún más. A veces, la única manera de ganar era dejar que perdieran ellas solas. Salí del despacho, cerrando la puerta tras de mí.

CAPÍTULO 15

Tutto il tuo corpo mi appartiene, mi riconosce come suo unico proprietario.
Todo tu cuerpo me pertenece, me reconoce como su único dueño.

—Adelante, señor Sforza. La señora Demir lo está esperando —me indicó la asistente con un gesto amable.

Entré en el despacho y de inmediato noté el cambio. Todo era luminoso, con colores cálidos y acogedores. Una transformación radical respecto a mi última visita, cuando ese lugar pertenecía a Enzo Di Marco y estaba decorado en tonos oscuros y austeros.

—Bienvenido —me recibió Alice con una cálida sonrisa, acercándose para darme un abrazo. Era imposible no sentirse cómodo en su presencia—. Ven, sentémonos aquí —añadió, y señaló el sofá, un espacio menos formal—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Así estoy bien. ¿Qué tal está Alp? —pregunté, intentando aligerar el momento.

—Mi marido está muy bien, aunque supongo que no estás aquí para hablar de él, considerando que sois amigos. Déjame adivinar: ¿me traes el contrato para que lo firme? No te aguantas a mañana.

—No, exactamente. Estoy aquí por todo lo contrario. Necesito que rompas esta colaboración.

Su sonrisa se desvaneció. Me observaba con seriedad.

—¿Por qué, Marco? Es una colaboración beneficiosa para ambas empresas, y lo sabes.

—Lo sé, y créeme que me encantará retomarla en otro momento, pero no ahora. No con Aless.

Alice se inclinó ligeramente hacia adelante, su expresión era cada vez más inquisitiva.

—Marco, lo que me estás pidiendo no es una broma. Al menos necesito que seas sincero conmigo.

—Tienes razón. Te lo pido por Aless. Sé que es importante para ti. Ha vuelto para buscar venganza. Quiere encontrar a la persona que intentó atropellarla y acabó con la vida de Andrea. Sin embargo, lo único que va a conseguir es que la maten también. Los dos sabemos que eso no fue un accidente, por más que la policía insista en que fue una «mala casualidad».

Su rostro se tensó mientras escuchaba. Continué, aunque el nudo en mi garganta hacía cada palabra más pesada.

—Nadie esperaba el éxito de esa colección, ni sabían que Aless partiría al día siguiente con Andrea. La solución fue tapar ese triunfo con una tragedia y, de paso, deshacerse de una diseñadora brillante que podía mantener a Valentino Ferre a flote. Con la expansión, mi padre había acumulado deudas antes de su muerte y yo estaba fuera de juego por la inutilidad de mis manos. Éramos un blanco fácil. —Suspiré, intentando calmarme, pero esos recuerdos todavía dolían. Alice puso su mano sobre la mía, brindándome apoyo silencioso—. Estoy convencido de que Dante tuvo algo que ver, creo que no actuó solo. Temo que haya cómplices y de hecho sospecho que uno de ellos está en mi empresa. Podría ser Simona.

—¡Oh, Dios mío! Marco, ¿estás seguro de lo que estás diciendo? Que sea una pésima madre no significa que sea capaz de llegar tan lejos. Aunque, si lo pienso bien, mi padre podía hacer cualquier cosa por conseguir lo que quería —susurró, recordando algo que claramente aún la lastimaba.

—Lo creo. Esa mujer está obsesionada conmigo y odia con todo su ser a su hija porque me enamoré de ella. Cuando era jovenzuelo y cuidaba de mi madre, tuvo atenciones hacia mí que prefiero no detallar —confesé, dejando claro lo suficiente sin entrar en los detalles más oscuros—. Mis sospechas comenzaron con la muerte de mi madre. Nunca lo pude probar, pero las dudas persistieron tras el fallecimiento de mi padre y, luego, el atropello de Andrea. Solo hay dos personas interesadas en que Aless desaparezca: Dante, Simona, o ambos.

—Nunca me han agradado ni Dante ni Simona, y lo sabes. Nosotros, de hecho, no hemos tenido trato con Donato Sartoria. Siempre juegan sucio y son peligrosos.

—Aless está dispuesta a todo. Quiere hundir a Dante, aunque él no se va a quedar de brazos cruzados. No quiero que le pase nada malo. No podría soportarlo.

—Estás muy enamorado, ¿verdad?

—Supongo que sí. Prefiero renunciar a ella antes de que algo malo le ocurra. No puedo protegerla. Ella me odia y no me quiere cerca, lo entiendo. La traje a mi mundo con engaños y nunca supe amarla como merecía. Mis errores solo la lastimaron, una y otra vez. Me di cuenta demasiado tarde, cuando ya la había perdido. Al verla feliz con Andrea, me resigné porque sabía que él era bueno para ella. Sin embargo, todo cambió cuando regresó.

—Marco, al escucharte, me recuerdas a mi hermano Enzo. Salvando las distancias, claro —aclaró, refiriéndose seguramente al pasado oscuro de su familia—. Él también vivía atrapado en sus demonios, hasta que Eda llegó a su vida. Lo transformó. Su amor pasó por todos los estados posibles. Eda también decía que lo odiaba, pero en el fondo lo amaba. Aless está igual contigo. Aparenta odiarte para no verse débil. Marco, no te alejes de ella. Cuídala. Nadie mejor que tú para hacerlo. Porque te ama, y siempre lo hará.

Su afirmación me dejó sin palabras. Ella continuó con voz suave:

—Aless necesita dar con el culpable de la muerte de Andrea. Vive con la culpa. Si no lo hace, nunca encontrará la paz. Tú lo entiendes mejor que nadie. Tu abuelo me contó que contrataste a un investigador privado. Marco, tú tampoco dejaste de buscar la verdad sobre tus padres.

La franqueza de Alice era punzante. Asentí casi imperceptiblemente.

—Ella irá a por todas, contigo o sin ti. Así que asegúrate de estar a su lado, no dejes que otro tome ese lugar.

Massimo apareció en mi mente y apreté los puños.

—Alice, con todo esto me estás diciendo que ni siquiera vas a reconsiderar anular el contrato, ¿verdad?

—No. Mi mundo me enseñó que no debo temerle a nadie. Me enfrentaría al enemigo, aunque fuera mi propio padre.

—Gracias por tu tiempo. No tengo nada más que hacer aquí, entonces… —Me levanté, sintiendo que había fracasado.

Me acompañó hasta la puerta, pero, antes de que me fuera, besó mi mejilla y susurró:

—Marco, piensa en mis palabras. No siempre hay segundas oportunidades.

Se alejó con su sonrisa dulce. Esa mujer era más lista de lo que parecía.

* * *

Esa semana había sido, para mi sorpresa, tranquila y bastante productiva. Sin Aless rondando por la empresa, pude concentrarme mejor en el trabajo, sin el estrés de toparme con ella en cualquier esquina. Mi abuelo también estaba más ausente de lo habitual; pasaba casi todo su tiempo en Giordano, reunido con Alice y Aless para tomar decisiones sobre la colección conjunta. Varias veces había solicitado mi presencia, sin embargo, logré esquivar todas esas invitaciones. Estaba convencido de que querían incluirme en el proyecto, pero tenía una cosa clara: yo no pensaba formar parte. Hasta ahora, lo único que consiguieron fue que prometiera asistir a una reunión el miércoles de la próxima semana. Promesa que, para ser sinceros, no tenía intención de cumplir. Ellos aún no lo sabían.

En lugar de eso, ya había decidido usar el viaje que adquirí en la subasta. Era temporada de esquí y alejarme de todo me parecía la mejor idea: de Aless, de Allegra, de mis amigos, de la empresa… Necesitaba dejar de pensar. La casa del lago ya no era un refugio; todos sabían dónde encontrarme cuando huía allí. Un poco de deporte y las vistas de la montaña serían el escape perfecto. Además, llevaría conmigo mis lápices y un cuaderno. Quería trabajar en una idea que llevaba tiempo rondándome. Si bien requeriría de una inversión importante, era algo que valía la pena explorar.

Estaba sumido en estos pensamientos cuando escuché la voz de Nico llamándome desde la sala. Habíamos pasado por casa para cambiarnos; esa noche íbamos a sorprender a Vito con una fiesta de

cumpleaños. Aless era la encargada de mantenerlo ocupado hasta que todo estuviera listo.

Cuando llegué a la sala, lo encontré revisando su apariencia compulsivamente en el espejo. Parecía más inquieto de lo habitual. Sus gestos nerviosos casi me hicieron reír, pero decidí contenerme.

—¿Te vas a mirar así toda la noche o salimos ya? —tanteé, arqueando una ceja.

Él resopló, ajustándose la chaqueta.

—Es que no quiero que me pillen desarreglado en las fotos, Marco. Uno tiene que mantener su imagen.

—Claro, modelo de portada —le vacilé, dándole una palmada en el hombro.

Tomasso ya nos esperaba en la entrada con el coche encendido. Preferí usar sus servicios; era una noche para relajarse y seguramente terminaríamos bebiendo de más en la fiesta. Nadie mejor que mi chófer de confianza para dejarnos sanos y salvos en casa.

—Marco, estuve pensando… Esta noche voy a hablar con Emma. No quiero seguir así, alejados. La extraño muchísimo. No es que esté mal en tu casa, pero no es lo mismo que despertarme con ella a mi lado. Si no quiere boda, no habrá boda. Me da igual. Que mis padres pongan el grito en el cielo o que me deshereden —añadió con nerviosismo—. La quiero a ella. La necesito. Estoy completamente enamorado. Solo espero que no sea demasiado tarde.

—No lo es, Nico. Esa mujer está loquita por ti, y ya iba siendo hora de que alguno diera el paso. Además, con lo arreglado que vas hoy, no va a poder resistirse —bromeé, guiñándole un ojo cómplice.

—Ojalá, tío. Todo tiene que salir bien. Mañana, cuando me despierte, quiero ver la cara de mi preciosa novia y no la de Vito con una de esas horribles mascarillas suyas.

Soltamos una carcajada al unísono. Tenía razón: no había mañana en que Vito no apareciera con el rostro cubierto de alguna mezcla extraña.

—Por tu bien, más te vale que salga todo perfecto con Emma, porque, si no, te toca lidiar con él tú solo. Y ya sabes que mañana no va a callar en todo el día con los chismes de su cumpleaños.

—¿Yo solo? —Nico se giró para mirarme con sorpresa.

—A decir verdad, mañana me largo.

—¿Cómo que te largas?

—Nadie lo sabe todavía y prefiero que siga así. Voy a usar el viaje que adquirí en la subasta. Necesito desconectar. Esto me está sobrepasando.

—Me parece una gran idea. Aunque, si las cosas no salen bien con Emma, me voy contigo.

—Ni lo sueñes. —Reí, negando con la cabeza—. He dicho solo, y eso no te incluye a ti. Si tienes que llorar, lo haces con Vito.

—Tío, hay algo de lo que no hemos hablado. —Su tono cambió, más serio—. Mañana no sé si todo serán risas para Vito. Luca estará en su cumpleaños, como su «amigo». Esta idea me parece un espanto. ¿Cuánto tiempo más vamos a hacer ver que todo está bien con él cuando sabemos la verdad?

—Lo sé —respondí con un suspiro—, pero no había otra forma de que Luca no sospechara que sabemos lo suyo con Romeo. Créeme, a mí también se me revuelven las tripas cada vez que tengo que fingir. Cuando regrese, voy a hablar con mi abuelo. Esta situación no puede seguir así. Al final, el que más está sufriendo es Vito.

—¿Y si solo es sexo? Ya sabes cómo es Luca.

—Podría ser. Sin embargo, yo no puedo pasar por alto que le esté comiendo la polla a alguien que quiere destruir la empresa para la que trabaja. —Retuve la rabia subiendo por mi garganta y me incliné hacia adelante para hablarle a Tomasso, que conducía—. Antes de dirigirte al local, recoge a Allegra en su casa.

—¿Vas a llevarla como acompañante?

—Si por «acompañante» te refieres a compartir coche, entonces sí. Te recuerdo que también voy a llevarte a ti.

—Sabes a lo que me refiero, Marco. Aless estará allí. ¿De verdad crees que es una buena idea?

Solté un bufido y giré la cabeza hacia la ventana.

—¿Y qué quieres que haga, Nico? ¿Que le diga a Allegra, la persona que ha estado para ti, para Vito y, sobre todo, para mí, que no venga? ¿Que Aless volvió y ya no necesitamos su amistad? ¿Que gracias por todo, pero adiós?

Nico asintió, admitiendo que tenía razón con mi argumento, aunque su expresión seguía cargada de dudas.

—Allegra ha estado ahí para nosotros, es verdad. Aunque si me preguntas, todo lo ha hecho por ti. Esa mujer está enamorada de ti, Marco, y eres el único que no lo ve.

Por primera vez, no le respondí. Tanto él como Vito insistían siempre en lo mismo y yo siempre lo negaba. Aunque desde aquella noche… Desde que pasó lo que pasó entre ella y yo… ¿Haría eso una amiga de verdad? Ese momento había cambiado algo, al menos para mí. Sin embargo, no estaba listo para afrontarlo. No todavía.

* * *

La fiesta estaba perfectamente diseñada para que Vito brillara como nunca. No había nada que lo hiciera más feliz que ser el centro de atención, y esta vez tenía el escenario ideal: un cumpleaños «en verano» y en la playa, algo que siempre había soñado. Se había pasado años quejándose de haber nacido en pleno invierno, asegurando que ese «error de concepción» iba en contra de su carácter cálido. «El frío va contigo, Marco, pero yo soy de calor y humedad», repetía cada año. Así que esta vez, decidimos cumplir su deseo.

Alquilamos un local con piscina de olas, añadimos arena para completar el efecto y diseñamos un *photocall* que simulaba el Caribe. Había casetas de paja, cócteles tropicales y comida típica de costa. Las normas eran claras: todos descalzos y vestidos de blanco. Una suerte que el trayecto del coche al local fuera corto, porque más de uno hubiera pensado que nos habíamos vuelto locos en Valentino Ferre.

Incluso mi abuelo, siempre elegante y formal, se unió a la fiesta, aunque solo por un rato. Vito estaba radiante, diciendo que no todos los días se cumplían cuarenta con la firmeza de veinte.

Aunque la presencia de Luca era un detalle que podría haber enturbiado la celebración, no fue así. Parecía estar demasiado ocupado babeando por cierto jefe de seguridad, Massimo, quien

había llegado como acompañante de Aless. Eso no me gustó nada. Massimo, con su sonrisa de anuncio y los ojos azules, tenía a todos comiendo de su mano. Hablaba con una naturalidad irritante, como si conociera a todos de siempre, y hasta Luca parecía encantado. Pero lo peor era que Aless no se separaba de él, riendo y abrazándolo mientras yo intentaba mantener a raya los celos.

Para complicarlo todo, Allegra no se despegaba de mí. Estaba más cariñosa de lo habitual, una actitud que, por momentos, parecía molestar a Aless. Cuando Allegra se acercaba, Aless respondía pegándose más a Massimo. Miradas cargadas de odio iban y venían entre nosotros. A ratos sentía que los únicos realmente felices eran Nico y Emma, quienes parecían haber encontrado calma en su relación. Eran tal para cual, y su baile, lleno de risas y complicidad, era la prueba.

La música cesó cuando llegó el momento del karaoke. Fue Vito quien rompió el hielo, subiendo al improvisado escenario decorado con tablas de surf y una palmera. Después de resistirse un poco, Massimo accedió y juntos cantaron *Sarà perché ti amo*. Parecían dos adolescentes en una película de verano. Para nuestra sorpresa, Luca entonó *Perdón* de Camila. ¿A qué venía eso? ¿Era su forma de marcar territorio? Me hirvió la sangre.

Y en ese momento, Aless tomó el micrófono. Apenas empezó a sonar *Mientes*, supe que cada palabra iba dirigida a mí. «Busca tu camino en otra parte…», cantaba con una mirada que podría haberme fulminado. El mensaje era claro y público. No pude contenerme más. Cuando terminó, subí al escenario y tomé una guitarra. La elección fue sencilla: *The Scientist* de Coldplay. Mientras tocaba, busqué sus ojos entre la multitud y recité: «Dime que me quieres, vuelve y encuéntrame…».

Al finalizar, disfruté de los aplausos. Aless abandonó el salón a toda prisa y yo, sin pensarlo, la seguí.

El pasillo estaba desierto, por lo que el único lugar donde podía estar era el aseo. Giré la manilla, esperando que estuviera cerrado, pero no fue así. Entré y la vi, apoyada en el lavabo, como si hubiera estado esperándome. Cerré el pestillo detrás de mí.

Nos miramos con un fuego incontrolable, uno que nos arrastraba irremediablemente.

—Pequeña, ¿estás huyendo de mí?

—No, te estaba esperando, Marco.

Nos acercamos lentamente el uno al otro, como si fuéramos imanes que se atraen. Mis labios atraparon los suyos en un beso frenético. Sentí sus uñas clavarse en mis hombros, provocando que un gruñido saliera de mi garganta, y nos enfrascamos en una voraz pelea con nuestras lenguas, totalmente fuera de control. La alcé del suelo, obligándola a enroscar sus piernas alrededor de mi cintura, mientras caminaba con ella entre mis brazos hasta dejarla pegada a la puerta. Liberé una de mis manos y la llevé a su sexo, más que listo para mí. Quería romperle ese diminuto tanga que me estaba incomodando, sin embargo, me conformé con deslizarlo hacia un lado, porque todavía quedaba mucha fiesta por delante. Con premura, bajé lo suficiente mis pantalones y los calzoncillos para que mi miembro se liberara. Guie mi glande hacia su entrada y me detuve en seco. ¡Mierda, no tenía preservativos! Antes de que pudiera decir algo, ella intervino rápidamente:

—No te detengas, tomo la píldora.

Su confesión me dejó desconcertado. ¿Por qué mierda la estaba tomando? Cuando estábamos juntos, tenía sentido, pero ¿ahora?, no. A menos que estuviera con alguien más. La posibilidad me llenaba de rabia.

Sin pensarlo demasiado, deslicé mi miembro por su sexo, cálido y muy estrecho. La humedad lo envolvió por completo. Una sensación casi olvidada. Un recuerdo escondido.

—¡Joder, había olvidado esta bendita sensación! —exclamé sin poder contenerme.

Aless soltó un gemido que no pudo ocultar.

—Dios, sí…

Eso fue el detonante. Una sonrisa maliciosa cruzó mi rostro mientras murmuraba con picardía algo que siempre la hacía arder:

—Pequeña, ya te aclaré una vez que esto no es obra de Dios… sino del diablo.

Y en ese momento, todo lo demás dejó de importar. Salí de ella y volví a entrar, esta vez incrementando la fuerza. Repetí de nuevo la misma acción, para después embestirla con más intensidad contra la puerta. Sus gemidos se ahogaban en mi cuello, al cual se aferraba con fuerza. El placer nos cegaba. Estábamos tan necesitados el uno del otro, que aquel encuentro se nos había ido de las manos, cualquiera que pasara por el pasillo sería testigo de lo que éramos juntos, fuego.

Una sonrisa traviesa surgió en mi rostro. Rocé sus labios y con cuidado la deposité de pie frente al lavabo. Ella gruñó al sentir que nuestros cuerpos se habían separado sin culminar, pero yo sabía que lo mejor aún estaba por llegar. Mis manos se deslizaron a su cintura y, con un movimiento decidido, la giré hacia el espejo.

—Míranos —murmuré junto a su oído.

Nuestras miradas se encontraron en el reflejo. Mi pelvis se amoldó a su trasero, encajando perfectamente, mientras mis dedos se colaban entre sus pliegues, un toque que era tan casual como intencionado.

Con una sonrisa traviesa, separé sus piernas y busqué su humedad con mi miembro hasta que, sin perder más tiempo, la embestí de nuevo.

—Esto es lo que somos, Aless. Por mucho que lo niegues o intentes luchar contra ello, no puedes escapar de lo que sentimos cuando estamos juntos —susurré, con la mirada fija en el espejo.

Sus manos acabaron empujando contra el cristal, a medida que incrementaba el ritmo de mis movimientos. La vi perder el control, sus gemidos cada vez sonaban más fuertes. Yo estaba igual o peor. Todo aquello era un maldito delirio, una sensación de estar rozando el limbo del placer con la polla. Y solo ella era capaz de llevarme allí, a ese lugar que únicamente era de los dos. Sus paredes aprisionaron mi miembro con fuerza, sentí como alcanzaba el orgasmo y, acelerando un poco más, me dejé ir con ella. Giré su rostro para atrapar sus labios, ahogando los gemidos de placer que salían con fuerza de nuestras gargantas.

Después de dejar caer su cabeza hacia el lavabo, Aless se miró al espejo. Su rostro había cambiado, y ese brillo en sus ojos lo reconocí

al instante. Arrepentimiento. «No, no, no…, eso no, por favor», supliqué en silencio.

Se giró hacia mí, tomó una bocanada de aire como si se preparara para un combate, y soltó:

—Esto no cambia nada. Solo reafirma lo que ya sabía.

—¿Qué es lo que sabes? —pregunté, aunque me arrepentí de inmediato. Siempre fui un idiota masoquista.

—Que esta rabia que llevo dentro no desaparece, todo lo contrario, crece cada vez que estás cerca. Por un momento, me permití olvidarlo todo, pero luego… —sus ojos se endurecieron— luego recuerdo. Recuerdo tus mentiras, cómo llegué a tu vida y, sobre todo, la cara de mi madre. Esa cara que nunca puedo quitarme de la cabeza.

—Eso no es cierto, Aless. Yo sigo estando aquí —declaré, tocando su pecho, justo donde su corazón latía con fuerza.

Ella rio con frialdad. Apartó mi mano como si quemara y caminó hacia la puerta. Justo antes de salir, se giró para mirarme una última vez.

—No tienes nada que ofrecerme que yo quiera, Marco. Nada. Solo esto. —Nos señaló con un gesto cargado de desprecio, aludiendo a lo que acababa de pasar—. Y, siendo honesta, esto puedo tenerlo con cualquiera.

Sin esperar respuesta, quitó el pestillo y se fue. Me giré hacia el espejo y lo golpeé con el puño hasta sentir la vibración en mis huesos. Luego hundí el rostro bajo el agua, intentando calmarme.

Sus palabras eran las mismas que yo habría dicho hace años. Frías. Vacías.

El sonido de la música y las risas retumbaba entre las paredes del local, aunque todo eso desapareció al verla. Aless estaba junto a Massimo con una sonrisa radiante. Pero lo que me hizo apretar los puños fue el movimiento siguiente: ella se inclinó y lo besó.

No fue un beso casual ni tímido; fue deliberado, diseñado para llamar la atención de todos en la sala. Funcionó. El murmullo bajó y las miradas se clavaron en ellos. Massimo, inicialmente sorprendido —se notaba por cómo sus hombros se tensaron—, terminó correspondiéndole.

Sentí una ráfaga de calor en la nuca, un cóctel explosivo de ira que se agitaba con fuerza dentro de mí. Mi mirada se cruzó con la de Vito, que hasta entonces disfrutaba en el *jacuzzi* junto a la piscina de olas donde chapoteaba la mayoría de los invitados. Su expresión se desmoronó, como si Aless le hubiera arrancado una ilusión de raíz. Sin embargo, de alguna forma, logró componer una sonrisa, pequeña y cómplice, un gesto de apoyo que apenas alivió mi propia rabia.

No iba a quedarme para ser parte del espectáculo. Esto se había acabado. Me giré con firmeza y salí del local.

Tomasso me vio y, como siempre, profesional y atento, abrió la puerta trasera del coche. Pero, justo cuando iba a entrar, una mano firme me agarró del brazo.

—Marco, espera.

Me di la vuelta y ahí estaba Allegra, con la respiración entrecortada y sus ojos destilando ¿preocupación?, ¿reproche?, ¿o ambas cosas?

Y, maldita sea, no estaba seguro de querer escuchar lo que fuera a decir.

—Déjame ir contigo. Necesitas a una amiga.

—No. Lo que necesito es estar solo.

—Me necesitas a mí —insistió, dando un paso más.

—¿Para qué? ¿Para que terminemos lo que empezamos la última vez? —espeté, elevando un poco la voz.

—¿Y qué problema hay, Marco? ¡Somos dos personas solteras!

—¿Te estás escuchando? —le recriminé con rabia—. ¡Joder! Eres mi terapeuta, mi amiga…, ¡ni siquiera sé qué eres ya!

—Puedo ser todo lo que necesites —respondió en un susurro, antes de ponerse de puntillas al estar descalza y besarme.

Aquel gesto me tomó por sorpresa, un momento de desconcierto que apenas duró un segundo. La tomé por los hombros y la aparté con brusquedad.

—He dicho que quiero estar solo, Allegra. Solo. Y te voy a pedir que no sigas por este camino, porque si lo haces… voy a tener que alejarme de ti.

—¡Me necesitas! —Su voz me alcanzó justo antes de cerrar la puerta del coche tras de mí—. Ella te va a destrozar otra vez, Marco, y cuando lo haga, yo estaré aquí para recoger tus pedazos.

CAPÍTULO 16

Darei qualsiasi cosa per farti sorridere. Il tuo sorriso mi illumina dentro.
Daría cualquier cosa por hacerte sonreír. Tu sonrisa me ilumina por dentro.

El día había comenzado con un giro inesperado. Apenas había abierto los ojos cuando Nico irrumpió en mi habitación saltando como un loco sobre mi cama. Por un segundo, pensé que estaba borracho, que la fiesta de la noche anterior se había ido de control y que ni él ni Vito habían regresado por puro desmadre. Pero, no, lo que soltó en un tumulto de palabras me dejó atónito: ¡Emma y él habían decidido casarse esa misma mañana!

A las nueve de la mañana. Sin avisos ni preparativos. Una locura total.

Mi abuelo, como siempre, obró su magia. Habló con un amigo juez que, por hacerle el favor, accedió a oficiar la ceremonia en un juzgado. Y ahora estábamos aquí, en un aparcamiento frente al edificio, con Nico nervioso como si estuviera a punto de cometer un delito y no de casarse con la mujer de su vida. La última vez que estuve aquí con un traje y un testigo al lado, era yo el que estaba en sus zapatos. Ahora todo era diferente.

Cuando entramos en la sala, vi a mi abuelo conversando animadamente con el juez. Emma estaba radiante, con el rostro iluminado por la felicidad. Iba sencilla pero preciosa, como siempre. Y después estaba Aless que, para mi sorpresa, había decidido vestirse acorde al evento. Al menos esta vez nos ahorraba el drama de ponerse algo que atrajera todas las miradas. No pude evitar un suspiro de alivio al confirmar que no traía a su «guardaespaldas» personal.

Nos dirigimos hacia nuestro lugar junto a Nico, mientras mi abuelo tomaba a Emma del brazo y la llevaba hacia él. Emma no dejaba de sonreír. Esa sonrisa suya lo decía todo: estaba haciendo lo que deseaba, uniéndose a la persona que amaba. Nico la recibió con un beso en la frente y mi abuelo se retiró para tomar asiento.

La ceremonia comenzó, aunque mi mente estaba en todas partes menos en la boda. Aquel lugar estaba cargado de recuerdos. Todo me llevó inevitablemente al inicio de mi propia historia con Aless.

Y ahí estaba ella, justo a mi lado. Nuestras manos, como si tuvieran vida propia, se rozaron. Fue un roce ligero, casi accidental, pero suficiente para que ambos desviáramos la mirada y nuestras pupilas se cruzaran. Sus ojos brillaban, no por el reflejo de las luces del juzgado, sino por el agua que comenzaba a acumularse en ellos. Estaba a punto de llorar.

Con un gesto casi automático, mis dedos buscaron los suyos y, para mi sorpresa, no los apartó. Al contrario, los entrelazó con los míos. Mientras mi pulgar acariciaba con suavidad la lágrima que se escapaba por su mejilla, solamente pude pensar en si pudiera retroceder a ese instante y borrar todo lo que nos separó para empezar de nuevo. Aunque era imposible. El pasado no podía borrarse. Y eso dolía.

El juez nos llamó por nuestros nombres, rompiendo el momento. Ambos cortamos la conexión, soltamos nuestras manos y dimos un paso al frente para firmar como testigos. Noté la mirada de Emma y Nico, cargada de complicidad y diversión. Les sonreí como si nada, pero mi pecho estaba en llamas.

Después de las felicitaciones, me acerqué a ellos para despedirme. No estaba de humor para celebraciones, y mucho menos para enfrentarme a las miradas que Aless y yo intercambiábamos cuando pensábamos que nadie estaba mirando.

—Chicos, os deseo lo mejor. Aunque estoy seguro de que seréis muy felices juntos, no conozco a dos personas más compatibles que vosotros —declaré con sinceridad, Nico y Emma me miraban con esa felicidad contagiosa que solo tienen los recién casados.

—¿No vienes a la mansión? —intervino mi abuelo, siempre buscando alargar las celebraciones—. Podríamos tomar algo allí para

brindar como es debido.

—No, el *jet* me está esperando. He decidido irme a Suiza y aprovechar el viaje que adquirí en la subasta. Me vendrá bien desconectar un poco.

Mi abuelo alzó las cejas, siempre el estratega.

—Me parece una gran idea. Si no recuerdo mal, ese viaje era para cuatro personas. ¿Por qué no te llevas a los novios contigo? —propuso, volviéndose hacia Nico y Emma con una sonrisa astuta—. ¿Tenéis algo organizado?

—¿Organizado? Ni siquiera pedimos días libres en la empresa. Además, tenemos que pensar cómo decírselo a nuestros padres. Mi madre va a montar un espectáculo. ¡Su único hijo casándose en secreto! Será el escándalo del año. Seguro que me deshereda —bromeó, aunque conociéndolos, no tanto.

—Y los míos serán aún peor. Ya sabes, Nico. A mis padres no les gusta ni verte de lejos. Me han dejado bien claro que tenía que elegir entre ellos y tú…, y elegí a mi marido.

—Por mí no hay problema —interrumpí—. Mientras no me molestéis, no os molestaré.

Todo iba bien hasta que mi abuelo, con su típico don para meter el dedo en la llaga, añadió:

—¿Y tú, Alessandra? ¿Por qué no los acompañas también?

El ambiente se tensó de inmediato. Aless abrió la boca, aunque parecía no encontrar una respuesta adecuada.

—No puedo, Giovanni —dijo finalmente, esquivando mi mirada—. Tengo mucho trabajo con lo de Giordano.

—Tonterías. El trabajo puede esperar —replicó mi abuelo, encogiéndose de hombros—. Es más importante que Marco y tú liméis asperezas. Nadie dice que tengáis que ser amigos, pero al menos intentad llevaros como personas civilizadas. Siempre que estáis juntos, el ambiente se vuelve insoportable. Hacedlo por mí.

Mi paciencia estaba al límite, sin embargo, antes de que pudiera decir algo, Emma intervino:

—Venga, Aless. Además, serás la excusa perfecta para mis padres.

—Y también tenéis que arreglar lo de Vito —añadió Nico con tono serio, Aless y yo nos mirábamos confusos—. Vuestros deslices le han hecho daño. Marco, por insistir en mantener cerca a Luca; y tú, Aless, por besar en plena fiesta a Massimo, la nueva ilusión de Vito.

—¿Besaste a Massimo? —la interpeló mi abuelo con incredulidad —. ¿Tienes algo con él?

—¡No, Giovanni! —respondió ella, en un tono nervioso—. Ese beso fue… fue…

—Para joderme después de que folláramos en el baño.

—¡¡¿Qué?!! —exclamaron los tres al unísono como si hubiera soltado una bomba.

Aless se giró hacia mí, furiosa.

—¡No tenías derecho a decir eso!

—¿Derecho? ¡Tú eres la última persona que puede hablar de derechos! Cada vez que vas a una fiesta, consigues atraer problemas. ¡Siempre estás jugando con fuego!

—¡Me tenéis agotado! —gruñó mi abuelo—. Si sois capaces de encerraros en un servicio en plena fiesta para… lo que sea que hacíais, también podéis compartir este viaje y comportaros como adultos. O me veré obligado a pensar que solo sabéis actuar como animales en celo.

—¡Abuelo!

—¡Giovanni! —exclamó Aless conmigo, escandalizada.

—Nada de «abuelo» ni de «Giovanni». Alessandra, irás, y no se hable más. Y, además, arreglad el problema con Vito.

—No te preocupes, Alessandra. El complejo turístico es lo suficientemente grande como para que ni siquiera tengamos que cruzarnos.

Mi abuelo, impasible, nos miró a ambos como si fuéramos dos niños pequeños.

—Hasta que habléis y resolváis esto, olvidaos de regresar.

* * *

El día había transcurrido sorprendentemente tranquilo, como si el aire frío de St. Moritz hubieran logrado que Aless y yo dejáramos a un lado nuestras constantes diferencias. Después de instalarnos en las lujosas habitaciones del Badrutt's Palace, nos reunimos los cuatro para comer. El ambiente era relajado, incluso agradable, algo que no había sentido con Aless en mucho tiempo. Por una vez, el hacha de guerra había quedado guardada, al menos por un rato, en honor a nuestros amigos.

Tras el almuerzo, decidimos explorar. Terminamos en una pequeña competición de *bobsleigh*, probablemente los equipos que entrenaban para los próximos Juegos Olímpicos. Verlos descender a esa velocidad era impresionante, pero no tardamos en aburrirnos de estar simplemente plantados allí. Si queríamos disfrutar de la nieve, era momento de ponernos en marcha.

Emma y Aless, emocionadas por descubrir más del lugar, decidieron dirigirse al famoso lago helado, donde se celebraban partidos de polo, críquet y hasta carreras hípicas sobre el hielo. Habían escuchado que había una pista de patinaje y querían probarla. Mientras que Nico y yo teníamos otros planes: aprovecharíamos para hacer *snowboard* en Corviglia, uno de los mejores puntos de la región.

Nos equipamos rápidamente y comenzamos a descender por las pistas. Al principio todo iba bien, hasta que, como de costumbre, Nico se quedó atrás. Sabía que su resistencia con los esquís era bastante decente, pero con la tabla de *snowboard* no tanto. Pensé que se habría cansado y optado por parar en algún punto del camino. No me preocupé demasiado; en ese momento, estaba disfrutando de algo que hacía mucho no sentía: libertad.

La velocidad, el viento cortándome el rostro, el sonido de la tabla deslizándose sobre la nieve… Todo era pura adrenalina. Me sentía invencible, como si por unos minutos nada más importara. Decidí que durante esos días aprovecharía para probar también el esquí de fondo; las pistas allí estaban sumamente cuidadas y podía ser una oportunidad para cambiar de ritmo.

El sol empezaba a bajar. Sabía que debía terminar mi descenso antes de que la luz se desvaneciera del todo. Fue en ese instante

cuando algo captó mi atención.

Unos metros más abajo, alguien estaba obstaculizando la pista. No podía dejar de mirar. Era un desastre absoluto: tropezaba, se tambaleaba, y cada dos por tres terminaba en el suelo. Las quejas de los esquiadores a su alrededor eran casi cómicas. «¡Esta pista no es para principiantes!», gritaba uno.

Cuando me acerqué un poco más, mi curiosidad se transformó en incredulidad. Era Aless.

«¿Qué está haciendo aquí?», pensé mientras hacía un *sliding* para detenerme cerca de ella.

Al verme, sacó apresuradamente sus gafas, como si necesitara comprobar que realmente era yo. En cuanto nuestros ojos se encontraron, su rostro se iluminó.

—¡Marco! —exclamó, levantando una mano en un gesto que pedía ayuda a gritos.

Intenté no reír, sin embargo, la situación era demasiado absurda. Alessandra, siempre tan segura de sí misma, estaba completamente fuera de lugar en una pista negra. Me acerqué, sacudiendo la cabeza con una sonrisa socarrona.

—¿Quieres decirme a qué estás jugando? —pregunté mientras ella intentaba levantarse, torpemente.

—¡No es gracioso! —bufó, con las mejillas encendidas por el frío y, probablemente, por la vergüenza—. Emma dijo que podía probar aquí… ¡No sabía que iba a ser un campo de batalla!

No pude contenerme y solté una carcajada. Era imposible no encontrar divertida la situación.

—Vamos, principiante. Salgamos de aquí antes de que provoques un accidente.

Extendí mi mano y, aunque dudó por un momento, finalmente la tomó. Mientras la ayudaba a estabilizarse, pensé que había algo extrañamente entrañable en verla así de frágil.

Ayudando a Aless a descender por la pista, me quedó claro que eso no iba a ser sencillo. Cada pocos metros, volvía a caerse, perdiendo el equilibrio de formas que ni siquiera sabía que eran posibles. Mi primer instinto fue reírme, claro, aunque rápidamente me tragué las carcajadas.

—¿Te estás divirtiendo? —gruñó, cuando intentaba levantarse por enésima vez.

—Yo no diría «divertirme», pero hay que admitir que eres toda una atracción aquí arriba.

Ella me lanzó una mirada que podría haberme fulminado. Tuve que morderme el labio para no reírme más fuerte.

Seguimos avanzando, poco a poco, con más tropiezos y caídas que otra cosa. Y cuando ya estábamos casi tocando la zona segura, Aless, emocionada al creer que lo había logrado, perdió de nuevo el equilibrio. Esta vez, en su torpeza, logró arrastrarme con ella.

Caímos juntos en la nieve, rodando un par de metros. Por un momento, me quedé mirando al cielo, molesto. Aquella caída no solo era ridícula, sino completamente innecesaria. Era de esas que ni siquiera un principiante debería sufrir en ese punto. Pero entonces escuché algo que no esperaba: Aless riéndose.

Se carcajeaba de tal forma que, al mirarla, no pude evitar contagiarme. Pronto ambos nos estábamos descojonando, como dos idiotas tirados en la nieve.

—Esto… esto es ridículo —logró decir ella entre risas, mientras intentaba quitarse nieve de la cara.

—No, no. Ridículo es intentar esquiar en una pista negra cuando eres un desastre —le aclaré, lanzándole un pequeño puñado de nieve.

—¡Oh, te vas a arrepentir! —chilló, antes de devolverme otro directo al cuello.

Y ahí comenzó la guerra. Entre risas, gritos y nieve volando por todas partes, terminamos como un par de albóndigas rebozadas en hielo. Aless no tardó en colar un buen montón bajo mi chaqueta, y yo, como venganza, le devolví el favor metiéndole nieve helada por la espalda.

Cuando finalmente nos calmamos, ambos nos dejamos caer en la nieve, exhaustos y temblando de frío, aunque con sonrisas en el rostro. Por un instante, olvidamos todo lo que nos separaba, dejando solo la diversión del momento.

—Sabes, no eres tan insoportable cuando no estás intentando fastidiarme la vida —comenté, mirando al cielo.

—Y tú no eres tan insufrible cuando no estás actuando como un idiota —respondió ella, todavía con una sonrisa.

Nos quedamos así unos minutos más, hasta que el frío empezó a calarnos los huesos. Decidimos que era hora de volver, aunque antes hicimos una parada en una pequeña cafetería que estaba junto a las pistas.

El lugar era acogedor, con una enorme chimenea de piedra en el centro y el mejor chocolate caliente de la zona. Pedimos dos tazas humeantes y nos sentamos frente al fuego, dejando que el calor nos devolviera la sensibilidad a los dedos.

Seguimos bromeando, hablando de todo y nada a la vez. Era extraño, pero en ese momento todo era fácil, sin las tensiones habituales que parecían definir nuestra relación. Por primera vez en mucho tiempo, éramos simplemente Marco y Aless, dos personas compartiendo un momento genuino, casi como si el pasado no existiera.

Cuando llegamos a la puerta de su habitación, ambos nos detuvimos, un poco titubeantes. Me fijé en que tenía un leve rastro de chocolate en la comisura de sus labios. Sonreí involuntariamente.

—¿Qué? —Frunció el ceño al notar mi expresión.

—¿Puedo? —Señalé con un gesto sutil hacia su rostro.

Sin esperar su respuesta, llevé mi pulgar a su labio y limpié el chocolate. El roce fue breve, casi casual, sin embargo, ella bajó la mirada, algo tímida, y murmuró un suave gracias.

—Date una ducha. Y, si mañana te animas a esquiar otra vez, contrata un monitor y quédate en una pista verde. Créeme, los remontes están diseñados para novatos como tú.

—No volveré a pisar una pista en mi vida. Me duele cada músculo del cuerpo y no quiero ni imaginar cómo estaré mañana. —Hizo una pausa dramática y añadió—: Mi único contacto con la nieve será para hacer un muñeco.

Solté una carcajada. Esa era la mujer que recordaba, con su humor rápido y su capacidad para hacerme reír incluso cuando menos lo esperaba.

—Voy a meterme debajo del agua caliente hasta que se me adormezca todo el cuerpo —continuó mientras abría la puerta de su

habitación. Se giró para mirarme por última vez con una chispa juguetona en su expresión—. Buenas noches y gracias por socorrerme…, aunque, claro, podría haberlo hecho sola. Tardaría un poco más en llegar abajo, pero habría llegado. Bueno…, rodando no habría tardado tanto.

La carcajada me salió sin control. Había algo en verla tan relajada, tan auténtica, que me golpeó de lleno. En ese instante, supe exactamente lo que tenía que hacer.

—Aless, espera.

Ella se detuvo y me miró, expectante. Fue ahí cuando me di cuenta de que por primera vez desde que había llegado, no la había llamado Alessandra.

—He tomado una decisión —confesé, y me tomé un segundo para respirar antes de continuar—. Espero no arrepentirme de esto.

—No te comprendo, ¿a qué te refieres?

—Voy a ayudarte con esto…, con esta locura de averiguar quién atropelló a Andrea.

Vi cómo sus ojos se iluminaban y esa sonrisa que tanto me gustaba apareció nuevamente.

—Pero hay una condición —agregué, levantando un dedo para enfatizarlo—. No quiero más secretos entre nosotros. Antes de hacer algo, avísame.

—Gracias, Marco. No te dejaré al margen, te lo prometo. Y tienes razón: ambos debemos ser sinceros. Así que… ¿qué te parece esto? —Hizo una pausa, mirándome a los ojos—. Ve, dúchate y cámbiate. Quedemos aquí en mi cuarto para cenar. Pediré algo para picar y hablaremos de todo, sin reservas.

—¿Estás segura?

—Sí, Marco. Hasta esos secretos que nos lastimaron tanto tienen que morir aquí.

Asentí lentamente, sintiendo que esta vez realmente podríamos hacer las cosas bien.

—Muy bien, hagámoslo así. Te veo en un rato.

A medida que caminaba por el pasillo, no podía dejar de pensar en lo surrealista que era la situación. Tal vez, solo tal vez, ese viaje sería el comienzo de algo distinto para ambos.

CAPÍTULO 17

La verità ci renderà liberi.
La verdad nos hará libres.

Aless se acercó a mí con un café humeante, el vapor formaba remolinos que se desvanecían en el aire mientras avanzaba. Lo recibí con cuidado, dejando que el calor me reconfortara entre las manos, mientras ella se dejaba caer con naturalidad junto a mí en el suelo, rodeada de cojines que cubrían casi todo el espacio.

Nos acomodamos frente a la estufa de leña eléctrica. Aless dobló las piernas bajo su cuerpo, sentándose con la misma facilidad que alguien que se prepara para una clase de yoga. De pronto, hizo un gesto divertido, frunciendo la nariz y apretando los labios al quemarse con el primer sorbo del café. Solté una ligera carcajada, pero ella solo me lanzó una mirada de fingida advertencia antes de soplar sobre el líquido.

Era imposible no mirarla. Estaba preciosa. Había recogido su pelo en un moño desordenado y algunos mechones sueltos le caían por el rostro. Llevaba una sudadera grande que le hacía de vestido, acompañada por unos calcetines altos de lana que casi cubrían sus piernas delgadas.

Me hizo sonreír al recordar detalles que creía olvidados, como la forma en que siempre tenía los pies helados. En las noches de invierno, cuando dormíamos juntos, solía enredarlos en mis piernas buscando calor y, aunque yo me quejara, al final era algo que nunca dejé de disfrutar.

Ella levantó la vista de repente y alzó una ceja inquisitiva, como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

—¿Qué? —inquirió, con ese tono mitad divertido, mitad desconfiado que tanto la caracterizaba.

—Nada —respondí, intentando disimular mientras tomaba un sorbo de mi café para no dejar que la sonrisa en mis labios fuera tan obvia.

—Ajá, claro —arrastró la última palabra con escepticismo, antes de volver a soplar su bebida.

—Estaba pensando en tus calcetines. Me imagino que el tema de la temperatura en tus pies no ha cambiado, ¿verdad?

—Marco, hay cosas que nunca cambian. Mis pies seguirán siendo un par de témpanos de hielo.

—Y otras sí cambian —añadí, observándola de arriba abajo—. Como, por ejemplo, tu pelo. Tu larga melena rizada ha desaparecido.

—Los rizos siguen estando ahí. A veces solo es maquillaje lo que cubre la realidad.

—Ven —solicité, acercándome y tirando suavemente de su brazo para traerla más cerca. Con cuidado, solté la goma que sujetaba su cabello—. No te escondas detrás de nada, Aless. Eres perfecta al natural, sin máscaras.

Ella alzó las cejas, sorprendida, antes de responder con un tono juguetón:

—¿Te recuerdo que cuando nos conocimos eras tú quien me decía que debía alisarme el pelo? Según tú, parecía una «salvaje».

Solté una carcajada, aunque el recuerdo me hizo sentir un poco avergonzado.

—Era un gilipollas.

—¿Y ahora ya no lo eres? —cuestionó, cruzándose de brazos y ladeando la cabeza.

—Un poco menos.

—Mmm…, eso no lo tengo tan claro. Creo que hay taras que vienen de serie. —Su tono sonó travieso—. Pero admito que otras cosas sí han cambiado, como tu estilo. Nunca te habría imaginado vestido con vaqueros, un jersey casual y botas urbanas. Y ni hablar de los tatuajes. ¡Ah! Y ahora resulta que también tocas la guitarra. ¿Qué pasa, señor Sforza? ¿Te estás rebelando contra el mundo?

—No, simplemente me estoy liberando de un disfraz que llevé durante demasiados años.

—Ya veo. Tu amiga Allegra tuvo un papel importante en esa transformación, ¿no? —Intentó sonar casual, sin embargo, había un deje de reproche en su tono.

—¿Allegra? —repetí con una ligera risa, negando con la cabeza—. No. La que me cambió fuiste tú. Desde el primer momento en que nuestros caminos se cruzaron.

Mis palabras se vieron acompañadas por un silencio. Nuestros ojos se encontraron; sentía cómo mi pecho se tensaba y cómo mi corazón latía con fuerza, aunque fue ella quien desvió la conversación, rompiendo el momento antes de que pudiera volverse demasiado intenso.

—¿Eras así de joven? ¿El típico chico guaperas y ligón del instituto?

Nunca habíamos tocado este tema. Mi pasado siempre había sido algo que prefería mantener oculto, un capítulo cerrado lleno de recuerdos que dolían demasiado. Pero quizá era momento de dejar salir algo de aquello. Tomé aire y decidí empezar por lo más sencillo, por lo anecdótico.

—Ahora que, según tú, debo ser un anciano —comencé, marcando el sarcasmo—, te diré que cuando era «joven» —enfatizando la palabra—, no era nada de eso. Era tímido, vergonzoso y un chico muy responsable…, aunque esa última parte sigue sin cambiar.

—¿Tímido? ¿Tú? Eso sí que no me lo esperaba.

—Sí, créelo. Tan responsable que incluso tuve una novia muy devota, tres de sus tíos eran sacerdotes. Para ella, el tema del sexo era cosa seria, así que decidimos esperar hasta nuestra graduación. Queríamos que fuera especial. Sin embargo…, esa noche ella se emborrachó, bailó sobre una mesa, se cayó y se rompió todos los dientes. Pasamos la noche que iba a ser «nuestra primera vez» en un hospital.

Aless no pudo contener la carcajada. Rio con tanta fuerza que tuvo que cubrirse la boca, mientras yo trataba de mantener la compostura.

—No puedo creerlo —logró decir entre risas—. ¡Marco Sforza, virgen al entrar a la universidad! Aunque supongo que… ¿lo solucionaste ese verano?

—¡Verano! —exclamé, fingiendo indignación—. Imposible. Esas vacaciones las pasé en un viaje familiar. Imagínate: mis padres; mis tíos; mi primo, Romeo, y mis abuelos. Fue tan agotador que, al terminarlas, mis padres y yo tuvimos que tomarnos unos días para recuperarnos de las vacaciones. Esas sí fueron geniales. Recorrimos Estados Unidos en caravana. Fue el mejor viaje de mi vida.

Mi voz se volvió más suave, casi nostálgica. Aless lo notó enseguida y cambió de tema, cautelosa.

—¿Quieres decir que yo perdí mi virginidad antes que tú? Eso sí que no me lo esperaba. Aunque después de eso, te diré que me quedé estancada. Solo he estado con dos hombres: Andrea y tú.

Sentí un alivio inexplicable al saber que Massimo no había estado con ella, al menos no aún.

—Yo, en cambio…, bueno, he estado con algunas más. —Bajé la mirada, inseguro de si debía confesarlo todo—. Aunque te puedo asegurar que mi primera vez fue todavía más patética que el primer intento.

—¿Más patética? Anda, cuenta, necesito oír esto.

—Cuando llegué a la universidad, me sentía fuera de lugar. Era tímido, como te relaté, y me concentré en estudiar. Por eso saqué tantas matrículas. Empecé en Medicina porque quería seguir los pasos de mi madre, sin embargo, descubrí que no soportaba la sangre. Cuando me enteré de que tenía prácticas con cadáveres, lo dejé. Así fue como terminé en Diseño, lo que realmente me gustaba.

Ella asintió, intrigada, pero esperó a que continuara.

—En Diseño conocí a un chico algo excéntrico. Un día me llevó a una fiesta con sus colegas. Yo no encajaba, y lo único que hicieron fue atiborrarme de alcohol y, por vergüenza, acepté un porro. Entre el alcohol y la hierba, acabé completamente fuera de combate.

Aless ya se estaba mordiendo el labio para no reírse antes de tiempo.

—Cuando desperté, estaba desnudo en una cama. A mi lado había alguien boca abajo, con una almohada cubriéndole la cabeza y

un brazo abrazándome con fuerza. No tenía ni idea de quién era. Aunque cuando vi el tamaño de su espalda, las alarmas saltaron.

—¡No puede ser! —exclamó Aless, sin poder aguantar la risa.

—Intenté mirar…, ya sabes, sus genitales, pero no pude distinguir nada. Así que hice lo único que se me ocurrió: huir.

—¿Y nunca descubriste qué pasó esa noche? —preguntó, estallando en carcajadas, con lágrimas en los ojos.

—Oh, sí lo descubrí. Unos días después, conocí a una chica en la cafetería de la universidad. Planeaba invitarla a salir, cuando fui a buscarla, la vi besándose con otra chica.

—¡Vaya ojo tienes, Marco! —Soltó otra risotada.

—Aguarda, que no acaba ahí. Mientras huía, choqué con una joven americana que me reconoció al instante. Y justo ahí supe que había sido ella quien estuvo conmigo esa noche. Jugaba al *rugby*, y entonces me cuadró el tamaño de su espalda.

—¿Y saliste con ella? —Se inclinó hacia adelante, riendo como si no hubiera un mañana.

—Sí. Y aunque no recordaba nuestra primera vez, las demás fueron… interesantes. Siempre que íbamos a hacerlo, se subía a horcajadas y empezaba a cantar la «haka» mientras golpeaba su pecho. Te juro que era imposible concentrarse.

—Esto tiene que ser una broma —dudó Aless, todavía riendo.

—Ojalá lo fuera. Pero no, es la verdad. Te estoy contando esto para que veas que no siempre fui el tipo que ves ahora.

Su risa se fue apagando poco a poco.

—Sigue contándome, Marco. Quiero conocer más.

Sentí un nudo en el estómago. Sabía que lo próximo sería más difícil de compartir.

—Te gusta meter el dedo en la llaga, ¿eh?

—Me gusta conocer la persona que fuiste para entender mejor quién eres ahora.

—Pues prepárate, porque lo que viene no es tan divertido. Ahora vamos a hablar de mi dolor.

—Marco, siento como si te estuviera obligando a revelarme algo que no quieres. Y créeme, eso es lo último que deseo.

—No es eso. Es que esto no es fácil para mí. Sobre todo, porque el día que intenté explicártelo, huiste. Y, sinceramente, no sé si estás lista para lo que viene.

—¿Lista? Marco, tu secreto salió a la luz en el peor momento, justo cuando acababa de perder a Andrea. Quizá no esté preparada para saber lo que pasó entre mi madre y tú. Quizá nunca lo estaré. Pero sé que tengo que afrontarlo porque esta rabia que siento…, esa imagen de vosotros juntos, haciendo lo que hacías conmigo, es insoportable.

—Aless, lo que sentí contigo no lo he vivido con nadie más. No importa cuántas mujeres hayan pasado por mi vida. Tú… De ti me enamoré.

—Marco, no sigas por ahí. No estoy preparada para hablar de lo que fuimos.

—Odio esa palabra, fuimos. Suena a algo acabado, a un final sin retorno.

—Marco, por favor… —Su voz era una súplica. Tragué saliva, dejando que el silencio se interpusiera entre nosotros por un instante antes de continuar con la historia que había guardado bajo llave durante tanto tiempo.

—Como te confesé antes, al principio me costó adaptarme a la universidad. Pero cuando finalmente lo hice, me sentí libre. Por primera vez, era dueño de mi vida: tenía amigos, salía de fiesta, hacía lo que quería. Estaba lejos de la sombra de mi familia y su control constante. Sin embargo, las cosas cambiaron aquel verano, al final de mi segundo año.

—¿Qué pasó?

—Volví a casa y noté algo extraño en mi madre. Vomitaba, la comida no le sentaba bien, estaba siempre cansada. Al principio pensé que estaba embarazada, que iba a tener un hermano de rebote. Cuando se lo solté, ellos apenas reaccionaron. Más tarde entendí que no era una posibilidad. Después de mi parto, las complicaciones hicieron imposible que tuviera más hijos.

—¿Y no te dijeron nada en ese momento?

—No. Mi madre ya sabía que estaba enferma, que era grave, pero no querían preocuparme. Ella necesitaba que la recordara sonriente,

fuerte, como siempre había sido. No deseaba que la viera apagarse… Igual que tu padre contigo, Aless. —La miré, sabiendo que tocar ese punto sería delicado—. Por eso, cuando él me pidió que no te contara nada, lo entendí. Me recordó a mi madre.

—Por eso lo aceptaste. Pasaste por algo similar y pudiste justificarlo. Aunque, Marco, eso no quita el dolor.

—Lo sé. Créeme que lo sé. Yo también me enfadé con mi padre, con mis abuelos. Los culpé a ellos como tú me culpaste a mí. Con el tiempo entendí que solo intentaban protegerme. Querían que guardara un último recuerdo bonito, sin el peso de la enfermedad. Eso mismo quise para ti.

—No fue así. Mi padre murió de la peor manera…, y por culpa de Simona. —Hizo una pausa, con los ojos ardiendo de rabia—. Sin embargo, ahora eso ya no importa. Dime, ¿cómo te enteraste de lo de tu madre?

—Al final no tuvieron otra opción. Mi madre tenía que trasladarse a Estados Unidos para un tratamiento experimental. Me enfadé muchísimo con todos, pero dejé de lado ese rencor. Decidí mudarme con ella, acompañarla. Mi padre también estaría con nosotros, aunque seguiría viajando a Milán por trabajo.

—¿Dejaste la universidad aquí?

—Sí, mi abuelo encontró una solución. Me buscó una universidad en Los Ángeles donde pudiera continuar mis estudios.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Bastante, de hecho me gradué en esa ciudad. Al principio, el tratamiento parecía funcionar. Teníamos esperanza. Pensábamos que iba a salir bien. Justo cuando planeábamos volver a Italia, los análisis mostraron algo terrible. Intentaron un nuevo tratamiento, pero ya no fue eficaz.

—Y tú, en medio de todo eso…

—En medio de todo, llegó mi graduación. No quería asistir, pero mi madre insistió. Cuando recibí el título, no solo estaba mi padre, sino también mi abuelo. Mi abuela, en cambio, no pudo acudir; su enfermedad ya no le permitiría reconocernos. Para él, ver cómo el amor de su vida lo miraba como a un desconocido fue devastador. Aunque mi madre…

—¿Tu madre?

—Estaba allí. Sentada, aplaudiendo con toda la fuerza que tenía. Nunca olvidaré ese momento. Aless, ese es el poder del amor. Mover montañas incluso cuando parece que ya no hay fuerzas.

—¡Joder, Marco! —exclamó limpiándose las lágrimas del rostro, sus ojos estaban enrojecidos y la voz, temblorosa.

—Llevas rato llorando, ¿verdad? Y yo tan metido en mi historia que no me di cuenta.

—Sigue. Quiero saber más.

—Lo que viene será aún más difícil de contar. Cuando toda esperanza se esfumó, mi madre pidió regresar a Italia. Deseaba estar rodeada de su mundo, de todo lo que amaba, cuando la muerte llegara. Fue un golpe durísimo para los tres. Mi padre no soportaba verla apagarse, sentir cómo esa maldita realidad se convertía en una cuenta atrás. Se refugió en el trabajo para no enloquecer y yo, en cambio, me quedé a su lado. Durante un año y ocho meses, aparqué mi vida y me dediqué por completo a ella, a acompañarla hasta el final. Créeme, Aless, nunca lo vi como un sacrificio. Sabía que el tiempo se agotaba y no quería estar lejos de ella. Era lo único que deseaba.

»Fue muy duro fingir que estaba bien. Mostraba un optimismo y una alegría que no sentía. Pero por las noches… lloraba, solo, en la oscuridad de mi cuarto. Me sentía atrapado en un pozo sin fondo. Sin abrazos, sin desahogo, solo la tristeza y el dolor me hacían compañía.

—Te entiendo, Marco. Muchas veces me sentí igual —me apoyó con la voz temblorosa, bajando la mirada—. Creí que no podría soportarlo y me preguntaba por qué a mí. ¿Cuánto más podía aguantar?

—En los últimos meses, mi madre dejó de moverse. Ya no podía ocuparme de ella solo, aunque tampoco quería cargar al personal de la casa con tareas que no les correspondían. En aquel momento apareció Simona. Su llegada fue como aire fresco. Ayudaba con sus cuidados, pero también se convirtió en una especie de psicóloga para mi padre y para mí. Gracias a sus charlas, logró que él pasara más tiempo en casa, acompañando a mi madre.

—Increíble. —Aless dejó escapar una risa sarcástica—. Abandona a su propia hija y su marido para ocuparse del bienestar de otra familia. Dime, Marco, ¿cómo acabaste involucrándote con ella? ¿Fue por pasar tanto tiempo juntos? ¿Despertó algo en ti?

—No, todo empezó… —Suspiré profundamente, sabiendo que lo que diría a continuación avivaría el fuego—. Todo comenzó cuando una noche, llorando en mi cuarto, ella entró sin decir palabra. Se sentó a mi lado y me abrazó. Ese simple gesto me desarmó por completo. Cuando me calmé, se levantó y se fue sin decir nada.

Aless me miró incrédula, sin embargo, no añadió nada.

—Dos noches más tarde, otra de mis pesadillas la alarmó. Siempre era la misma: ver cómo el ataúd de mi madre era metido en un nicho mientras yo rogaba que se detuvieran. Cuando notó que no podía descansar, me sugirió algo inesperado.

—¿Qué te propuso?

—Que probara a fumar hierba. Al principio me ofendí, pero esa noche dejó un porro sobre mi mesa y se fue. La siguiente vez que tuve una pesadilla, lo encendí. No voy a mentirte, Aless, me ayudó. Me relajaba y, por primera vez en meses, pude dormir.

—¡Maravilloso! —exclamó con sarcasmo—. Esa mujer no tiene límites. Ve a alguien destrozado y lo primero que se le ocurre es darle droga.

—Eso no fue todo. Mi padre lo descubrió y me amenazó con echarme de casa, alejarme de mi madre si seguía consumiendo hierba. No iba a permitir que, en sus últimos días, ella se sintiera culpable por lo que su hijo estaba haciendo.

—¿Por qué no delataste a Simona?

—Porque creí que me estaba ayudando. Sin embargo, pronto volví a caer en la ansiedad. Y ella…

—¿Qué hizo?

—Me dio MDMA.

Aless llevó una mano a su boca.

—¿MDMA?

—Sí. Esa droga me transportaba a un estado de euforia, de falsa energía. Pero también incrementó mi deseo sexual y me llevó a alcanzar un nivel de placer que hasta ese tiempo nunca había

experimentado. Fue justo ahí cuando comenzamos a follar cada vez que consumíamos juntos.

—¡Oh, Dios mío! Esto es demasiado. —Se levantó y comenzó a caminar en círculos—. Marco, es terrible.

—Lo sé, Aless, lo sé…

—¡Sigue! —gritó de golpe, girándose hacia mí—. No te detengas, porque si lo haces, no sé si tendré fuerzas para escucharte otra vez.

—El MDMA me condujo a un estado lamentable. La irritabilidad, la efusividad… Un día, en un episodio de paranoia, asusté a mi madre con las estupideces que decía. Ella lo notó. Era médico, después de todo. Con la voz firme, me pidió que dejara lo que fuera que estaba consumiendo. Que, si quería verla morir en paz, tenía que detenerme.

—Fue como un golpe en el alma. Esa noche lloré en su regazo, dejando salir todo mi dolor.

—Continúa —solicitó ella, sujetándome con fuerza—. No te guardes nada.

—Simona volvió esa noche, y las siguientes, aunque yo no iba a continuar con aquello. La eché. La amenacé con contar todo lo ocurrido y me trasladé a la habitación de mi madre. Mi padre siempre llegaba tarde y, cuando dormía, lo hacía en la sala. Además, en sus últimos días, a causa de la enfermedad ya no podía estar sola. Se caía de la cama, estaba inquieta por las noches y no quería que fuera Simona quien la cuidara. Así que ella aprovechó para acercarse a mi padre. Algunas veces, al ir a la cocina a por agua, los veía juntos en la sala, bebiendo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Aless, apretando los puños—. ¡Es que no tiene límites!

—Una mañana, cuando entré en mi cuarto, vi el MDMA sobre la mesita de noche. Levanté la vista y ahí estaba ella, recién salida de la ducha, solo cubierta por una bata. Estaba furioso. De un manotazo lo tiré al suelo. Se desparramó por todo el cuarto. Cuando la saqué al pasillo, me lanzó una pregunta absurda: «¿No estarás celoso de verme con tu padre?». Se estaba acercando a él para intentar darme celos, ya que según ella me amaba.

Aless cerró los ojos y respiró hondo, como si intentara procesar todo aquello.

—La rechacé. Le aseguré que hablaría con mi padre para que prescindiera de sus servicios. Fue en ese momento cuando escuché la voz de mi madre desde el otro lado del cuarto. Lo había oído todo.

—¿Todo? —repitió, abriendo los ojos de golpe.

—Todo. —Asentí con tristeza—. Mi madre supo en ese momento lo que había sucedido a sus espaldas. Sacó fuerzas de donde no tenía y la despidió. Y en ese instante fue cuando Simona lanzó su última bomba: le confesó que estaba embarazada y que iba a ser abuela.

—¡Nooo! Mi madre y tú… —Aless se llevó las manos al rostro, apartándose de mí.

—Por favor, escucha hasta el final. Mi madre me obligó a llamar a mi padre. Él no respondía y me ordenó que fuera a buscarlo. No quería ir, pero no me dio alternativa. Simona iba a tener que dar muchas explicaciones.

Tomé aire antes de continuar.

—Cuando regresé con mi padre, mi madre ya estaba muerta. Supuestamente se había administrado una dosis excesiva de calmante.

—¿Y qué dijo mi madre? —preguntó con un hilo de voz.

—Que seguramente nos echó para reunir el valor de quitarse la vida sin que nadie pudiera impedírselo.

—Aunque tú no crees eso.

—No. Mi madre no haría algo así, Aless. No con todo lo que estaba pasando. Ella no se arrebataría la vida sabiendo que nos dejaría solos en medio de ese caos. Creo que fue Simona quien la mató. No tengo pruebas, pero piensa en esto: si mi madre hablaba con mi padre, si decidían tomar medidas, ella estaría en serios problemas.

—Marco, no entiendo… ¿Por qué la cubriste? ¿Fue por el hijo que esperaba?

—¡No! —Negué con fuerza—. Eso fue otra mentira para retenerme. Tiempo después, supe por mi padre que estaba operada, que no podía tener hijos.

—Entonces, ¿por qué callaste?

—Porque estaba destrozado. Porque Simona me convenció de que contar la verdad solo destruiría más a mi familia. Me hizo creer que, si hablaba, todos pensarían que yo había sido el responsable de la muerte de mi madre. Y no podía con esa culpa. Me avergonzaba demasiado.

—¡Qué asco siento de tener una madre así! Se aprovechó de tu dolor, de tu fragilidad. Marco, debiste decírselo a alguien. A Domenico, a Giovanni…

—Lo intenté. Cuando descubrí que mi padre se estaba viendo a escondidas con Simona, hablé con él.

—¿Me estás diciendo que estaba contigo y con tu padre al mismo tiempo?

—No. Hubo un momento en el que lo creí, pero me equivoqué. Con el tiempo, él me lo aclaró.

—¿Qué pasó entonces?

—Le pedí que la dejara. Le dije que necesitábamos hablar, que se lo contaría todo, aunque ella ya lo tenía completamente bajo su control. Él no escuchaba. Estaba tan solo que Simona se convirtió en su salvavidas.

—¿Y tus sospechas sobre la muerte de tu madre?

—Le hablé de ellas. Me respondió que eran cosas de mi cabeza, fruto del duelo.

—¿Y entonces?

—Tuve que jugar mi última carta: le di a elegir entre ella y yo. Y la eligió a ella.

Aless se quedó en silencio, con los ojos vidriosos.

—Todavía hay algo que no sabes. Cuando te marchaste con Andrea, tras la muerte de Renzo, hablé con mi padre. Sentí que, por fin, estaba abriendo los ojos. Le narré lo mismo que a ti y nos reconciliamos. Me pidió perdón por no haber estado, por no cuidarme, y me aseguró que iba a dejar a Simona. Yo también me disculpé por mis errores, así volvimos a retomar la relación, como en el pasado.

—¿Y lo hizo?

—Sí. El día que Simona debía abandonar la casa, ella le pidió reunirse una última vez. Después, se subió a su coche. Íbamos a jugar un partido de tenis… y entonces ocurrió el supuesto accidente.

—¿El supuesto accidente? —Aless abrió los ojos con horror.

—Cuando recuperé el coche destrozado, supe que alguien lo había manipulado. Los frenos no respondían.

—¿Estás diciendo que…?

—Sí. Estoy seguro de que fue Simona para quedarse con su parte de la empresa. Aunque no pudo hacerlo sola.

—¿Crees que Dante es su cómplice?

—No lo sé. No confío en ninguno de los dos.

Un largo silencio se instaló en el cuarto. No sabía qué pensar, sin embargo, aquello no podía ser buena señal.

—Aless, dime algo, por favor. No te quedes callada. Entiendo que me odies, que me aborrezcas, pero este silencio me destruye.

—Marco, si estoy así… —hizo una pausa y respiró hondo, como si luchara contra sí misma— es porque me está costando digerir todo esto. Mi madre —continuó, con la voz temblorosa—, ya la odiaba por lo que me hizo, aunque ahora ese sentimiento ha crecido. Después de saber todo el daño que te causó, Marco, entiendo por lo que pasaste. No es fácil lidiar con un dolor tan grande. Y justo la única persona que reparó en ti fue ella, solo para hundirte aún más.

Sus palabras me desconcertaban, no terminé de comprenderlas hasta que me miró directamente, con compasión.

—Créeme, Marco, cuando te digo que no te juzgo. No lo hago. Puedo entenderte porque más de una vez he sentido tu dolor, y aún lo siento.

Quise hablar, no obstante, ella levantó una mano para detenerme.

—Puedo comprender esa sed de venganza, sin embargo, lo que hiciste después fue demasiado bajo. Jugaste con la vida de personas inocentes, como la mía. Haberme usado a mí, para lastimarla, aprovechándote del problema de mi padre, fue rastrero, Marco. Muy rastrero.

—Lo sé, Aless. —Bajé la cabeza. No tenía defensa y lo sabía—. Cometí muchos errores contigo. Podría enumerar cada uno de los momentos que modificaría y serían demasiados. Pero, sinceramente,

ir a Sicilia a buscarte —la miré, centrándome en sus ojos—, eso no es algo que cambiaría. Si no lo hubiera hecho, ahora mismo estarías muerta o en manos de la mafia. Y sabes perfectamente cuál sería tu destino.

»Si mi odio hacia Simona me llevó hasta ti, no me arrepiento. —Mi voz se quebró un poco, aunque seguí adelante—. Porque, a pesar del dolor, del daño, de todo lo que nos hicimos, un solo segundo a tu lado mereció la pena.

Me incliné hacia atrás, poniéndome en pie. Necesitaba espacio. Ella también.

—Así que no, Aless, no me voy a disculpar por eso. Porque soy un egoísta. —Me aparté, sabiendo que le había entregado todo el poder con mis palabras—. Ahora solo tú puedes decidir qué hacemos con esto. Nuestro futuro está en tus manos.

Sin mirarla, di unos pasos hacia la puerta.

CAPÍTULO 18

Siamo io e te contro l'universo. Siamo la squadra più forte che ci sia.
Somos tú y yo contra el universo. Somos el equipo más fuerte que hay.

Había despertado tarde para mí. Las pistas estarían abarrotadas de gente, pero el sueño me venció casi al alba. Al menos, tenía algo positivo que rescatar: los bocetos esparcidos sobre la mesa eran prueba de que mi desvelo había servido para avanzar en la nueva colección. Sonreí mientras recogía algunos papeles, satisfecho con el resultado.

Cuando me trajeron el desayuno a la habitación, el camarero me informó que el complejo estaba completamente lleno. Suspiré con frustración. Esquiar en las pistas principales sería un caos, así que decidí ir a Diavolezza o Corvatsch, donde esperaba encontrar algo más de tranquilidad.

Revisé mi equipo meticulosamente antes de salir. Era casi un ritual: ajusté las fijaciones y comprobé cada detalle. Tenía todo perfectamente organizado, como siempre. Sí, lo admito, podía llegar a ser un maniático del orden.

Entonces alguien tocó a la puerta.

Creí que sería el personal de limpieza, probablemente ignorando que me iba en ese momento. Decidí no hacerlos esperar; mejor que aprovecharan para adecentar el cuarto. Abrí la puerta sujetando uno de los esquís en la mano, pero, al hacerlo, me quedé helado. Ahí estaba Aless, plantada frente a mí, con esa sonrisa que me hacía sentir como si todo a mi alrededor se desmoronara. Por un segundo, pensé en lo jodido que estaba.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

—Menos mal que llegué a tiempo. Pensé que ya te habías ido a las pistas.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, dejando los esquís apoyados en la pared.

—No, nada malo. Solo venía a hacerte una propuesta. —Se apoyó contra el marco de la puerta con un aire relajado—. Estoy molida por lo de ayer, así que se me ocurrió que podríamos probar algo menos arriesgado en la nieve. Trineo o tal vez motonieves. Me dijeron que cerca de aquí está la Cresta Run.

—¿Tú y yo? O sea, ¿nosotros dos? ¿Juntos?

—Claro, Marco. —Soltó una carcajada tan genuina que me desarmó por completo—. Aunque… a lo mejor estoy frustrando tus planes y prefieres hacer otra cosa.

—No es eso, Aless. —Negué con la cabeza, confuso—. Sinceramente, no entiendo esta actitud tuya. ¿Qué significa todo esto? Por favor, acláralo.

—Significa que estoy enterrando el hacha de guerra. —Se encogió de hombros, como si fuera la cosa más sencilla del mundo—. Quiero que intentemos llevarnos bien. Además, la conversación de ayer quedó a medias.

—¿Qué más quieres saber? No tengo más secretos, Aless. Te lo conté todo.

—No se trata de eso, Marco. Dijiste que ibas a ayudarme. ¿O ya lo has olvidado?

No había olvidado nada, claro que no, y antes de que pudiera responder, añadió:

—Y también deberíamos hablar de Vito. No obstante, pienso que, entre conversación y conversación, podríamos intentar divertirnos. Ayer me sentí bien, ¿sabes? Jugando en la nieve, tomando ese chocolate caliente…

—Yo también, aunque… —No pude terminar la frase. Aless, como si no hubiera escuchado, se acercó a la mesa donde estaban mis dibujos. Maldije en silencio. No quería que nadie los viera aún.

—¿Y esto? —preguntó, alzando uno de los bocetos entre las manos con una admiración que me hizo sentir incómodo—. Marco, estos diseños son increíbles.

—Déjalo, Aless. —Intenté restarle importancia, acercándome para recogerlos—. Es una tontería. Solo un proyecto que, por ahora, no tiene futuro. Necesitaría una inversión importante y materiales de calidad.

—Marco, no. Esto no es una tontería. Es una idea brillante. Que Valentino Ferre tenga su propia línea de calzado es…, bueno, es fantástico. Además, estos diseños son magníficos.

—Y también caros. —Le quité el boceto con cuidado y lo coloqué de vuelta en la mesa, cerrando el tema—. Así que, olvídate de esto.

Para mi sorpresa, no protestó. Solo me miró con una pequeña sonrisa que no presagiaba nada bueno. Conocía esa expresión demasiado bien. Si no discutía era porque tramaba algo.

—Por ahora dejaremos el tema aparcado. —Se apartó de la mesa y dio un par de pasos hacia la puerta—. Pero no creas que me voy a olvidar de lo que vi. —Me señaló con un dedo en tono de advertencia antes de girarse hacia el pasillo—. ¡La nieve nos espera!

Comenzamos montándonos en un trineo. Ver a Aless reír como una niña, rodeada de los pequeños que disfrutaban de la misma actividad, fue un bálsamo inesperado para mis oídos. Su risa era contagiosa y, sin darme cuenta, terminé dejándome llevar, riendo con ella como si no hubiera otra preocupación en el mundo.

Después, hicimos una parada rápida para tomar café y Aless no perdió la oportunidad de coger unas barritas de chocolate en el puesto cercano, siempre fiel a su insaciable gusto por los dulces.

El momento de alquilar una motonieve había llegado. Ahí empezó la verdadera aventura. Aless era un completo desastre. Su entusiasmo no compensaba su falta de control y, aunque intenté mantener la calma, todo terminó como lo había previsto: chocamos contra una red naranja limitadora en una pista tan amplia que podrían haber pasado dos camiones juntos.

—¡Ya basta, me encargo yo! —Me bajé mientras ella protestaba entre risas.

—¡Pero estaba mejorando!

—¿Mejorando? Si nos dejan seguir, será un milagro.

Tomé las riendas y, tras unos minutos de conducción más tranquila, nos escabullimos de las pistas principales, siguiendo un

sendero que serpenteaba entre los árboles. Nos detuvimos en un claro cubierto de nieve fresca, donde Aless, ni corta ni perezosa, sacó el chocolate que había comprado.

—Siempre tan glotona —comenté mientras la veía romper una de las barritas y ofrecérmela con un gesto infantil.

—¿Y tú tan aguafiestas? ¡Toma un poco, te hace falta endulzar el carácter!

Nos acomodamos en el vehículo, uno frente al otro, tan cerca que el vaho de nuestras respiraciones se unía en el aire helado antes de desaparecer.

—Si te doy más chocolate, ¿me dejarás llevar la moto de vuelta? —Sacó a relucir esa sonrisa inocente que, en realidad, no era en absoluto inocente.

—Ni lo sueñes. —Chasqueé la lengua, alzando una ceja—. Valoro mi vida y no quiero terminar estampado contra un árbol, gracias.

El sonido del teléfono de Aless interrumpió la conversación. Lo sacó, miró la pantalla y sonrió. No sabía quién era, pero la sonrisa no me gustó nada. Me tensé de inmediato, aunque fingí no darle importancia.

Un segundo después, mi propio teléfono me reclamó. Cuando vi quién era, no pude evitar soltar una carcajada.

—Es Nico —aclaré, levantando la mirada para encontrarme con la de Aless, que ahora estaba más seria que antes. ¿Celos, tal vez?—. Pide disculpas por estar desaparecido y propone que cenemos juntos esta noche.

—Era Emma, me decía lo mismo. Están en plena luna de miel y creo que, si fuera por ellos, no saldrían del cuarto. Aunque están preocupados por si nos estamos matando. Supongo que cenar juntos no les vendrá mal para comprobar que tenemos una relación cordial como cualquier par de compañeros de trabajo.

—¿Compañeros de trabajo? —Fruncí el ceño, molesto por la elección de palabras—. Primero, no soy tu compañero. En la empresa soy tu jefe. Y, segundo, yo no le cuento mis mierdas a cualquiera que trabaje conmigo.

—¡Uf! Cuando quieres eres insoportable. —Se cruzó de brazos, exasperada—. Podrías ponérmelo un poco más fácil. ¿Cómo quieres

que le llame a esto? Porque tampoco somos amigos, ¿o sí? Fue lo primero que se me ocurrió.

—Pues no somos nada, Aless. Porque está claro que entre tú y yo nunca hay nada definido.

—Lo dices como si fuera culpa mía. Y te recuerdo que, en el pasado, tú eras el que no se comprometía ni con un calendario, Marco.

—Tal vez, pero al menos yo no me comprometía con todos como tú. Porque con Andrea fue fácil, ¿no? Y ahora con Massimo también, claro. —Me incliné hacia ella, dejando que mis celos me delataran en cada palabra.

—¡Venga ya! —exclamó con una risa incrédula—. No sé cómo tienes la cara de mencionar a Massimo, cuando es evidente que tú tienes algo con tu «amiguita» Allegra. No lo niegues, Marco, porque yo vi perfectamente cómo llegaba a la casa del lago para pasar el fin de semana contigo. La casa del lago, ese lugar que solía ser importante para nosotros.

—No tengo nada con Allegra. Estás viendo cosas que no existen, solo porque necesitas una excusa para pasearte con ese muñequito que tenemos por jefe de seguridad.

Aless soltó una carcajada inesperada, esa que usaba cuando algo le daba rabia e intentaba fingir que no.

—Yo no tengo nada con Massimo.

—¿Ah, no? Te recuerdo que lo besaste delante de todo el mundo.

—Y tú sabes perfectamente por qué lo hice.

—¡Maldita sea! ¿Qué clase de discusión es esta? —exclamé, pasando una mano por mi cabello con frustración—. Está bien, hablemos de Allegra, si tanto te interesa.

—No es necesario. Aunque, si insistes, te escucho. —Intentó sonar indiferente, pero su mirada ansiosa la traicionaba.

—Hace años que la conozco, fue mientras estudiaba el máster en la universidad. Tuvimos un rollo, algo sin importancia. No fue a más porque ella no llevaba bien mis normas con el sexo. Al final nos distanciamos. Unos meses atrás nos reencontramos en una cena de antiguos alumnos.

—Y, claro, te liaste con ella. No hace falta que digas más.

—¡Venga ya! ¿Qué te pasa, Aless? ¿Piensas que soy incapaz de mantener mi bragueta cerrada?

—No soy tonta, Marco. La confianza que hay entre vosotros no es normal para una simple amistad.

—Tienes razón. —Suspiré, viendo cómo se le endurecían las facciones—. Con Allegra me une algo más importante. —Sus ojos se abrieron como platos, esperando lo peor—. Es mi terapeuta.

—¿Tu terapeuta?

—Sí. Todo este tiempo, ella me ha estado tratando. Lo que sucedió contigo, la muerte de mi padre, la de Andrea, el impedimento que tenía para dibujar con mis manos…, todo eso junto me destruyó. Llegó un punto en que entendí que necesitaba ayuda, pero se lo oculté a todos tras una fachada de amistad.

—¿Por qué?

—Por varias razones. Si eso salía a la luz, sería carnada para Dante y para la prensa. «El heredero Sforza en terapia». ¿Sabes lo que harían con eso? Sepultarnos. Y también… —hice una pausa— me daba vergüenza. Vergüenza de que alguien supiera lo jodido que estaba, de que me vieran tan roto.

Aless se quedó en silencio un momento antes de coger mis manos con ternura.

—No quiero tu lástima.

—No es lástima, Marco. Es admiración. Estoy orgullosa de ti.

Mis ojos la buscaron, sorprendidos.

—Pediste ayuda, diste el primer paso. Sé lo difícil que es hacer eso. No tienes que avergonzarte, porque todos necesitamos apoyo en algún momento.

Nos quedamos en silencio, con nuestras miradas fijas y las manos aún juntas, incluso con los guantes de por medio. Pero percibí que algo le rondaba la cabeza; Aless estaba inquieta, lo veía en cómo mordía su labio inferior y desviaba la mirada.

—Sé que estás pensando en algo. Anda, pregunta lo que quieras. Te prometí que no habría más secretos.

—Es por ella. No me gusta. Y no es por celos, Marco. Es por cómo te mira. Allegra siente algo por ti, te lo aseguro. Lo noté en la fiesta

de Vito. Cuando no estabas pendiente de ella, su semblante cambiaba por completo.

—Estás exagerando.

—¿Ah, sí? Vale. Entonces respóndeme a algo. ¿Tuviste sexo con ella?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una simple. Responde.

Suspiré, sabiendo que no habría forma de escapar de aquello.

—La noche que nos besamos en la ducha, salí hecho polvo de la casa de mi abuelo. Ver todo el daño que te había causado me destrozó. Así que acudí a ella. Estaba tan mal que me propuso que probáramos otra cosa.

—¿Qué otra cosa, Marco? —desconfió, entrecerrando los ojos.

—Sexo. Para olvidarte.

—No me jodas. ¿Te la tiraste después de que casi nos lo montáramos en la ducha?

—¡No! —contesté rápidamente—. Aless, te juro que no. Me lo puso muy difícil, pero en el último momento me di cuenta de que ella no eras tú. Y con quien quería estar era contigo. Así que me largué y pasé la noche en el coche.

—Esa mujer no es tu amiga y, mucho menos, una profesional. ¿Desde cuándo un terapeuta cruza esos límites con un paciente? Deberías denunciarla por mala praxis.

—Estás dramatizando. —Negué con la cabeza, frustrado—. No estuvo bien lo que pasó en ese momento, no obstante, me ha ayudado mucho.

—No me creo una palabra. Ella está enamorada y tú, tan listo para algunas cosas, no te das cuenta.

—Pues si sus intenciones son esas, tiene un problema, porque entre nosotros no hay ni habrá nada. Si me doy cuenta de que busca algo más, me alejaré de ella. ¿Contenta?

—No me importa, Marco. Esto lo digo por ti, no por mí.

—Claro, claro. —Rodé los ojos, sin creerla ni por un segundo—. Ahora te toca a ti. ¿Qué hay entre el Muñeco de Tarta y tú? Demasiada confianza para tan poco tiempo.

—Reconozco que me merezco tus dudas. Me lo busqué con ese beso. Sin embargo, te aseguro que no hay nada entre nosotros, solo una buena amistad.

—Oh, claro. —Me incliné hacia ella, sin poder contener el sarcasmo—. Me fascina tu capacidad para convertir a la gente en tus «mejores amigos» de la noche a la mañana.

—¡Uf! —bufó, frunciendo el ceño—. Hace años que conozco a Massimo, pero…, sí, nuestra relación se ha estrechado estos últimos meses. Estuvo a mi lado desde que perdí a Andrea.

—Eso no me tranquiliza, Aless. De hecho, me preocupa más. Estás dándome razones para seguir pensando mal.

Ella me miró directamente a los ojos, su rostro cambió súbitamente como si acabara de decidirse a soltar algo importante.

—Marco…, Massimo es el hermano de Andrea.

—¿Qué? —dije, incrédulo. Eso no lo vi venir—. ¿Massimo es el hermano de Andrea?

—Sí. Lo conocí cuando estudiaba en la universidad y salía con Andrea. Coincidimos en alguna celebración familiar porque él vivía en La Haya. Es agente de la Europol.

Intenté procesar la información, pero cada pieza nueva del rompecabezas me confundía más.

—Por lo tanto, explícame esto: ¿qué hace el hermano de Andrea trabajando como jefe de seguridad? Ya tiene su propio empleo, ¿no?

—Cuando llevé las cenizas de Andrea a Suecia, me reuní con Massimo y su madre. Pasé unos días con ellos y ahí le conté lo que realmente pensaba del atropello.

—¿Qué le dijiste?

—Le confesé que estaba segura de que no fue un accidente. Y él tampoco lo creyó, Marco. No cuando supo que varias cámaras de seguridad «se habían estropeado» justo esa noche, impidiendo rastrear el coche.

—¿Estás diciendo que alguien importante lo encubrió todo?

—Exacto. —Asintió con gravedad—. Me trasladé a los Países Bajos durante estos meses mientras Massimo y yo investigábamos. Lo preparamos todo con cuidado antes de regresar a Italia. Nadie sospecharía de él porque su aspecto es diferente. Andrea tenía los

rasgos escandinavos de su madre, pero Massimo…, sus ojos azules son lo único que ha heredado de ella. Por lo demás, se parece más a su padre italiano.

Me pasé una mano por el rostro, tratando de digerirlo todo.

—Espera, ¿mi abuelo sabe todo esto? ¿O también lo engañaste?

Aless se rio suavemente, casi como si la pregunta le pareciera absurda.

—Marco…, parece mentira que no conozcas a Giovanni. ¿Crees que me habría permitido hacer esto sola, sin respaldo?

—No entiendo cómo mi abuelo no me lo dijo.

—Quizá porque no querías involucrarte. Si decidiste mantenerte al margen, no podías esperar tener toda la información. Ahora que estás dentro, te prometo que no habrá secretos.

—Aless, todo esto suena demasiado grande. ¿Estás segura de que no nos estamos metiendo en algo peligroso?

—Tenemos respaldo policial, Marco. Solo debemos hacer saltar la liebre en el momento adecuado y todo saldrá a la luz. Quizá incluso podamos descubrir la verdad sobre lo que le pasó a tu padre.

Su voz se quebró un poco al final, incluso sus hombros temblaron ligeramente.

—Estás helada. —Me levanté de inmediato—. Es mejor que volvamos. Esto no ha terminado, pero podemos seguir después de la cena.

Ella asintió en silencio. Me subí a la moto y, en cuanto lo hice, sentí sus brazos rodeándome por la cintura. Cuando apoyó la cabeza en mi espalda, algo dentro de mí se relajó.

A pesar de la ropa gruesa, su cercanía era reconfortante. Esa pequeña fierecilla había planeado todo mejor de lo que pensé. Su manera de buscar justicia era diferente de la mía, más calculada, más fría. Pero aún quedaba en ella ese lado salvaje, esa pasión que me había cautivado desde el principio. Y, sí, lo admito: aún seguía perdidamente enamorado de ella.

CAPÍTULO 19

Sei l'amante dei miei sogni, e non potrei immaginare qualcuno più adatto a me di te.
Eres mi amante soñado, y no podría imaginarme a alguien más adecuado para mí que tú.

La cena fue un éxito, en gran parte gracias a Nico y Emma, que se encargaron de mantener el ambiente ligero con sus bromas y anécdotas. Aunque, para ser justos, Aless también tuvo su parte, contando nuestras «aventuras» en la nieve con un toque de humor que incluso a mí me hizo reír. Mis amigos parecían aliviados. Según Emma, habían apostado que Aless y yo estábamos en una de dos situaciones: peleando como perros o…, bueno, enredados entre las sábanas.

La segunda opción, para ser honesto, no habría estado nada mal. Pero lo cierto es que lo que realmente hicimos —hablar con franqueza— era lo que necesitábamos desde hacía tiempo. Claro, no fue tan emocionante como lo que ellos imaginaban, sin embargo, vaya si fue importante.

El tema de conversación cambió, como siempre pasa después de unas copas, y salió el nombre de Vito. Nico comentó que habían intentado contactarlo, aunque él los ignoró. Eso me dejó un atisbo de remordimiento. Era evidente que Vito estaba molesto y no podía culparlo. Desde que Aless apareció en St. Moritz, mi atención había estado completamente volcada en ella, y me olvidé de todo lo demás… incluido mi amigo.

Sentí ese incómodo peso de saber que la había cagado. Porque Vito, con todos sus defectos —y tenía bastantes—, era un amigo de los buenos. Pesado, sí, y a veces parecía un meme andante, pero

siempre estaba ahí. Te escuchaba, te aguantaba y tenía ese don extraño de hacerte reír incluso cuando querías mandarlo al diablo.

Miré mi copa de vino, como si ahí fuera a encontrar la solución. Aless me dio un codazo discreto, como si hubiera leído mis pensamientos.

—¿Qué te pasa? Te has quedado en las nubes.

—Nada, solo pensando en lo pésimo que soy como amigo —admití, echándome hacia atrás en la silla. Me pasé una mano por el pelo y suspiré—. Me vine aquí sin avisarle y, para colmo, ni me he molestado en llamarlo.

—Bueno, no eres el único —intervino Nico con una sonrisa culpable—. Nosotros nos casamos y el pobre ni siquiera estuvo en la boda. Aunque en nuestra defensa diré que lo llamamos.

—¿Y yo qué? —interrumpió Aless, alzando la mano como si estuviera confesando en un tribunal—. Besé al tipo que le gusta, en plena fiesta de cumpleaños. Si alguien la cagó aquí, fui yo.

Emma soltó una carcajada mientras levantaba su copa de vino.

—Chicos, asumámoslo, la hemos fastidiado todos. Vito tiene derecho a querer mandarnos a paseo.

—Sí, pero podemos arreglarlo. Tengo una idea. —Me enderecé en la silla, confiado.

—¿Ah, sí? —dudó Nico, cruzando los brazos—. Suerte con eso, porque no te va a atender. Lo intentamos, créeme.

—¿Quién dice que lo voy a llamar? —respondí, señalándome la sien como si tuviera un plan maestro—. Le voy a mandar un audio. Conociendo a Vito, sé que la curiosidad le podrá y lo escuchará. Y después de eso, asunto arreglado.

—¡Pfff! —bufó Aless, arqueando una ceja—. ¿Te crees muy seguro de tu poder de persuasión?

—Siempre, nena —respondí con arrogancia, sabía que movería su cabeza en señal de negación—. Anda, escucha y aprende.

El audio estaba listo, pero no podía resistirme a ponerle mi propio toque dramático. Acerqué el móvil y comencé a grabar:

—Vito, me imagino que estarás molesto con nosotros por lo de la boda y nuestra escapada a St. Moritz. Aunque, en nuestra defensa, las cosas se dieron de improviso. Los novios no lograban localizarte,

y yo iba a venir solo hasta que mi abuelo me metió en este plan con calzador y, de paso, a estos tres.

A mi alrededor, las protestas comenzaron de inmediato. Emma y Nico fruncieron el ceño y Aless se cruzó de brazos con una mirada fulminante. Aun así, continué como si nada.

—En cuanto a la cagada monumental de Aless…, estoy contigo, amigo. Es una descarada y yo tampoco se lo perdonaría en la vida.

No pude evitar reírme cuando ella, indignada, me dio un pellizco en el costado.

—Es broma —aclaré entre risas mientras seguía con el mensaje—. Cuando la veas, ella misma te lo explicará, si es que puede. Porque, siendo honestos, esta chica tiene un talento especial para hacer cosas tan extrañas que desafían toda lógica.

Aless meneó su cabeza, sin embargo, no me detuvo.

—Por eso, Vito, quiero que te reúnas con nosotros. Todos te echamos de menos. Bueno, no todos. —Le lancé una mirada cómplice a Nico y Emma—. Supongo que los recién casados están mejor sin nadie. Pero yo te necesito, amigo. Tu querida Alessandra me está volviendo loco. Desde que llegamos, lo único que hago es evitar que se mate en la nieve. Por favor, ven.

Antes de que pudiera cerrar el mensaje, todos en la mesa empezaron a lanzar sus propias súplicas al móvil:

—¡Vito, ven ya! —exclamó Nico entre risas.

—Te necesitamos aquí, ¡urgente! —añadió Emma.

—Vale, basta. —Alcé una mano, riendo—. Vito, voy a pedir que preparen el *jet* para que te traten como un rey. Te prometo champán y fresas a bordo. Te esperamos mañana.

Colgué, satisfecho con el resultado. La carnada estaba echada, solo faltaba que picara.

—Listo. Mañana lo tenemos aquí. —Le guiñé un ojo a Aless, que no tardó en girar los suyos hacia el techo con exasperación.

—Un brindis, tío. —Nico levantó su copa chocándola con la mía—. Estuviste magnífico.

—Marco, escúchame —intervino Aless—. Esta mañana oí que el complejo está lleno.

—No te preocupes. Hablaré con el director, es amigo de la familia. Si no encontramos sitio, le pondremos una cama en mi cuarto. Aunque también existe otra opción…

—¿Ah, sí? —preguntó ella con un deje de suspicacia.

—Podrías acogerme en tu habitación. Digo, por si acaso.

—¡Cariño, vámonos ya! —exclamó Nico, incorporándose y apartando la silla de Emma con un gesto galante—. Esto está tomando un giro que todos aquí conocemos demasiado bien.

—No digáis tonterías —protestó Aless, poniéndose en pie de un salto—. ¿De verdad creéis que tengo yo cuerpo para fiestas?

—Eres muy atrevida al pensar que yo quiero algo contigo —le respondí con petulancia—. Solo hablé de dormir, Aless.

—Emma, dale al botón del ascensor —ordenó Nico, rodeando a su esposa con un brazo—. Estos dos están a un paso de matarse… o de lo contrario. Mejor desaparezcamos.

Cuando llegamos a la planta, la pareja se despidió con un gesto rápido, perdiéndose por el pasillo como si escaparan de un incendio. Aless y yo caminamos más despacio hasta llegar a su puerta.

—Buenas noches —me despedí, e intenté pasar de largo, pero sentí su cálida mano en mi brazo.

Giré despacio, ocultando una sonrisa antes de mirarla con el semblante serio.

—¿Qué sucede?

—¿Tienes sueño? Todavía es temprano.

—No mucho —respondí, arqueando una ceja—. Sin embargo, debería acostarme pronto, mañana tenía la intención de practicar *snowboard*. ¿Por qué?

—Nada, déjalo —murmuró, esquivando mi mirada.

—Aless, dilo.

—Es una tontería —contestó, algo cortada—. Pensé que tal vez podrías tomar algo en mi cuarto. Charlar un rato.

—Acepto esa copa con una condición. Nada de más conversaciones tediosas por hoy. Quiero relajarme.

—Está bien, trato hecho. Entra.

Aless se dirigió al mueble bar con pasos tranquilos. Mientras tanto, yo me hundí en el sofá, dejando escapar un suspiro al sentir

la vibración insistente de mi teléfono en el bolsillo.

Eché un vistazo a la pantalla: Allegra. Otra vez.

No había dejado de llamar, a pesar de que le dejé claro que estaba desconectando por unos días. Y siempre la conversación comenzaba con la misma pregunta: «¿Estás con Aless?». Como si tuviera un maldito radar para detectarla.

Esta vez no respondí. Había llegado al límite con ese tipo de interrogatorios. Lo que hacía y con quién estaba eran asunto mío. Punto. Sin embargo, durante la cena de esa noche, Allegra había llamado dos veces seguidas. La primera, simplemente rechacé la llamada. La segunda, decidí cortar por lo sano y poner el teléfono en silencio.

Por supuesto, Aless notó el gesto, porque nada escapaba a esos ojos suyos.

«Maldición. ¿Es que no iba a parar nunca?».

En un abrir y cerrar de ojos, percibí que Aless estaba justo detrás de mí, observando en silencio la pantalla iluminada con el nombre de Allegra. Su expresión era de total desagrado.

—Parece que alguien está desesperada por hablar contigo —comentó finalmente, con un tono que no supe si era broma o reproche.

Me incliné hacia adelante, apagando la pantalla sin mirarla.

—Es… complicado.

—Créeme, no lo es. O no debería serlo ya que ella solo es tu terapeuta, a no ser que no me contaras la verdad y entre vosotros dos sí pasara algo más.

Aless no añadió nada más. Simplemente caminó hacia el sofá con las copas en la mano, ofreciéndome una sin siquiera mirarme.

—¡Joder, Alessandra! —rugí de golpe—. Estoy hasta los cojones de que siempre dudes de mí. ¡Te lo he dicho mil veces! No hay nada entre nosotros.

Dejé la copa en la mesa de un golpe seco, derramando un poco del *whisky* sobre el cristal.

—¿Sabes qué? Mejor me voy. Antes de que esta paz, que tanto nos costó conseguir, termine y todo se vaya a la mierda.

Me iba a levantar, pero escuché el ruido de su copa golpeando la mesa con la misma furia. La vi avanzar hacia mi teléfono que estaba en la mesa como si fuera suyo.

—¿Qué estás haciendo, Aless?

Ella no contestó. Simplemente apagó el dispositivo con un movimiento rápido, como si fuera un acto simbólico. Después, lo dejó con calma donde estaba y levantó la mirada hacia mí.

Su mirada…, maldita sea esa mirada. Feroz, desafiante, cargada de una energía tan cruda y visceral que me hizo olvidar hasta cómo respirar. Su pecho subía y bajaba acelerado, igual que el mío. En ese instante, no sabía si quería gritarle o besarla.

—¿Eso es todo? ¿Te vas a ir? ¿De verdad?

No sabía si me estaba retando, aunque había algo en su tono, en su postura, que encendió mi entrepierna.

—Aless…, no me provoques. —La advertencia salió ronca, casi como un ruego.

Ella se deslizó hacia mí y yo, como un idiota, no me moví.

—¿Y si lo hago? ¿Qué harás, Marco?

Era imposible distinguir si estaba enfadada, divirtiéndose o simplemente jugando con fuego. Aunque sabía una cosa: yo también estaba dispuesto a quemarme.

Estaba claro que íbamos a arder, que allí se desataría la furia del infierno, y lo supe en el instante en que vi a Aless liberar las tiras de su vestido, dejándolas caer con descuido hasta amontonarse en su cintura. Sus redondeados pechos, ligeramente excitados, quedaron expuestos ante mí.

Acaricié sus senos con movimientos lentos, casi ceremoniales, dejando que la textura de su piel caliente endureciera por completo mi miembro. Deslicé mis manos hacia sus pezones y los pellizqué un poco, apenas lo suficiente para que reaccionara, inclinando su cabeza hacia mí.

Ella se acercó y, sin decir nada, empezó a despojarme de mi jersey, arrastrando con él mi camiseta. Sus dedos se deslizaban por mi torso delineando cada músculo, marcándolo como suyo. Sus caricias eran lentas, pero firmes. Ladeó la cabeza ligeramente y, por un instante, su expresión parecía sumida en el deseo.

Nuestros ojos se encontraron, y esa conexión fue instantánea, un hilo invisible que había estado ahí todo el tiempo. No necesitábamos palabras para confirmar que, pese a todo, el amor y el deseo nunca se habían desvanecido. Una sonrisa cómplice se dibujó en sus labios, y con un gesto decidido, se acercó aún más a mí.

Sin pensarlo demasiado, apoyé las manos en su cadera, sujetándola con firmeza mientras la ayudaba a alzar las piernas, dejando que el bajo de su vestido se enredara de forma natural alrededor de su cintura. Se acomodó a horcajadas sobre mí soltando un suspiro profundo, cerrando los ojos por un instante, como si absorbiera cada sensación.

—Estás muy duro —advirtió con un pequeño gesto de agrado.

Y, con una ternura que no esperaba, acercó sus manos a mi rostro y me plantó un beso en la boca. Su lengua se aventuró entre mis labios y no tardó en comenzar un pequeño juego. Movía su rostro para que nuestras lenguas juguetonas profundizaran más, mientras seguía rozándose contra mi erección.

Pero la vibración tras de mí rompió el hechizo.

—¿Qué cojones…? —murmuré, llevando la mano al trasero.

Aless se detuvo también, me observaba con la respiración agitada. Al sacar el dispositivo, noté que no era un teléfono, sino un bonito vibrador morado. Sus ojos se abrieron como platos al darse cuenta y sus mejillas adquirieron un tono rosado que casi me hizo soltar una carcajada.

—¿Y esto? ¿Te estuviste divirtiendo pensando en mí? —pregunté, levantando una ceja al ver que ella mordía su labio, evidentemente avergonzada.

—Idiota, devuélvemelo —dijo en un susurro, intentaba recuperar su juguetito mientras se revolvía, con lo que creaba más fricción entre nuestros cuerpos.

No pude evitarlo. Y lo llevé a su sexo, rozándola por encima de las medias con nuestro nuevo amigo, «Moradito».

—¿Ves lo que pasa cuando dejas tus cosas tiradas? —advertí, sosteniendo el vibrador en mis manos—. Puede llegar alguien como yo, alguien sin las mejores intenciones, y hacer esto.

Rompí las medias que llevaba. El sonido del tejido desgarrándose aumentó nuestra excitación. Aparté la ropa interior a un lado y acerqué a Moradito, provocándola deliberadamente. Aless curvó su espalda y un gemido ahogado escapó de sus labios. Antes de que pudiera hacer algo, usé mi mano para acompañar a mi nuevo aliado, un par de dedos fueron suficientes para terminar de volverla loca.

—No te detengas, Marco, ¡por favor! —gritó, casi sofocada.

—Dime, Aless —susurré con la voz baja, pegado a su boca—. ¿Usaste esto pensando en mí? ¿Para recordar lo que sientes estando conmigo?

Ella negó con la cabeza, sus labios temblaban.

—¡Contesta! —La amenacé alejando el vibrador de su cuerpo—. Dímelo o no continúo.

—¡Sí, joder! —exclamó, casi con desesperación—. ¡Sí, lo hice! Lo hice muchas veces, ¿contento? ¿Es eso lo que querías escuchar?

Sonreí satisfecho, mi respiración era entrecortada mientras su confesión me generaba una nueva esperanza.

—Ahora apaga este maldito fuego que has provocado en mi cuerpo —ordenó con un tono firme—. ¡Apágalo ya!

—Haré mucho más que eso, preciosa, esta noche suplicarás que me detenga, porque tu cuerpo estará tan saciado de placer que no podrás soportar un orgasmo más.

La vibración torturaba su botón inflamado mientras mis dedos se movían con precisión. Sus labios fueron el primer objetivo de mi boca, donde mi lengua formó un sinuoso rastro brillante. Seguidamente avancé hacia su cuello, dejando una línea continua de besos, y para concluir me detuve en cada seno, ahora condenados y castigados por mi boca, formando parte del orgasmo devastador que estaba por llegar.

Mis dedos danzantes, se movían estratégicamente, entre sus paredes. Moradito cumplía a la perfección su parte, ya que Aless estaba a punto de desatarse. Su cuerpo se contrajo con fuerza y tras un fuerte gemido se dejó caer sobre mi cuerpo.

—Ahora sí, cada vez que uses a Moradito, inevitablemente solo podrás pensar en mí.

—¿«Moradito»? ¿Le has puesto nombre a mi vibrador? —Levantó su cabeza con los rizos revueltos, observándome incrédula, y no pudo evitar soltar una fuerte carcajada.

Aless, sin dejar de mirarme, esbozó una sonrisa traviesa que prometía placer, mucho placer. Con un movimiento ágil, desabrochó mis pantalones y, mientras tiraba de ellos, arrastró los calzoncillos hacia abajo, incorporándose ligeramente.

—Veamos si el amigo de Moradito es tan eficiente como él —soltó, juguetona, con un brillo de desafío en los ojos.

Con una calma deliberada tomó mi pene, llevándolo a su sexo, y comenzó a lubricarlo con sus fluidos. Yo la observaba en silencio, atrapado entre la fascinación y la anticipación por lo que planeaba hacer.

—¿Sabes? —continuó, sin dejar de mirarme—. Un día escuché que los genitales dicen mucho de una persona. Estos, por ejemplo, hablan de alguien que quiere llegar lejos, aunque no tiene idea de todo el potencial que hay detrás.

Me reí entre dientes mientras alzaba las cejas. Definitivamente estaba loca, pero me encantaban esas ocurrencias suyas, siempre inesperadas y capaces de dejarte completamente descolocado.

—¿Piensas darme una lección o solo estás buscando una excusa para jugar con mi polla?

Aless no respondió. En cambio, se deslizó pausadamente por mi miembro. La lentitud parecía intencional, como si quisiera estirar el momento hasta convertirlo en una tortura. Finalmente, se detuvo al introducirlo por completo.

—¿Y bien? —indagué divertido—. ¿Crees que podrá estar a la altura de Moradito?

—Tiene muchas posibilidades —confesó, encogiéndose de hombros y mordiendo su labio inferior—. Supongo que Moradito no está tan hecho para mí después de todo.

Aless tomó las riendas del acto colocando sus manos sobre mis hombros, mientras yo sujetaba sus caderas con firmeza para guiarla. Al principio, comenzó a cabalgar suavemente. Quise darle la oportunidad de sentir que tenía el control, de dejarla redescubrir aquella conexión que siempre habíamos tenido. La observé mientras

deslizaba su entrada por mi miembro, con una mezcla de deseo y fascinación. Había algo en su expresión, en la manera en que su cuerpo se movía presa de la excitación, que gritaba libertad. Parecía estar reclamando algo que siempre había sido suyo: yo. Siempre lo fui.

Desde el día en que nuestros ojos se cruzaron por primera vez en la playa, cuando la defendí para liberarnos de aquellos maleantes, supe que había un vínculo especial entre nosotros. Ahora, al verla montarme de ese modo tan posesivo, no cabía duda.

Su cuerpo se contraía ligeramente presa del placer que la dominaba. Extendí la mano y cogí a Moradito para acariciar su pezón con el vibrador. Ella suspiró, y ese leve sonido me desarmó. Aproveché el momento para llevar a mi nuevo amigo a su clítoris inflamado. El gesto terminó de encender su cuerpo, porque en ese instante sus movimientos se volvieron más seguros, más confiados. La intensidad de Moradito subió y Aless comenzó a cabalgarme con mayor rapidez y, como no podía ser de otro modo, mi polla respondió con más fuerza. Sin embargo, los círculos que dibujaban sus caderas se volvían cada vez más amplios, tanto que temí correrme. Si seguía así, iba a acabar antes de que ella terminara.

No podía permitirlo. Me impulsé con fuerza y me subí tras ella, dejándola a cuatro patas en el sofá y sujetando sus caderas con decisión. Era mi turno de mostrarle cómo quería que terminaran las cosas. «Dime, ¿qué quieres, Aless?», le pregunté, sin dejar de embestirla. Ella giró un poco la cabeza, lo justo para mirarme y responder, con la voz entrecortada y cargada de deseo: «Quiero que me lleves a nuestro cielo, porque ese lugar jamás podrá ser el infierno».

La fuerza de su declaración me atravesó por completo. La apreté con firmeza contra mi pelvis y, con un golpe suave, le di una cachetada en su precioso trasero, antes de volver a coger a Moradito que seguía vibrando a un lado del sofá. La embestí con fuerza, sincronizando cada movimiento con los de nuestros cuerpos, una danza salvaje que nos llenaba de adrenalina. Ambos estábamos exhaustos, pero ni ella ni yo queríamos ceder. Había algo en aquella práctica que nos hacía imparables, insaciables.

Debo admitirlo, mi resistencia comenzaba a flaquear. Aless era la maldita manzana, esa fruta prohibida que hacía que todo fuera más intenso y placentero. Decidí recurrir a mi último truco. Llevé el vibrador a su sexo y lo coloqué en el punto justo, en el lugar que sabía que la haría estallar. Al instante, sentí cómo su cuerpo cedía a mi voluntad. Bajé la voz y le susurré: «Córrete otra vez para mí».

Ella respondió con una poderosa sacudida y dejó escapar un grito que pronto cambió por gemidos. Sus manos se aferraron al apoyabrazos con fuerza y juntos volamos extasiados, como si no hubiera nada más grande en el mundo que nosotros dos.

Nos dejamos caer con las piernas temblorosas, jadeando pero felices, completamente extasiados por el polvo. Era imposible no sonreír. La explosión de sensaciones que habíamos vivido, el vértigo y la conexión entre los dos, nos había dejado complacidos, eufóricos.

CAPÍTULO 20

Quando sono nella tua compagnia, mi sento la persona più fortunata del mondo.
Cuando estoy en tu compañía, me siento la persona más afortunada del mundo.

Cuando entré en el cuarto, Aless seguía dormida boca abajo, con su cabello rizado desparramado sobre la almohada y una parte de su espalda desnuda expuesta al aire. Era preciosa, como un sueño hecho realidad, aunque esta vez no solo era un sueño, era real. Nuestra noche lo había cambiado todo.

No pude evitar que una sonrisa se dibujara en mi rostro al recordar cómo habíamos pasado del sofá a la cama, despojados de toda ropa, dejando que nuestros cuerpos hablasen por nosotros. La había besado, abrazado y amado tantas veces que hasta me sentía un poco depravado. Pero después de tanto tiempo lejos de ella —la vez del baño no contaba, fue rápida, fría y distante—, necesitaba grabar en mi memoria cada instante, cada curva, cada suspiro. Quería recordarle y recordarme lo que éramos juntos.

No quería volver a separarme de ella. Deseaba dormir a su lado todas las noches, tenerla entre mis brazos sin pausas ni distancias. Aunque sabía que aquí no se trataba solo de mis deseos, sino de lo que ambos estábamos dispuestos a construir.

Unos golpes en la puerta rompieron mi ensimismamiento. Abrí y encontré al camarero de planta con el desayuno que había pedido hacía un rato. No le permití entrar; me encargué personalmente del carro. No quería que nadie la viera así, tendida en la cama, envuelta en esa sensualidad casi natural. Esa visión sería solo mía.

Al girarme, la encontré despierta, sentada en la cama con la sábana cubriéndole el cuerpo, los rizos cayendo despreocupados

sobre sus hombros y una sonrisa traviesa iluminándole el rostro.

—¿Siempre tan territorial, Marco? —preguntó con esa dulzura que me volvía loco.

—Contigo siempre, pequeña —respondí mientras servía el café.

—Te has duchado y cambiado de ropa…, ¿pero qué hora es?

—No te preocupes por eso, tú necesitabas descansar. Me desperté temprano, vi que Vito había respondido, dispuesto a venir, aunque sigue fingiendo estar enfadado. Así que aproveché para hablar con el director y preparar el *jet*.

—Pues qué pena que ya te hayas levantado —ronroneó mientras se acomodaba en la cama para recibir el desayuno. Entonces soltó un quejido, dramatizando como solo ella sabía hacerlo—. ¡Joder, me duele todo! Está claro que lo de probar la nieve hoy es imposible. ¡Madre mía, mira estos moratones! —Me lanzó un cojín, y después otro, como si fuera mi culpa.

Me reí, atrapando el segundo en el aire.

—Fierecilla, cálmate. Que tú tampoco te quedaste atrás. —Levanté mi jersey, dejando a la vista las marcas de sus dientes en mi pecho, y al darme la vuelta, señalé los arañazos en mi espalda.

Ella abrió los ojos como platos, llevándose una mano a la boca.

—¿Hice yo eso? ¡Qué fuerte! —Sonrió traviesa, tratando de contener la risa, aunque fallando miserablemente.

—Te digo más: si quieres, podemos ducharnos juntos. No me importaría retomar justo donde lo dejamos.

—Ni lo sueñes, Marco Sforza —denegó con un falso tono de reproche, sin embargo, sus mejillas se encendieron—. Otro maratón así y me hallan desfallecida.

—Está bien, come primero. Más tarde ya me encargaré de convencerte de que nos quedemos aquí hasta que venga Vito y nos joda la fiesta.

Verla devorar el desayuno con ese entusiasmo me hizo reír. Era increíble, incluso después de lo intenso de la noche. No sabía cómo había soportado tanto, pero tampoco parecía que ninguno de los dos lo lamentáramos.

Entonces recordé algo. Dejé mi café en la bandeja, me levanté y busqué en el bolsillo interior de mi chaqueta. Al encontrar el

pequeño saquito, volví a la cama y se lo entregué.

—¿Qué es esto? —curioseó mientras lo abría.

Cuando sacó la pulsera, sus dedos recorrieron con delicadeza las borlas. Me miró incrédula, sus ojos brillaban como si no pudiera creer lo que tenía en las manos.

—El día que se rompió en mi despacho, recogí las borlas. Las llevé para que lo arreglaran, sin embargo, entre las que te llevaste tú y las que se perdieron… solo dio para una pulsera.

—Marco…, no sé qué decir. Este collar era muy importante para mí, me daba fuerza. Cuando se rompió, justo después de que Andrea muriera y al mismo tiempo que descubrí…, bueno, ya sabes, tu secreto —hizo una pausa, bajando la mirada—, sentí que era una señal, como si todo estuviera perdido.

—Pero no lo estaba. Mira, una parte está aquí contigo. Aless, sé que este abalorio tiene que ver con Andrea y, por eso, debes conservarlo. Seguramente te dé suerte.

Sus ojos se agrandaron, sorprendidos.

—¿Sabías que era un regalo suyo?

—Lo imaginé. Por cómo lo tocabas, siempre en momentos importantes…

Ella se quedó en silencio, luego me miró con tanta emoción que su voz salió en apenas un susurro.

—Gracias, Marco.

Sin previo aviso, se lanzó a abrazarme con fuerza, haciendo tambalear la bandeja del desayuno.

—¡Cuidado! —solté riendo, apartando la comida rápidamente hacia el otro lado de la cama.

—Era el símbolo de nuestro amor —confesó, con su voz impregnada de nostalgia y dolor.

El impacto de sus palabras me tensó de inmediato. Sabía que era cierto, lo había entendido desde hacía tiempo, aunque escucharlo saliendo directamente de su boca… dolía más de lo que hubiera imaginado.

Me levanté de la cama con calma, recogiendo la bandeja y llevándola a la mesa para evitar que notara mi expresión. No tenía derecho a sentirme así, a tener celos de un hombre que había sido

bueno con ella y que ya no estaba. Aun así, una duda persistente se coló en mi mente: ¿podría algún día ser tan bueno para Aless como lo fue él?

—Si esto te recuerda a él y te hace sentir bien, entonces ha valido la pena arreglarlo —dije finalmente, forzando una sonrisa ligera.

—Marco, necesito pedirte algo.

—Esto suena a problemas. Dime, ¿qué trama tu brillante mente esta vez?

—Quiero que Massimo venga aquí. Y antes de que te pongas como un energúmeno, escucha. —Aless ajustó su albornoz, mientras me miraba con desafío, algo que me sacaba de quicio—. Tenemos temas importantes que tratar. Este lugar es seguro y, ya que tenemos unos días, deberíamos planear bien los siguientes pasos.

—Ah, claro. Traer a Massimo el Iluminado. Seguro que él lo soluciona todo con su simple presencia.

—No seas imbécil, Marco. —Rodó los ojos y continuó con el ceño fruncido—. Dante, de Donato Sartoria, me ha estado llamando, y no le he contestado porque no sé cómo proceder.

—¡Joder, Aless! ¿Por qué no me lo has contado antes?

—Porque quería evitar esto —señaló con la voz cargada de reproche—. Además, Luca también llamó para quedar. Fue raro. Creo que quería saber dónde estoy.

—¿Y qué le respondiste?

—Que no podía hablar y que ya le contaría.

—¿Y por qué demonios te llama solo a ti Luca? Algo quiere saber. Romeo también me ha llamado, aunque ni siquiera le descolgué. A ese traidor le hablo únicamente en el trabajo y porque no me queda otra.

—Por eso mismo, Marco. Necesitamos a Massimo aquí. Puede coger el avión con Vito.

—¿Y dónde se supone que se va a quedar? ¿En el techo?

—Aquí. Compartiremos las habitaciones. —Ella dio un paso al frente, plantándose firme ante mí.

—No me hace ni puta gracia que ese tipo te ronde. Pero avísalo. Eso sí, dile que duerme con Vito.

—¿En serio? ¡Marco, no seas crío!

—Vale, entonces, ¿te mudas tú a mi cuarto o me traslado yo al tuyo?

—¿Cómo dices?

—No pretenderás que te deje sola con el Muñeco de Tarta.

Ella resopló y me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¡No! ¿Qué parte de «Massimo es hermano de Andrea» no entiendes? Es raro que yo me esté acostando con alguien en la habitación de al lado de la que él duerme.

—No soy «alguien», Aless.

—Por eso mismo. Él sabe perfectamente quién eres y lo que significaste para mí.

—Ah, entiendo. Entonces será que sientes que estás traicionando a Andrea.

—¡No! Aunque te cueste creerlo, Andrea te respetaba mucho. En el fondo, pensaba que eras un buen tipo.

—Pues, perfecto. Explícame por qué, después de pasar la noche juntos, me estás soltando este discurso. ¿Qué eres? ¿Cenicienta y ya pasó la medianoche?

—¡No puedo estar contigo y seguir adelante con lo que vine a hacer! Estoy aquí para hacer justicia, no para distraerme con nada más.

—Claro, porque follar no cuenta como distracción, ¿verdad?

—¡No es eso! —Su voz se quebró un poco, pero su postura seguía firme—. Lo que pasó anoche fue un error.

Me tensé, como si me hubieran soltado un golpe directo al estómago.

—¿Un error? Genial, Alessandra. No te preocupes porque no volverá a ocurrir.

—Marco, no te pongas así.

—No me pongo de ninguna manera. Solo déjame ser claro: o lo tengo todo de ti o no quiero nada.

—¡Es que contigo nunca hay término medio! —vociferó, frustrada.

Levanté la barbilla, mirándola fijamente mientras me dirigía hacia la puerta.

—Nunca lo hubo, Aless. Pero eso antes no te importaba.

Cerré la puerta de golpe, porque si me quedaba un segundo más allí, no sabía si iba a gritarle… o besarla otra vez y demostrarle que sus palabras eran una mentira.

* * *

Tras un largo paseo intentando relajarme entre las preciosas montañas nevadas —un paisaje perfecto para calmarme—, no logré mi objetivo. No dejaba de cruzarme con conocidos y, al final, pasé todo el rato conversando sobre gilipolleces banales, justo lo último que me interesaba. Al menos sirvieron para distraerme un poco y no seguir pensando en Aless. Aun así, necesitaba un momento para mí.

Al abrir la puerta del cuarto, un golpe de perfume cargante me dio la bienvenida, inundando mis fosas nasales con una intensidad que casi me hizo retroceder. Mis ojos recorrieron el desorden que tenía ante mí: ropa desperdigada por las sillas, un par de zapatillas desiguales junto al minibar y unas copas abandonadas en la mesita auxiliar. Solo había dos personas en el mundo capaces de generar semejante caos: Aless o Vito. Y, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, solo quedaba una opción razonable.

Entré con paso firme y ahí estaba Vito, recostado como si fuera el dueño del lugar, envuelto en uno de los albornoces del hotel, con una copa de champán en la mano y una de esas horribles mascarillas faciales que se ponía a diario.

—Vito…, dime que esto es una alucinación por falta de café. —Lo señalé de arriba abajo.

Él giró la cabeza lentamente, como si no estuviera en MI cama sino en un trono, y alzó su copa con una sonrisita sarcástica.

—Marco, cariño, si quieres entrar en mi espacio zen, necesitas pedir permiso.

—¿Tu espacio zen? ¡Estás en mi maldita cama! —ataqué, con una mezcla de incredulidad y exasperación, agitando una mano hacia el desastre—. ¿Y qué mierda has hecho aquí? ¿Creaste un tornado?

Vito se encogió de hombros, llevando su copa a los labios con un gesto de indiferencia.

—Te estaba esperando y decidí aprovechar el tiempo. Un poco de autocuidado nunca viene mal, querido. Además, este champán necesitaba ser rescatado. No puede quedarse ahí, olvidado como algunos sentimientos, ¿verdad?

—¿Sentimientos? —repliqué con sarcasmo—. ¿Ahora me vienes de filósofo barato?

—Barato no, cariño. Soy un lujo. Como este cuarto. —Se levantó con toda la tranquilidad del mundo, ajustándose el albornoz antes de dirigirse hacia mí—. Aunque, por cómo estás gruñendo, me da la impresión de que necesitas más esta copa que yo.

—Vito, ya me disculpé por teléfono, lo he organizado todo para que estés aquí, así que no me toques las pelotas, porque te mando de vuelta para Milán.

—Eres un encanto cuando te enfadas. Y, Marco, deshazte de esa arruga entre las cejas. Te envejece.

—¿Pero qué cojones…?

—Dúchate, cielo. Esta noche salimos todos a cenar y después nos vamos de fiesta, los seis.

—Claro, es cierto que también está aquí el «gran Massimo» —murmuré entre dientes, aunque su maldito oído fino captó cada palabra.

—Ay, cariño, no tengas celos de Massimo. Hazme caso, es un buen tipo.

—¿Cuándo cambiaste de opinión sobre él? ¿Antes o después de que se besara con Aless? —lancé, cruzándome de brazos y alzando una ceja.

Vito soltó una risita, encantado de ser el centro de atención.

—Cambié de opinión después de que casi me tiro a Luca en mi cumpleaños y, por algún milagro celestial, me detuve a tiempo. Cuando cogí mi teléfono, vi una llamada de Massimo. No sé por qué, pero respondí. Quedamos y pasó toda la noche escuchando mis mierdas sin quejarse una sola vez.

Mi mandíbula se tensó al instante. Massimo no estaba allí por casualidad, estaba investigando a Vito. Y él, como siempre, confiaba demasiado rápido. Tenía que hablar con ese imbécil a solas y dejarle

claro que se alejase de mis amigos. Ellos no tenían nada que ver con su maldito espionaje.

—Vito, confías demasiado en las personas. No todos son tan buenos como tú.

Él se llevó una mano al pecho, teatral como siempre.

—*Oh my god, this is so exciting!* El príncipe de los Sforza alabándome. Ahora sí puedo morir tranquilo.

—Paso de ti —gruñí, dándole un trago al champán que tenía en la mano—. ¡Joder, pero si esto está caliente!

—Es demasiado caro como para desperdiciarlo, cariño. Aprende a disfrutar de la vida.

—¿Hablaste con los chicos? —indagué, ignorando su comentario.

—Sí, todos me explicaron lo que había pasado. Aunque, sinceramente, la conversación más jugosa fue con Aless. Y no porque me pidiera disculpas por el beso y me confesara que solo lo hizo para fastidiarte, sino por algo mucho más interesante.

—Sorpréndeme…

—Gracias a las marcas que tiene en su cuerpo —susurró con una sonrisa perversa—, que solo pueden ser tuyas, descubrí que pasasteis una noche… ardiente, por así decirlo.

—Olvídate de eso. No hay nada. No quiere nada conmigo. Parece que solo me utiliza para el sexo. ¡Joder, qué mal suena esto! Me siento como un objeto.

Vito se descojonó, doblándose por la cintura.

—¡Te están dando de tu propia medicina, grandullón! Pero déjame decirte algo: esa mujer te ama, igual o más que el primer día. Solo está atrapada en una guerra entre su cabeza y su corazón. Dale tiempo. Arriesgarse contigo, Marco, no es cualquier cosa.

—Gracias por el apoyo, amigo —contesté con sarcasmo.

—Lo soy, pero también soy su amigo, por eso te lo digo.

Hice un gesto de desdén y me llevé la copa a los labios, y su siguiente comentario me dejó seco.

—Por cierto, Allegra me llamó. Estaba furiosa porque habías desaparecido, así que le conté lo de la boda y que estabais aquí.

—¿¡Qué coño hiciste, Vito!?

—Cielo, esa chica está pilladísima por ti. ¿Eres el único que no lo ve? Es mejor que tomes distancia si realmente quieres recuperar a Aless. Esto puede traerte problemas con ambas.

—¿Te escuchas? ¿Me estás diciendo que tire mi amistad con Allegra a la basura solo porque ha aparecido Aless? Eso no es justo.

—Tú verás, grandullón. Pero ella no te ve como un amigo.

—Me voy a la ducha. Ya es suficiente.

—Que sea con agua fría, semental —vociferó tras de mí, riéndose a carcajadas mientras yo cerraba la puerta del servicio de un portazo.

CAPÍTULO 21

Le amicizie di un uomo sono una delle migliori misure del suo valore.
Las amistades de un hombre son una de las mejores medidas de su valor.

El aire frío me golpeó en la cara al salir del local para esquí nórdico. Massimo todavía estaba dentro, de pie junto a un mostrador, luciendo como si acabara de salir de un anuncio de ropa de invierno de lujo. Vestía un conjunto técnico que le quedaba perfecto, como si lo hubieran diseñado pensando en él. Claro, el tipo era bueno en todo, ¿verdad? Aunque, si tenía razón, pronto descubriríamos si esos músculos eran algo más que puro adorno.

Esa mañana le propuse salir a esquiar. Pensé que sería el lugar ideal para hablar con él, lejos de Aless y del resto. Ella se desmayaría de la impresión cuando se enterara de que me fui a hacer deporte con su «gran amigo». Pero me importaba un carajo.

Durante la cena, él había comentado lo mucho que disfrutaba de la nieve y de los deportes de invierno. Pues, bien, hoy íbamos a ver si toda esa charla era verdad o si solo era otro intento de impresionar. No, no era envidia lo que sentía. Bueno, tal vez un poco. No por su físico de portada de revista. Mi rabia venía de otro lado: de que estaba jugando en mi terreno, con más información de la que yo tenía, y, sobre todo, porque Aless le permitía estar demasiado cerca.

Ah, Aless… Después de dejarme claro que lo nuestro había sido un «error», en la cena intentó iniciar algún diálogo, pero la ignoré descaradamente. En la fiesta que transcurrió después, no le di la menor opción. Me dediqué a charlar con mis amigos y con un par de jóvenes que se me acercaron, lo que, por cierto, no le gustó nada. Lo sabía. Sentía su mirada clavada en mí, como un taladro. Si no era

suficiente para estar en su vida, quizá otras mujeres sí lo considerarían.

El golpe final llegó al regresar al hotel. Justo en el momento en que abría la puerta de mi cuarto, Aless apareció detrás de mí.

—¿Podemos hablar? —preguntó con la voz tensa.

La miré por un instante. La pulsera en su muñeca captó mi atención. La llevaba puesta.

Entré en el cuarto y respondí:

—No.

Cerré la puerta, pero no antes de ver cómo se mordía el labio, como si quisiera decir algo más.

Ahora, allí estaba, con Massimo, intentando concentrarme en lo que realmente importaba. Y una pregunta no dejaba de rondarme la cabeza: ¿fue un error darle esa pulsera? Algo más que le recordara a Andrea, algo más que reforzara la distancia entre nosotros.

A veces pienso que soy un completo idiota.

—Estoy listo —comentó Massimo, sacándome de mis pensamientos mientras ajustaba sus guantes.

—Perfecto, porque tenemos un largo trayecto por delante y podemos aprovecharlo para hablar —apuntillé mientras me ponía las gafas de nieve.

Massimo arqueó una ceja y dejó escapar una risa breve.

—¿Hablar? ¿Mientras hacemos esquí de fondo? ¿Eso es en serio?

—Sí, ¿o acaso temes no tener la resistencia suficiente? —contraataqué, sabía que lo picaría.

—Adelante, tú primero, campeón. Supongo que lo de completar el recorrido en el menor tiempo posible ya es una utopía, ¿no? —Señaló la pista frente a nosotros.

Lo cierto es que tenía razón. Mi brillante idea de mantener una conversación mientras nos deslizábamos por kilómetros de nieve era francamente absurda. Tras un par de kilómetros de esfuerzos en silencio —y con Massimo lanzándome miradas de «¿te lo advertí o no?»— decidí cambiar el plan.

—Vale, nueva estrategia —anuncié, deteniéndome para recuperar el aliento y mirar el mapa del circuito en el teléfono—. Vamos por aquí. Pendientes cortas, pero más pronunciadas. Algo más dinámico.

Massimo simplemente asintió, como si supiera que este era uno de esos momentos en los que decir «te lo dije» no haría más que empeorar mi humor.

Terminamos recorriendo un tramo más emocionante, con giros cerrados y descensos que dejaban la adrenalina en su punto justo. Cuando finalmente paramos, encontramos un pequeño restaurante de montaña, con paredes de madera y un aroma a sopa caliente y café que nos hizo olvidar el frío en cuanto cruzamos la puerta.

—No ha estado tan mal, ¿eh? —comentó quitándose la chaqueta.

—Podría haber sido peor —admití mientras tomaba asiento, y saqué mi teléfono para revisar los mensajes.

La pantalla estaba repleta de llamadas perdidas y mensajes de Aless. Al levantar la vista, vi que Massimo también revisaba su móvil con una expresión similar.

—Déjame adivinar. Ella también te tiene en la mira.

—Parece que no está conforme con esta escapada —murmuré, aunque la imagen de Aless tratando de localizarnos me provocó diversión.

—Bueno, al menos esta pausa ha resultado útil. ¿Tienes algo que decirme, Marco, o seguimos en silencio?

—Aless me contó que eres el hermano de Andrea y, créeme, tío, cuando te digo que siento lo de su muerte. Aunque suene raro, lo respetaba mucho. Era un buen tipo. —Intenté parecer genuino, pero había algo en su mirada que me hizo sentir que estaba midiendo cada palabra.

—Marco, conozco parte de vuestra historia, y te aseguro que no soy tu enemigo. No tengo nada en contra de que Aless retome lo que tenía contigo. Eso sí, si la lastimas te las verás conmigo.

Su tono era directo, aunque no agresivo, y lo que me sorprendió aún más fue lo que añadió después.

—Y sobre Andrea…, estoy seguro de que lo aprobaría. Siempre fuisteis tú y él. Si no puede ser con él, ¿quién mejor que tú?

Ese comentario me dejó sin palabras por un momento. Ese tipo, al que había considerado un rival desde el principio, estaba cambiando mi perspectiva más rápido de lo que esperaba.

—Además —continuó, con un leve gesto de complicidad—, investigué un poco sobre ti. Supe que, después de la muerte de mi hermano, no te quedaste de brazos cruzados con lo que decía el informe policial y tu abuelo y tú contratasteis a un detective privado. El mismo que lleva el caso de la extraña muerte de tu padre. Te agradezco eso.

—No hay de qué. Andrea no merecía lo que le hicieron. Créeme, hubiera dado cualquier cosa por encontrar una respuesta…, pero mis investigaciones no llegaron a ningún lado. Todo está demasiado bien encubierto y para algo así hace falta muchísimo dinero. Por eso estoy convencido de que Dante está detrás de todo. Sabotear esa noche y deshacerse de la diseñadora fue su movimiento maestro.

Massimo asintió, como si ya hubiera llegado a la misma conclusión.

—¿Tienes algún dato sobre Dante de Donato Sartoria? Un amigo, asesor financiero, revisó las cuentas de la empresa y no cuadran con las ventas reales. Aquí hay algo más, y no es pequeño.

—Algo conseguí averiguar. Emplea inmigrantes sin papeles en unas naves industriales. Trabajan quince horas al día a cambio de comida y un lugar donde dormir, amontonados como ratas. Intenté que la policía investigara, con una denuncia anónima; sin embargo, no hicieron caso. Nadie movió un dedo.

Su rostro se tensó al escucharme, pero no me frenó.

—Eso no es todo. Los materiales de sus prendas son de bajo costo, importados en contenedores desde China. Sería un escándalo si saliera a la luz, aunque es imposible filtrarlo sin pruebas contundentes.

—Si todo eso es cierto, déjamelo a mí. Encontraré esas naves y conseguiré lo necesario para obligar a la policía a intervenir, por mucho que tengan las manos untadas.

—¿Y qué planes tienes?

—Primero, identificar quién puede estar detrás de todo. Según Aless, las opciones son Dante o su madre. Aunque no descartaría a esta última. Una mujer despechada y sintiéndose amenazada por una más joven y hermosa… ya sabemos hasta dónde puede llegar.

No obstante, ella no tiene los recursos ni las conexiones para algo tan grande.

—A menos que no esté sola. Dante y ella, como equipo.

—Es una posibilidad. Tendremos que ir paso a paso. No sabemos cuánta gente está metida en esto. Por eso necesito acceso a los teléfonos de todos tus empleados.

—¿Qué? ¡Eso es una locura! La mayoría de esas personas son trabajadores corrientes y no me parece bien hacerles esto.

—Lo sé, pero no hay otra manera. Solo buscaremos palabras clave; no husmearemos en sus vidas privadas.

—Esto suena demasiado extremo, incluso para mí. Si quieres hacer esto, más te vale que funcione.

—Funcionará. Vamos a enviar un mensaje en masa que todo el mundo abrirá.

—¿Y cómo pretendes asegurarte de eso?

—Fácil. Vamos a soltar una bomba mediática.

—¿Qué clase de bomba?

—Publicaremos que el rompecorazones de Romeo, el nieto de Giovanni Sforza, es homosexual y tiene un novio con el que se ve a escondidas. Tenemos fotos de él con Luca, y ambos serán noticia.

—Por un lado, pienso en Vito y me alivia que pueda alejarse de Luca gracias a esta noticia, esto de estar fingiendo que somos todos tan amigos ya me estaba cansando un poco. Pero por otro…, esto podría destrozar a mi abuelo.

—Ya hablé con él. No estaba del todo convencido, aunque logré hacerle entender que no tenemos muchas más opciones. Necesitamos encontrar algún hilo del que tirar, y al final terminó aceptándolo.

—Es su nieto. Esto tiene que estar destrozándolo.

Massimo asintió con comprensión.

—Por cierto, Aless y yo fingiremos ser pareja. Es la única manera de que mi presencia parezca normal entre vosotros.

—¿De verdad es necesario? ¿O lo haces porque estás interesado en ella?

—Marco, Aless era la pareja de mi hermano. Por Dios.

Su comentario me golpeó como una bofetada. Recordar que yo había estado con Simona primero y luego con Aless me hizo sentir mezquino.

—Lo siento, no quise ofenderte. Pero si puedo pedirte algo…, aléjate con tus pesquisas de Vito, lo está interpretando todo mal. Él no necesita más decepciones amorosas y mucho menos ahora que está tan vulnerable.

—Tienes un concepto muy bajo de mí, ¿sabes? No me acerqué a Vito para investigarlo. Ya sabía que no mataría ni a una mosca. Si me aproximé a él es porque me gusta.

Lo miré incrédulo.

—¿Qué? ¿Tú… tú eres…?

—Gay —respondió, terminando la frase por mí con absoluta tranquilidad.

—Dices que te interesa Vito y vas a fingir ser pareja de Aless, ¿lo vas a engañar?

—Marco, ni Vito, ni Emma, ni Nico deben saber quién soy realmente. Seguiré siendo el jefe de seguridad que finge un romance con Aless para protegerla. Esa será la versión para ellos tres.

—Eres un manipulador. Por delante te paseas con Aless y por detrás te quieres llevar a la cama a mi amigo.

—Haré lo mismo que tú vas a hacer con «mi novia». —Sonrió, encogiéndose de hombros, terminando con un guiño cómplice.

—No me toques las pelotas, Massimo. Empiezo a soportarte un poco, no lo arruines. —Le di un trago largo a mi bebida, dejando que la comida siguiera en esa buena sintonía.

CAPÍTULO 22

Se vuoi essere amato, ama.
Si quieres ser amado, ama.

De vuelta en la empresa tras dos días más en Suiza, admito que el panorama había cambiado más de lo que esperaba. Pasar tanto tiempo con Massimo en la nieve, entre descensos y piques, resultó más llevadero de lo que creí posible. El tipo no solo era bueno en los deportes de invierno, sino que además era competitivo, y eso despertó un extraño respeto entre nosotros. Aunque no lo admitiría jamás en voz alta, empezaba a caerme bien. Y, sí, la sonrisa de Vito cada vez que Massimo estaba cerca también pesaba. Era razón suficiente para intentar aceptarlo, aunque el tema entre ellos me preocupaba más de lo que quería reconocer.

Porque, claro, si mi amigo llegaba a descubrir quién era Massimo en realidad, tendríamos un problema. No solo por el secreto que cargaba, sino porque su vida estaba en otro país, con una profesión completamente distinta. Países Bajos no quedaba a la vuelta de la esquina y cualquier cosa entre ellos parecía destinada al fracaso. Pero, bueno, cada cosa a su tiempo. Era evidente que los días venideros traerían más giros, y con Massimo nunca se sabía.

En cuanto a Aless…, digamos que mi estrategia de ignorarla seguía firme. No voy a mentir: hubo momentos en los que estuve al borde de romper mi propia norma. La necesidad de acercarme, de besarla, de perderme en lo que me hacía sentir, estaba ahí, latente. Sin embargo, me resistí, como un mantra, repitiéndome una y otra vez: «O todo o nada, Marco». Y en este caso, la respuesta seguía siendo nada.

En la oficina, como era de esperar, nuestra desaparición había levantado rumores. Tuvimos que adornar la verdad para que sonara creíble. Usamos como excusa la boda secreta de Nico y Emma, lo cual desvió las preguntas más incómodas. Tener a Vito y Massimo con nosotros resultó ser una jugada maestra para despistar a cualquiera que sospechara de la no relación entre Aless y yo. Por si fuera poco, los rumores sobre el beso entre ella y Massimo seguían corriendo como la pólvora. Al menos eso alejaba la atención de Simona, que, según las directrices de nuestro brillante «jefe de seguridad», no era el objetivo inmediato. Por ahora.

El día arrancó con fuerza, porque hoy era el gran golpe mediático: la noticia de Romeo estallaría, no a nivel nacional, sino internacional. Decidimos que Londres sería el epicentro, el lugar donde más dolería. Porque, aunque en Italia era apenas conocido por el apellido Sforza, en Inglaterra era otra historia. Allí se movía como pez en el agua, o al menos eso intentaba.

No podía decir que me apenaba lo que venía para Romeo. Si terminó de gastarse toda la herencia de mi tío junto con su madre, que se atuviera a las consecuencias. Nunca entendió que el apellido no venía con un cheque en blanco perpetuo. Mi abuelo, firme como siempre, le dejó claro que, si quería dinero, tendría que trabajar como todos los Sforza. Le ofreció un puesto en la empresa y Romeo aceptó más por desesperación que por otra cosa. Sinceramente, su desempeño había sido nulo. Un despacho y un título de coordinador de eventos que no coordinaba nada. En resumen, era pura decoración.

Pero que no hiciera nada útil no significaba que no hubiera hecho daño. Ese figurín nos la jugó sucio. Se vendió a la competencia por dinero. Traicionó a la familia, y eso tenía un precio. Su momento había llegado y Romeo pagaría caro lo que nos había hecho.

El teléfono vibró insistentemente sobre la mesa. Miré la pantalla y ahí estaba: Allegra. Otro problema más que sumar a la lista interminable. La verdad, mi vida se estaba complicando tanto que, si no empezaba a cerrar frentes, me hundiría. Allegra era uno de ellos. Y no podía seguir esquivándola como si no existiera.

Sabía que tenía que hablar con ella. Ponerle fin a lo sucedido de una vez por todas. No era justo lo que estaba haciendo. Escapar, ignorar sus llamadas…, no era propio de mí, de alguien que alguna vez le tuvo aprecio. Porque, sí, Allegra fue una persona importante en mi vida, y aunque las cosas entre nosotros ya no tenían cabida, no significaba que ella mereciera este trato. Más aún si realmente sentía algo por mí.

Yo sabía perfectamente lo que era que te rompieran el corazón y el daño que eso podía causar. No quería ser esa persona para ella. Pero, al mismo tiempo, no sabía cómo afrontar todo esto sin dejar más caos a mi paso. Con un suspiro, tomé el teléfono y, por primera vez en días, decidí dejar de huir.

—Hola, guapo. ¿Qué tal la nieve?

—Hola —saludé mientras revisaba unos papeles en mi escritorio —. Regresé ayer. Ahora mismo estoy trabajando en la empresa, poniéndome al día.

—¡Qué bien! —expresó con entusiasmo—. Mira, tengo muchas ganas de verte. Hace tiempo que tú y yo no hacemos nada juntos como antes. Extraño a mi amigo. Y, siendo honesta, siento que desde que ella volvió, te has ido alejando más y más de mí. Me duele, porque siempre pensé que era importante para ti, igual que tú lo eres para mí.

—Allegra, que Aless haya regresado no tiene por qué interferir en nuestra relación. Esa distancia de la que hablas…, bueno, tiene más que ver con otras cosas. Situaciones que, la verdad, no creo necesario repasar, pero que me hicieron sentir incómodo. Fue eso lo que me alejó, primero de mi terapeuta y a continuación también de mi amiga.

—Tienes razón, Marco. No es el momento de reproches. Considero que deberíamos hablar y arreglar esto.

—Sí, pienso lo mismo. ¿Te apetece que comamos juntos?

—Mmm, no sé si una comida rápida sería suficiente. Creo que necesitamos más tiempo. ¿Qué te parece si cenamos? Pero no en un restaurante, sino en tu casa, como en los viejos tiempos. Yo llevo la comida y nos sentamos en el sofá, tranquilos, a hablar de todo sin prisas.

—No sé, Allegra…

—Anda, Marco, será como antes. Solo tú y yo poniéndonos al día, arreglando las cosas. No hay nada de malo en eso.

Suspiré, sabiendo que no tenía excusas convincentes.

—Está bien. Te mando un mensaje cuando esté saliendo para casa, ¿vale?

—Perfecto. Nos vemos, guapo. Cuídate.

—Adiós, Allegra.

Colgué y me quedé mirando el teléfono, preguntándome si había hecho bien o si estaba abriendo una puerta que debería mantener cerrada. Solo esperaba que ella entendiera que esto era una charla entre amigos, no una cita. Aunque, con Allegra, nunca se sabía.

La puerta se abrió de golpe, haciendo que me sobresaltara. Aless irrumpió como un huracán en mi despacho. El teléfono que sostenía resbaló de mis manos y cayó sobre el escritorio. Por un instante me sentí como si me hubieran sorprendido haciendo algo indebido, aunque hablar con Allegra no era ningún crimen.

—¿Se puede saber por qué entras sin llamar, Alessandra? —bramé, poniéndome de pie, molesto—. Que sea la última vez.

Ella alzó una mano con su teléfono, respirando agitadamente.

—Lo siento, Marco, pero mira esto. —Me mostró la pantalla donde aparecían dos llamadas recientes de Dante—. No sé qué hacer… Y para colmo, no encuentro a Massimo. ¿Dónde se ha metido?

Suspiré, intentando controlar mi irritación. Caminé hacia una mesa lateral, cogí una botella de agua y se la entregué.

—Toma. Bebe —le dije mientras la guiaba al sofá. Me senté a su lado, observando cómo daba un largo sorbo, tratando de calmarse.

—¿Mejor? —indagué después de unos segundos.

—No, joder. ¿Por qué le di alas a ese idiota? —espetó frustrada, apretando la botella entre las manos—. Ahora no me deja en paz. Fue un error lo que hice la noche de la subasta.

—Claro que lo fue. Lo hiciste pensando más en lastimarnos a Simona y a mí.

—Marco, yo…

—Déjalo, Aless. No tiene sentido darle vueltas. Lo importante es que el asunto no fue a más. Y, sinceramente, me sorprende que ese

miserable no haya usado lo que sabe para joderme de alguna manera. No es propio de él. —Hice una pausa, observando su expresión de preocupación—. Así que, ahora, lo que vas a hacer es simple: coges el teléfono y lo llamas.

—¿Llamarlo? Marco, ¿estás loco? Estoy segura de que quiere que me alíe con él, que sea otro topo en esta empresa. ¿Qué hago? Si me niego, se dará cuenta de que no estoy en tu contra. Y si acepto, me veré obligada a perjudicaros. No quiero eso.

—Escúchame. —Tomé su rostro entre mis manos para obligarla a mirarme directamente—. Si te propone algo así, vas a sonar firme. Le haces creer que no trabajas para nadie más que para ti misma y que tienes un plan sólido. Hazle pensar que cuando acabes con los Sforza, él podrá hacer lo que le dé la gana con todo esto.

Ella me miró con ojos llenos de incertidumbre, pero después asintió lentamente.

—Ahí vamos, Marco. No me sueltes la mano —susurró, aferrándose con fuerza a la mía.

Con un gesto tembloroso marcó el número. Un toque, a continuación otro y finalmente la desagradable voz de Dante resonó en el altavoz.

—*Come stai, principessa?*

—Bien, gracias, aunque un poco cansada de tus insistentes llamadas. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo, hacerte una propuesta. Aunque me da la impresión de que la joven decidida a acabar con Marco Sforza ya no es la misma que tengo al teléfono hoy. ¿Ha ocurrido algún cambio, *principessa*?

—Sigo siendo la misma —contraatacó Aless sin titubear—. Y como eso no ha cambiado, te aclaro que odio que me agobien. Estaba en medio de una celebración con amigos y, sinceramente, hablar contigo sobre tu odio hacia los Sforza no me apetecía en absoluto. No soy tu terapeuta, ni tampoco tu amiga.

—Uf, qué carácter. Ahora entiendo a Marco.

—No tengo todo el día —lo cortó, con la paciencia al límite—. ¿Vas a decirme de una vez lo que quieres?

—He oído rumores de una colección conjunta con Giordano. Dicen que tú vas a ser la diseñadora. ¿Es cierto?

—Sí —respondió sin dudar.

—Niña, no te comprendo. Con todo el odio que dices sentir, ¿vas a llevarlos a la cumbre con Giordano?

—No entiendes nada, Dante. Crees que eres muy astuto, pero cada uno de tus ataques a Valentino Ferre no ha hecho más que fortalecerlos. Yo no voy a llevar a la cumbre a nadie. Esa noche, la única estrella seré yo. Y después de mi momento de gloria, Valentino Ferre caerá a plomo. Yo, en cambio, me quedaré en lo más alto como la gran diseñadora que soy. ¿De verdad pensabas que iba a enterrar mi carrera por una venganza? Soy joven, no idiota.

—¿Qué planeas hacer? Déjame ayudarte. Puedo poner recursos a tu disposición.

—Disculpa, Dante, pero con lo mal que salieron tus planes en el pasado, prefiero manejar esto sola. He aprendido que en esta vida no se puede confiar en nadie y que hay que ser autosuficiente. Este es mi plan, y lo ejecutaré sin margen de error y sin depender de nadie. Al día siguiente del lanzamiento, ante tus propios ojos, verás caer el imperio Sforza. Esa será tu oportunidad para tomar lo que tanto ansías.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó él, ansioso.

—Solo siéntate, espera y disfruta del espectáculo.

Dante dejó escapar una risa de satisfacción.

—Me gusta tu estilo. ¿Qué tal si nos conocemos un poco más, tomando una copa?

—Dante, no soy mi madre. No me vendo. Ni loca quedaría contigo en público. Que alguien me vea a tu lado sería un paso en falso que podría arruinarlo todo. Estar contigo es como activar una alarma de emergencia. Aunque cuando esto termine y te hagas con Valentino Ferre, quizá podamos hablar sobre mi puesto como diseñadora jefa. Te aseguro que, para ese momento, muchas firmas estarán peleándose por mí.

—Cuenta con ello, *principessa*. Si acabas con los Sforza, pondré el mundo a tus pies.

—Ten cuidado con lo que prometes. Las deudas se pagan. Y recuerda: no me llames. Solo estás comprometiéndome. Si tengo algo que decirte, seré yo quien te busque.

—Espera, quiero aclararte una cosa. Si nos ves a tu madre y a mí juntos, no pienses que tenemos algo. Eso ya terminó. Solo son negocios.

—Dante, me importa muy poco con quién estés o lo que hagas con tu vida. Eso sí, en un futuro, si tú y yo trabajamos juntos, esa mujer desaparece. O la madre o la hija. Piénsalo bien. Adiós.

Colgó con rapidez, levantando la mano para mostrarme cómo temblaba. Sin contenerse, se acercó y me abrazó. Respondí al gesto, dándole un apretón tranquilizador.

—Lo hiciste muy bien, Aless —susurré.

El roce de su boca contra mi cuello era una tortura deliciosa, y su respiración, cálida y pausada, apenas lograba disfrazar los temblores que la recorrían. Sus dedos, con movimientos lentos y precisos, acariciaban mi espalda como si intentaran memorizar cada centímetro. La presión aumentaba, no con urgencia, sino con una suavidad que desarmaba mis defensas. Me estaba volviendo loco. Quería besarla. Quería tomarla allí mismo. Pero otra vez mi mantra resonó en mi mente: «O todo o nada, Marco».

Y como siempre, la respuesta seguía siendo nada. Me aparté con decisión, poniéndome en pie, aunque mi cuerpo gritaba por su contacto. Carraspeé para llenar el incómodo silencio que se había instalado entre nosotros.

—Estoy seguro de que se lo ha creído. Dante no te molestará más…, al menos por ahora. Sin embargo, hay algo que no entiendo. —Mi mirada la atravesó, buscando respuestas—. ¿Qué fue eso de que después de la colaboración mi empresa caería?

Aless se levantó como un resorte, nerviosa, agitando las manos como si intentara despejarse.

—¡Yo qué sé, Marco! —replicó, inquieta—. No sabía qué decir para distraerlo. Era eso o arriesgarme a que saboteara el desfile. Pero como no encontremos una forma de pararle los pies, estamos jodidos. Y Alice me va a matar si sabe que también estoy metiendo a Giordano de por medio.

—Tranquila. —Alcé una mano, intentando calmarla—. Aún tenemos tiempo para pensar en algo.

Quise tocarla, sin embargo, detuve mi mano en el último segundo. «Cuanto menos contacto, mejor», me recordé. La cercanía era peligrosa, al menos para mi autocontrol.

—¿Has escuchado lo que comentó sobre mi madre? —continuó Aless, mirándome con el ceño fruncido—. Habla de negocios juntos. ¿Qué clase de negocios? ¿Qué tiene mi madre que lo hace mantenerla cerca y no apartarla como un trozo de estiércol?

—No lo sé. Pero tienes razón, es extraño. Simona siempre ha sido muy cuidadosa en no exponer el pasado. Que Dante no la haya quitado de en medio… es un detalle que hay que analizar. Algo se nos está escapando.

—¿Crees que mi madre sabe algo de Dante? ¿Que lo está chantajeando?

—Es una opción, aunque no tiene sentido. Dante ya intentó eliminar a mi padre y a Andrea. Si fuera el caso, ¿qué lo detendría de hacer lo mismo con Simona?

—Esto es demasiado complicado. —Dio un par de pasos hacia la puerta e inmediatamente se detuvo, como si acabara de decidir algo —. Me llevaré a Massimo a comer fuera y le contaré todo esto. ¿Te quieres reunir con nosotros? Lo digo para que no pienses que es una comida romántica.

Me hizo gracia que me tuviera en cuenta, y al mismo tiempo me dio una pequeña ventaja. Aless no sabía que Massimo ya me había hablado de sus gustos. Podría aprovechar ese detalle para hacerla rabiar un poco.

—¿Ir a comer con vosotros? Sería una temeridad. Llamaríamos demasiado la atención.

—¿Esquiaste dos días con Massimo y ahora resulta que es tu mejor amigo o qué? ¿Ya no temes que me guste o que yo le guste?

—No es que me encante como tal, pero he descubierto que no es tan malo como pensaba. —Le sostuve la mirada, añadiendo con un tono deliberadamente despreocupado—: De todos modos, Aless, puedes hacer lo que quieras con quien quieras. Eres libre. Ya no es asunto mío. Me dejaste muy claro que yo soy un…, ¿cómo lo

llamaste?, un «error». Así que no tiene sentido seguir dándole vueltas. Es hora de que cada uno siga su camino. Tal vez, algún día, podamos ser amigos.

Sus ojos se oscurecieron al escuchar esa última palabra y, antes de darme cuenta, estaba justo frente a mí.

—¿Amigos? Tú no puedes ser mi amigo, Marco. Y yo tampoco puedo ser tu amiga. Porque los amigos no se desean como tú y yo lo hacemos.

La tensión se disparó en un instante. Mi mente me pedía que mantuviera la distancia, pero mi cuerpo tenía otros planes.

—Tienes razón —admití en voz baja—. Eso se pasará con el tiempo. Son solo residuos de lo que tuvimos. Cuando encontremos a las personas adecuadas, seremos historia.

—¿Residuos? ¡Uf, Marco! Es que no te creo.

—Ese es tu problema, Aless. Somos lo que tú quisiste que fuéramos. Ni más ni menos.

Caminé hacia la puerta y la abrí, señalando el pasillo.

—Y ahora, tengo que trabajar. Que tengas un buen día, *principessa*.

Su mirada era fuego puro cuando cruzó la puerta, sin embargo, antes de irse, se giró lo justo para soltar su último dardo:

—Vete a la mierda, Marco.

Cerró la puerta de un portazo. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en mi rostro. «Eso es lo que querías, Alessandra. Pues eso tendrás».

Y estaba decidido: si ella quería guerra, le daría batalla.

CAPÍTULO 23

Se non posso averti nella mia vita, non voglio nessun altro.
Si no puedo tenerte en mi vida, no quiero a nadie más.

Muñeco de Tarta:
Marco, prepárate. En cinco minutos se enviará el mensaje masivo. Estoy casi seguro de que Luca irá directo a tu despacho en cuanto se vea acorralado. Como sé que no vas a abrir el enlace, te comparto aquí la noticia que ya salió en los medios. Esto va a explotar como la pólvora.

Yo:
¿Avisaste a mi abuelo, Massimo? Romeo querrá hablar con él.

Muñeco de Tarta:
Sí, ya está en la mansión. No quería quedarse en medio de la tormenta que se va a desatar, lo cual es bastante lógico.

Yo:
Entendido. Más tarde me pasaré por su casa para ver cómo está. Por cierto, cuando Luca venga a hablar conmigo, te marco para que escuches la conversación. Pon el audio en silencio, Massimo.

Muñeco de Tarta:
Perfecto, estaré atento. Marco, sé que esto no te resulta fácil, pero, créeme, es la mejor forma de encontrar las pistas que necesitamos.

No respondí. Una sensación de incomodidad se apoderaba de mí. Entendía la lógica detrás de todo esto y el porqué de que debiéramos hacerlo, sin embargo, no lograba sacudirme la sensación de estar traicionando a mi propia gente. Era un juego peligroso y,

aunque confiaba en que Massimo tuviera razón, no podía evitar preguntarme si estábamos cruzando una línea que no tendría vuelta atrás.

Respiré hondo antes de abrir el archivo que me había enviado. Y ahí estaba. La noticia, con su escandaloso titular y las imágenes que lo acompañaban, que no se quedaban atrás.

¡Romeo Sforza al descubierto!

El escándalo que sacude a la élite italiana e inglesa

Romeo Sforza, conocido en círculos exclusivos por ser uno de los solteros más codiciados y el rompecorazones más prolífico de Inglaterra, ha dado un giro inesperado a su ya controvertida vida. ¿El motivo? Imágenes exclusivas que lo muestran en un apasionado beso con su asistente personal, en la intimidad de la residencia de este último.

Pero eso no es todo. Según fuentes cercanas, ¡la relación podría ser mucho más seria de lo que aparenta! Se rumorea que Romeo y su asistente habrían sellado su amor en una boda secreta, a espaldas de su poderosa familia. ¿Cómo reaccionarán los Sforza, un clan conocido por su hermetismo y su tradicionalismo, ante este inesperado giro?

La revelación ha dejado a muchas de las jóvenes que en su día estuvieron vinculadas al joven Sforza preguntándose: ¿era todo una fachada? Romeo, quien siempre se mostró como el eterno galán, ahora parece haber estado ocultando más de lo que dejaba ver. ¿Estamos ante una doble vida?

Para añadir más leña al fuego, la misma fuente asegura que Romeo y su madre habrían dilapidado la fortuna familiar antes de regresar al cobijo del imperio de la moda Sforza. ¿La razón? Buscar un puesto en la empresa familiar como última tabla de salvación. Lo irónico del asunto es que, según nuestras informaciones, el asistente con quien comparte su vida (y quizá su anillo de bodas) sería también la clave de su repentino regreso al trabajo.

¿Qué dirá la familia Sforza de este escándalo? ¿Es esta la chispa que incendiará las tensiones familiares? Y, más importante aún, ¿qué otros secretos esconde Romeo? Seguiremos informando, porque esta novela apenas comienza.

La risa brotó de mis labios sin que pudiera contenerla. Era imposible no hacerlo al leer esa nota sensacionalista: la supuesta boda secreta de Romeo con Luca era un golpe maestro, un puñetazo directo a la fachada impecable que mi primo intentaba mantener y una soga al cuello para el siempre liberal y despreocupado Luca. Sabía que esta noticia haría que ambos se retorcieran de rabia y vergüenza, pero la satisfacción que sentí fue breve al pensar en mi abuelo. Él, el pilar de nuestra familia, siempre tan protector de la reputación de los Sforza. Debía ser agotador para él ver cómo, últimamente, nuestro apellido aparecía en los titulares no por nuestras creaciones o por el éxito de nuestro imperio de moda, sino por escándalos que nos alejaban cada vez más de la elegancia que nos definía. Y, aunque este nuevo desastre tenía una utilidad estratégica, no podía evitar sentirme un poco culpable.

Cerré el archivo y dejé escapar un largo suspiro. Miré la pantalla y comprobé que el enlace ya se había enviado; el mensaje masivo había hecho su trabajo. Mientras tanto, nuestro grupo de amigos —el que ya no incluía a Luca— explotaba con tanto mensaje. Los comentarios iban desde burlas hasta incredulidad, confirmando que toda la empresa estaba hablando del tema.

Sin embargo, lo que realmente captó mi atención fue un mensaje de Vito. Pensaba que la boda era cierta, que Romeo y Luca realmente se habían casado. Mi estómago se encogió al imaginar el golpe que esto debía representar para él. Pronto se daría cuenta de que era una mentira, aunque eso no alivió mi culpa. Me jodía profundamente que personas inocentes sufrieran los daños colaterales de nuestras estrategias, pero así era este juego sucio: todos salían salpicados.

Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos. «Adelante», respondí con voz neutra, y Emma apareció al otro lado.

—Luca está aquí. Dice que necesita hablar contigo —me informó, con una expresión que delataba una risa contenida.

Asentí.

—Dile que pase.

En cuanto se fue, marqué a Massimo. Cuando escuché que descolgaba, giré el móvil sobre la mesa, dejándolo con la pantalla hacia abajo para que pudiera escucharlo todo en silencio.

Entonces, Luca entró en mi despacho. Cabizbajo, los hombros caídos, parecía una sombra de sí mismo. Yo sabía que bajo esa apariencia derrotada había un calculador tratando de manipular la situación.

La rabia burbujeó en mi interior al verlo hacer aquel papel tan patético, pero me obligué a controlarme. Había un plan y debía seguirlo al pie de la letra. No podía permitirme un desliz ahora, no cuando estábamos tan cerca de obtener las respuestas que necesitábamos.

—Cierra la puerta, Luca —ordené con frialdad, reclinándome hacia atrás en mi silla. Mis ojos estaban fijos en él mientras obedecía—. Imagino que estás aquí por cierta noticia que, por lo visto, nos emparienta. Si esperas que te dé la bienvenida a la familia, déjame ahorrarte la decepción: has venido al lugar equivocado.

—Marco, no puedes creer todo lo que dicen. Por favor, tú me conoces. Sabes que no me casaría con nadie —confesó antes de desplomarse en una de las sillas frente a mí.

—¿Te he dicho que te sientes? No. Así que, de pie. —Le hice un gesto seco con la mano, obligándolo a levantarse. Cuando lo hizo, añadí—: Y en cuanto a que te conozco…, a la vista está que no. Resultaste ser un mentiroso y un traidor.

—Te juro que las cosas no son como parecen. Yo no estoy con tu primo —se apresuró a decir.

—¿También van a mentir las imágenes? Porque ahí se ve claramente lo cercanos que sois —aclaré con un tono que goteaba sarcasmo, entrelazando las manos.

—¿Me dejas explicarme? —imploró, con sus ojos buscando los míos.

—No.

—Por favor, Marco, por nuestra amistad…

—¿Esa amistad que tú mismo destrozaste cuando decidiste liarte con el traidor de mi primo? Solo falta que me digas que Simona es ahora tu mejor amiga. —Dejé caer el comentario con intención, viendo cómo su cuerpo se tensaba al instante. El simple nombre de Simona lo descolocaba. Patético.

—¡Yo no tengo nada que ver con Simona! —exclamó indignado—. No le haría eso a Aless.

Sentí cómo la rabia me quemaba por dentro. Tenía frente a mí a un mentiroso profesional. Lo sabía porque había fotos de él con Simona, compartiendo más que una simple comida. No obstante, antes de que pudiera decir algo, Luca continuó:

—Con Romeo solo es sexo, Marco. Nos acostamos alguna que otra vez. Ya sabes cómo soy: no creo en las relaciones serias. Con el roce del trabajo, surgió…, pero no significa nada. Es como con cualquier otro.

Me incliné hacia él, mis palabras iban a salir despacio, cargadas de desprecio.

—Para mí sí significa algo, Luca. Significa que decidiste tirarte al impresentable de mi primo. Ese mismo que quiere destruir esta empresa. Y, para mí, eso es una traición imperdonable. Y dudo mucho que Vito tenga mejor opinión de ti que yo.

—Marco, ¿qué estás intentando decirme? ¿Me estás echando de la empresa? ¿Nuestra amistad se acabó?

—Para mí, estás muerto, Luca. Eres un traidor, igual que Romeo. En cuanto a tu puesto aquí, queda en manos de tu jefe, amante, marido o lo que sea. Y ahora, lárgate de mi vista. Ya.

Luca intentó abrir la boca, pero no le di tiempo. Mi mirada lo fulminó y comprendió que no había más que decir. Salió apresuradamente, cerrando la puerta con un golpe seco.

—Massimo, ¿estás ahí? ¿Escuchaste a este gilipollas? Nos toma por idiotas. —Apreté el teléfono con fuerza.

—Cálmate, Marco. Lo hiciste muy bien. Por un momento, cuando soltó esa mentira sobre Simona, pensé que ibas a perder los papeles. Y cuando preguntó si estaba despedido, estuve rezando para que no lo hicieras.

—Despedirlo sería un error. Hay que mantener al enemigo cerca. Aunque, si fuera por mí, le daría una patada en el culo y lo mandaría directo a la calle. Aunque necesitamos ver hasta dónde está involucrado.

—Pronto sabremos más. Están investigando su teléfono —me informó Massimo.

—¿Y por qué no empiezan con el de Simona? Ella y Dante son los principales sospechosos de la muerte de tu hermano y de lo que le pasó a mi padre.

—Ya lo hicimos, Marco —respondió con un suspiro—. No encontramos nada.

Golpeé la mesa con fuerza.

—¿Cómo diablos puede ser eso posible?

—Es simple. O tiene un teléfono nuevo o está usando un número secundario.

Solté un bufido de frustración, pasándome una mano por el cabello.

—Mierda… Todo esto no sirvió para nada.

—No te desesperes tan rápido —intentó tranquilizarme—. Vito me está llamando. Lo voy a atender. ¿Te parece?

—Sí, claro. Hablamos más tarde —me despedí con sequedad antes de cortar la llamada.

Apoyé el teléfono sobre el escritorio y golpeé la mesa varias veces, dejando escapar un gruñido de frustración. Sentía que estábamos dando vueltas en círculos, sabiendo quiénes eran los culpables pero sin poder demostrarlo.

Apagué el ordenador con un gesto brusco. No había nada más que pudiera hacer en la empresa hoy. Mi abuelo me necesitaba más que nadie en ese momento, y yo necesitaba su calma. Era hora de ir a verlo.

* * *

El vestidor estaba en penumbra, con la única luz proveniente de una lámpara de pie. Me apoyé contra la pared, tratando de calmarme,

aunque el dolor en mis nudillos me recordaba que el día no había sido precisamente tranquilo. Cogí una camiseta negra de uno de los cajones y me la puse con torpeza. Apenas el cuello de la prenda rozó los cortes en mis manos, solté un quejido.

Aún sentía la rabia ardiendo en mi pecho, un fuego alimentado por la imagen de mi primo. Ese malnacido, ese traidor… Solo pensar en él hacía que mis puños volvieran a cerrarse automáticamente, ignorando el dolor.

Estando en la mansión con mi abuelo, Massimo me había llamado con dos noticias. La primera era difícil de interpretar como buena o mala: el teléfono de Luca estaba limpio. Nada de llamadas o mensajes que lo conectaran directamente con Dante. Quizá decía la verdad y su única implicación era su «relación» con Romeo. Aunque para mí, eso seguía siendo una traición, tanto como sus almuerzos con nuestros enemigos.

La segunda noticia, sin embargo, apuntaba directamente a Romeo. No había contacto evidente con Dante ni con Donato Sartoria, pero había múltiples llamadas de un número desechable y movimientos de dinero sospechosos en su cuenta. «Asesoramientos empresariales», decía la transacción. Massimo y yo sabíamos lo que eso realmente significaba: venta de información. Porque asesorar, lo que se dice asesorar, Romeo no podría hacerlo ni con un pez de pecera.

Así que, cuando lo vi entrar a la mansión, toda la frustración acumulada explotó. Sin pensarlo dos veces, avancé hacia él y lo golpeé en la cara. Mi abuelo y Sofia saltaron para separarnos.

—¡Marco, basta! —tronó mi abuelo, con ese tono que hacía temblar paredes.

—¿Trabajas para Dante? ¡Respóndeme! —le grité, con los puños aún tensos y señalándolo.

Romeo negó con tal vehemencia que casi parecía sincero.

—¡Yo nunca le daría información a Dante! ¡Tienes que creerme! Abuelo, no estoy mintiendo —explicó, rozaba la desesperación.

—Marco, déjanos a solas. Así no vamos a sacar nada en claro.

La petición me enfureció aún más. ¿De verdad quería creerle? Sofia, siempre tan dulce, me tocó el hombro para calmarme. Solté

un bufido y me alejé, dando un portazo que resonó en toda la casa.

Ya en mi habitación, me dejé caer en la cama y apagué el Mac con más fuerza de la necesaria.

El timbre sonó, sacándome de mis cavilaciones. Abrí el portalón desde el móvil, esperando ver a Allegra. Habíamos quedado para cenar, aunque sinceramente había olvidado llamarla para cancelar. Suspiré, maldiciendo.

Rápidamente me puse unos vaqueros y bajé descalzo, sin importarme peinarme o buscar zapatos. Pero cuando abrí la puerta principal, la imagen frente a mí no era la esperada.

Era Aless.

La última persona que debía estar ahí. Me quedé mirándola, incrédulo. Solo atiné a alzar los ojos al cielo, preguntándome: «¿De verdad? ¿Qué más me puede pasar hoy?».

—¿Marco, me vas a invitar a entrar o prefieres que charlemos aquí en la puerta?

—Sí, claro, adelante. —Procuré sonar relajado, aunque mi mente corría a mil.

—¿Y no me ofreces algo para tomar?

«Joder…, tenía que irse antes de que llegara Allegra. Si se cruzaban, estaba acabado. Aless siempre sacaba conclusiones precipitadas».

—Disculpa, pero he tenido un día de mierda. Tu visita, sinceramente, me desconcierta. Si quieres beber algo, dilo o cógelo directamente. Esta fue tu casa, sabes dónde está todo. —Me dejé caer en el sofá, agotado, porque ya veía que esto no iba a terminar bien.

Ella se acercó, ignorando por completo mi tono, y tomó mis manos con expresión de horror.

—¡Marco! ¿Y estas marcas? ¿Qué ha pasado?

—Una pelea con Romeo, aunque sinceramente no quiero hablar de él. Solo de pensar en ese idiota me hierve la sangre. Dime, ¿qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada grave. Solo quería comentarte un par de cosas. Mañana tienes que venir a una reunión en Giordano, a primera hora.

—¿Otra vez con eso? Aless, por favor, no voy a participar en la colección conjunta. Estoy desbordado, ¿no lo ves? Todo a nuestro alrededor está al borde del abismo. Además, no necesitas a nadie para sacar adelante una colección espectacular. Ya lo demostraste con Giordano y con Valentino Ferre. Estoy seguro de que esta será la mejor de tu carrera.

—Gracias por tus palabras, pero esta reunión no es para convencerte de nada. Es para que escuches una propuesta. Sin embargo, no te voy a adelantar nada. Si quieres saber de qué se trata, tienes que ir. Vendrás, ¿no?

—Eso es jugar sucio, pequeña. —Intenté no reírme, no obstante, me conocía demasiado bien.

—Marco, ¿qué tengo que hacer para que digas que sí? —preguntó con una mirada que mezclaba picardía y súplica.

—¿Tan desesperada estás? Podría aprovecharme de eso, sin embargo, no lo haré.

—Déjate de gilipolleces. ¿Vas a venir o no?

—Me lo pensaré.

—En fin…, tú te lo pierdes. Por cierto, estuve pensando en tus dibujos.

—No empecemos ahora con ese tema, Aless.

—¡Marco, por Dios! Estás derrotista hoy. Solo quería decir que se me ocurrió algo. Podrías hacer un zapato unisex o femenino basado en mis líneas. Sabes que mis colecciones siempre son inclusivas, y esta de Giordano no será la excepción. Piénsalo, podría salir algo muy especial.

—Parece que últimamente tengo que pensar en muchas cosas.

—Pues sí. —Se acercó un poco más y se sentó en el brazo del sofá, mirándome de frente. Su tono cambió a uno más suave—. Marco, ¿quieres que me quede contigo? Si te apetece hablamos. O no, me callo. Vemos una peli o hacemos lo que desees. Pero no deberías estar solo. O, si prefieres, vamos a la mansión. Entre Sofia y yo os sacamos una sonrisa a ti y a tu abuelo.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. Estar con ella era justo lo que deseaba. Abrazarla, sentir su cercanía, dejar que su calidez calmara el caos en mi interior. Sin embargo, estaba Allegra.

Habíamos quedado para cenar, y aunque podía cancelar, no sería correcto.

Al diablo lo correcto.

Cogí el teléfono, decidido a ser egoísta, pero el timbre sonó. Esa esperanza de tener un momento tranquilo con Aless se evaporó con ese simple sonido.

La miré antes de levantarme, sabiendo que estaba a punto de desatarse la tormenta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Aless, frunciendo el ceño con desconfianza.

—La verdad es que sí. Escúchame antes de sacar alguna conclusión errónea, ¿vale?

—Adelante, sorpréndeme.

—Voy a cenar con Allegra. Necesitamos hablar y aclarar ciertos aspectos de nuestra relación.

—Ah, ya veo. Estás hecho polvo y la primera a la que recurres es a la terapeuta de pacotilla. —Se puso de pie con un movimiento brusco, con la voz cargada de reproche.

—Aless, quedé con ella antes de que todo esto explotara. No la he llamado para que me «consuele», como tú piensas. Tenemos una conversación pendiente.

—Claro, claro. No tienes que darme explicaciones. Adelante, Marco, eres libre, ¿no? Haz lo que te dé la gana.

—Ella es mi amiga, Aless. Y no voy a apartarla de mi vida solo porque tú hayas vuelto. No es justo, no es un juguete.

—Pues que te vaya de maravilla con tu amiguita terapeuta.

—Aless…

No me dio tiempo a decir nada más. El timbre volvió a sonar y ella se dirigió hacia la puerta como un torbellino.

Cuando abrió, ahí estaba Allegra. Y el cruce de miradas entre ambas fue como el preludio de una batalla. Aless la observaba con aire desafiante, mientras que mi terapeuta arqueaba las cejas con rabia.

—Alessandra, ¿qué haces aquí? —preguntó, con una cortesía forzada y obvia incomodidad.

—No sé si lo sabes, pero Marco y yo trabajamos juntos. Y, aunque ya no seamos pareja, seguimos teniendo cosas que tratar. Así que más te vale acostumbrarte a verme cerca.

—Perfectamente comprensible. Pero los temas de trabajo, querida Alessandra, se suelen discutir en horario laboral. No en la casa de tu jefe. Algunas personas tienen vida fuera de Valentino Ferre.

—¿Eso lo dices como terapeuta o como «amiga»? Porque me da la impresión de que tú tampoco entiendes muy bien dónde termina lo profesional y empieza lo personal.

Cuando pasó por su lado, Aless no pudo resistir darle un pequeño empujón con el hombro, como si fuera casualidad. Allegra mantuvo la compostura, cerró la puerta y suspiró profundamente antes de mirarme.

Yo, mientras tanto, ya me había desplomado en el sofá, con una sensación de resignación absoluta.

—Bueno —musité para mí, sin siquiera levantarme—. A por el siguiente *round*, ¿no?

—¿Qué hacía ella aquí, Marco? —inquirió Allegra con el ceño fruncido mientras dejaba unas bolsas de *sushi* en la mesa.

—Ya te lo dijo, vino por trabajo. ¿Por qué diablos tengo que darte explicaciones de mi vida? —respondí con exasperación.

—Porque soy tu terapeuta. Y tu amiga, cielo. —Suavizó el tono mientras sujetaba mi mano—. Marco, estoy muy preocupada por ti. No quiero que su presencia te confunda.

—Allegra… —Solté su mano con cuidado y me enderecé en el sofá —. Entre Aless y yo está todo más que claro. Lo que me preocupa es que las cosas no lo estén entre nosotros dos.

—Si lo dices por lo que pasó en mi casa…, no le des importancia. Sinceramente, te vi tan mal que simplemente traté de distraerte. No fue la mejor idea, aunque siempre intentaré cuidarte, incluso si eso significa saltarme mis propias reglas.

—Pues no deberías hacerlo. No está bien. Pero más allá de esa noche, lo que realmente me hace cuestionar nuestra relación fueron tus palabras al salir de la fiesta de cumpleaños de Vito. Me dejaste claro que tienes sentimientos hacia mí. Sentimientos que yo no voy a poder corresponder.

—Marco. No puedo negar que despertaste algo en mí. Sentimientos del pasado, quizá. Cuando estábamos juntos en la universidad, me gustabas mucho, aunque la forma tan fría en la que te relacionabas en la cama y el vacío que proyectabas me asustaron. Pensé que nunca cambiarías.

Hizo una pausa, sus ojos buscaron los míos, como si intentara que entendiera lo que iba a decir.

—Cuando nos reencontramos, vi algo diferente. Por fin esa coraza estaba rota y la persona maravillosa que eres se dejó ver. Es muy difícil no sentir algo por ti, Marco. Sin embargo, tú no te das cuenta. Solo escuchas a una persona que nunca supo amarte como mereces. Alguien que jamás te convirtió en su prioridad. Alessandra se rindió contigo a la primera de cambio, ¿lo recuerdas? Te cambió por otro que, según ella, era mejor para su vida. Y ahora aquí está otra vez, confundiéndote. Aunque no te engañes: nunca fuiste su primera opción. Y nunca lo serás.

Sus palabras se clavaron en mí como puñales. Había una parte de verdad en lo que decía, y esa verdad dolía. Pero no podía dejarla pasar.

—Basta, Allegra. —Mi voz sonó firme, cortante—. ¿Estas palabras salen de la terapeuta, de la amiga o de la mujer?

—Salen de alguien que te quiere. De alguien para quien tú sí eres la primera opción. Marco, debo hacerte una pregunta y necesito que seas sincero. No por mí, sino por ti.

—Adelante, lo intentaré.

—Antes disfrutabas de mi compañía. Hasta diría que te hacía bien, que estabas en calma conmigo. ¿Niegas que te gustaba pasar tiempo a mi lado?

—No puedo negar algo tan obvio. Fuiste una gran amiga y estaba a gusto contigo.

—Entonces dime algo. —Su mirada se clavó en mí, intensa—. Si Alessandra no hubiera vuelto, ¿nos habrías dado una oportunidad? ¿Me habrías rechazado como lo hiciste aquella noche?

—No. Seguramente me habría acostado contigo. Quizá habría roto las barreras entre lo personal y lo profesional. Pero hubiera sido un error. Porque no te amo, Allegra. Nunca podría amarte. Nuestra

relación sería un desastre porque no te daría lo que necesitas. Serías mi segunda opción. Y nadie merece estar en ese lugar.

—Déjame decidir a mí si quiero estar en ese lugar. —Su voz temblaba de frustración y tristeza—. Porque la primera que tú dices que existe, Marco…, esa persona no te elegirá. Ni lo hará jamás.

—Allegra, voy a ser completamente honesto. No podría estar contigo aunque lo intentara con todas mis fuerzas. Aless vive clavada en mi alma, en mi corazón, en mi piel. O es ella o no es nadie.

—Lo siento, Marco. Porque no va a ser nadie.

—Yo también lo siento, Allegra. Como comprenderás, dejo de ser tu paciente. Buscaré otro terapeuta si lo necesito. Y en cuanto a nuestra amistad…, está claro que hay sentimientos de otro tipo de por medio y debemos distanciarnos. Al menos por un tiempo.

—Marco, no me saques de tu vida.

—No lo estoy haciendo. Solo creo que ahora es lo mejor para los dos. Esto no es el fin.

Ella se puso de pie con un movimiento brusco, cogió su bolso y me miró por última vez.

—Te vas a arrepentir de esto.

No estaba seguro si era una advertencia o una amenaza, pero no respondí. Allegra salió de mi casa dando un portazo.

CAPÍTULO 24

Il mio amore e adorazione per te cresce solo con il tempo. Molto, molto più forte.

Mi amor y adoración por ti solo se hacen más fuertes con el tiempo. Mucho mucho más fuertes.

—¡Niño Marco! —exclamó Sofia llevándose la mano al pecho al verme en el *hall* de la mansión—. ¿Quieres matarme del susto? ¿Qué haces aquí?

—¿Y esa bienvenida? —la cuestioné jugueteando con sus sonrojados mofletes—. Pensé que era tu Sforza favorito. Obviamente, después de mi abuelo, claro.

—¡Niño insolente! —Me soltó un manotazo en el brazo, pero no pudo evitar sonreír—. Un respeto, que soy mayor que tú. No lo olvides.

Antes de que pudiera responder, me envolvió en un cálido abrazo. Sofia siempre había sido como una abuela para mí. Tenía ese don de hacerme sentir comprendido, incluso cuando nadie más lo hacía.

—¿Dónde están todos? —indagué mientras me apartaba un poco.

—La niña Alessandra llegó furiosa. Y si tú estás aquí, me imagino que algo tiene que ver contigo —añadió con perspicacia—. Apenas cenó y se encerró en su cuarto. Y con tu abuelo pasó algo parecido. Después de la visita de Romeo y una fuerte discusión, se retiró a su habitación sin probar bocado.

—Sofia, por favor, dime qué pasó con él cuando me fui. Estoy preocupado.

—Eso es algo que debería contarte tu abuelo.

—Vamos, *mia regina*. Sé que lo escuchaste todo, necesito saber cómo está. Es lo único que me queda y tanto sobresalto me

preocupa.

—Haces lo que quieres conmigo, eres un manipulador —protestó antes de compartir la información—. Tu abuelo hizo confesar a Romeo. Admitió que había aceptado dinero a cambio de información, pero juró que nunca había trabajado con Dante. Insistió en que era otra persona quien le pagaba, alguien a quien nunca vio en persona. Solo hablaban por teléfono y dejaba la información donde le indicaban.

—Ese malnacido de mi primo… —apreté los puños—. Debería matarlo. ¿Qué pasa si sí era Dante? Podría haberse escondido detrás de alguien más.

—Eso mismo le comentó Giovanni; sin embargo, Romeo aseguró que no. Según él, entregó información que a Dante nunca le habría interesado.

—No me creo nada. Está mintiendo porque lo descubrieron. ¿Y qué dijo mi abuelo?

—Lo echó. —Sofia me miró con seriedad—. De la empresa y de esta casa. Romeo sigue teniendo la parte que le corresponde de Valentino Ferre, pero no volverá a trabajar aquí. Giovanni estaba tan dolido que le soltó que, desde ese momento, solo tenía un nieto: tú.

—Debo hablar con él. Esto tiene que haberlo destrozado.

—No, hijo. No lo hagas ahora. —Sofia puso una mano en mi brazo —. Tomó una pastilla para dormir. Y esta noche ya discutimos porque está descuidando su medicación del corazón. Se olvidó de la dosis de la noche. Déjalo descansar.

—*Dolce* Sofia, ese viejo gruñón tiene mucha suerte de tenerte. Llevas años cuidándolo como si fuera tu vida. Te quedaste incluso cuando podrías haberte jubilado hace tiempo. ¿Cuándo vas a hablar con él sobre lo que sientes? Porque, no me engañes, sé que lo amas. Y él también siente algo por ti. Creo que no se permite decirlo. Está tan ocupado queriendo cuidar de todos nosotros que se olvida de sí mismo.

—¡Niño Marco! —Se sonrojó ligeramente, echándome una mirada de advertencia—. Qué ideas más absurdas se te meten en la cabeza. Yo solo le tengo aprecio. Él no me ve como nada más que su empleada de confianza.

—Claro, claro… Sigue engañándote. Pero deja que la vida pase y luego te arrepentirás. Créeme, sé de lo que hablo. Solo nos damos cuenta de lo que perdemos cuando ya es demasiado tarde.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó, entre divertida y molesta—. El mocoso que cuidé cuando era pequeño ahora viene a darme lecciones de vida. Mejor me voy a la cama antes de que sigas hablando de tonterías. ¿Quieres que le avise a la niña Alessandra de que estás aquí o prefieres ir tú mismo a su cuarto?

—Eres una descarada. —Le sonreí, divertido, y le di un beso en la mejilla—. Avísala tú. Estaré en la sala, tengo algo que mostrarle.

—Está bien, hijo. Pero, por favor, no forméis ningún escándalo. Tu abuelo está durmiendo.

—No he venido a discutir, Sofia.

—No me refiero a eso. Hablo de otros escándalos, los que montáis cuando estáis demasiado… cariñosos. Porque, déjame decirte, se escucha por toda la casa. Buenas noches. —Sonrió con picardía antes de tirar de mis mejillas como si todavía tuviera cinco años.

Me quedé mirándola, desconcertado.

«¿Nos escucharon? —murmuré para mí mismo, sintiendo cómo me subían los colores al rostro—. ¡Qué vergüenza con mi abuelo!».

Cuando Aless apareció en el umbral de la sala, mi respiración se detuvo por un instante. Estaba seria, con el semblante tenso, aunque esa expresión solo conseguía hacerla más atractiva.

El cabello recogido en un moño desordenado dejaba ver la delicadeza de su cuello, llevaba una simple camiseta que parecía más un descuido que una prenda intencionada. Se le deslizaba por un hombro, revelando la suave línea de su clavícula, y sus piernas desnudas, largas y perfectas, terminaban en unos calcetines que la hacían ver, paradójicamente, como la mujer más *sexy* y más hermosa del mundo.

Se quedó en el marco de la puerta, cruzada de brazos, con una mirada desafiante y algo que yo solo podía describir como fuego.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche mirándome o vas a decirme qué narices haces aquí?

Una pequeña sonrisa curvó mis labios. Aless era una fierecilla indomable, de esas que arden sin consumirse. Siempre lista para el combate, siempre retándome con esa mirada oscura que decía más de lo que sus palabras se atrevían. Pero yo la conocía. Detrás de su coraza estaba alguien que no solo quería ser desafiada, sino amada, aunque jamás lo admitiría.

—Te estaba esperando para mostrarte algo.

Ella entrecerró los ojos antes de dar un paso hacia mí.

—¿Esto es alguna clase de broma? Hace un rato estabas en tu casa, cenando con tu «amiga», ¿y ahora apareces aquí? ¿Qué pasa, Marco? ¿No hubo postre?

—¿Otra vez con lo mismo, Aless? —Me pasé una mano por el cabello, fingiendo exasperación—. Mira, no tengo por qué darte explicaciones, aunque para evitar que conviertas esto en una discusión interminable: hablamos. Allegra ya no será mi terapeuta, y nuestra amistad…, bueno, nos tomaremos un tiempo. Al menos hasta que sus sentimientos hacia mí cambien.

—No me interesa lo que hagas con tu vida, Marco —respondió con una indiferencia tan ensayada que era casi teatral. Pero esa chispa en sus ojos me decía otra cosa. Alivio.

—Claro que no te importa. —Me acerqué un poco más, observándola sin ocultar mi provocación—. Aunque no estoy aquí para hablar de Allegra. Ven, quiero mostrarte algo.

Hice un gesto hacia el piano. Sobre la superficie reluciente descansaban varios diseños esparcidos. Sus ojos se iluminaron.

—¿Y esto? —curioseó mientras tomaba uno de los dibujos, fascinada.

—Me pediste una línea unisex o femenina. Ya la tenía lista y quería que fueras la primera en verla.

—Marco —susurró casi sin aliento mientras examinaba cada detalle—. Este calzado es… increíble.

Se movió, quedando entre el piano y yo, tan cerca que podía sentir su trasero rozando contra mi entrepierna. Su cabello desprendía ese aroma dulce y adictivo que se colaba en mis sentidos y mi autocontrol comenzó a tambalearse.

«Hazlo bien, Marco. No pierdas el control», me reprendí.

—Mira este. —Señalé un diseño deportivo mientras extendía el brazo sobre su hombro. Mis mejillas rozaron las suyas, y el leve contacto fue como un fuego que se propaga rápidamente.

—¿Este? —murmuró sin moverse, atrapada contra mi cuerpo.

—Lo diseñé pensando en tus trajes unisex. Rompes lo formal con lo informal como nadie más. Era lo único que tenía en mente mientras lo hacía.

Ella giró despacio su cabeza, quedando su boca frente a la mía, tan cerca que casi podía sentir el sabor de sus palabras antes de que las pronunciara.

—¿Y estos *stilettos*? —preguntó en un susurro. Y seguidamente, como si supiera perfectamente lo que hacía, se mordió el labio.

Sin pensarlo, la tomé por la cintura y la senté en el piano. Mis manos se movieron rápidamente para apartar los papeles, dejándolos a un lado, mientras mi cuerpo se colaba entre sus piernas. Ella suspiró, agitada, su pecho subía y bajaba como el mío.

—Los diseñé pensando en ti —confesé, con la voz ronca, mientras tomaba su pie con suavidad, deslizándole el calcetín.

Mis dedos trazaron líneas invisibles sobre su piel, como si delineara cada curva con la misma devoción que puse en el boceto.

—Se llaman Sicilia. Por ti —añadí, acariciando con reverencia su tobillo, fijando mi mirada en ella.

Alcé su pierna, acercándola a mi boca. Mi lengua recorrió la cara interna de su muslo como si estuviera esculpiendo cada trazo en su delicada piel, hasta detenerme en su sexo. Sentí cómo jadeaba cuando presioné con los labios la ropa interior.

—¿Qué estás haciendo, Marco? —balbuceó; su voz temblaba, cargada de deseo.

Sonreí y retrocedí de golpe, liberándola del calor de mi boca.

—Es tarde, Aless. Me voy. Te dejo los dibujos para que los disfrutes. Estoy seguro de que pasarás toda la noche despierta, pensando en ellos… o en mí.

Ella me fulminó con la mirada, las mejillas encendidas, y lanzó un bufido malogrado.

—¡Te odio, Marco Sforza!

Me giré para mirarla por última vez, dejando mi sonrisa como la última provocación.

—O todo o nada, pequeña.

Y mientras salía, supe que la batalla estaba lejos de terminar. Solo estaba calentando motores.

* * *

Sabía que entrar en Giordano era como meterme en la boca del lobo. Si algo se cocía en esa oficina, y más con Aless y Alice involucradas, probablemente significaba líos garantizados. Pero la curiosidad me ganó, y allí estaba. La asistenta llamó a la puerta del despacho, Alice nos dio paso casi de inmediato, y al entrar me recibieron tres miradas cómplices que compartieron una sonrisa. Perfecto. Ya estaban tramando algo.

—Adelante, Marco, toma asiento. ¿Café? —ofreció Alice con esa amabilidad que siempre escondía segundas intenciones.

—No, gracias. Vamos al grano, no tengo todo el día —manifesté, desabrochándome el botón de la chaqueta antes de sentarme en uno de los sillones individuales.

—Hijo, me alegra que hayas venido. Sinceramente, ni Alice ni yo esperábamos que aparecieras —intervino mi abuelo, con un tono que claramente buscaba provocarme—. Aunque parece que Aless confía ciegamente en ti.

Ignoré el comentario y fui directo al punto:

—Ya que estoy aquí, ¿me explicáis para qué me necesitáis? Dejo claro que no formaré parte de la colección conjunta. Con Aless al mando, no hace falta nadie más.

—No estás aquí por eso —aclaró Alice—. Aless nos contó que has estado trabajando en una línea de calzado, incluyendo diseños femeninos y unisex. Lo describió como un trabajo brillante.

Me giré hacia ella, molesto. ¿Por qué había hablado de algo que compartí solo con ella?

—¿Qué estás intentando, Aless? Te aclaré que era un proyecto personal, algo que no estaba listo para salir a la luz.

—Tranquilo, Marco —me calmó mi abuelo—. Alessandra solo ha intentado ayudarte. Me duele que no me contaras que querías expandir nuestras colecciones con calzado. Hubiera sido un sueño cumplido para mí.

—¿Decírtelo para qué, abuelo? Sabes tan bien como yo que no podemos afrontar esa inversión. La deuda por la ampliación de locales que dejó mi padre no está saldada.

Alice intervino antes de que el ambiente se tensara más.

—Por eso estás aquí. Quiero asociar a Giordano con Valentino Ferre para lanzar esa línea de calzado.

Fruncí el ceño. ¿Una asociación?

—¿De qué estás hablando, Alice?

—De una alianza estratégica —continuó con calma—. Crearíamos un nuevo sello para el calzado, aprovechando el talento de ambos equipos. Es una oportunidad única.

—Es imposible. No tenemos el dinero para asociarnos a partes iguales. Y me niego a aceptar un porcentaje menor —repliqué, notando la aprobación silenciosa de mi abuelo.

Él levantó una mano, como si ya tuviera una solución preparada.

—Hay una opción. Podríamos subastar algunos de los trajes clásicos de Valentino Ferre. Eso nos daría liquidez suficiente.

—Ni pensarlo, abuelo. Esos trajes son tu legado. No voy a permitir que los subastes.

Alice retomó la conversación con una sonrisa astuta.

—No será necesario. Domenico adquirió muchos establecimientos para la expansión de Valentino Ferre. ¿Qué tal si Giordano compra la mitad de los que no utilicéis? Eso liquidaría la deuda que todavía os queda, y además podríamos usarlos como tiendas para la nueva línea. Empezaríamos con locales destacados en varias ciudades.

—Es una gran idea —la apoyó mi abuelo, entusiasmado—. Marco, no podemos dejar pasar esta oportunidad.

—Y los almacenes, los proveedores, la producción… ¿Os olvidáis de que esto no es solo abrir una tienda?

—Podemos usar nuestros almacenes y proveedores turcos. Trabajamos con materiales similares, y en cuanto a la producción, sí,

requeriríamos un equipo adicional, pero podemos instalarlo en vuestra nave, es más grande.

—Me lo estás poniendo difícil para decir que no, Alice. No obstante, aún hay un problema. No puedo llevar ambas líneas, la de ropa y la de calzado. No es factible.

—Sí que lo es, Marco. —Aless intervino con decisión por primera vez—. Puedes contar conmigo. Diseñaré para Valentino Ferre y seré tu apoyo en el departamento de Diseño, como Nico lo es en el de Administración.

—No es lo mismo, Aless. —La miré, escéptico—. Nico estará aquí hoy y mañana. Tú, en cuanto te aburras, desaparecerás. Y cuando lo hagas, todo recaerá sobre mí.

—Eso no va a pasar porque no me voy a ir a ningún lado. Mi lugar está aquí, con la gente que me importa. Si tienes dudas, reconócelo. Pero no me pongas como excusa para no arriesgarte.

Sentí las miradas de mi abuelo y Alice, atentos a nuestra interacción. Por un instante, sus palabras hicieron que creyera que no hablaba solo del trabajo. Aunque rápidamente deseché la idea; era por la empresa, no por mí.

—Entonces, Marco, ¿somos socios? —Alice rompió el silencio con una amplia sonrisa.

Miré a mi abuelo, quien me devolvió una mirada aprobatoria. Extendí mi mano hacia Alice.

—Tenemos trato. Pero si el nombre no me gusta, rompo el acuerdo —bromeé, aliviando la tensión. Ella soltó una carcajada, apretando mi mano.

—Voy a pedir champán. Esto merece una celebración.

Cuando Aless sugirió que anunciáramos la alianza durante el desfile conjunto, incluso mi abuelo aplaudió la idea. Alzamos las copas, cerrando el trato con un brindis.

Mientras chocábamos las copas, me acerqué a Aless y susurré junto a su oído, dejando que mis labios rozaran su lóbulo.

—Gracias, pequeña. Y no lo digo por esto, sino porque hayas decidido quedarte, aunque no sea por mí.

CAPÍTULO 25

L'unico modo per avere un amico è esserlo.
La única manera para tener un amigo es serlo.

—Emma, avisa a Alessandra que venga a mi despacho.

—Claro, Marco —respondió antes de colgar.

Cogí una pequeña caja del cajón de mi escritorio y jugué con ella entre las manos mientras caminaba hacia la mesa. La apoyé con cuidado sobre el centro de la superficie, mirándola un instante, como si fuera el detonador de una bomba que estaba a punto de activar. Esa fierecilla necesitaba una lección y esta vez no iba a dejar pasar la oportunidad.

Todavía tenía grabada en mi mente la imagen de Aless en la mansión dos noches atrás, ese contoneo descarado contra mi entrepierna que casi me hace perder la cabeza. Si no me hubiese aferrado al último hilo de autocontrol, probablemente me la habría follado sobre el piano. De milagro me detuve, aunque no sin que mi cuerpo pagara el precio de esa contención.

Había querido entregarle el regalo al día siguiente, pero fue imposible. Entre el cierre del trato con Giordano y las reuniones interminables, no tuve un segundo de respiro. Y luego, claro, estaba Luca. Mi abuelo no quería ni verlo, por eso me encargué personalmente de despedirlo. Me había dado ese gusto.

Cuando entró en mi despacho, lo recibí con el sobre en mano y una mirada que no dejaba lugar a discusiones:

—Aquí tienes tu liquidación. Desde hoy prescindimos de tus servicios. Tu jefe ya no trabaja en esta empresa y tampoco tenemos dónde recolocarte.

Intentó abrir la boca, sin embargo, lo corté con un gesto.

—Recoge tus cosas. Firma el documento y llévaselo a Recursos Humanos. Sabes dónde está.

Después de un portazo que resonó como una declaración de guerra, sentí alivio. Massimo no estaba del todo de acuerdo con la decisión de mi abuelo, incluso él había admitido que los traidores no podían quedarse. La mayoría de nuestro equipo era leal, por fortuna, pero aún quedaban algunos como Simona que cubrían demasiado bien sus espaldas.

Unos golpes en la puerta me devolvieron al presente. Dejé escapar una sonrisa fugaz antes de recomponer mi semblante.

—Adelante.

Emma entró primero, dejando paso a Alessandra.

—Que nadie nos moleste —solicité, mirando a Emma, que asintió antes de desaparecer con un guiño cómplice.

Aless arqueó una ceja, lanzándole una mirada fulminante a su amiga antes de girarse hacia mí.

—Toma, esto es para ti. —Le tendí la caja y me apoyé en el borde de la mesa, con los brazos cruzados.

Ella tomó la caja y la abrió con cuidado. Al principio, su expresión fue de simple curiosidad, pero pronto sus ojos se abrieron como platos. Sacó uno de los juguetes, seguidamente otro y otro, hasta que su semblante pasó de sorpresa a indignación absoluta. Finalmente, agarró con firmeza un pequeño conejito vibrador y lo blandió en mi dirección como si fuera un arma.

—¿¡Qué es todo esto!? —estalló, moviendo el conejito de un lado a otro en un gesto casi amenazante.

—Bueno, Aless, te he visto un poco necesitada últimamente, y pensé que a Moradito le vendría bien algo de ayuda. —Intenté aguantar la risa mientras hablaba.

—¡Eres un imbécil! —gritó, y comenzó a golpearme con el conejito en la solapa de la chaqueta.

No pude evitar descojonarme. La situación era cómica, pero decidí que ya era suficiente. En un movimiento rápido, la sujeté por la cintura y la giré, dejando su trasero apoyado contra la mesa mientras yo me colocaba frente a ella.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —protestó, sin embargo, su voz flaqueó cuando apreté el botón del conejito. Este comenzó a vibrar suavemente, y Aless miró primero el juguete, a continuación a mí,

completamente incrédula. Me acerqué a su oreja, dejando que mi lengua acariciara su lóbulo antes de susurrar:

—Cielo, lo único que deseo es que disfrutes. Y cuando lo hagas, quiero que pienses en mí, en cómo lo usaría contigo, en tu cuerpo.

Le di un beso lento en el cuello, justo en el punto donde sabía que su piel era más sensible. Aless dejó caer el conejito al suelo, presa del momento.

—Espera… —Me detuve, inclinándome para recoger otro juguete, esta vez un pequeño huevo vibrador. Lo levanté ante ella, mostrándoselo como si fuera un premio.

—¿Qué es eso? —preguntó con lentitud.

—Es tu nuevo mejor amigo. ¿Quieres probarlo?

Ella negó con la cabeza, aunque cuando lo acerqué a sus labios, estos se entreabrieron automáticamente. Lo envolvió con su boca y tuve que contener una sonrisa de satisfacción. Cuando vi que estaba completamente mojado, lo retiré con suavidad.

—¿Ves? Obediente te ves más guapa. —Abrí sus vaqueros con calma, bajándolos un poco. Con mi mano me colé en su ropa interior y comprobé que estaba empapada, todo más que en orden.

—¡Espera! ¿Qué piensas hacer? —Buscó recuperar la compostura, aunque su respiración delataba el nerviosismo.

—Relájate, pequeña. Todo está bajo control. —Llevé el huevo a su entrada y poco a poco este se deslizó por su humedad. Encendí el mando a distancia y presioné el primer botón.

El huevo cobró vida y Aless dejó escapar un pequeño jadeo, aunque trató de disimularlo. Cambié la intensidad y ella apretó los puños contra la mesa.

—¡Para esto ahora mismo, Marco! ¡Te odio! No sabes cuánto te detesto.

—Claro que lo sé —respondí relajado mientras jugaba con el mando.

Ella gruñó, a punto de explotar, pero yo la ignoré por completo, disfrutando de cada segundo de su reacción. Había ganado esta ronda, o eso creí antes de que me besara. Sus labios se juntaron con los míos con caricias largas e intensas que me sacudían todo el cuerpo. Me detuve pegado a ella unos segundos con sus labios

entreabiertos, respirando hondo, intentando alejarme. ¡A la mierda mi autocontrol! Solté un sonidito grave, reconociendo que había perdido esa batalla, y la besé de nuevo. Esta vez con más intensidad. La empujé con más fuerza contra la mesa, haciendo que la caja de los juguetes acabara en el suelo. Con una sonrisa que me delataba, aumenté la vibración, mientras Aless deslizaba su boca por mi cuello. E inevitablemente todo mi cuerpo reaccionó.

—Marco, creo… creo que…, ¡oh, Dios mío!

—Lo sé, pequeña. No te contengas.

Comenzó a apretarse contra mi cuerpo, su boca estaba en mi cuello y me hizo un chupetón.

—¡Joder! —bramé, no por la marca, sino por lo cachondo que estaba.

—Bésame. —Me sujetó la barbilla y me obligó a centrarme en su boca, mientras su cuerpo convulsionaba bajo mis brazos.

Al otro lado de la puerta se escucharon voces. Aless y yo nos miramos, paralizados por un segundo, y pese a ello reaccionamos enseguida, recogiendo a toda prisa la exposición de juguetes sexuales. Aless intentó meter la mano dentro de su pantalón para quitarse lo que llevaba, pero la detuve.

—No hay tiempo.

—¡Marco, dame el mando! —ordenó con un tono urgente.

—Ni en sueños, pequeña.

—Te odio con toda mi alma.

—Lo sé, y yo a ti más.

Justo en ese momento, la voz de Massimo retumbó desde el otro lado.

—¡Necesito hablar con Marco!

—Está ocupado y no quiere interrupciones —replicó Emma, firme.

—Me da igual, esto no puede esperar —indicó él, abriendo la puerta de golpe. Se detuvo en el umbral, con Emma a su lado, mirando primero a Aless y después a mí.

Yo me acomodé en mi silla con toda la calma del mundo, cruzando las manos sobre la mesa.

—¿Qué quieres, Massimo, que no puede esperar?

Mi asistente me miró con una mueca de disculpa y yo le respondí con un gesto de «no pasa nada».

—Aless, siéntate. Tuve una idea —solicitó el jefe de seguridad, como si aquel fuera su despacho. Ella, intrigada, obedeció.

—¿Y bien? Ilumínanos con tu brillante idea —alenté sin demasiado entusiasmo. Nada de lo que habíamos intentado últimamente daba frutos: ni los mensajes masivos, ni los locales investigados de Donato Sartoria. Todo salía mal. Así que no esperaba mucho de lo que iba a decir.

—Escuchad. Marco, necesito que desactives las cámaras del aparcamiento, y tú, Aless, debes enfrascarte en una pelea con tu madre. Distráela hasta que te avise. Voy a conectarme al ordenador de a bordo de su coche y sacar lo que pueda. ¿Creéis que podéis hacerlo?

—No suena complicado —respondí—, pero no esperes milagros.

—Yo estoy más que lista —declaró Aless con una sonrisa peligrosa —. De paso, me vendrá bien sacar esta mala leche.

Lanzó aquello mirándome directamente, dejando claro a quién se refería. Se levantó con un movimiento exagerado, seguida de Massimo, quien se detuvo antes de salir.

—Ah, Marco, dos cosas. Una: cámbiame el nombre en tu teléfono, no me gusta aparecer como «Muñeco de Tarta». Y dos… —se inclinó un poco y señaló mi cuello—. ¿Has considerado ponerte maquillaje? A tu edad, andar por la oficina con un chupetón tan obvio es…, bueno, un poco lamentable.

Mi mirada se clavó en Aless, quien sonreía con total descaro. Sabía perfectamente lo que había hecho y lo disfrutaba.

Cuando Massimo salía, ella se echó a reír abiertamente. Pero yo ya tenía mi revancha lista. Metí la mano en mi bolsillo y activé el mando del vibrador, subiendo la intensidad poco a poco. Aless se tensó, agarrándose el abdomen mientras abría los ojos como platos.

—¿Aless? ¿Estás bien? —curioseó Massimo desde la puerta, girándose al verla en ese estado.

—¡Sí! Necesito… necesito ir al baño, ahora mismo.

Salió corriendo antes de que alguien pudiera decir algo más. Yo no pude evitar una sonrisa triunfante.

Massimo me miró, entrecerrando los ojos. Y a continuación soltó, divertido:

—¿Sabes? Sois demasiado obvios. Se oye el zumbido del vibrador a kilómetros. —Me guiñó un ojo antes de cerrar la puerta.

* * *

—¿Aless, Marco te ocultó que sabía que yo era gay? —se carcajeó Massimo antes de darle un trago a su vaso.

—¿Por qué hiciste eso? —indagó Nico, curioso, mientras cortaba un trozo de carne y se lo llevaba a la boca.

—Fue un escarmiento. Por hacerme creer que había algo entre ellos. —Me encogí de hombros disfrutando del momento. Aless me miró indignada y me golpeó con la servilleta que tenía en la mano.

—Oye, yo no te hice creer nada. No es mi culpa que tu cabecita sea tan… imaginativa.

—¿Ah, no? ¿Y cómo defines lo que hiciste en el cumpleaños de Vito? ¡Besándolo frente a mí! —lancé, señalándola con el tenedor.

—¡Supéralo, Marco! —dijo, exasperada—. Puedo hacer lo que me dé la gana. Estoy soltera, ¿recuerdas?

—Aless, bella…, eso no es del todo cierto. ¿O ya se te olvidó cuando viniste a hablar conmigo? Querías que le contara a Marco sobre mis gustos porque, según tú, estaba tan celoso que podría tener un desliz con Allegra —la descubrió dispuesto a echarme una mano.

—Gracias, colega —le reconocí a Massimo, dándole una palmada en el hombro. Me giré hacia Aless y me acerqué a su rostro, repitiendo con dramatismo sus propias palabras—. ¡Supéralo, Aless! Soy un hombre libre y puedo hacer lo que quiera, con quien quiera.

La mesa estalló en carcajadas. Hasta Nico tuvo que dejar el vino para no atragantarse. Aless, roja de frustración, tiró la servilleta sobre la mesa con un bufido.

—Sois unos idiotas. Los dos —afirmó, señalándonos a Massimo y a mí.

Su reacción solo desató más risas, mientras Massimo levantaba su copa.

—Por ti, Aless. Siempre sabes cómo hacer la noche más interesante.

Ella se giró, alzando un dedo sin dignarse a mirarnos. Yo no pude evitar un último comentario.

—¡Te queremos, fierecilla!

—¡Que os den! —gruñó, provocando otra ronda de risas generalizadas.

El teléfono de Massimo comenzó a sonar. Se levantó de su asiento y se apartó de la mesa para atender la llamada. Mientras tanto, nosotros seguíamos descojonándonos, alzando las copas y compartiendo bromas en la elegante terraza cerrada de Nico y Emma.

Habían comprado una preciosa casa en un barrio lujoso a las afueras de Milán, y esta cena era la excusa perfecta para inaugurarla con amigos. Era uno de esos momentos que se te quedan grabados en la memoria, el tipo de noche que no necesita nada más que las personas que quieres a tu lado.

Nico y Emma vivían en una burbuja de felicidad. Desde su boda, parecían más unidos que nunca, incluso después de que ambas familias les dieran la espalda por el enlace. La ruptura con sus seres queridos, lejos de ser un problema, había traído la paz que tanto necesitaban. Los mirabas y te daban ganas de creer en el amor, aunque no lo diría en voz alta, claro.

Massimo y Vito eran otra historia. Cada día pasaban más tiempo juntos, aunque por alguna razón, su relación seguía en esa incómoda fase intermedia, como si ambos estuvieran esperando que el otro diera el primer paso. Era evidente que se gustaban, aunque a veces el miedo es peor que cualquier barrera. Aun así, me alegraba ver a Vito: tranquilo, feliz, con alguien que le daba serenidad y confianza. Y sobre Massimo, qué decir del Muñeco de Tarta. Había descubierto en él a un tipo genial, con un humor ácido que rivalizaba con el mío y unos piques que siempre acababan en risas.

¿Y Aless y yo? Bueno, eso era un tema aparte. Todo estaba tranquilo, al menos en apariencia. Pero cada vez que nos

quedábamos a solas en un cuarto, la temperatura subía de golpe. Dos cuerpos en ebullición, como si el aire mismo se electrificara. Por más que lo deseaba, me resistía a cruzar esa línea, y ella también. Aunque lo suyo parecía más orgullo o miedo que otra cosa.

El trabajo nos mantenía lo suficientemente ocupados para evitar que nos explotara la cabeza. Aless estaba enfrascada en la colección con Giordano, mientras yo cerraba el acuerdo de nuestra nueva sociedad con Alice. Nos habíamos visto obligados a viajar varias veces juntos para elegir los locales que usaríamos. Lo que antes había sido una mala inversión de mi padre, ahora se estaba convirtiendo en una expansión prometedora. Valdano, así se llamaría el proyecto.

Massimo volvió a la mesa, con una ceja arqueada y semblante serio.

—¿Qué pasa, Massimo? ¿Problemas? —indagué, mientras le servía más vino.

—Nada importante. Marco, voy a fumar un cigarro, ¿me acompañas?

Aquella invitación no era inocente, tenía segundas intenciones. Yo no solía fumar, a menos que los nervios me superaran. Massimo tampoco era un gran fumador, así que la única explicación era que quería hablar conmigo a solas.

Asentí con un ligero movimiento de cabeza y me incorporé de la silla, siguiéndolo sin levantar sospechas. Bueno, casi sin levantarlas. Aless fue la única que percibió la jugada, lo noté en la forma en que sus ojos me siguieron fugazmente. Pero no se movió ni añadió nada, solo volvió a su conversación.

Una vez fuera, el aire nocturno nos llegó con una brisa ligera que olía a hierba recién cortada y a los restos de la barbacoa que aún chisporroteaba en el jardín. Massimo sacó la cajetilla de su chaqueta con un movimiento pausado y me ofreció un cigarrillo. Lo acepté sin decir nada.

Me apoyé contra la barandilla del porche y esperé a que hablara, porque conocía ese patrón: Massimo no soltaba las palabras de inmediato, las dejaba reposar como si fueran un buen vino.

—Ayer Vito y yo nos besamos —confesó, pillándome completamente desprevenido. Levanté una ceja, esperando a que continuara—. Tuve que cortar el contacto en cuanto me di cuenta de que le estaba mintiendo. Inventé una excusa barata y me fui. Marco, no quiero lastimarlo, pero no puedo seguir con esto, no con un secreto entre los dos. Él tiene derecho a saber quién soy y que mi vida no está aquí, sino en La Haya.

—Joder, tío. Deberías contárselo todo. No está bien que le ocultemos esto, ni a Vito ni a los demás. Ahí dentro están nuestros amigos, los que se han ganado nuestra confianza.

—Lo sé, Marco, lo sé. Aunque… ¿crees que es seguro involucrarlos en esto? Sabes que no. Cuando descubrimos lo de la traición de Romeo, me pediste que dejáramos a tu abuelo al margen por su problema de corazón, y lo entendí. Con ellos es lo mismo. No tenemos derecho a meterlos en esta mierda. Y menos…

—¿Y menos qué? —pregunté, dándole una calada al cigarro—. ¿Qué estás ocultando? Esto tiene que ver con esa llamada, ¿verdad?

—Marco, hay algo que no os conté.

—Me estás preocupando. ¿Qué cojones te has callado esta vez?

—¿Te acuerdas hace más de un mes, cuando te pedí que desactivaras las cámaras de seguridad del aparcamiento?

¿Cómo olvidarlo? Hasta hoy seguía maldiciendo el malentendido que surgió con el joven de seguridad, que asumió que necesitaba «intimidad» para algún encuentro amoroso clandestino. ¡Menudo concepto que tenían de mí! Tampoco podía olvidar la pelea entre Aless y Simona, que terminó con una bofetada digna de una telenovela.

—Sí, claro que me acuerdo. Me comentaste que intentabas sacar algo del ordenador de a bordo y que no había nada. Otro fracaso más, ¿no?

—Eso es cierto, sin embargo, no te revelé todo. Ese día, mientras desconectabas las cámaras, instalé un rastreador en el coche.

—¡¿Qué?! ¿Por qué lo ocultaste?

—Porque no quería entusiasmarte con algo que podía no llevarnos a ninguna parte. Sin embargo, Marco, el rastreador ha empezado a darnos datos.

—Te juro que podría matarte ahora mismo, Massimo, pero me importa más que me digas de una maldita vez qué has descubierto.

—Simona ha estado usando su coche para ir al aeropuerto todos los fines de semana y tomar un vuelo a Nápoles.

—¿A Nápoles? —repetí, desconcertado.

—Sí, Marco. Bastante raro, ¿verdad? Eso llamó nuestra atención. Mis compañeros revisaron las cámaras del aeropuerto y descubrimos que siempre la recogía el mismo coche. Buscamos al propietario y, sorpresa, era Luca.

—¿Qué? ¿Luca está en Nápoles?

—Exacto. Usando las cámaras de la ciudad, vimos que siempre terminaban en el mismo sitio: una pizzería cerca del estadio de San Paolo. Investigamos al dueño y ¿adivina qué? La pizzería pertenece a Luca.

—¿Luca es dueño de una pizzería en Nápoles?

—Aguarda, que hay más. Escarbando un poco en su pasado, descubrimos que Luca vivió en un centro de menores. Se escapó siendo un adolescente y fue acogido por un hombre que destacaba por sus negocios turbios. Era un líder en Scampia, un suburbio en el norte de Nápoles, conocido como el fortín de la Camorra.

Me quedé sin palabras, sin embargo, aún no había acabado.

—¿Sabes lo que se dice de esos jóvenes en Scampia? Los llaman los «cachorros de la Camorra», la nueva generación de delincuentes que siguen las órdenes de los grandes.

—¡No puede ser! —exclamé—. Pero tú viste cómo vivía aquí, en Milán. Parecía alguien completamente alejado de ese mundo.

—Marco, nadie deja la mafia con vida. Es un juego donde entras para no salir. La vida de esos jóvenes es corta, y ellos lo saben.

Tuve que dar unos pasos para calmarme. Todo esto estaba dando un giro que no podía procesar.

—Joder, ¿qué tienen que ver Luca y Simona con todo esto? Te juro que estoy completamente perdido.

—Detente, que todavía hay más. Mientras tirábamos del hilo, descubrimos algo sobre las naves de Donato Sartoria. ¿Recuerdas que intentamos que las registraran por tener empleados ilegales?

—Sí. Conseguiste que hicieran una inspección, sin embargo, todo estaba en regla. Nada que los comprometiera.

—Exacto. Y ¿sabes por qué? Porque los negocios sucios de Dante no están en Milán. Tiene tres edificios completos alquilados en Nápoles, en Scampia. Allí lleva a cabo todas sus operaciones ilegales.

—¿En serio? —Me llevé la mano a la cabeza—. ¿Y qué más descubriste?

—Marco, mi gente me advirtió que estamos entrando en un terreno muy peligroso. Me comentaron que deberíamos pasar esto a las autoridades competentes, pero… no puedo dejarlo. Mañana llega un cargamento al puerto.

—¿Cargamento? ¿De qué?

—Supongo que ropa de China, como de costumbre. Aunque si no encontramos pruebas contundentes de las ilegalidades de Dante, Donato Sartoria no caerá. Por eso voy a entrar al puerto.

—¿Estás loco?

—Marco, entiende algo: estoy convencido de que Dante fue quien lo asesinó. Necesito verlo tras las rejas, pagando por lo que hizo. Y sí, sé que esto es peligroso, pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Maldita sea… Claro que lo entiendo. Y te diré más: estoy seguro de que también tuvo algo que ver con la muerte de mi padre. Así que voy contigo.

—De eso nada. No voy a permitirlo.

—No puedes detenerme, Massimo. Esto no es negociable. Mi familia también está involucrada. Y no es solo Dante… Simona y Luca también están en esto.

—El cargamento llega mañana por la noche. Partiremos temprano. Solo espero no arrepentirme de dejarte venir.

—Yo también lo espero…

Cuando estábamos a punto de entrar, la vimos. Aless estaba petrificada en el umbral, con los ojos anegados de lágrimas.

—Aless…, ¿cuánto tiempo llevas ahí? —indagó Massimo, con el tono reflejando preocupación.

Sin responder, Aless se acercó a él. Y antes de poder hacer nada, le cruzó la cara con una bofetada que resonó en el pasillo.

—¡No tenías derecho! —gritó con la voz temblorosa—. Andrea era tu hermano, sí, aunque no te olvides de que también era mi pareja. ¡Y murió por mi culpa!

—Aless, yo… —balbuceó Massimo, desarmado—. Lo siento.

—¿Qué sientes? —cuestionó ella, dando un paso hacia atrás mientras se sujetaba la cabeza con ambas manos—. ¿Mentirme? ¿O intentar ir directo a la muerte llevándote a Marco contigo?

—Aless…

—¡Ni de broma vais a hacer esto! —lo cortó, cada palabra estaba cargada de una desesperación que me partió el alma—. Ni Andrea ni los padres de Marco querrían algo así. Joder, ¡acordaos de los que seguimos aquí! Pensad en Giovanni…, en mí.

No pude quedarme quieto. Me acerqué a ella con cuidado, intentando calmarla. Al principio se revolvió entre mis brazos, resistiéndose, pero finalmente se dejó abrazar.

—Pequeña, escúchame. No va a pasar nada —le susurré con suavidad, intentando transmitirle una seguridad que yo mismo no sentía del todo.

Se aferró a mí, sin embargo, cuando habló de nuevo, su voz apenas era un hilo:

—Marco si te pasa algo, yo me muero. No lo hagas. Ya perdí a mi padre. Después a Andrea. A ti no te puedo perder también.

La intensidad de sus palabras me dejó sin aire por un segundo. Intenté aliviar la tensión con un toque de humor, aunque sabía que no funcionaría.

—¿Pero no me odiabas? ¿No sería un peso menos para ti?

Aless levantó la mirada y, con sus ojos anclados en los míos, negó con la cabeza.

Antes de que pudiera decir algo más, una voz nos interceptó desde detrás.

—¿Qué está pasando aquí? —Era Vito.

No venía solo. Emma apareció junto a él, envuelta en los brazos de Nico, con una expresión de sospecha.

—Sí, y no intentéis mentirnos, porque no somos idiotas —añadió Emma, con ese tono firme que siempre usaba cuando quería respuestas.

Miré a Massimo, que me devolvió la mirada con resignación. Ambos sabíamos que no había forma de ocultar más esto.

—Tío… —suspiré profundamente—. Hay que contarles todo. Por lo que pueda pasar.

Massimo asintió lentamente. Ya no había escapatoria.

CAPÍTULO 26

Tutte le grandezze di questo mondo non valgono un buon amico.
Todas las grandezas de este mundo no valen más que un buen amigo.

El aire del puerto olía a sal, aceite y problemas. Cada sombra parecía moverse, y yo no sabía si mi corazón latía rápido por el miedo o porque Massimo se desplazaba como si estuviera en una película de acción. Yo, en cambio, iba detrás intentando no tropezarme con algo y llamar la atención.

Nico estaba en el coche, a unos metros de distancia, con el motor apagado pero listo para salir disparado si algo se torcía. Emma había protestado tanto por esto que me sorprendía que no lo hubiera encadenado a la mesa para no venir. Sin embargo, ahí estábamos. Nico, el apoyo logístico; Massimo, el genio loco con un plan; y yo, el que se preguntaba por qué diablos estaba metido en eso.

Nos escondimos detrás de un contenedor cuando vimos llegar la mercancía. Desde nuestra posición, Massimo sacó el móvil y comenzó a tomar fotos con calma, como si estuviéramos en un safari.

—No me digas que conoces a alguien en esta fiesta —bromeé, pero mi sonrisa se congeló en cuanto lo vi.

Dante.

Sí, Dante, de Donato Sartoria. No podía creerlo.

—Es él —murmuró Massimo.

El grupo comenzó a descargar rollos de tela y ropa que, honestamente, parecía comprada en la tienda de disfraces más barata del mundo. Había tanto brillo que casi dolía a la vista. Algo no cuadraba.

—¿Qué mierda es esto? —le susurré.

Massimo no respondió. Estaba tan concentrado tomando fotos que apenas pestañeaba. Entonces lo vi moverse. Una de las cajas quedó sola, sin vigilancia. Solo hizo falta un segundo para que él tomara una decisión.

—¡Massimo, ni se te ocurra! —le advertí en voz baja, sin embargo, ya estaba corriendo hacia allí como si no hubiera mañana.

No me quedó otra que seguirlo. Llegué justo cuando él estaba revisando lo que había en el interior. Desde fuera parecía tela, pero dentro…

—Mierda. —Sacó un paquete envuelto en plástico transparente.

Mi garganta se cerró.

—Esto no es tela, Marco. Es cocaína.

Lo que soltó me sacudió como una bofetada. Ahí estaba, escondida entre los tejidos brillantes. Esto era mucho más grande de lo que habíamos imaginado.

—Tenemos que salir de aquí. Ya. —Mi voz salió más alta de lo que quería.

Massimo asintió y antes de movernos envió un mensaje rápido.

—La policía está en camino —me informó. Luego me miró—. Escucha, tú y Nico tenéis que largaros ahora.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loco?! No te voy a dejar aquí solo.

—Marco, no hay tiempo para discutir. No puedes aparecer en el radar de esta gente, ¿entiendes? Cuando te dejé acompañarme, pensé que lo único que encontraríamos sería la prueba para dañar la imagen de Donato Sartoria al exhibir el material con el que trabaja. Aunque jamás imaginé que todo sería tan turbio. No voy a ponerte en riesgo, y, además, ¿cómo justificaría tu presencia ante mis compañeros?

Quise protestar, aunque sabía que tenía razón. Odiaba admitirlo, pero lo hacía. Nos movimos rápido, intentando no llamar la atención mientras volvíamos al coche de Nico. El motor estaba encendido y mi mejor amigo tenía esa expresión de «esto es una idea terrible y sin embargo aquí estoy».

Massimo me agarró del brazo antes de que subiera.

—Te vas directo al *jet*. Nada de hacerte el héroe.

—Y tú, ¿qué? ¿Te quedas a jugar al espía?

—Yo esperaré a los refuerzos. Y tan pronto como pueda me reuniré con vosotros.

Quise discutir, sin embargo, algo en su mirada me detuvo. Subí al coche y Nico arrancó sin decir una palabra. Mientras el puerto quedaba atrás, miré por la ventana trasera, viendo cómo Massimo desaparecía entre las sombras.

Me sentía como un imbécil por dejarlo allí, aunque en el fondo sabía que tenía un plan. Al menos eso esperaba.

Cuando Massimo apareció en el *jet*, la tensión se disipó de golpe, y aunque no lo expresamos en voz alta, estaba claro que habíamos pensado en la posibilidad de no volver a verlo.

—Todo salió bien —nos aseguró, dejándose caer en el asiento con un suspiro—. El cargamento fue interceptado, y los chicos se están dirigiendo a los edificios de Scampia. Esto aún no termina, pero estamos avanzando.

Nico y yo lo escuchábamos atentos, sin embargo, ninguno de los dos teníamos fuerzas para responder más que con un simple asentimiento. El vuelo hacia Milán transcurrió en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos.

Al llegar a mi casa, encontré una escena que me hizo sentir tantas cosas que ni siquiera sabía por dónde empezar. Aless, Emma y Vito estaban esperándonos. Nico fue el primero en reaccionar. Caminó hacia Emma con rapidez y la besó como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que la había visto. Ella se deshizo en lágrimas en sus brazos, aunque siempre aparentaba ser fuerte.

Vito, en cambio, fue directo a Massimo. La bofetada resonó en la sala antes de que nadie pudiera reaccionar.

—¡¿Qué te pasa?! —gritó Massimo, tocándose la mejilla, pero antes de que pudiera continuar, Vito lo agarró por la camisa y lo besó con fuerza.

—¡Eso es por lo mal que me lo hiciste pasar! ¡Has arruinado años de tratamientos faciales! —bromeó, intentando restarle importancia al mal rato que seguramente habían vivido. A pesar de sus palabras ligeras, sus ojos brillantes lo delataban.

¿Y Aless? Ella se quedó quieta, observándome con una mezcla de emociones que no podía descifrar. ¿Iba a golpearme? ¿A gritarme?

¿A besarme? Honestamente, esperaba cualquier cosa. Sin embargo, no hizo nada. Nada. Se limitó a mirarme unos segundos eternos y seguidamente dio media vuelta y se fue sin decir una palabra.

Tras una ducha rápida, bajé al salón. Massimo, Nico y yo nos reunimos con los demás para contarles todo. Fue un relato largo, lleno de detalles y preguntas. Cuando terminamos, era evidente que nadie quería quedarse solo, así que todos decidieron dormir en mi casa. Ya era tarde, y el cansancio nos estaba ganando.

Emma y Nico fueron los primeros en retirarse. Mi mejor amigo la llevaba del brazo, como si todavía quisiera protegerla de todo. A continuación, Vito se acercó a Massimo y, con un tono serio aunque algo más tranquilo, le dijo:

—Tenemos que hablar.

Se fueron juntos, dejándome solo con Aless. Ella me miraba fijamente desde el otro lado de la sala, como si estuviera buscando algo en mi cara. O tal vez esperando que yo soltara algo. Pero no lo hice. No tenía fuerzas. Finalmente, soltó las únicas palabras que escuché de ella en toda la noche:

—Que descanses.

Y así, sin más, se fue.

Y ahí estaba yo, solo en una casa llena de gente. El vacío en mi pecho era abrumador. Todo por ella. Todo.

Decidí salir hacia la zona de la piscina. Había un pequeño estudio donde solía dibujar y pintar, mi refugio cuando el ruido del mundo era demasiado intenso. Me llevé una copa y mi guitarra, dejando que mis dedos rasgaran las cuerdas sin un rumbo fijo, mientras miraba el cielo lleno de estrellas a través de la enorme cristalera.

Escuché la puerta abrirse y una suave corriente de aire se coló en el cuarto, pero fue su presencia lo que llenó la habitación de inmediato. Aless se acercó y, sin decir palabra, se sentó a mi lado en el sofá. Tomó mi vaso sin pedir permiso y bebió un trago largo, como si se tratara de una invitación a compartir algo más que solo el líquido entre nosotros. Me miró con esos ojos que nunca dejaban de ser un enigma y declaró con una voz que parecía hecha a medida para provocar:

—¿Te acuerdas cuando un día me hiciste tocar la viola para ti?

La pregunta me pilló por sorpresa, pero su tono y esa mirada desafiante fueron suficientes para que la memoria regresara con la misma intensidad con la que la había vivido. Sonreí, recordando la humedad de su sexo y cómo su cuerpo se deshizo bajo mis caricias; un momento tan cargado de erotismo que, por un segundo, me sentí completamente a su merced.

—Cómo olvidarlo —respondí, sin poder evitar que mis palabras se escaparan con un deje de complicidad, sabiendo que ella lo recordaba tan bien como yo.

Ella me miró con una sonrisa en los labios, como si jugara con la idea de tenerme otra vez bajo su control. Sus dedos se deslizaron por mi pierna mientras se acercaba a mi miembro, dejando claro que no era un simple juego.

—Hoy quiero que toques la guitarra para mí —murmuró sin dejar de acariciarme como si ya supiera que no podría resistirme.

Al escucharla, una oleada de calor recorrió mi cuerpo. Me levanté lentamente, cediéndole todo el espacio para que tomara su lugar en el sofá y, sin dejar de mirarla, coloqué la guitarra entre mis brazos.

—Dime qué quieres que toque —accedí con la voz bajando de tono, permitiendo que el deseo se filtrara entre las palabras, porque sabía que, en ese instante, ella estaba exigiendo mucho más que solo una canción.

—*Don't Cry* de los Guns N' Roses.

Las cuerdas de la guitarra comenzaron a vibrar bajo mis dedos y, de inmediato, sentí cómo la mano de Aless me envolvía la polla. Con cada caricia parecía como si estuviera dejando salir algo que había estado guardado demasiado tiempo. *Don't Cry* fluyó entre mis dedos con una facilidad que me sorprendió, teniendo en cuenta la situación. Era como si la guitarra hablara por mí, como si cada nota se conectara directamente con mi entrepierna, sin filtro, sin barreras.

Al principio, las caricias eran suaves, casi tímidas, pero a medida que avanzaba, se dejaba llevar y cada movimiento se tornaba más fuerte, más desesperado. Mi polla estaba viva en sus manos, las cuerdas casi gritaban al ser tocadas, y yo estaba completamente sumido en eso, en ese momento, en esa sensación de puro placer.

No pensaba en nada más, solo en las notas que salían, en el ritmo con el que Aless me tocaba.

Y ella ahí, con su boca cerca de mi dureza y con los ojos fijos en mí, la envolvió por completo con sus suaves labios.

Era una sensación increíble, como si cada movimiento fuera una descarga directa a la piel. El sonido de su boca se fundía con el de la guitarra, y yo no podía evitar gemir, sabiendo que estaba punto de tocar algo mucho más profundo de lo que pensaba.

Sus movimientos se volvieron más intensos, mi cadera se movía al ritmo de su boca, dejándome arrastrar por el sonido que surgía de las entrañas. El orgasmo se apoderó de mí y, sin poder detenerme, me liberé por completo.

La guitarra se convirtió en la forma más pura de expresión, en ese momento, no había nada más que eso: la música, ella y yo.

Después de acomodarme la ropa con un gesto rápido, se puso de pie y, sin previo aviso, sus labios rozaron los míos en un beso lento, casi frágil, que me dejó helado.

—Me alegra que estés bien. Aunque no puedo perdonarte por haber actuado de una forma tan egoísta, sin pensar en mí, en Giovanni, en todo lo que dejabas atrás.

Sus palabras me atravesaron como una daga. Intenté buscar una respuesta, sin embargo, ella no me dio tiempo.

—¿Sabes qué? Esto… esto siempre fue lo que nos separó. Ese impulso tuyo de lanzarte al vacío sin pensar en el daño que podrías causar a los demás. —Su tono era firme, pero sus ojos estaban llenos de algo que no sabía si era dolor, rabia o ambas cosas—. Marco, si saber quién mató a Andrea significa perderte a ti, prefiero vivir con la incertidumbre. Porque tú eres mucho más que todo esto, siempre lo has sido, aunque no termines de verlo.

Se apartó despacio. Me quedé inmóvil, con el corazón en un puño y la mente a mil por hora. Sabía que tenía razón, maldita sea, lo sabía.

* * *

Escándalo en la moda: Donato Sartoria, fachada de narcotráfico y explotación laboral

Milán, Italia.

El mundo de la alta costura está en estado de shock tras el desmoronamiento de la prestigiosa firma Donato Sartoria, dirigida por el reconocido empresario Dante Soracco. Una reciente investigación policial ha revelado una red de actividades ilegales que utilizaba la compañía como fachada para el tráfico de drogas y la explotación laboral.

El primer golpe llegó cuando las autoridades aduaneras descubrieron un cargamento de cocaína oculto bajo tejidos. Las sospechas iniciales llevaron a un escrutinio más profundo, desvelando una red aún más siniestra: talleres clandestinos en Scampia, Nápoles, donde trabajaban menores de edad y jóvenes inmigrantes sin documentación, produciendo copias ilegales de productos de lujo.

Según fuentes policiales, estos talleres eran clave en un esquema de doble negocio. Por un lado, Donato Sartoria mantenía su fachada de alta costura y desfiles internacionales, mientras que, en las sombras, nutría un lucrativo mercado negro. «Era un equilibrio perverso entre el lujo y la miseria», declaró uno de los investigadores a cargo del caso.

La indignación mundial no se ha hecho esperar, especialmente en la industria de la moda, que hasta ahora veía a Soracco como un símbolo de sofisticación y éxito. La firma, un emblema del glamur milanés, se ha desplomado de inmediato.

Mientras tanto, Dante Soracco permanece bajo investigación por múltiples delitos, enfrentándose al que parece ser el ocaso definitivo de su carrera.

Trágico final: Dante Soracco muere en un accidente bajo custodia policial

Nápoles, Italia.

La historia de Dante Soracco, el otrora respetado magnate de la moda, ha llegado a un abrupto y misterioso final. El empresario

falleció en un accidente automovilístico mientras era trasladado bajo custodia policial.

El suceso ocurrió en una carretera a las afueras de Nápoles, cuando el vehículo en el que viajaban Soracco y dos oficiales de policía perdió el control y colisionó contra un camión. No hubo supervivientes.

El accidente ha generado numerosas preguntas. Aunque las autoridades aseguran que fue un hecho fortuito, críticos y analistas señalan la posibilidad de que Soracco, quien se enfrentaba a cargos por narcotráfico y explotación laboral, fuera silenciado por intereses mayores.

El caso deja un rastro de interrogantes y un vacío en la resolución de uno de los mayores escándalos de la industria de la moda. El final trágico de Soracco cierra un capítulo oscuro para Donato Sartoria, pero el impacto de sus acciones seguirá sonando en los próximos años.

—¡Esto es una puta mierda! —gruñí, lanzando los periódicos al suelo con tanta fuerza que las páginas se desparramaron por todo el despacho—. ¡No sirvió de nada todo lo que hicimos, de nada!

—No digas eso —respondió Aless con un tono contenido, aunque el temblor en su voz traicionaba su propia frustración—. Desmantelamos los negocios sucios de Dante. Se acabó.

—¿Estás segura de eso? —repliqué, girándome hacia ella con la rabia quemándome por dentro—. ¿De verdad crees que se ha acabado? Porque nunca vamos a saber si él fue quien mató a Andrea y a mi padre. Nunca. ¿Y para qué? Para que casi acabemos metidos en problemas con la mafia. Mira las noticias, ¡solo hablan de él! No de la red entera o del daño que hicieron. Esto de jugar a los detectives… nos queda grande. Y lo sabéis.

—Estoy contigo, Marco —me apoyó Aless impensadamente, lo que nos sorprendió a ambos—. Yo más que nadie quería vengar la muerte de Andrea. Me sentía culpable por no haber podido hacer nada, pero ya no más. No a este precio. No a costa de poner en

peligro a las personas que quiero. Andrea jamás habría aceptado algo así. Es hora de asumirlo: nunca sabremos si Dante estuvo detrás de esas muertes. Sin embargo, yo no quiero seguir hundiéndome en esto.

—Os entiendo. Creedme que os entiendo. A pesar de ello, no voy a detenerme. No hasta saber la verdad. Si fue Dante, alguien más tuvo que hacer el trabajo sucio, y voy a descubrirlo —declaró Massimo.

—No sigas, tío —alcé la voz por primera vez, golpeando el respaldo de la silla con ambas manos—. Te comprendo mejor que nadie. He perdido a mis padres de un modo… extraño, por no decir algo peor. Pero te lo digo por experiencia: anclarte a esto solo te destruye.

—No me compares contigo —espetó Massimo—. Tú y yo no somos iguales. Tú actuaste como un puto cobarde, usando tus venganzas para justificarte. Yo no busco venganza, quiero justicia.

Apretó los puños y dio un paso atrás. No comentó nada más. Su rostro se endureció antes de salir de la habitación de un portazo.

Aless no se movió, y cuando alcé la mirada, vi la tristeza en sus ojos.

—Ve tras él —murmuré finalmente, señalando la puerta con un gesto cansado.

Me miró un momento más antes de obedecer, aunque no podía ocultar lo que pensaba. Yo tampoco podía. No quería su compasión. No de ella. Porque, de todas las personas, Aless era a quien más había lastimado.

CAPÍTULO 27

No posso vivire senza di te.
No puedo vivir sin ti.

Había pasado un mes desde la caída de Donato Sartoria, pero, honestamente, las cosas no habían mejorado mucho. Massimo se había distanciado de todos. Seguía con su investigación, sin embargo, era como hablarle a una pared. Vito, por su parte, estaba hecho polvo. Quería acercarse a él, aunque no encontraba cómo. A veces era difícil saber qué dolía más: las palabras que no decimos o las que no queremos oír.

Por otro lado, los que parecían tener algo de suerte eran Emma y Nico, y, para mi sorpresa, también mi abuelo y Sofia. Había notado un pequeño cambio en ellos, algo sutil, distinto. No comenté nada; preferí esperar a ver cómo evolucionaban las cosas.

Y yo… yo estaba metido hasta el cuello en mi propio lío. Aless y yo éramos como dos líneas paralelas: siempre cerca, pero incapaces de cruzarnos. Desde el incidente en el puerto todo estaba raro, y la llegada de Allegra no ayudó en nada.

Sé cómo suena, aunque no podía echarla. Llegó a mi puerta, destrozada, diciendo que había perdido a su padre, y me pidió quedarse una noche. Una noche se convirtió en una semana. Aless, por supuesto, explotó. Me llamó idiota, dijo que Allegra iba buscando cualquier excusa para meterse en mi vida. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Ella había estado conmigo cuando yo estaba hecho pedazos. Me apoyó. Y si ahora ella necesitaba que le tendiera una mano, no iba a darle la espalda.

Aunque si soy sincero, todo esto me estaba desgastando. Aless no quería estar conmigo, pero me reclamaba como si fuéramos

pareja. Y Allegra…, bueno, su presencia en mi casa empezaba a incomodarme. Era como un cachorrito siempre buscando mi atención. Yo trataba de evitar conflictos, quedándome hasta tarde en el despacho, aunque al final terminaba sentado junto a ella en el sofá hasta que se quedaba dormida.

Esa noche, sin embargo, todo cambió.

Cuando llegué a casa, noté algo raro. Había velas en la mesa y todo estaba preparado para una cena que no planeé. Mi maletín cayó al suelo en cuanto vi a Allegra aparecer en lencería. Sí, lencería. Todo en ella gritaba intención.

Se acercó peligrosamente y, sin darme tiempo a reaccionar, me besó.

—¡Allegra! —La aparté de inmediato, molesto.

Ella no se detuvo. Lo intentó de nuevo, más insistente.

—He dicho que no. —Mi tono fue más firme esta vez.

Y en un instante, todo explotó. Su rostro cambió de golpe, como si algo en ella se hubiera roto. Empezó a gritar, a tirar cosas al suelo y a maldecir. Todo su odio se dirigió hacia Aless, repitiendo su nombre como si fuera una maldición.

Traté de calmarla, pero cuando menos lo esperaba, agarró un cuchillo.

—¡Allegra, por favor, para! —Levanté las manos, tratando de que bajara el arma.

—¡Ella nunca te quiso! ¡Nunca lo hará! —vociferó, con los ojos llenos de lágrimas y furia.

Intenté desarmarla, sin embargo, en el forcejeo me cortó en el brazo. Nada grave, aunque la sangre fue suficiente para que ella se detuviera. El pánico apareció en su rostro. Sin decir una palabra más, salió corriendo de la casa, dejándome rodeado de vidrios rotos.

Tardé horas en recoger el desastre. Me duché y, sin saber muy bien qué hacer, fui al estudio a pintar. Ahí estaba, frente al lienzo, tratando de desconectarme. Sin embargo, no podía. Algo faltaba.

El cuadro estaba incompleto, y de repente lo entendí: faltaba ese color que solo Aless traía a mi vida. Esa chispa, esa intensidad. Ella había estado siempre ahí, pero yo la había dejado ir.

Ya era suficiente. No podía seguir así, atrapado en un círculo de dudas y silencios. Tenía que hablar con ella, abrirme de verdad. O estábamos juntos o no. Si no me elegía, entonces tenía que dejarla ir. No podía seguir aferrándome a lo que fuimos.

Por primera vez en mucho tiempo, supe exactamente qué tenía que hacer.

Cuando estacioné el coche frente a la mansión, lo vi. Humo. Denso, oscuro. Por un segundo me quedé paralizado, pero cuando el miedo me golpeó, salí corriendo.

La puerta estaba caliente al tacto. La empujé con fuerza, y me encontré con un infierno en vivo: la casa estaba en llamas. Mi corazón se desbocó mientras gritaba los nombres de mi abuelo y Aless. Corrí escaleras arriba, sintiendo cómo el calor devoraba el aire. «¡Aless! ¡Abuelo!», seguí gritando hasta que, entre el rugido del fuego, escuché su voz.

—¡Aquí! ¡Estamos aquí!

El sonido venía del cuarto de mi abuelo. La puerta estaba ardiendo, sin embargo, no me importó. La empujé con todo mi peso, derribándola. Dentro, los encontré acurrucados junto a la ventana. Mi abuelo apenas respiraba y Aless tenía la cara manchada de hollín.

—Voy a sacaros de aquí —le aseguré a Aless, mirándola a los ojos. Ella asintió con dificultad.

No había tiempo para dudar. Levanté a mi abuelo, un peso muerto que era imposible de cargar, pero lo hice. Su tamaño y su estado lo complicaban todo, y Aless nos seguía como podía, tambaleándose. Llegamos a las escaleras y, en medio de la desesperación, tropecé en los últimos escalones del primer piso, cayendo con mi abuelo. Apenas me quedaba fuerza, pero lo arrastré al exterior, jadeando como si mis pulmones fueran a explotar.

Cuando giré la cabeza buscando a Aless, no estaba.

El pánico me asaltó. ¡No! Corrí de nuevo hacia la mansión. Las llamas se habían extendido, y ahí estaba ella, tirada en el suelo, inconsciente. Me agaché, la sujeté entre mis brazos y, mientras la llevaba afuera, escuché algo que me detuvo en seco.

Una voz.

Por un segundo pensé que era Sofia. No podía ser, había ido a pasar unos días a casa de su hermana. Era Allegra.

Estaba atrapada, pidiendo ayuda. La vi al otro lado del fuego, con el rostro desesperado. Y en ese momento, lo entendí. Esto no había sido un accidente. Esto lo había provocado ella.

Dejé a Aless en el exterior, asegurándome de que respiraba, y volví a entrar. No podía dejar a Allegra allí, por mucho que la rabia me carcomiera. Cuando llegué, me gritó para alertarme de una viga que caía. Esta nos separó, dejando un muro de fuego entre nosotros.

—¡Espera, buscaré cómo sacarte! —la avisé.

Sin embargo, ella no parecía escucharme.

—¿Has venido a salvarme, Marco? —Su voz temblaba—. Siempre te quise, desde la universidad. Y cuando nos reencontramos… no pude evitarlo. No quería enamorarme, aun así lo hice. Por un momento pensé que podríamos ser felices.

—¡No sigas hablando! Voy a sacarte, aguanta.

Pero ella siguió.

—Esto… esto lo hice por ti. Para liberarte de ella. Alessandra es tu cadena, Marco. Ella nunca te dejará ser libre.

El sonido de su tos se mezclaba con el crujir de la casa.

Corrí hacia la parte trasera de la mansión, buscando una entrada. Rompí una ventana con lo primero que encontré y me adentré. Pero cuando llegué a donde ella estaba… solo quedaban llamas.

La casa se derrumbaba a mi alrededor y no tuve otra opción que salir corriendo. Afuera, me desplomé junto a Aless y mi abuelo. Todo se volvió negro.

Cuando desperté, el hospital olía a desinfectante y aire reciclado. Me arranqué el respirador con más fuerza de la necesaria y una enfermera entró corriendo.

—¿Mi abuelo? ¿Aless? —pregunté de inmediato, con la voz rasposa.

—Están bien, fuera de peligro.

La noticia me reconfortó por un momento, pero, antes de que pudiera pedir verlos, entraron dos policías a la habitación.

—Señor, necesitamos hablar con usted.

—Adelante. —Hice un gesto hacia el interior. Me acomodé contra las almohadas, intentando encontrar una posición que al menos pareciera cómoda.

—Hemos estado hablando con la señorita Rossi —comentó uno de los agentes—. Nos confirmó que no vio nada. Cuando el incendio ya se había extendido, estaba en su cuarto. Corrió a buscar al señor Sforza y lo encontró inconsciente. Intentó salir con él, pero quedaron atrapados en la habitación hasta que usted los rescató.

Asentí en silencio, era consciente de que Aless había hecho lo imposible para salvar a mi abuelo, y de solo pensar que pude haberlos perdido a los dos, un nudo frío me apretaba el pecho.

—Acabamos de venir del cuarto del señor Sforza —continuó—. Su versión coincide con la de la joven. Ninguno de los dos vio nada sospechoso.

El agente hizo una pausa antes de soltar lo que realmente importaba.

—Sin embargo, identificamos un vehículo cerca de la mansión. Pertenece a la señorita Allegra Di Stefano. Las cámaras muestran como ingresó en la propiedad y nunca salió. Además, hemos hallado un cuerpo entre los restos de la casa. Todo indica que es ella.

—Ella provocó el incendio. Me lo confesó. El cuerpo… es suyo. Cuando intenté sacarla, ya era tarde.

Los policías intercambiaron miradas antes de que uno de ellos hablara nuevamente:

—¿Tiene alguna idea de por qué atacaría a su familia?

—Porque… no estaba bien mentalmente. Pero hay algo que me inquieta: ¿cómo pudo entrar en la mansión? La seguridad es muy alta. ¿No vieron en las cámaras si estaba con alguien más?

—No, señor. Llegó sola. Sin embargo, hay algo que captó nuestra atención —añadió, mirando sus notas—. La señorita Di Stefano ingresó utilizando los códigos de seguridad de la familia. ¿Sabe cómo pudo obtenerlos?

Me quedé helado.

—Eso es imposible. Esos códigos son exclusivos.

—Correcto. Según el señor Sforza, solo los tienen usted, la señorita Rossi, él mismo y su empleada de confianza. El resto del

personal utiliza códigos diferentes que funcionan únicamente en sus horarios laborales.

Había una pieza que no encajaba y sabía exactamente cuál era. Mi abuelo no había sido completamente sincero. Había alguien más con acceso a la casa: mi primo Romeo. Si no lo había mencionado, era porque lo estaba protegiendo. Pero ¿por qué? ¿Qué tenía que ver Romeo con Allegra?

No comenté nada. Era un asunto que debía discutir directamente con mi abuelo. Si Romeo estaba involucrado, si había puesto en riesgo a mi familia, pagaría por ello, sin importar cuánto se opusiera mi abuelo.

El agente volvió a hablar, sacándome de mis pensamientos.

—Estamos investigando la posibilidad de que su empleada, Sofia, haya facilitado los códigos a la señorita Di Stefano. Tal vez sean cómplices.

—¡No vuelva a insinuar eso jamás! —grité con rabia—. Sofia jamás nos traicionaría. ¡Nunca! Si quieren buscar culpables, háganlo en otro lado, porque ella es inocente. Necesito descansar, señores —concluí, cortando la conversación de golpe.

Cuando los policías se fueron, me dirigí al cuarto de mi abuelo. Dormía profundamente, con una calma que me hizo sentir un nudo en el pecho. Sofia estaba a su lado y, cuando me vio, se levantó y me abrazó con fuerza. Ese gesto sencillo me reconfortó. Había estado tan cerca de perderlo…

Más tarde, regresé a mi cuarto. Mis amigos estaban allí esperándome. Me abrazaron con tanta fuerza que casi me hicieron olvidar por un momento todo lo que había pasado. Aless también los acompañaba, con ropa de hospital y los ojos rojos de llorar. Cuando se fundió contra mi cuerpo, al principio la sostuve, dejándome llevar por el momento. Pero, luego, el peso de todo lo que había ocurrido me golpeó y la aparté con un gesto frío.

—Dejadme solo con Massimo —solicité, sin mirarlos a los ojos.

Cuando todos se fueron, le conté a Massimo lo que había sucedido. Le hablé de Allegra, de las sospechas que tenía sobre Romeo y de lo extraña que era toda la situación. Me prometió que se

encargaría personalmente. Se lo agradecí porque sabía que podía confiar en él.

Más tarde, Aless volvió. La vi observarme de reojo, pero cerré los ojos y fingí que dormía. No tenía fuerzas para enfrentarla, no todavía. La culpa me pesaba como una piedra en el pecho. Todo lo que pasó con Allegra seguía dándome vueltas en la cabeza. No podía evitar preguntarme si mi rechazo fue el detonante para que ella actuara así. Pensarlo me revolvía por dentro.

Al día siguiente, desperté todavía algo aturdido por la sedación. La habitación estaba en completo silencio. Entonces la vi: una nota doblada sobre la mesita al lado de la cama. La reconocí al instante, esa letra era inconfundible. Aless.

Marco:

Te has quedado dormido y no quise despertarte. Me dieron el alta y la enfermera me informó que tuviste una noche difícil. Lo último que necesitabas era que yo te molestara, así que preferí dejarte descansar.

Salí con Sofia para empezar a poner orden en tu casa y prepararlo todo para cuando Giovanni y tú podáis volver. Hay que comprar algunas cosas…, ya sabes que lo perdimos todo.

Parece que tú estarás aquí un día más, pero tu abuelo va a necesitar quedarse algo más de tiempo. Sofia permanecerá con él esta noche; le insistí en que descansase un poco. Yo pasaré más tarde y ya hablamos para organizarnos mejor.

Gracias por salvarnos. De corazón, Marco.

Eso sí, que no se te suba a la cabeza: todavía te odio.

Aless

Dejé la nota sobre la mesa, soltando un suspiro largo mientras intentaba organizar el lío en mi cabeza. Aless… Siempre igual: te abrazaba con una mano y con la otra te daba un empujón directo al abismo. Ese «te odio» al final me sacó una sonrisa involuntaria. Era tan ella, tan nuestra forma retorcida de comunicarnos.

Mi mente empezó a acelerarse de inmediato: todo lo que había por hacer, los días difíciles que se avecinaban, los problemas que

aún no había resuelto. Pero entre todo ese caos, una verdad sencilla destacaba: estábamos vivos, juntos, y eso ya era un milagro.

Con esfuerzo, me levanté de la cama, todavía algo mareado, y me dirigí al cuarto de mi abuelo. Había muchas cosas que arreglar, pero empezar por él me parecía lo único lógico.

Cuando abrí la puerta, me quedé clavado en el sitio. Romeo estaba allí, con las lágrimas cayéndole por la cara mientras garabateaba su firma en unos papeles. Mi abuelo, implacable, lo miraba con esa expresión de piedra que reservaba para cuando alguien había cruzado la línea.

El calor de la ira subió de golpe desde mi estómago hasta mis manos. Ni siquiera lo pensé. Crucé la habitación en dos zancadas y le solté un derechazo directo a la mandíbula. Romeo se tambaleó y por un segundo el tiempo pareció detenerse.

—¡Fuiste tú! —grité, fuera de mí—. ¡Tú le diste las claves de la mansión a Allegra! ¡Eres su cómplice, el que casi nos mata a todos!

El impacto de mis palabras resonó en la habitación, sin embargo, antes de que pudiera seguir, la voz de mi abuelo tronó con autoridad.

—¡Marco, suéltalo ahora mismo!

Mi mirada se clavó en él, incrédula, pero mi abuelo continuó, esta vez dirigiéndose a Romeo:

—Y tú, lárgate. Vete lo más lejos que puedas y no vuelvas jamás. Porque, si lo haces, te aseguro que la próxima vez me va a importar muy poco que seas mi nieto.

Romeo, asustado, retrocedió unos pasos. Su mirada pasó de mi abuelo a mí, cargada de arrepentimiento. Antes de cruzar la puerta, murmuró casi en un susurro:

—Lo siento.

No me moví hasta que desapareció por completo. Entonces me giré hacia mi abuelo, furioso.

—¿Así sin más? ¿Lo vas a dejar ir? —exclamé, casi sin aliento por la rabia.

—Cálmate, Marco. Siéntate y escucha. Te lo voy a explicar todo, pero no me pongas más nervioso de lo que ya estoy.

A regañadientes, cerré los puños, intentando contener la tempestad dentro de mí, y esperé a que hablara.

—Cuando la policía mencionó que alguien había accedido con los códigos de seguridad y desactivado todas las alarmas, solo un nombre vino a mi mente: Romeo. Al principio, no quería creerlo. ¿Cómo iba a aceptar que mi propio nieto tuviera algo que ver con esto? Pero cada detalle apuntaba hacia él. Así que lo llamé desde el teléfono de Sofia y le exigí que viniera al hospital. Le advertí que, si no lo hacía, le daría su nombre a la policía. También me puse en contacto con el abogado y le pedí que preparara unos documentos.

—¿Y? —pregunté con impaciencia.

—Cuando llegó, Marco…, se me partió el alma. Cayó de rodillas a los pies de mi cama, llorando y pidiendo perdón. Le pregunté directamente por qué. Me confesó que alguien se había puesto en contacto con él, que lo amenazaron con exponer información que lo destruiría. Habían descubierto cosas de su vida en Londres: estafas, mentiras. Si no colaboraba y les daba las claves y llaves de la mansión, lo destaparían todo. Me aseguró que no sabía que esto terminaría así, que si hubiera sabido el daño que causarían, nunca lo habría hecho. Declaró que ni siquiera conocía a Allegra.

—¿Y tú le crees? —espeté, con la rabia bullendo en mi interior—. ¡Esto es increíble, abuelo! ¡Ha cometido un delito y tiene que pagar por ello! No voy a protegerlo. En su maldita estupidez, casi os mata a Aless y a ti. ¡Casi os pierdo, joder! —grité, sintiendo cómo las lágrimas me nublaban la vista—. No me queda nadie más que tú.

—Ven, hijo. Escúchame. Romeo está muerto de miedo. Sus malas decisiones lo llevaron a este punto, pero no es como tú, Marco. No tiene tu fuerza ni tu sentido del deber. Vive perdido, sin rumbo, atrapado en sus errores.

—Eso no lo excusa, abuelo.

—Lo sé. No quiero verlo tras las rejas, Marco, esa es la verdad. Aunque tampoco quiero volver a verlo. Para mí, desde hoy dejó de ser mi nieto. Le he comprado su parte de Valentino Ferre y le he dado dinero suficiente para que empiece de nuevo, lejos de aquí, lejos de todo esto. Si es listo, aprovechará esta segunda

oportunidad. Si no, entonces yo habré hecho todo lo que podía por salvarlo.

Me levanté de golpe, alejándome de él, mi respiración estaba agitada por la indignación.

—No puedo aceptar esto, abuelo. Lo siento, pero no lo comprendo. Tú no sentiste el pánico que yo sentí cuando llevaba tu cuerpo a rastras, ni el de Aless. —Mi voz se quebró al recordar ese momento y di un paso hacia atrás—. Estoy harto, cansado de perder a las personas que amo, de verlas morir mientras yo no puedo hacer nada. ¡Y nadie paga por esas malditas muertes! ¡Estoy harto! ¡No puedo más!

Con un último vistazo lleno de frustración y dolor, salí del cuarto, cerrando la puerta de un portazo que resonó en los pasillos del hospital.

CAPÍTULO 28

Voglio passare il resto della mia vita con te.
Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

La lluvia caía a cántaros, empapándome hasta los huesos mientras empujaba la puerta de casa. Un charco empezó a formarse a mis pies en cuanto crucé el umbral. El silencio era denso y las luces estaban apagadas. Sofia estaba con mi abuelo, no había forma de que se despegara de él. Y Aless…, bueno, probablemente se había quedado en casa de alguno de nuestros amigos.

Subí las escaleras dejando tras de mí un rastro de agua, como si intentara marcar el camino de regreso. La ropa empapada se me pegaba incómodamente al cuerpo, así que, al entrar en mi cuarto, me la quité de un tirón y la dejé caer al suelo sin más ceremonias. Me quedé únicamente con los pantalones, sintiendo el frío de la tela mojada contra mi piel.

Me acerqué al ventanal y apoyé una mano en el frío cristal. Las gotas se deslizaban rápido, formando caminos erráticos. El día había sido una mierda y la tormenta parecía empeñada en recordármelo.

Súbitamente, el clic de la puerta al abrirse rompió la calma. Vi su reflejo en el cristal antes de girarme. Aless estaba ahí, con un albornoz blanco ajustado y una toalla envolviéndole el cabello. Aunque su postura parecía tranquila, su mirada lo decía todo: estaba cabreada, y de verdad.

—¿Vas a seguir ignorándome? ¿O me vas a contar por qué has pedido el alta voluntaria en el hospital?

No respondí, no me moví. Solo seguí mirando a través del vidrio.

—¡Claro! —estalló, avanzando un paso—. Porque eso es lo tuyo, ¿no? Callarte, huir, como si fueras el único que ha sufrido.

Esa última frase me obligó a girarme. Apoyé la espalda contra el marco de la ventana y la contemplé.

—Aless… —intenté decir algo, pero ella levantó una mano, cortándome.

Dio otro paso más hacia mí, la toalla de su cabeza se deslizó ligeramente, y su mirada, dura y llena de fuego, se clavó en mí como un puñal.

—No. Esta vez no, Marco. No me salgas con excusas. Estoy cansada. —Su voz temblaba, estaba al borde de explotar—. ¿Sabes qué es lo peor de todo esto? No es Allegra. Ni lo que pasó en la mansión. Ni siquiera la posibilidad de que Dante tuviera cómplices, o de que quizá él no fuera el verdadero culpable de nada más que de haberse metido en negocios sucios. Tampoco es que casi nos muramos tu abuelo y yo —continuó, alterada, hasta casi gritar—. ¡Lo peor de todo eres tú! Sigues encerrándote en ti mismo, empujándome lejos una y otra vez. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir así? ¿Cuánto más vas a ser un puto egoísta?

—¿¡Sabes qué!? —grité, dando un paso al frente, acercándome tanto que podía sentir su respiración acelerada chocando contra mi piel—. ¡Tienes razón, Aless! ¡Soy un maldito egoísta! Uno que te arrastró a esta vida, que te lastimó, que te mintió, que te ocultó sus secretos más oscuros. ¡Uno que jamás supo amarte como te merecías!

Su rostro no flaqueó, aunque algo en su mirada parpadeó cuando continué, más frío, más firme:

—Pero también soy la segunda opción. ¡El plan B! Porque no importa cuánto haga, cuánto te ame. Nunca va a ser suficiente para ti. ¡Nunca me vas a elegir! —La rabia me hizo apretar los puños, aun así mantuve la voz firme—: Así que, me rindo. Ya no voy a seguir esperando a que cambies de opinión ni mendigando los pocos momentos que me das, alimentando una esperanza que sé que no existe. ¡Estoy harto! Este soy yo, Aless. Marco Sforza. Y no voy a cambiar.

Las palabras fueron directas, aunque ella no retrocedió. En lugar de eso, se acercó más, lo justo para que nuestras miradas quedaran al mismo nivel.

—Eres un completo idiota. No te das cuenta de nada. Desde que te conocí, vivo en una maldita guerra entre mi cabeza y mi corazón. Porque estar contigo es como tirarse de un precipicio sin paracaídas. Pero aun así salto. Una y otra y otra vez. ¿Y sabes lo peor? —continuó, con la voz quebrada—. Que no puedo alejarme de ti. No importa cuánto lo intente, no logro arrancarte de mi corazón. ¿Eres consciente de lo mal que me sentí al estar con una persona como Andrea, que era perfecta, que me hacía feliz, mientras tú seguías ahí, clavado en lo más hondo de mí? Porque escúchame bien, Marco Sforza, tú nunca fuiste una segunda opción. ¡Nunca! Siempre has sido el único dueño de todo mi corazón.

Se detuvo, tragando saliva como si las palabras que venían fueran más difíciles que las anteriores.

—Y sí, cada vez que te gritaba cuánto te odiaba, lo único que estaba haciendo era decirte, en silencio, cuánto te amaba. Sin embargo, ya no quiero luchar más, Marco. —Su voz bajó un tono, temblando ligeramente—. No quiero seguir en esta guerra que me rompe en pedazos. Quizá sea una idiota, quizá esta sea la peor decisión de mi vida. Pero, aun así…

Se acercó un paso más, lo justo para que pudiera sentir el calor de su cuerpo.

—Sí, Marco Sforza. Quiero estar contigo. Te amo. A ti. Desde el maldito momento en que pisaste Sicilia.

Por primera vez en mucho tiempo, me quedé completamente sin palabras. Lo único que hice fue mirarla. Y entonces ella actuó por los dos.

Aless dio un paso más, eliminando el último espacio entre nosotros, y sin dudarlo, me besó. Fue un beso ardiente, desesperado, cargado de todo lo que habíamos callado durante tanto tiempo. Su lengua buscó la mía con una furia que me dejó sin aliento, tambaleándome, mientras nuestras manos finalmente rompían las barreras que nos habíamos impuesto.

No sé quién fue el primero en ceder al deseo, pero en cuestión de segundos, estábamos enredados. Su albornoz cayó al suelo sin que nos separáramos, y mis manos recorrieron su cuerpo con la misma hambre con la que la había amado en silencio durante años. Ella no

se quedó atrás, deshaciéndose de mis pantalones como si su vida dependiera de ello.

Con determinación, la llevé hacia la ventana. Me arrodillé frente a su sexo, sin tiempo para delicadezas, alcé una de sus piernas sobre mi hombro y acerqué mi rostro hasta sentir la humedad de sus pliegues contra mi boca.

Estaba completamente empapada y excitada. Comencé a embestirla con furia con mi lengua. Froté una y otra vez su clítoris, sin tregua, ignorando sus uñas clavadas en mi cuero cabelludo que reclamaban más. Mi mano se unió al ataque, colándose en su interior, buscando con obsesión el punto exacto de su placer.

Los gemidos que salían de su garganta bajo la presión de mis movimientos se hicieron más intensos, profanando el silencio de la habitación.

Entonces, finalmente, se liberó. Respiré hondo, satisfecho, mientras saboreaba los restos que resbalaban por mis manos.

Había vencido. O eso creía cuando nos dejamos caer sobre la cama.

Fue ahí cuando la vi, reposando con descaro sobre mi cuerpo. Las tornas habían cambiado en un juego perverso. Era como si sintiera el poder de su burla. Lentamente, se movió hacia mí con una precisión insolente, deslizando su boca por mi cuerpo, dejando un rastro húmedo que me estremecía y alimentaba mi excitación.

Se detuvo en la punta de mi glande. Me miró desafiante. De repente, sin poder reaccionar, mi polla desapareció en su boca.

—¡Joder! —gruñí soltando el aire, dejé caer la cabeza hacia atrás mientras mis manos se enredaban en su cabello, guiando los movimientos de su cabeza con frustración. Respiré hondo, cerrando los ojos un segundo, como si intentara dominar la tormenta interna que aquella diminuta boca había desatado.

Pero no se detuvo. Seguía moviéndose con ese ritmo lento, calculador. No me daba tregua. Si no hacía algo, me correría como un adolescente, mi victoria se convertiría en derrota.

—Ya es suficiente —murmuré, incorporándome un poco. Mi cuerpo se tensó, preparado para el siguiente ataque—. ¿Estás lista para

correrte de nuevo, pequeña? —Le tendí la mano para levantarla de la cama.

—Por favor, hazlo —accedió, mordiéndose el labio con anticipación.

Le di un beso largo y provocador, pegándome más a su cuerpo; a continuación, recogí del suelo, con las manos temblando, el cinto de su albornoz. Sujeté sus manos a la esquina del cabecero de la cama, ajustando el nudo con una precisión casi desesperada.

—Agáchate —le pedí con firmeza—, haz palanca y ancla bien los pies al suelo.

Obedeció. Me coloqué detrás, imitando estar sentado debajo de ella. También me sujeté con fuerza al último saliente del cabecero mientras la rodeaba con los brazos. En esa postura pude sentir plenamente la excitación de Aless vibrar contra mi entrepierna.

Y entonces llegó. La primera embestida nos paralizó a los dos. El sexo húmedo de Aless me envolvió por completo, empujándonos hacia atrás, como en un columpio. Apenas habíamos recobrado el aliento cuando la volví embestir con más fuerza, más profunda que la anterior. A continuación, otra. Y otra más. Era un asalto continuo, un ritmo implacable que nos drenaba las fuerzas.

—¡Vamos, pequeña, aguanta! —imploré por encima de su hombro, guiando su cadera con una mano mientras la otra seguía enganchada al cabecero. Los movimientos nos mecían, en un vaivén, anclados al único punto fijo al que nos sujetábamos los dos.

—¡No puedo más! —gruñó, su cuerpo se tambaleaba por el placer. Echó la cabeza hacia atrás, buscando desesperadamente un refugio en mi boca. Al final, la alcanzó y con agonía me besó.

Mi mano comenzó a deslizarse por sus senos. Sentí sus paredes aferrarse con fuerza a mi polla, conspirando contra mi autocontrol. Con un último esfuerzo, llevé la mano a su clítoris, presionándolo con movimientos circulares.

—¡Mierda, me vas a matar! —maldije entre dientes. Me aferré a Aless con todo lo que tenía y la embestí sin piedad.

De pronto, ella gritó mi nombre, extasiada. El orgasmo nos arrastró a los dos y nos lanzó al vacío que se abría ante nosotros.

Ambos nos perdimos en ese torrente que golpeaba sin clemencia, chocando contra todo, sin poder respirar, sin poder pensar.

Liberé sus manos y nos arrastré hacia la cama, dejándonos caer a plomo.

—Te odio —murmuró, esbozando una sonrisa cansada.

—Pues yo te odio más, y no pienso dejar de hacerlo nunca.

—Más te vale.

Me puse en pie, rebusqué en uno de los cajones de un mueble cercano y saqué lubricante. Me acerqué a Aless, que seguía boca abajo, completamente derrotada.

—¿Qué vas a hacer con eso? —protestó, sin fuerzas para moverse —. Perdí a Moradito y sus nuevos amigos en el incendio.

—Tranquila, pequeña. Lo repondremos. —Le guiñé un ojo con aire cómplice y una sonrisa traviesa se dibujó en mi rostro—. No obstante, este lubricante tiene otro propósito.

Sin tiempo para reaccionar, le di un toquecito en el trasero con el tubo.

—¡No! ¿En serio? ¿Es que nunca te cansas? Qué pregunta más estúpida. Claro que no, no tienes período refractario.

—Vamos, Aless. No te hagas la mártir. Incorpórate… o mejor ponte a cuatro patas. Déjame ver ese precioso trasero. Vamos a darle la atención que merece.

Ella soltó un gemido frustrado y rodó hasta el borde de la cama.

—Está bien, pero después de esto descansamos. Lo digo en serio.

—¿Descansar? —me burlé, fingiendo sorpresa—. Entonces tendré que tomarme mi tiempo… no vaya a ser que se acabe demasiado pronto.

Aless me fulminó con la mirada y dejó escapar un suspiro dramático.

—¡Oh, Dios mío!

—Aless, cariño, ya sabes que Dios no está aquí.

—Sí, lo sé —gruñó—. Si sigo contigo, arderemos juntos en el infierno.

Cuando la madrugada empezó a colarse por las ventanas, ella dormía enredada entre mis brazos, con su cabello desordenado contra mi pecho. Afuera, la lluvia había cesado, sin embargo, en mi

interior, una tormenta completamente distinta se había desatado. Porque si bien aquella noche habíamos quemado todos los muros entre nosotros, una verdad innegable seguía pesando en mi mente: nada entre Aless y yo había sido fácil jamás, y probablemente tampoco lo sería ahora.

Pero por primera vez en mucho tiempo, eso no me importó. Por primera vez, sentí que, pasase lo que pasase, no la dejaría ir.

CAPÍTULO 29

Non ci sono frasi che possano esprimere l'amore che proviamo.
No existen frases que puedan expresar el amor que sentimos.

Tenía los ojos clavados en Aless mientras se movía por el *backstage* como un huracán. Cuatro meses habían pasado desde que decidimos estar juntos. ¿El resultado? Una locura, sí, pero también la mejor decisión que había tomado en mi vida. Aless estaba en su salsa, ajustando detalles, lanzando órdenes y asegurándose de que hasta el último botón del desfile fuera perfecto. No podía dejar de mirarla. Siempre lograba superarse, y verla así, tan entregada, me hacía sentir orgullo.

A mi alrededor, todo parecía en calma. Mi abuelo, que ahora estaba acompañado por Sofia, charlaba animadamente con Alice. Lo de Sofia había sido un giro inesperado: desde que salieron juntos del hospital tras el incendio, mi abuelo decidió dejar de preocuparse por la diferencia de edad y disfrutar de su compañía. Ahora parecían dos adolescentes enamorados. Era difícil no sonreír al verlos.

Pero, mientras la superficie lucía tranquila, por debajo había un nudo que no podía ignorar. Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Sabía quién era incluso antes de mirarlo. El mensaje decía: «Todo en orden». Era Massimo, confirmándome que la seguridad en el desfile estaba funcionando según lo planeado.

Desde que el miedo se disipó tras el incendio, Massimo y yo habíamos mantenido nuestras sospechas. Aunque todos los demás creían que Romeo había mentido para cubrir su propio pellejo, nosotros no estábamos tan convencidos. Algo no cuadraba, especialmente con Simona. Había estado demasiado tranquila últimamente, como si estuviera desapareciendo poco a poco de la empresa. Aless decía que seguramente estaba buscando otra víctima

en otro lugar, pero yo la conocía demasiado bien. Simona no era de las que perdía; siempre tenía un plan B.

Para evitar alarmar a Aless y a mi abuelo, Massimo y yo habíamos llevado nuestras pesquisas en secreto. Por eso, además de la seguridad del desfile, habíamos asignado custodios discretos para ellos. No quería arriesgarme. Había aprendido, de la manera más dura, que la tranquilidad podía ser una ilusión peligrosa.

Cerré el mensaje de Massimo y volví a concentrarme en Aless. Estaba peleando con uno de los modelos porque el bajo de su pantalón no estaba perfecto. La escena me hizo sonreír. Esa mujer no paraba y no había nadie como ella. Decidí intervenir antes de que los chicos salieran corriendo.

Me acerqué, rodeé su cintura con un brazo y la aparté suavemente.

—Ya está bien, deja al pobre chico en paz —le susurré al oído, mientras el joven se escabullía agradeciendo a todos los santos.

—¿Marco? ¿Qué haces? —protestó ella, fulminándome con la mirada.

—Te voy a raptar por un momento, eso es todo.

Sin darle tiempo a responder, la llevé a un pequeño cuarto de materiales cercano. Cerré la puerta detrás de nosotros y la arrinconé suavemente contra ella.

—¿Qué estás tramando ahora? —Cruzó los brazos como si estuviera a punto de regañarme. Pero había algo en sus ojos, una chispa que me decía que estaba disfrutando del momento más de lo que quería admitir.

—Esto. —La rodeé con mis brazos y la besé, largo y profundo.

—Marco, tengo que salir. Y tú no ayudas metiendo la mano entre mis piernas.

—¿Ah, no? Porque yo creo que soy de mucha utilidad. —Le dediqué una sonrisa ladeada, dejando que mi mano explorara un poco más, lenta y deliberadamente—. Además, eres increíblemente *sexy* cuando das órdenes a todo el mundo.

—Sforza…, no tengo tiempo para tus juegos.

—¿Seguro? —susurré, acercándome más, hasta que mis labios encontraron su cuello.

Ella resopló, abriendo a toda prisa la bragueta de mis pantalones.

—Tienes diez minutos. Ni uno más. Hay un desfile que sacar adelante.

Sin embargo, lo que de verdad me capturó fue lo que hizo después: atrapó mi boca, tensó mis labios entre los dientes y me bajó los pantalones con un tirón rápido. Santo cielo.

—Ocho minutos serán más que suficientes —gruñí, volteándola con suavidad y apoyándola contra la puerta.

El resto…, bueno, digamos que el tiempo se detuvo, y cuando regresamos al *backstage*, ambos parecíamos la imagen de la compostura. Aunque esa chispa en sus ojos decía otra cosa, y yo no podía dejar de sonreír.

—No vuelvas a tu asiento, Marco. Quédate aquí conmigo viendo el desfile.

No contesté con palabras. Envolví su cintura con mis brazos, atrayéndola hacia mí, pegando su espalda contra mi pecho. Poco antes de que las luces se apagaran, dejé un beso en su mejilla.

La orquesta filarmónica, en una esquina, comenzó a afinar sus instrumentos. El suave murmullo de la música se fue intensificando, y en cuanto empezó la primera nota de *Ameno*, el escenario se apagó por completo. El público quedó en silencio y la espera se hizo interminable. A continuación, *boom*, las luces explotaron, iluminando el escenario con una fuerza que dejó a todos boquiabiertos. Los modelos, encapuchados, hicieron su aparición, caminando por la pasarela. Unos segundos después, las capas se cayeron, dejando ver los trajes y los abrigos que Aless había diseñado con tanto esfuerzo. Las prendas masculinas, de una elegancia suprema, no solo estaban hechas a medida, sino que tenían algo único, algo que solo se puede ver cuando el diseño lleva el sello de una mente creativa como la de Aless.

La mezcla de lo clásico con toques modernos, la suavidad de los abrigos, el brillo de los trajes… Todo era impecable. Y los aplausos llenaron la sala. El público estaba completamente entregado, aplaudiendo sin parar. Los *flashes* de las cámaras seguían el ritmo de los modelos, y yo, desde el lateral del escenario, no podía evitar sonreír. Estaba tan orgulloso de ella…

Cuando finalmente la música bajó de intensidad y los últimos modelos terminaron su desfile, Aless se acercó al micrófono. Todo el mundo estaba esperando sus palabras, y no los defraudó.

—Este desfile no es solo mío, es de todos nosotros. Gracias a cada uno que lo hizo posible. A Giordano por unirse y a Valentino por confiar en mí. Pero, sobre todo, gracias a vosotros por estar aquí. Hoy, además, tengo el honor de compartir una noticia que revolucionará el mundo de la moda.

El murmullo en el público se hizo notar, y Aless, con una amplia sonrisa, añadió:

—Alice y Marco, por favor, subid al escenario.

Los focos se posaron sobre nosotros. Cuando llegamos junto a ella, Alice y Aless se abrazaron emocionadas. Posteriormente fue mi turno, y en ese roce disimulado de labios, Aless me susurró un «te amo». Yo, sin dudarlo, respondí un «y yo te adoro» que quedó solo entre nosotros.

De nuevo al micrófono, Aless soltó la bomba:

—Hoy es un día especial para estas dos grandes casas de moda. Porque, aunque por separado son imparables, ¿qué pasaría si se unieran? Señoras y señores, Giordano y Valentino Ferre se fusionan para crear Valdano, una marca que lanzará una exclusiva firma de calzado diseñada por Marco Sforza.

Los aplausos fueron atronadores. Alice tomó el micrófono primero.

—Es un honor unir fuerzas con Marco, un diseñador y empresario que admiro profundamente. Giordano es el legado de mi abuelo, pero esta unión me permite crear algo nuevo, algo mío. Marco, gracias por dejarme ser parte de esto. Sé que juntos haremos cosas increíbles.

Cuando fue mi turno, sonreí hacia el público.

—Valdano es un sueño hecho realidad y no podría haberlo logrado sin esta increíble empresaria, Alice Demir. Su tenacidad y visión demuestran que no hay límites cuando se lucha por lo que uno cree. Estoy feliz… aunque preguntadme más adelante, porque seguramente ya me habrá vuelto loco —bromeé, arrancando risas y más aplausos.

Al bajar del escenario, la prensa estaba lista para atacarnos con preguntas. Mi abuelo se esfumó hábilmente, pero Alice, Aless y yo no tuvimos tanta suerte. Fue una interminable lluvia de *flashes* y preguntas, algunas, claro, sobre nuestra vida íntima, a las que respondimos con evasivas.

Ya en la fiesta, seguíamos siendo el centro de atención. Cansado de no poder estar a solas con Aless, le hice un gesto para que se dirigiera hacia los jardines. Cuando la alcancé, la alcé entre mis brazos y la besé con ganas, como si el mundo pudiera esperar mientras nosotros nos reencontrábamos.

—No aguanto más, quiero que estemos a solas, señor Sforza —confesó Aless, pegada a mí, con sus brazos rodeando mi cuello y una sonrisa traviesa en sus labios.

—Escapémonos, señorita Rossi. Porque tengo muchas ganas de tenerte solo para mí, sin que nadie nos moleste.

—Me gusta la idea, pero siento decirte, cielo, que a menos que puedas hacer desaparecer a la humanidad, va a ser complicado.

—Oh, ya sé cómo hacerlo. En medio del mar, tú y yo, solos. El barco nos está esperando. ¿Qué dices, nos vamos?

—¿Estás loco? —Rio ella, sin poder disimular lo mucho que le encantaba la propuesta.

La tomé de la mano y nos escabullimos entre las sombras, como dos cómplices de una locura, riendo como si nos hubieran pillado en pleno crimen. En otro momento de mi vida, jamás me hubiera ido de una fiesta de la empresa, sin embargo, con Aless todo lo demás dejaba de importar.

* * *

Fueron cinco días increíbles, lejos del mundo, del ruido, de todos. Solo el mar, ella y yo. Jamás había sido tan feliz en mi vida, y por la forma en que Aless me miraba, sabía que ella sentía lo mismo. Ese día, tenía preparada una sorpresa. Nuestra parada fue en la isla de Capri, en la icónica Gruta Azul. Aless nunca había estado allí, y solo

la idea de verla descubrirla hacía que el momento fuera aún más especial.

La pequeña embarcación nos llevó hasta la entrada de la gruta. Tuvimos que agacharnos para cruzar el paso estrecho, y al entrar, el mundo se transformó. La luz azulada del agua parecía mágica, reflejándose en las paredes de piedra como si las iluminara desde dentro. Todo estaba bañado en ese resplandor azul eléctrico, una cueva que parecía sacada de un sueño. Aless miraba a su alrededor con asombro, con los ojos brillantes y la boca ligeramente abierta.

—Es increíble… —susurró.

La barca flotaba con suavidad en ese paraíso de agua luminosa. Aprovechando su distracción, me levanté de golpe y la lancé conmigo al agua. El grito de sorpresa de Aless se mezcló con su risa cuando nos sumergimos en ese azul hipnótico. La rodeé con mis brazos y, con el agua envolviéndonos, decidí decir lo que llevaba días en mi cabeza.

—Alessandra Rossi, ¿quieres casarte conmigo otra vez?

La vi tensarse por un segundo y mi corazón se detuvo. ¿Y si decía que no?

—Marco… —respondió suavemente, mirándome a los ojos. Tragué saliva mientras ella continuaba—: Cada vez que damos ese paso, algo malo ocurre. No quiero que nada nos vuelva a separar. Porque no necesito un papel para saber que somos uno.

—¿Entonces es un no? —Traté de esconder mi decepción.

—No es un no, amor. Es un sí con miedo —confesó, con sus manos acariciando mi rostro.

Sonreí, aliviado, y la besé con fuerza. Ella respondió al beso con la misma intensidad, como si quisiera borrar cualquier duda.

—Esta vez lo haremos sin mochilas, pequeña. Sin miedos. Porque lo queremos —susurré antes de besarla otra vez.

—¿Y mi anillo? —indagó, arqueando una ceja con ese tono juguetón que tanto me gustaba.

—No lo tengo —admití con una risa—. La decisión la he tomado estos días, pero te conozco, pequeña. Si te regalo un diamante ni te lo pondrías. Estoy pensando en algo más… tú. Quizá una pulsera de

cuero. Ahora que hacemos zapatos, puedo usar un resto para fabricártela.

—¡Idiota! —gritó entre risas, salpicándome con agua.

De vuelta al barco, Aless no podía esperar más. Me besaba con impaciencia, sus manos recorriendo mi espalda mientras sus labios buscaban los míos. Al llegar a la embarcación, fue consciente de que no tendríamos nuestra celebración privada, un pequeño grito la detuvo en seco.

—¡¿Qué demonios?! —jadeó, apartándose de mí de golpe.

Giramos al mismo tiempo y vimos a todos nuestros amigos, mi abuelo y Sofia, esperándonos en la cubierta con caras de complicidad. Globos blancos y dorados decoraban el espacio, y una mesa llena de champán y aperitivos brillaba bajo el sol.

—¿Y? ¿Tenemos boda o no? —nos apremió mi abuelo, mientras todos los demás esperaban expectantes.

Aless me miró, sonrojada pero sonriente. La envolví con mis brazos y gritó:

—¡Sí! Tenemos boda.

El barco estalló en aplausos, risas y abrazos. La música comenzó a sonar y el champán corrió sin parar. Aless, en mi abrazo, seguía riendo, todavía sorprendida por todo.

Mi abuelo nos reunió en el camarote y sacó una carpeta de cuero negro. La verdad, no esperaba lo que estaba a punto de decir. Cuando hablamos para planear la sorpresa, no me había informado de nada de esto.

—Estoy muy feliz por ambos —empezó, mirándonos con esa mezcla de orgullo y picardía que lo caracterizaba—. Me lo hicisteis pasar fatal, ¿sabéis? Siempre supe que teníais que estar juntos desde el momento en que Marco te trajo a mi casa. Pero, con tantas idas y venidas, hubo momentos en los que pensé que no habría retorno. Por suerte, estaba equivocado.

Aless y yo intercambiamos una mirada cómplice.

—Y ahora que ambos estáis donde tenéis que estar, creo que mi trabajo aquí está hecho. Es hora de que me dedique a vivir la vida con Sofia. Tenemos casas en tantos países que algunas ni recuerdo la última vez que las visité. Quiero alejarme de todo y disfrutar esta

etapa con ella, viajando, viviendo…, hasta que ya no podamos hacerlo.

—¿Eso quiere decir que…? —inquirí, aunque algo me decía por dónde iban los tiros.

—No voy a reconstruir la mansión. Ese lugar ya cumplió su propósito. No necesito otra casa enorme y vacía. Me quedaré con el dinero del seguro, compraré un apartamento pequeño en el centro de Milán y me iré a viajar.

—Abuelo, me parece perfecto. ¡Hazlo! Aunque mi casa es grande. Puedes instalarte allí cuando quieras.

—No, hijo, gracias. La mansión era más grande y aun así recuerdo perfectamente tus noches de pasión. —Nos dedicó una mirada traviesa, haciendo que Aless se sonrojara y que yo me echara a reír —. Yo también quiero intimidad ahora.

—Te vamos a extrañar, Giovanni —señaló Aless, abrazándolo con fuerza—. Me acostumbré a verte todos los días.

—Hija, voy a estar yendo y viniendo. No te vas a librar de mí tan fácilmente. Estoy seguro de que Marco te mantendrá bastante ocupada. No tendrás tiempo ni de pensar en mí.

—Abuelo… —empecé, sin embargo, me cortó con un gesto de la mano.

—Chicos, hay algo más que quiero deciros. He decidido dejar la empresa. Es hora de retirarme por completo.

Aless abrió los ojos sorprendida, y yo sentí un nudo en la garganta. Valentino Ferre sin mi abuelo sería otra cosa, pero se lo había ganado.

—Marco, siempre has luchado como el que más. Por eso, desde hoy, mi participación pasa a tus manos. Eres mi sucesor, y no hay nadie mejor para seguir llevando esto a lo más alto. Estoy muy orgulloso de ti.

No pude evitarlo, lo abracé con fuerza.

—Ojalá pueda hacerlo la mitad de bien que tú, abuelo.

—Lo harás. Además, no estarás solo. —Volvió su atención a Aless —. Hija, he decidido darte la participación de Romeo.

—¿A mí? —Aless se echó hacia atrás, sorprendida—. Giovanni, no tienes que hacerlo. De verdad, no quiero nada.

—Escucha, hija —dijo, tomándole las manos con calidez—, esta empresa pasó por momentos muy duros. Tú fuiste quien dejó todo y se involucró más que nadie, incluso perdiendo en el camino. —Hizo una pausa significativa; todos sabíamos que hablaba de Andrea—. Hace unos días hiciste que Valentino Ferre brillara con tus diseños. Esta empresa también te pertenece. Así que acepta esto, no solo porque lo mereces, sino porque así me aseguro de que tú y Marco tengáis que trabajar juntos… ¡y no os matéis! —añadió con picardía. Aless me miró, buscando apoyo.

—Pequeña, tiene razón. Valentino Ferre es tan parte de ti como tú lo eres para Valentino Ferre. Hazle caso al abuelo, porque si no lo haces, te lo advierto: no habrá quien lo aguante.

Ella resopló, medio riendo, y tomó el bolígrafo con algo de resignación. Firmó el documento y después lo hice yo.

—¡Eso es! —exclamó Giovanni, sonriendo con satisfacción—. Ahora sí puedo retirarme tranquilo. ¡A celebrarlo!

CAPÍTULO 30

So che sembra sciocco ma voglio che viviamo insieme fino a quando la morte non ci separi.
Sé que esto suena tonto, pero quiero que vivamos juntos hasta que la muerte nos separe.

Habían pasado dos meses desde que nos habíamos comprometido y ahora me encontraba frente a la pequeña iglesia de Portofino, ese lugar tan pintoresco que parecía sacado de una postal. Era nuestro día, el gran sí, quiero. La boda sería íntima: nuestros amigos cercanos, mi abuelo, Sofia, mi socia Alice, su marido Alp y sus dos adorables niñas. Nada más, nada menos. Justo lo que queríamos.

Sin embargo, no podía evitar sentirme nervioso, como si fuera la primera vez que me encontraba en esta situación con Aless. Pero esta ocasión era distinta. Sería la definitiva.

A mi lado estaban Nico y Vito, fieles a su estilo, bromeando cada dos minutos.

—¿Seguro que no quieres salir corriendo? Todavía estás a tiempo, Marco.

—Sí, sí —agregó Vito, riendo—. En la lancha hay espacio de sobra.

Me limité a lanzarles una mirada divertida. Me lo merecía, después de todo. Entonces vi acercarse a Emma y Alice, ambas luciendo espectaculares. Emma tomó mi brazo con fingida seriedad.

—Marco, necesitas ir con Aless. Está nerviosa. Muy nerviosa. Y todos sabemos que solo tú puedes calmarla.

Alice intentó disimular su risa, pero al ver mi expresión de duda, agregó:

—Y no lo digo como cumplido, créeme. Esa pequeña fierecilla puede comerse la sacristía si sigue así.

Eso me arrancó una carcajada. ¿Aless, nerviosa? Sabía perfectamente lo que significaba eso, y si lo que tenía en mente era lo que estaba pensando, por mí no había problema en inaugurar la boda de una manera… peculiar.

Decidí no hacer esperar a mi futura esposa y me dirigí hacia el cuarto donde estaba. Cuando llegué, la puerta de la sacristía estaba entornada. ¿Sería posible llevar a cabo mis planes ahí? Bueno, nunca había sido de los que rechazan un buen reto.

Me detuve al escuchar su voz. No estaba sola. Había alguien más con ella, y al prestar más atención, reconocí la voz de Massimo.

—Aless, mi hermano estaría feliz por ti, ¿sabes? No sé muy bien por qué, pero creo que se habría alegrado de que Marco fuera el elegido. Y, sinceramente, yo también. Es un buen tipo, además de un gran amigo. Al final, ese arrogante nos robó el corazón a todos.

—Massimo, te mentiría si te dijera que alguna vez dejé de amar a Marco. Él siempre estuvo ahí, incluso cuando intenté negármelo. Aunque quiero que sepas algo: amé a Andrea. Fue muy importante para mí. Cada momento que pasé a su lado lo atesoro como un recuerdo feliz. Siempre me aferré a algo para mantenerlo vivo. Esta pulsera…, buscar a su asesino, cualquier cosa que me lo recordara, para no olvidarlo jamás. Pero me di cuenta de que no hace falta. Andrea vivirá siempre dentro de mí. Es hora de que dé un paso adelante. Quiero que lleves tú esta pulsera.

Sabía lo que significaba esa pulsera para Aless, y el gesto de entregársela a Massimo era un acto de liberación. Para ella, para Andrea y, en cierto modo, también para mí.

Golpeé suavemente la puerta con los nudillos y ambos se giraron. Me fijé en que la pulsera ya estaba en la muñeca de Massimo.

—¿Interrumpo? Me han dicho que la novia necesita algo de mi encanto. —Miré a Aless embobado, admirándola de pies a cabeza—. ¡Guau, nena! Estás increíble. Aunque debo admitir que una parte de mí esperaba que llevaras un modelito como el de la primera ceremonia. Ya sabes…

Ella me lanzó una mirada incrédula antes de soltarme un codazo ligero.

—Eres un idiota, Marco.

Massimo me dio una palmada en la espalda, cómplice como siempre.

—Os dejo, chicos. No tardéis, ¿vale? No hagáis esperar demasiado a los demás.

Cuando se fue, Aless se giró hacia mí, rodeándome con los brazos.

—Marco, estoy tan nerviosa… —susurró, apoyando su frente contra mi pecho—. ¿Tienes alguna idea de cómo calmarme?

—¡Ja! —Reí mientras la envolvía con mis brazos—. Tengo muchas ideas, pero debo recordarte que estamos en una sacristía.

—¡Mierda, no había caído en eso! —protestó, echando la cabeza hacia atrás con frustración. Posteriormente, su mirada se iluminó con un toque de diversión—. No quiero condenar nuestro matrimonio antes de que empiece, profanando este lugar.

Su risa se unió a la mía y sus ojos chispeaban amor y diversión.

—Me conformo con que me abraces y me des un beso. Uno pequeño, eso no puede ser pecado, ¿no?

Me incliné para besarla, pero justo cuando nuestros labios estaban a punto de encontrarse, un ruido seco nos hizo girarnos. La puerta de un armario cercano, de madera desgastada y con pequeños agujeros, se abrió de golpe.

Ambos nos congelamos al ver la figura emerger de las sombras. Sostenía un arma, y el cañón estaba directamente apuntándonos.

* * *

Una y otra vez las imágenes regresaban a mi mente: la boda, la sacristía, Aless y yo riéndonos… Y luego Luca. Luca con una pistola en la mano y la mirada cargada de odio.

—Marco, cielo, el café ya está. —La voz de Aless sonó suave detrás de mí, sacándome de mis pensamientos.

Me giré hacia la taza que estaba sobre la encimera. Fría. Ni siquiera recordaba cuándo la había sacado de la cafetera. Suspiré y la aparté con un gesto mecánico, tiré de Aless hacia mí, envolviéndola en un abrazo.

«Podría haberla perdido».

Esa maldita idea no dejaba de regresar a mi cabeza desde que dejamos Portofino. Aless podría estar muerta. Muerta.

Y todo por culpa de los malditos planes de Simona. Todo estaba fríamente calculado: asesinar a Aless, quedarse con su participación en la empresa y posteriormente usar a mi abuelo como arma para chantajearme. Así se habrían quedado con mi parte también. Un movimiento perfecto. Una jugada maestra para adueñarse de Valentino Ferre.

Y yo… había sido un completo imbécil.

De verdad pensé que tener guardaespaldas bastaría para protegerlos. Creí que sería suficiente, que nadie podría pasar por encima de ellos. Pero ¿de qué sirvieron? Absolutamente de nada. Luca los esquivó con una facilidad insultante, como si fuera parte del decorado de la ceremonia. Ni siquiera parecieron notar lo que estaba pasando hasta que ya fue demasiado tarde.

La culpa me quemaba por dentro. No podía dejar de pensar en todo lo que estuvo a punto de suceder. Aless, mi abuelo…; todo lo que Simona estuvo a punto de arrebatarme.

—Amor, deja de darle vueltas, por favor. Estamos a salvo, los dos, juntos. Ya nadie puede hacernos daño —susurró, devolviendo el abrazo con una intensidad que casi parecía querer unirnos en uno solo.

—Si la policía no hubiera llegado a tiempo… —La frase quedó en el aire. No podía decirlo en voz alta, como si al hacerlo lo volviera más real.

Massimo y otros agentes habían estado investigando a Luca y Simona. Gracias a ellos, todo terminó antes de que pudiera convertirse en una tragedia. Aun así, me seguía carcomiendo que usaran nuestra boda como cebo sin avisarnos.

—Pequeña, si te hubiera pasado algo… —Sujeté su rostro con cuidado, perdiéndome en esos ojos que siempre me parecieron

hipnóticos, y la besé.

El beso fue profundo, lleno de una necesidad que no podía controlar. Ella respondió con la misma intensidad, agarrando mi camisa como si necesitara aferrarse a algo tangible. Ese momento era la única prueba de que todavía la tenía conmigo.

El timbre nos paralizó al instante. Nos miramos, todavía con las emociones a flor de piel.

—Es Massimo —indicó Aless, señalando la puerta con la cabeza.

—Sí. —Asentí, resoplando—. Veamos qué sorpresas trae.

Aless fue a abrir mientras yo me desvié a la sala, caminando de un lado a otro como un león enjaulado. Que nos citara me tenía inquieto. ¿Sería algo bueno o malo? Estaba a punto de descubrirlo. Escuché pasos acercándose y me forcé a quedarme quieto.

—¿Cómo estás, tío? —Massimo me saludó con un abrazo breve, de esos que siempre parecen un poco incómodos.

—Vivo, que ya es bastante viendo cómo van las cosas últimamente.

—¿Te apetece algo? ¿Un café? —ofreció Aless.

—No, gracias, estoy bien.

—Sentémonos. —Aless se acomodó en el sofá. Yo, por mi parte, me senté a su lado, más serio que nunca, dejando a Massimo justo enfrente.

Nuestro amigo apoyó los codos en las rodillas y nos miró a ambos con expresión preocupante.

—Chicos, lo que voy a contaros no puede salir de esta habitación. ¿Entendido?

—Sí —respondimos al unísono, Aless con un leve asentimiento y yo clavándole la mirada.

—Bien. —Massimo se recostó en el respaldo antes de continuar—. Han interrogado a Simona y Luca. Y, bueno…, ella lo ha traicionado. Lo vendió con tal de salvarse.

—¿Qué? —Aless presionó mi mano, sorprendida.

—Sí, y eso lo enfureció tanto que decidió hablar también. Soltó un montón de información y una de las cosas que confesaron es que ellos dos tienen un vínculo bastante estrecho.

—¿Qué quieres decir? —indagó Aless, entrecerrando los ojos.

Massimo tardó un segundo en responder, como si le costara encontrar las palabras.

—Son madre e hijo.

—¡¿Quéééé?! —Aless se llevó una mano a la boca, incrédula—. ¿Qué estás diciendo? ¿Luca es mi hermano?

—Medio hermano. Simona tuvo una relación con un cobrador de *pizzo* cuando aún estaba con tu padre. Se quedó embarazada y, como ya te imaginarás, lo ocultó.

—¿Y qué pasó con el bebé? —su voz salió rota, apenas un susurro.

—Lo abandonó. Cuando nació, Simona recurrió a una vecina para deshacerse de él y terminó en un hogar para niños abandonados en Nápoles.

—¡Dios mío! —balbuceó ella, apretando mi mano con fuerza—. ¿Y después de todo lo que le hizo, él está a su lado? ¿Cómo puede ser? ¿Por qué no me confesó quién era? ¡Fingió ser mi amigo!

—Lo sé —respondió Massimo con calma—. Se reencontraron cuando Simona salió de Sicilia.

—Querrás decir cuando nos abandonó a mi padre y a mí —corrigió ella, con furia y sus ojos llenos de lágrimas.

—Sí. Luca se escapó del hogar y terminó en Scampia. Al reunir algo de dinero, buscó a Simona. Desde aquel momento no se separaron.

—Esto es increíble. —Apreté los dientes, mirando el estado de Aless—. Parece que cambia de hijo según le conviene.

De golpe, algo encajó en mi cabeza. Miré a Massimo y, por su expresión, supe que estaba en lo cierto.

—Espera, ella también acabó en el mismo mundo que Luca, ¿verdad?

—Efectivamente. Y ahí es donde entra tu familia, Marco.

—¿Mi familia? —Fruncí el ceño—. ¡Pero los Sforza nunca se han metido en negocios sucios! No lo entiendo.

—Marco…, esto es más grande de lo que crees. —Massimo dejó caer las manos sobre sus piernas, soltando un suspiro pesado—. La organización para la que trabajaban necesitaba una empresa como fachada. Valentino Ferre era el blanco perfecto. Por aquel tiempo, tu

familia era noticia por la enfermedad de tu madre. Creyeron que, en esa situación tan delicada, sería fácil manipular a tu padre, el supuesto sucesor de tu abuelo.

—¿Y ahí entra Simona? —interrumpí, sintiendo un nudo en el estómago.

—Exacto. Pero nada salió como esperaban. Tu padre no tenía el poder que creían y, para colmo, Simona comenzó a desarrollar sentimientos enfermizos hacia ti, Marco.

Vi cómo la rabia se apoderaba del rostro de Aless. Los labios le temblaban y sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

—¿Y por eso se quedó cerca? ¿Por mí? —indagué con amargura. Massimo asintió lentamente.

—Cuando vio que no iba a conseguir lo que quería con Valentino Ferre, saltó al siguiente objetivo: Donato Sartoria. Ahí sí tuvieron suerte. Dante ya os odiaba, y los problemas económicos de su empresa hicieron el resto. Fue fácil llegar a un acuerdo para hundiros a vosotros y, de paso, salvar a Sartoria.

»Eso nos lleva al siguiente punto. —Massimo me miró con pesar, pero no se detuvo—. Sé que te duele oírlo, Marco, pero Simona fue quien aceleró la muerte de tu madre. Temía que, si hablaba con tu padre, perdería cualquier oportunidad de estar cerca de ti.

—¡Maldita loca! ¡Lo sabía! —grité, soltando un puñetazo contra la mesa—. Y todo esto es culpa mía.

Aless reaccionó enseguida, rodeándome con sus brazos.

—No, Marco. Esto no es tu culpa, ¿me oyes? Aquí solo hay un culpable.

—O dos. —La voz baja de Massimo nos hizo girarnos hacia él.

—¿Qué quieres decir? —le espeté, con el corazón latiéndome a mil por hora—. ¡Dilo de una vez!

Él bajó la cabeza, incómodo.

—Marco, estoy tratando de minimizar el daño, pero lo que hizo Simona es imperdonable. —Respiró hondo antes de soltarlo—. Hay más muertes sobre sus hombros, y no actuó sola. Entre ellas, la de tu padre y la de mi hermano.

—Andrea… —Aless murmuró su nombre como si le costara pronunciarlo—. Dante fue su cómplice, ¿verdad?

—No. Su único «delito» fue hacer negocios con esa gente. —Massimo apretó los labios con asco—. Solo era un títere en sus manos.

—Por lo tanto, si no fue él… —Aless se detuvo, llevándose una mano a la boca—. ¡Dios mío! Luca.

—Ese maldito… —La rabia me atravesó como un rayo y, antes de poder controlarme, volteé la mesa con un golpe seco—. Mató a mi padre y también a Andrea.

—Sí, Marco. Fue él. Saboteó el coche de Domenico y atropelló a mi hermano.

—No… No, no. —Aless comenzó a frotarse la cabeza, como si intentara borrar esa realidad—. Tiene que haber un error. Ellos… ellos no querían matar a Andrea. Iban a por mí. ¡Joder, llevan mi sangre!

—Ven, pequeña. —La abracé con fuerza, sintiendo cómo comenzaba a derrumbarse en mi pecho, y yo solo podía maldecir en silencio. Cada palabra de Massimo era más dura que la anterior. Y lo peor es que parecía no tener fin—. ¡Joder, esto es demasiado! Nunca imaginé algo tan enfermo. ¿Y mi primo? ¿Cómplice de esa gente? Esto es de locos.

—No, Marco. —Massimo respondió de inmediato—. Romeo no mintió. Nunca supo para quién trabajaba. Ellos manipularon a las personas que estaban cerca de vosotros, las usaron como peones. A Vito, para mantenerse cerca, y a Allegra, para ejecutar sus planes y acabar con Aless y con tu abuelo.

—¿Qué? —Sentí que se me encogía el estómago—. No, no jodas. ¿Allegra también estaba con ellos? ¿Qué pasa? ¿Estamos rodeados de traidores?

—Escúchame. —Massimo se inclinó hacia adelante, con la voz agotada—. Cuando Simona vio lo cercano que eras con Allegra se preocupó. La investigó y descubrió denuncias por mala praxis que nunca llegaron a juicio. Ya no ejercía y estaba en tratamiento psiquiátrico. Simona usó esa información para chantajearla. Su misión era simple: asegurarse de que odiaras a Aless.

—Porque… —ella titubeó— porque sabía que yo podría volver, ¿verdad?

Massimo asintió.

—Exacto. Tu madre sospechaba que tarde o temprano regresarías. Y en el proceso, Allegra confundió sus sentimientos con Marco. Esa obsesión la llevó a seguir las órdenes de Simona y provocar el incendio en la mansión. Su objetivo era claro: acabar contigo, Aless, y con Giovanni. Así, Marco sería el heredero perfecto del imperio Valentino Ferre, el premio con el que Luca y su madre soñaban quedarse.

—¿Por qué tanto odio hacia mí? ¿Y Luca? ¿Qué les hice yo? —Su voz se rompió, llena de desesperación—. Andrea… Andrea está muerto por su rencor hacia mí.

Me acerqué de nuevo, sujetándola con fuerza.

—No te castigues, amor. —Bajé la voz, buscando calmarla, aunque yo mismo estaba a punto de estallar.

Él extendió una mano hacia ella, con el rostro compasivo.

—Ni tú ni Marco sois responsables de esto. No podéis cargar con el peso de todas esas muertes. Los únicos culpables son ellos, Aless. Solo ellos.

—Ojalá se pudran en la cárcel —espeté con la voz saliendo fría y cargada de odio—. Aunque ni eso parece suficiente para todo lo que hicieron.

—En cuanto a eso… —Massimo comenzó a hablar, pero pareció dudar. Desvió la mirada y se quedó en silencio.

—¿En cuanto a eso qué? —lo apremié, sintiendo que la tensión crecía en mi pecho—. ¿Qué pasa? ¡Habla! —No me gustaba nada cómo me evitaba con la mirada. Mi amigo nunca hacía eso. Él tragó saliva y soltó las palabras como si le pesaran.

—Han llegado a un acuerdo. Su pena se reducirá considerablemente si colaboran con la policía en un caso de mayor magnitud.

Me quedé en blanco. Aquello tenía que ser una broma de mal gusto. No podía ser cierto. ¿De verdad iban a salirse con la suya? ¿Después de todo el daño que habían causado? ¿De las vidas que arrebataron y destruyeron? Cuando iba a hablar, Aless se adelantó.

—Sé sincero, Massimo. ¿Cuánto se reducirá su condena?

Nuestro amigo guardó silencio. Y ahí lo supe. Se librarían de la cárcel.

Una furia ciega me envolvió y, antes de darme cuenta, lo agarré por el cuello de la camisa, levantándolo del sofá.

—¡¿Qué mierda le pasa a tu gente?! ¡Joder! —grité, sacudiéndolo como si eso pudiera cambiar las cosas—. Les van a regalar una vida nueva a cambio de trabajar para ellos, ¿verdad? ¿No importa que tengan las manos llenas de sangre? ¿Resulta que mi familia no importa? ¿Que tu hermano no importa? ¡Joder, tío, dime cómo puedes decir eso tan tranquilo! ¡Andrea está muerto, muerto!

Massimo me miró, y por primera vez vi algo en él que nunca había visto: lágrimas. Se dejó caer pesadamente en el sofá, derrotado, hundido.

—¿Crees que no me duele, Marco? ¿Que trato estas muertes como si no significaran nada? Estoy roto. —Su voz sonaba completamente desgarrada mientras pasaba una mano temblorosa por su rostro—. Intenté mantenerme entero por vosotros, porque sabía que todo lo que os he contado sería difícil de asimilar. Pero siento que le fallé a mi hermano y a todos los que confiaban en mí.

Sentí el dolor en sus palabras y, agotado, me dejé caer a su lado, en silencio, y le di una palmada en la pierna. No sabía qué decirle. Aless corrió hacia nosotros y se abrazó a Massimo, llorando con él.

Y ahí, sentado junto a ellos, sentí cómo la culpa me asfixiaba. Todo esto había empezado conmigo. Y cuanto más crecía la bola, más vidas se perdían en el camino. Vidas que nunca volverían. Y nadie, absolutamente nadie, iba a pagar por ello.

Salí al jardín en busca de un respiro, pero el aire parecía tan denso como mis pensamientos. Me apoyé contra la barandilla, mirando el vacío sin verlo realmente, con el pecho apretado y la mente dando vueltas en espiral. Todo lo que acababa de escuchar seguía golpeándome una y otra vez, como un maldito eco.

Me quedé allí un rato, inmóvil, tratando de ordenar mi cabeza. Entonces, el ruido de la puerta de la entrada al cerrarse me sacó de mi ensimismamiento. Massimo debía de haberse ido.

Miré hacia la casa, pero no fui capaz de volver a entrar. Los tres estábamos hechos mierda, y aunque la verdad ya había salido a la

luz, ahora venía lo más complicado: ¿cómo seguir adelante después de esto?

El miedo se enroscaba en mi pecho como una serpiente. ¿Y si Aless no podía seguir conmigo? ¿Y si todo lo que había pasado la alejaba, no solo de mí, sino de esta vida que había resultado ser un pozo oscuro? Me preguntaba si sería capaz de permanecer a mi lado después de tanto dolor, o si se iría, llevándose consigo todo lo que alguna vez soñé.

Sin embargo, su gesto lo cambió todo. Ella se acercó y me abrazó por la espalda, apoyando su cabeza sobre mi omóplato mientras decía:

—No te estoy pidiendo que lo superes ahora. Solo que no me sueltes. Porque yo no pienso soltarte, Marco.

Sus palabras fueron justo lo que necesitaba escuchar. Me giré despacio y la envolví en mis brazos, aferrándome a ella como si fuera mi salvación.

—¿De verdad hablas en serio? ¿No te irás? —pronuncié, inseguro.

—Amor, ni loca me separaría de ti. ¿No te das cuenta? Cada vez que intentaba poner distancia entre los dos, siempre acababa volviendo. Una y otra vez. Nunca dejamos de ser tú y yo.

—Me gusta cómo suena eso…, parece prometedor —susurré rozando sus labios con los míos—. Te amo, Alessandra Rossi.

Busqué sus labios, pero antes de que el momento se consumara, ella se apartó y frunció el ceño, dejándome a medio camino.

—Aguarda, hay un tema que debemos aclarar.

—¿Ahora? —protesté, arqueando una ceja—. ¿Justo cuando estaba a punto de besarte?

—Sí, ahora. Ya sabemos lo que pasa después de los besos. Y antes de que nubles mis sentidos, quiero decírtelo.

—¿Qué es tan urgente que no puede esperar, digamos, un par de horas? —pregunté con fingida exasperación.

—No quiero casarme contigo.

—¿Qué? Pero si yo ni siquiera te acabo de pedir matrimonio. Por cierto…, ¿por qué no?

—Porque cada vez que damos ese paso, algo malo sucede. Sinceramente, no estoy dispuesta a arriesgarme una cuarta vez.

Me reí a carcajadas, incapaz de contenerme.

—Tienes razón. Mejor no tentar al destino. Además, eso de vivir en «pecado» contigo toda una vida tiene su encanto. —Intenté bromear, aunque enseguida me puse serio—. Escucha, pequeña. Un papel no significa nada. El único acuerdo que importa es el que hicieron nuestros corazones. Eso es lo único que vale.

—Mmmm…, qué romántico te ha quedado, señor Sforza —se burló, divertida.

—Demasiado cursi, ¿verdad? —Rodé los ojos antes de levantarla del suelo, haciendo que sus piernas se enroscaran en mi cintura—. Mejor vayamos a portarnos muy muy mal.

—Eso ya suena más interesante —respondió juguetona, acariciando mi cabello—. Llévame a la isla de la cocina. Empezaremos por ahí.

Sin dudarlo, la cargué hacia la cocina, riendo juntos. Por primera vez en mucho tiempo, el dolor había quedado atrás. Y lo único que importaba éramos ella y yo.

CAPÍTULO 31

Non ci sono frasi che possano esprimere l'amore che proviamo.
No existen frases que puedan expresar el amor que sentimos.

—Marco, tenemos que llevar el vino a la mesa. ¡Deja de besarme! —refutó Aless, aunque su sonrisa delataba que no lo decía tan en serio.

—¿Y si no quiero? —repliqué, pegándola más a mi cuerpo mientras depositaba un rastro de besos por su cuello.

—No seas crío. —Intentó parecer seria, aunque falló miserablemente—. Están todos aquí. No podemos hacer esto, debemos comportarnos como buenos anfitriones.

Me detuve a regañadientes, levantando la cabeza para mirarla a los ojos, con el ceño fruncido como si estuviera verdaderamente molesto.

—Se suponía que íbamos a escaparnos tú y yo solos a la casa del lago, no que íbamos a terminar aquí con toda esta tropa. Casi no hemos tenido tiempo para estar a solas, Aless.

—Amor, solo una noche más y la casa será completamente nuestra. Ahora disfrutemos de su compañía, ¿vale?

—Está bien, pero con una condición…

—¿Y cuál es?

—Dame un beso. Solo uno.

Tiré de ella suavemente hasta que su cuerpo chocó con el mío, y la besé. Ella rio entre mis brazos, esa risa que siempre lograba desestabilizarme. Apenas mis labios habían rozado los suyos, que justo cuando estaba seguro de que iba a conseguirlo, escuchamos un carraspeo detrás de nosotros.

Cerré los ojos con frustración.

—No puede ser… —murmuré, dejando caer la cabeza sobre su hombro mientras ella se reía aún más fuerte.

—Quizá podríamos probar suerte cuando todos se vayan, Marco. —Su tono era burlón y podía notar el brillo juguetón en su mirada sin siquiera mirarla.

—Deberíamos echarlos a todos ahora mismo. ¿Qué opinas, pequeña?

—Opino que eres un caso perdido —contestó, dándome un rápido beso en los labios antes de escapar de mi abrazo.

—Disculpad la intromisión, pero si no os importa, dejad de hablar como si yo no estuviera aquí —lanzó Massimo, con una amplia sonrisa mientras se apoyaba en el umbral de la puerta.

—¿Qué quieres, capullo? —repliqué—. Ya que has cortado todo el rollo, al menos haz algo útil y lleva el vino a la mesa.

—Un momento, chicos. —El cambio en su tono nos hizo mirarlo más atentos—. Hay algo que debo contaros.

—¿Ahora? —bufó Aless, entrecerrando los ojos—. Espero que sea importante.

Massimo asintió, más serio.

—Esta mañana, cuando trasladaban a Simona y Luca… alguien les ha disparado, matándolos a ambos.

—¿Qué? —pronuncié, boquiabierto—. No he visto nada en las noticias.

—Marco, ya sabes que nunca se hizo público que estaban bajo custodia policial, todo fue confidencial para proteger la investigación. Esto tampoco saldrá a la luz… —Hizo una pausa, como calibrando sus palabras—. Os lo digo, saltándome las normas, porque sé que para vosotros, igual que para mí, es un alivio saber que esa gente al final pagó por todo el daño que hizo.

A decir verdad, por mal que sonara, me alegraba de la noticia. Era frustrante que todo lo que Simona y Luca habían hecho quedara enterrado en un puto cajón, como si nunca hubiera pasado. Más frustrante aún era que Aless y yo tuviéramos que mentir a toda la empresa. Sobre Luca no fue necesario decir nada, hacía tiempo que había desaparecido para ellos. Pero con Simona…, tuvimos que inventar una historia. Se suponía que había decidido «empezar de

cero» en otro lugar, entregándole su parte de la empresa a Aless. Encima, como si fuera un gesto magnánimo. La verdad era muy distinta: no le dieron otra opción.

Massimo no tenía la culpa de nada, eso lo sabía. Nos había contado lo que realmente pasó jugándose el cuello con ello. Lo admiraba por eso. También era conocedor de que a él le dolía tanto como a nosotros que se tapara todo lo de Andrea. La decepción lo estaba consumiendo. En dos días viajaría a La Haya para cerrar todo lo que tenía pendiente allí porque, aunque tenía la opción de pedir un traslado a Italia, había decidido dejarlo. No quería seguir con ese trabajo, no después de todo lo que había visto.

En su lugar, regresaría para retomar su empleo como jefe de seguridad no solo para Valentino Ferre, sino también para la nueva empresa que estaba levantando con Alice, Valdano. Por primera vez en mucho tiempo, lo vi más tranquilo, como si esa decisión le devolviera algo de paz.

—Massimo…, gracias —dijo Aless, emocionada, acercándose para abrazarlo.

—Sí, gracias, tío —añadí yo, y le di una palmada en el hombro.

—¿Ves? No siempre soy el aguafiestas. —Su sonrisa burlona había vuelto—. ¿Mereció la pena molestar?

—Por esta vez, sí. Te perdono. —Le guiñé un ojo, con una sonrisa cómplice, mientras Aless negaba con la cabeza y se reía por lo bajo.

Al llegar a la sala, encontramos a Vito, Emma y Nico hablando animadamente sobre ir todos juntos a la nieve en los próximos días festivos.

—Uf, no sé yo… —empecé, distraído—. Aless y los deportes de invierno no son precisamente amigos. Os aseguro que esta mujer es un peligro andante. La última vez casi provoca un accidente en una pista negra.

—¡Eso fue un pequeño fallo! —se defendió entre risas, dándome un codazo.

—¿Un fallo? Claro, como cuando acabamos estampados contra esa red naranja de plástico. ¡Y luego todavía quería que le dejara llevar la moto de nieve entre los árboles! Es una kamikaze en potencia.

—Cariño, no te preocupes. Tú, piérdete con Massimo y Nico, que yo me quedo con Emma y Vito. Además, buscaré un monitor con muuuucha paciencia y que sea afable a la vista. —Aless me lanzó una mirada pícara mientras todos se echaban a reír.

—Me gusta ese plan —la apoyó Vito con emoción—. Aunque sepa esquiar, puedo fingir que no para que el monitor me eche una mano…

El ceño de Massimo se frunció de inmediato y Vito levantó las manos como si se rindiera.

—Vale, vale, ¡mejor no! No necesito esas clases, lo prometo.

—Yo tampoco podré acompañarte, Aless —añadió Emma con una risita—. Te tocará disfrutar a solas del monitor buenorro.

—¡Genial! Me abandonáis todos. ¡Qué amigos más leales! —negó Aless, cruzándose de brazos.

Emma le lanzó una mirada melosa antes de responder:

—Cariño, yo nunca te abandonaría. Lo que pasa es que no debería esquiar en mi estado.

—¿Estado? —tanteó Aless, mirando al resto desconcertada.

Vito no pudo contenerse más y, impensadamente, gritó aplaudiendo:

—*Oh my God!* ¡Voy a ser tío!

Hubo una cantidad de abrazos y felicitaciones que llenó la sala de alegría. Sin embargo, como era típico, Vito volvió a desviar la atención hacia sí mismo.

—Espero que alguien me ayude a redecorar la nueva casa de Massimo y mía. En ese estado, Emma no me sirve.

—Estoy em-ba-ra-za-da, Vito. No enferma.

—¿Y yo? ¿Es que no cuento? —le discutió Aless, haciéndose la ofendida.

—Contigo, princesa de los Sforza, solo se puede contar a medias. La mitad del tiempo estás en brazos del grandullón. Yo necesito ayuda a tiempo completo. Descartada.

La carcajada general no se hizo esperar. Aunque estaban limitando mi intimidad con Aless, tenerlos cerca me hacía feliz. Eran mi familia.

En ese momento, mi teléfono comenzó a vibrar. Al ver que era mi abuelo, me levanté, señalé el móvil para que todos supieran quién llamaba y descolgué la videollamada. Ahí estaban ellos dos, felices y agarrados de la mano, paseando bajo el cielo neoyorquino.

—¡Míralos, los tortolitos en acción! —Alcé la voz para que los demás escucharan.

Mis amigos se acercaron al teléfono y comenzaron a saludarlos a gritos, felicitándolos y compartiendo la gran noticia. El ambiente era un caos: todos hablando al mismo tiempo mientras mi abuelo intentaba, sin éxito, hacerse oír. Finalmente, me excusé y me dirigí al balcón para hablar con él a solas.

—Abuelo, ¡qué bien os veo! ¿A dónde vais después de ahí? —me interesé, apoyándome en la barandilla mientras lo miraba con una amplia sonrisa.

—Pues no lo tenemos muy claro —respondió, ajustándose el sombrero mientras caminaba—, pero creo que deberíamos bajar el ritmo. Ya tenemos una edad y le estamos dando mucha marcha al cuerpo. —Me guiñó un ojo de forma exagerada, asegurándose de que Sofia no lo viera. No pude evitar desternillarme de la risa—. ¿Bora Bora, tal vez? —continuó él, haciéndose el interesante—. Es un destino que nunca falla. Y tú, hijo, ¿cómo estás?

—Bien, abuelo. Qué cojones, ¡estoy feliz!

—Se nota. Ya era hora de que lo estuvieras. —Su rostro se suavizó y me miró con esa calidez que solo él sabía transmitir—. Me dejas más tranquilo. A veces pienso que fui un poco egoísta, largándome de luna de miel sin fecha de retorno y dejándolo todo en tus manos.

—No digas tonterías. Siempre has estado ahí para mí, abuelo. No habría podido con todo esto sin ti. Te debo más de lo que puedo expresar.

—Marco, hijo, no digas esas cosas, que me vas a emocionar. Para mí siempre fuiste especial, mi debilidad. Aunque no siempre estuve a la altura. Muchas cosas no las vi a tiempo, y eso me duele.

—No importa, eso es pasado. Abuelo, creo que nunca te lo he dicho, pero… te quiero.

—Y yo a ti, hijo. Y yo a ti.

—Bueno, pasadlo muy bien y dale un beso a la bella Sofia de mi parte.

—Claro que sí. Mira, ahí está. —Giró la cámara y me mostró a Sofia, que se acercaba sonriente con dos helados enormes—. ¡Por Dios, otro más!

—Abuelo, si tú odias los helados.

—Por amor, hijo, uno hace cualquier cosa.

Esa respuesta me arrancó una carcajada que me acompañó incluso después de despedirme.

Corté la llamada y me quedé un momento mirando el horizonte desde el balcón, con el corazón ligero y una sonrisa que no podía borrar.

—Cielo, ¿por qué no entras? ¿Está todo bien? —la voz de Aless resonó a mis espaldas.

—Ven aquí. —Extendí la mano hacia ella, acercándola suavemente hasta colocarla entre la barandilla y mi cuerpo, con su calor tan cerca del mío que podía sentir su respiración—. No solo estoy bien, Aless…, estoy feliz. Tan feliz que me da miedo decirlo en voz alta.

—No lo tengas. Lo entiendo, porque a mí también me pasa. Pero ¿sabes qué? No quiero que el miedo nos robe esto, Marco. No más. Quiero sentirlo todo. Quiero vivir este momento sin dejar que nada lo limite.

—Qué valiente es mi chica, lanzándose así de cabeza. Aunque, espera… ¿cómo es que me llamabas antes?, ah, ya me acuerdo: «error».

—Es cierto, Marco Sforza, eres el error más tentador que existe. Y déjame decirte algo: amo caer en este «error». Mi mejor error.

—Te odio, ¿sabes? —la vacilé, sabiendo exactamente qué reacción iba a provocar.

—Esa es mi frase —protestó ella, dándome un suave empujón en el pecho—. Pues mira, guapo, tenía un plan para esta noche, pero ahora no sé si quiero. —Su mirada se desvió intencionadamente hacia el *jacuzzi*, encendiendo en mí esa chispa incontrolable.

—Eres una joven muy traviesa, ¿lo sabías? —murmuré, inclinándome un poco más cerca—. Dime qué puedo hacer para que me perdones… quizá empezar con un beso por aquí. —Dejé que mis

labios rozaran la curva de su cuello—. Y mientras lo hago, puedo decirte lo mucho que te amo.

Ella cerró los ojos por un instante, permitiéndome disfrutar de su debilidad, aunque volvió a tomar el control con una sonrisa traviesa.

—No es suficiente, Sforza. Me lo pensaré durante el postre. Te lo haré saber más tarde.

—¿Te vas a poner exigente?

—No sabes cuánto. —Tiró juguetona de mi labio inferior, justo cuando intenté besarla. Pero, como siempre, me mantuvo en vilo, riéndose de mi frustración.

—Te amo, fierecilla —afirmé, y esta vez, no le di opción. La besé como si fuera el último beso, como si el mundo se detuviera.

—Y yo a ti, Sforza. —Entreabrió los labios para un suave beso, tomó mi mano y me guio hacia el interior—. Vamos, antes de que te proponga saltarnos el postre.

Nos reímos juntos mientras la seguía, sin soltar su agarre, sintiendo que todo estaba en su lugar.

Porque, al final, eso éramos Aless y yo: complicidad, risas y un amor que sobrevivía a todo.

El mundo podía seguir girando, sin embargo, en nuestro pequeño rincón del universo, habíamos encontrado lo único que importaba: nosotros.

Fin

NOTA DE LA AUTORA

En esta novela, se hace mención a *Cosa Nostra* y a la familia Di Marco, destacando a Enzo y Francesco. Además, hay una participación especial de Alice Demir, antes conocida como Alice Di Marco, junto a su exitosa empresa de moda, Giordano.

Si te intriga saber más sobre estos personajes y sus historias, te invito a disfrutar de mi bilogía de mafia romance: «Equivócate conmigo» y «Arriésgate conmigo». En estas novelas, descubrirás un mundo lleno de amor, pasión, acción y giros inesperados que te atraparán desde la primera página.

Y si buscas algo diferente, te propongo explorar «La Rosa de Skye», una historia que te llevará a las tierras escocesas, donde los secretos y el amor te esperan en cada rincón.

Gracias por acompañarme en cada historia, ¡te prometo emociones inolvidables en cada una de ellas!

AGRADECIMIENTOS

A ti, lector, que has llegado hasta aquí, gracias por ser parte de esta aventura. Por confiar en mis historias, por emocionarte con ellas y por hacer que todo este trabajo valga la pena.

Ana Lacasta, Siena Bastida y Paula Soto, mis lectoras beta: gracias por vuestra paciencia, por cada sugerencia y por acompañarme en este proceso con tanto entusiasmo. A Tania Huelga Bardo, mi maga de la maquetación, gracias por hacer que todo quedara impecable. ¡Tu trabajo siempre es brillante!

A Francine J.C., por apoyar mis libros desde otro lugar, demostrando que hay muchas formas de estar presente.

A los autores y creadores de contenido que me han tendido una mano, compartido consejos o simplemente una palabra de apoyo. Cada gesto cuenta y lo llevo conmigo.

Y, por supuesto, a las personas que están siempre ahí. En especial, a ti, mi compañero de aventuras: sin tu apoyo, nada de esto sería igual. Gracias por estar siempre a mi lado.

LIBROS DE ESTE AUTOR

Equivócate Conmigo: Entre Sombras Y Pasiones I (Mafia Romance)

Eda Lako, recién graduada con honores, anhela liberarse de la sombra que proyecta la influyente familia Di Marco, donde trabajan sus padres y a la cual pertenece su mejor amiga, Alice. La ilusión de independencia se desvanece en el día de su graduación al descubrir que sus estudios fueron financiados por los Di Marco. Forzada a realizar sus prácticas en la empresa familiar en Italia, se enfrenta a una realidad más compleja de lo imaginado.

En este intrigante entorno, la trama se sumerge en el submundo de la mafia, revelando secretos sórdidos que vinculan a sus padres con actividades criminales. Atrapada entre los hermanos Di Marco, Enzo y Francesco, Eda, quien desde la infancia ha amado en secreto a Francesco, se ve envuelta en una trama de pasión y deseo cuando es el hermano mayor, Enzo, quien irrumpe en su vida.

Equivócate conmigo narra una cautivadora historia donde el amor, la pasión y el deseo se entrelazan con un mundo siniestro y oscuro que transformará la vida de Eda. Descubrirá la maldad oculta en las personas, enfrentándose a sorpresas inimaginables en un viaje que desafía los límites de la moralidad y la lealtad.

Arriésgate Conmigo : Entre Sombras Y Pasiones II (Mafia Romance)

Eda abandona Turquía con el objetivo de regresar a Italia para buscar venganza y ver caer el imperio de los Di Marco, pero, sobre todo, a su mayor enemigo: Leonardo. Segura de que es una mujer diferente, más fuerte y dura, no teme su reencuentro con los hermanos Di Marco, que cada día se ven más arrastrados por culpa de su padre en las entrañas del mundo de la mafia. Nada sale como piensa porque no es tan fácil hacerle frente al pasado. Deberá cerrar esos viejos amores para darle paso a uno nuevo e inesperado que viene de la mano de Deniz, un turco que parece ser capaz de sanar sus heridas y hacerla sonreír. Las intrigas, las alianzas y el mundo oscuro en el que se adentra harán tambalear toda su existencia. Además de la lucha constante que la protagonista tiene, entre el amor sereno y seguro de Deniz y la pasión y los sentimientos desmedidos por Enzo, en esta novela, todos los personajes llevan una carga con la que tendrán que lidiar y luchar para vencer al mundo en el que están inmersos. Pero solo el amor y la lealtad serán su única arma para lograr su ansiada libertad.

La Rosa De Skye: Amor, Secretos Y Pasión En Las Tierras Altas Escocesas

¿Qué pasaría si tu vida se transformara en una dramática ópera de la noche a la mañana?

Eso es lo que le sucede a Briana Cox cuando se ve obligada a abandonar su vida en Ámsterdam para mudarse a la isla de Skye tras descubrir un secreto que cambiará su historia para siempre. Al llegar a este pintoresco rincón escocés, Briana se da cuenta de que las mentiras y las verdades a medias han marcado y seguirán marcando su vida.

Mientras se adapta a su nueva realidad, su corazón y sus sentimientos se ven divididos entre dos hombres: un inglés que despierta su lado más oscuro y un escocés que le muestra que la felicidad está al alcance de sus manos. Todo esto ocurre en torno a

Deerloch, la destilería familiar que se convierte en el epicentro de su nueva vida.

Donde Nacen Las Mentiras: Un Matrimonio Por Venganza, Una Gran Firma De Moda Y Un Amor Que Nunca Estuvo En Los Planes. (Bajo El Cielo De Milán I)

¿Sabes lo que nunca te dicen en los cuentos de hadas? Que a veces el príncipe azul resulta ser un completo cretino. Y no solo eso, sino que te promete un castillo y luego te deja atrapada en una torre. Sí, lo sé, qué sorpresa, ¿verdad? Pero no te preocupes, no estoy aquí para llorar por eso. Estoy aquí para decirte algo que tal vez no esperabas escuchar: yo no necesito que nadie me rescate. ¿Un príncipe? No, gracias. Si alguien va a escribir mi final, esa seré yo. Y créeme, va a ser una historia mucho más interesante